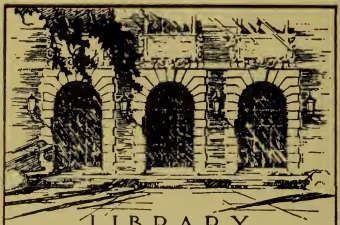

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

8G5P413
K1873
v. 11-12

The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was withdrawn on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

DEC 18 1975
DEC 12 1975

L161—O-1096

EPISODIOS NACIONALES

EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ

Es propiedad. Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello del periódico *La Guirnalda.*

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PÉREZ GALDÓS

EL EQUIPAJE

DEL

REY JOSÉ

QUINTA EDICIÓN

MADRID

Imprenta de [illegible]NALDA

calle de las Pozas núm. 12.

1892

OBRAS DE PÉREZ GALDÓS MADRID NORTE 1912

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA: TOMOS EN 8.° A DOS PESETAS

TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEON EN CHAMARTIN.—ZARAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTIN EL EMPECINADO.—LA BATALLA DE LOS ARAPILES.—EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CASACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio encuadernados en rústica 133 pesetas: 168 en tela. Al contado en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

DOÑA PERFECTA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
GLORIA—Dos tomos en 8.° 4 pesetas.
MARIANELA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
LA FAMILIA DE LEON ROCH—Tres tomos en 8.° 6 ptas.
EL AMIGO MANSO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DESHEREDADA—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
EL DOCTOR CENTENO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
TORMENTO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DE BRINGAS—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LO PROHIBIDO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
FORTUNATA Y JACINTA—Cuatro tomos en 8.° 12 ptas.
MIAU—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA INCOGNITA—Tomo en 8.° 3 pesetas.
REALIDAD—Tomo en 8.° 3 pesetas.
ANGEL GUERRA—Tres tomos en 8.° 9 pesetas.

LA FONTANA DE ORO (1820-1821)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
EL AUDAZ, *historia de un radical de antaño* (1864)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
TORQUEMADA EN LA HOGUERA, *El artículo de fondo*, *La mula y el buey*, *La pluma en el viento*, *La conjuración de las palabras*, *Un tribunal literario*, *La princesa y el granuja*, *Junio*—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA SOMBRA, *Celín*, *Tropiquillos*, *Theros*—Tomo en 8.° de 360 páginas 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Administración de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, calle de Fuencarral.

865 P413
K 1873
v. 11-12

EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ

I

El 17 de Marzo de 1813 salieron de palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y bajando por Caballerizas á la puerta de San Vicente, tomaron el camino de la Puerta de Hierro.

—Su Majestad intrusa va al Pardo—dijo don Lino Paniagua en uno de los corrillos que se formaron al pasar los carruajes y la tropa.

—Todavía no es el tiempo de la bellota, señores—repuso otro, que se preciaba de no abrir la boca sin regalar al mundo alguna frutecilla picante y sabrosa del árbol de su ingenio.

—Su Majestad se ha convencido de que no engordará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia—indicó un tercero, hombre forzudo y ordinario, que respondía al nombre de Mauro Requejo.

—¡A Francia! Todas las mañanas nos saluda la gente con el consabido estribillo de que se marchan los franceses aburridos y cansados, y por las noches nos acostamos con la

certidumbre de que los franceses no se aburren, ni se cansan, ni tampoco se van.

—¡Tiene razón el Sr. D. Lino Paniagua!—exclamó otro personaje, que se distinguía de los demás individuos del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos, y un extraño modo de reir, más propiamente comparable á visajes de cuadrumano que á muecas de racional.—¡Tiene razón! Hace cinco años no se oye más que esto: "Se van sin remedio: ya no pueden sostenerse un día más: el *lord* dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene...„ Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe y cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos. ¿Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: "Gracias á Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simiente de rábanos.„ ¡Ay! no pasaron cinco meses sin que les viéramos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Dióse una batalla en Salamanca, y aquí de mis bocas de oro: "¡Ya se acabó todo!... ¡Gracias á Dios!... ¡Viva el *lord*!...„ Los franceses salen por un lado y los ingleses entran por otro... Pero esto parece escenario de un teatro: el lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias, que dicen, *hace que se va y se queda*... A mí, que soy perro viejo, y tengo

sobre mi alma cristiana cuatro dedos de enjundia de marrullería, no se me emboba con estas entradas y salidas.

—El Sr. Licenciado Lobo—dijo D. Narciso Pluma, que á la sazón se encontraba también allí,—se halla tan bien en su escribanía de cámara, que no quisiera le molestase el ruído de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

—Ya os veo venir, embrollones; os entiendo, farsantes; os conozco, trapisondistas—repuso Lobo, disimulando su enojo.—¿Quieren hacerme pasar por afrancesado?... Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

—Puede ser.

—Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve á ver si clarean las casacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

—¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero, en suma, señores, ¿á dónde va esa gente? ¿Qué tinajas atraen con su olorcillo á nuestro intruso mosquito?

—Yo digo que no pasa del Pardo.

—Y yo que antes dejará de catarlo que quitarse el polvo de los zapatos mientras no llegue á la raya de Francia.

—Por allí viene el reverendo Salmón, que nos dirá la verdad, pues este fraile de la Merced gusta de cucharetear con todo el mundo, y aquí cojo un vocablo, allá pesco una sílaba, ello es que todo lo sabe.

—Bien venido sea el padre Salmón—dijo

Requejo, adelantándose á saludar al venerable mercenario, que en la noble compañía del marqués de Porreño, tornaba de la Virgen del Puerto.

—¿Y qué nuevas tienen ustedes, señores míos?—preguntó el buen fraile, limpiando el sudor de su rostro, pues, según se fatigaba al subir la empinada cuesta de San Vicente, parecía que se dejaba la mitad de sus rollizas carnes en el camino.

—Como vuestra Paternidad no nos diga algo...

—El aparato de fuerza que lleva el Rey, y la muchedumbre de coches, en que le acompaña toda su servidumbre francesa y española—dijo con gravedad el marqués de Porreño,—prueban que el viaje será largo.

—Estamos en 17 de Marzo... pasado mañana son los días de D. Pepito—indicó el fraile, frotándose las manos.—Quiere celebrarlo en el Escorial.

—¿En Marzo? Eso es hablar en mogigato—dijo Pluma, señalando con picaresca malignidad á un anciano astroso y taciturno, que hasta entonces no había desplegado sus sibilíticos labios.—El Sr. Canencia, que está presente, le enseñará á usted á hablar en jacobino. No se dice Marzo, sino *Ventoso*, víspera de *Germinal*, y antevíspera de *Floreal*.

Todos se rieron á costa del abatido don Bartolomé Canencia, que habló de esta manera:

—En mi escuela se atiende á los hechos, no á las palabras: *factis non verbis*.

—Estamos en Marzo—afirmó Lobo,—pero ahora nos ocupamos de nuestro Rey postizo, y ya se sabe que está siempre en *Vendimiario.*

—Veo que será preciso buscar las noticias en otra parte—dijo con impaciencia Paniagua.—El padre Salmón no está hoy de vena para contar, y D. Bartolomé Canencia, que conoce todos los pasos de los franceses como las saltos de las pulgas dentro de su camisa, no nos quiere decir nada, sin duda por no vender á sus amigos.

—¡Mis amigos, los franceses!—Exclamó Canencia turbándose como jovenzuelo tímido, á quien se descubre un secreto amoroso. —¿Soy acaso hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan y de Pedro? ¡Batallas! ¡Ejércitos! ¡Napoleón! ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras, destructoras de la *convención* social, y aguardo el día de la emancipación de los pueblos. Sé que me calumnian; sé que algunos se atreven á sostener que estuve en Salamanca en una sociedad masónica... ¿Por ventura estas mis venerables canas y esta entereza filosófica que debo á mis estudios son á propósito para degradarse en logias y aquelarres...? Pero basta que me hayan dado ese miserable destinillo en la contaduría del Noveno, para que se me crea ligado en cuerpo y alma á los Bonapartes, señores, á los hijos de doña Leticia, que hoy dominan el mundo con la espada... ¡Como si la espada fuera otra cosa

que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanceta inerte y punzante que sólo sirve para sangrar á los pueblos!... Y entre tanto las ideas... Volved los ojos á todos lados y decidme: ¿dónde están las ideas?

Las risas impidieron á Canencia seguir adelante en su comenzado discurso. Salmón le quitó la palabra de la boca, para decir:

—Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viniere, si á este D. Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la contaduría del Noveno por una jaulita en el Nuncio de Toledo.. En suma nada nos ha dicho del viaje del rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio del tal viaje...

—Por allí viene quien nos sacará de dudas, —dijo Pluma señalando hacia Caballerizas.

Todos los del corrillo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección á San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en Enero de 1809, y á la cual pertenecían buen número de compatriotas nuestros con todos ó casi todos los suizos y walones de los antiguos cuerpos extranjeros.

—¡Eh, Salvadorillo Monsalud, Salvadorillo Monsalud!—gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

—Es sobrino de Andrés Monsalud, el que apalearon en Salamanca—indicó con malicia Requejo.—El Sr. Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arapiles y de los palos de Babilafuente.

—Señores patriotas, buenos días—dijo el joven guardia acercándose al corrillo y saludando á todos con festivo semblante.

—¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado?—le preguntó Salmón posando su mano en el hombro del mancebo.—¿A dónde va por esos caminos el Emperador de las Tinajas?

—A Valladolid—repuso el militar.

—¡A Valladolid!—exclamaron todos.—¡Ya lo presumía yo!

—Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...

—¿Con que á Valladolid?

—No faltarán batallas...—indicó el joven con énfasis.—Napoleón ha mandado un recado á su hermano, diciéndole que salga á campaña.

—¿Un recadito?

—Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...

—Con los empleados los empleos—añadió Lobo.—Eso será bueno.

—En palacio están empaquetando á toda prisa cuadros y alhajas—prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portadora de nuevas estupendas. —Ayer embaulamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintorreada que llaman el *Pasmo de Sicilia*... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van á embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

—¡Todos los carros! Pero esta gente nos va á dejar sin un alfiler para trabarnos las chorreras.

—¿Acaso vinieron á otra cosa? Pues qué, —afirmó Salmón,—¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir á España?

—Y ahora, señores—dijo el militarejo,—harán ustedes bien en marcharse cada uno á su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos; deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál á su oficina, cuál á su tienda, éste á la escribanía, aquél al convento, quién á la tertulia de la botica, quién á los estrados de las damas y á las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó á los vaivenes y agitaciones del mundo.

¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido, en efecto, para Valladolid, obedeciendo á su amo y hermano, que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado de la desastrosa campaña de la Moscowa, se disponía á emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición.

Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció á la derecha en dirección á la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó á éste con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pié arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, ó por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, ó se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrerete de su techo, la ermita de la Vírgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostóse taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló á la historia Boabdil el de Granada. Reanudóse la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio y su polvo y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

II

Salvadorillo Monsalud era un joven de veintiún años, de estatura mediana y cuerpo airoso y flexible. Su rostro moreno asemejábase un poco al semblante convencional con que los pintores representan la interesante persona de San Juan Evangelista, barbilampiño y un poco calenturiento, con singular expresión de ansiedades inmensas ó de aspiración insaciable en los grandes ojos negros. Grave seriedad sentimental se desprendía de su persona, de su voz y de su porte; cautivaba á todos por su bondad, y á las muchachas por sus modales corteses y su agraciada delicadeza no adquirida con la educación, pues había nacido en cuna muy humilde. Era, como el Evangelista, algo tímido y muy circunspecto, lo cual no era bueno para este siglo, ni aun cuando principiaba. Con su traje de guardia española, Monsalud estaba muy gallardo, pero no tenía aquel espantable continente marcial que caracteriza á los militares de afición: era su figura la de un soldado en yema ó campeón verde que aún no se había endurecido al sol de los combates, ni acorazado con la provocativa soberbia y fanfarronería de una larga vida de cuarteles.

Este joven tenía por tío á Andrés Monsalud, que vivía en la Cava Baja, y por amigo íntimo y confidente á un compatriota llamado

Juan Bragas, que con él viniera poco antes de la Puebla de Arganzón á buscar fortuna. Había emigrado Salvador por razones que se conocerán en el transcurso de esta historia, y que no eran, ciertamente, alegres. Indeciso primero sobre la ocupación á que debía dedicarse, y no sintiéndose con vocación para el comercio, ni para la curia, ni para la Iglesia, entróse de rondón por la puerta del militarismo, ancha y siempre abierta, y que tiene la ventaja sobre las demás puertas, incluso la Otomana, de llevar rápidamente á todas partes. Diérale su buena madre, al partir, una cantidad que podía parecer considerable en el condado de Treviño, pero que en Madrid era de esas que se disuelven pronto en la inmensidad de la vida, como grano de sal en tinaja de agua. Viéndose, pues, el joven sin nada blanco ni amarillo en sus arcas, y no teniendo más tesoro que los sabios consejeros de su insigne tío D. Andrés Monsalud, resolvió aprovecharse de este caudal, que á todas horas se le vertía en los oídos, ya en forma de reprimenda, ya con color de amonestación. No por entusiasmo, no por falta de patriotismo, no por bélico ardor, sino por necesidad, entró Salvador en uno de los regimientos españoles que servían malamente á José, y á los cuales llamábamos entonces *jurados*. Bien pronto le dieron las charreteras de sargento.

Eran los individuos de estos cuerpos muy aborrecidos y escarnecidos en Madrid, por servir al enemigo intruso, tirano ladrón de la patria; pero Monsalud no se preocupaba mu-

cho de esta falta de estimación que, al recaer sobre la infame bandera, alcanzaba también á su humilde persona. Aunque el joven tenía ideas y no pocas, si bien revueltas y confusas y desordenadas, aún no tenía las que comunmente se llaman ideas políticas; es decir, no había llegado, á pesar del vehemente ardor de la generación de entonces, al convencimiento profundo de que la solución nacional fuese mejor ó peor que la extranjera. No faltaba, ciertamente, en su corazón el sentimiento de la patria; pero estaba ahogado y sofocado por el precóz desarrollo de otro sentimiento más concreto, más individual, más propio de su edad y de su temple: el amor. Está escrito que, en ocasiones, tal vez siempre, el rostro de una mujer tenga mayores dimensiones y ocupe dentro del universo más grande espacio que las inmensidades materiales y morales de la patria. Por esta causa, por este aparente absurdo, Fernando el Deseado y José Bonaparte eran, á los ojos de Monsalud, dos figuras lejanas y pequeñitas, que apenas se parecían en las nieblas del cerrado horizonte.

Quién era la persona que así llenaba la fantasía y ocupaba las potencias todas del alma de este joven, sabrálo el lector más adelante, cuando con sus propios ojos la vea y oiga su vocecita y conozca su historia. Monsalud estaba solo en Madrid, porque realmente para él los cien mil habitantes de la capital, no eran nadie, ni su amigo y su tío eran tampoco gran cosa. La soledad y la distancia

habían ahondado el hoyo de su pensamiento, dentro del cual tristemente se revolvía, escarbando con ardor por todos lados sin hallar salida, ni respiro, ni luz.

Hemos dicho que tenía un amigo, sí, Juan Bragas, joven nacido, como Monsalud, en el lugar de Pipaón, y que, poseedor de mayores recursos y valimiento, había resistido á las primeras escaseces de la vida cortesana, pescando al fin, por lo muy pedigüeño y sumiso, una pluma de ganso en las covachuelas. Juan Bragas era, pues, covachuelista; es decir, palote árido y enteco, en el cual debía ingertarse después la vigorosa rama del funcionario público. Su carácter difería mucho del de Monsalud, y, sin embargo, se juntaban ambos jóvenes con sumo gusto para charlar y referirse sus respectivas desventuradas aventuras.

Juan Bragas carecía por completo de imaginación y de sensibilidad fina; pero sabía poner las cosas en su sitio, y tenía el mejor ojo del mundo para ver todos los objetos en su tamaño real; poseía, en suma, aquel poderoso instinto aritmético que á ciertas organizaciones, quizás las más influyentes hoy, les sirve para reducir á cantidad ó á tamaño, mejor dicho, á una forma visible y fácilmente apreciable todos los hechos de la vida en lo moral y en lo físico. Bragas no se equivocaba nunca: tenía en sus juicios la infalibilidad de las matemáticas. Monsalud era una equivocación perpétua: llevaba infiltrado en su naturaleza el error constante y todas las deslumbradoras mentiras de la poesía.

A pesar de esto, no reñían nunca y se querían de veras. Quizás ha dispuesto Dios que el mundo se componga de un Monsalud y de un Bragas. ¡Oh admirable armonía y concordia sublime! Las cuerdas del arpa no exhalarían, no, su armoniosa voz, si no existiera una caja vacía y seca, una especie de ataud obscuro que retumbase bajo de ellas, y vibrase agrandando los sones en su desnuda concavidad que podría servir de despensa.

Cuando Monsalud estaba libre del servicio iba á buscar á Bragas, el cual limpiaba una tras otra las amarillentas plumas, guardánlas en el cajón con tanto cuidado como guarda un cirujano sus instrumentos; se quitaba después los manguitos negros, se desperezaba, y tomando con la diestra mano el sombrero, y despidiéndose con la zurda de don Gil Carrascosa, jefe de la oficina, salía á la calle. Ambos jóvenes dirigían sus pasos por lugares no muy concurridos, bajando frecuentemente al campo del Moro, á la Virgen del Puerto, ó bien se lanzaban intrépidos á las ondas del cerrillo de San Blas ó de la vuelta exterior del Retiro.

Un día, que debió de ser allá por los últimos de Mayo de 1813, Bragas y Monsalud hablaron de esta manera:

—Amigo Juan Bragas, estoy de enhorabuena, porque al fin voy á dejar este maldito pueblo que aborrezco. Los franceses se retiran mañana, y yo con ellos.

—¿A Francia?

—O por el camino de Francia, al menos—

añadió Monsalud,—con lo cual dicho se está que pasaré por la Puebla de Arganzón, nuestra querida villa. Anímate, Juan... Ya me parece que estoy entrando por la calle Real; que me acerco á mi casa sin que mi madre lo sospeche; ya me parece que llego, empujo la puerta, y me presento dando gritos y porrazos. A mi madre se le cae la calceta de la mano, corre á echarse en mis brazos, y la aguja de media que lleva sobre la oreja, se me clava en la frente... El corazón me baila en el pecho, amigo Bragas, cuando en tales cosas pienso.

—De veras te digo que pareces cómico—dijo Bragas riendo.—¡Qué bien sabes fingir y representar una cosa que no es verdad!

—Y luégo—añadió Monsalud,—saldré de mi casa, y paso á paso iré junto á Nuestra Señora de la Asunción, á cuya plazoleta caen las ventanas de Generosa, y arrojaré una chinita á los vidrios...

—Para que se asome Genara con su pañuelo encarnado sobre los hombros... ¡La pícara qué guapa es!—afirmó Bragas.—Me parece que la estoy mirando, cuando bailaba contigo en casa del maestro Rondaña. Salvador, ¿te acuerdas de aquel lunarcito que tiene sobre el rincón derecho de la boca? ¡Santa Virgen, qué rinconcito!

—Para retirarse á él y decir: "ya no quiero más mundo.„

—¿Pues y aquel modo de mirar, y aquel reconcomio de ángeles divinos, cuando se menea, ó alza los hombros, ó le da á uno las bue-

nas tardes? Paréceme que la oigo: "Buenas tardes, Braguitas, ¿has visto en las eras á Salvador Monsalud?„

—¡Ay, amigo!—exclamó el joven soldado dando un suspiro.—¡Cuando uno piensa que ha tenido todo eso y todo eso ha perdido!...

—¡Miren el Juan Lanas! Valiente hombre tenemos aquí—dijo el de la covachuela mofándose de la sensibilidad un tanto exagerada de su amigo.—Echate á llorar y pònte flaco y amarillo y echa suspiritos al aire por una mujer, por un lunar bien puesto encima de una boquirrita. Mira, Monsalud, si tú eres necio, yo no lo soy. Ya te lo he dicho varias veces: las mujeres para un rato y nada más. Mucho de te quiero y te adoro; pero después... puntapié. Eso de llorar y entristecerse y decir palabrotas y quererse morir por una de tantas, es propio de bobos.

—Tú no sabes lo que es el amor, Juan Bragas—dijo el soldado;—ó mejor dicho, crees que viene á ser algo semejante á un plato de estofado.

—Ni más ni menos. Un plato de estofado repugna después de haber comido... Por consiguiente, no te acuerdes más de la Generosa, que á buen seguro ella se acuerda de tí como de las nubes de antaño. Los paisanos que llegaron el otro día me dijeron que se iba á casar con el hijo de D. Fernando Garrote, el cual tiene más dinero que pesais tú y Generosa juntos.

—¡Con el hijo de D. Fernando Garrote, con Carlitos Garrote!—murmuró Monsalud pali-

deciendo.—Juan Bragas, si vuelves á decir eso delante de mí, te cojo y... vamos, te cojo y te ahorco de un árbol.

—¡Piedad, señor mío!—dijo Bragas deteniéndose ante su amigo y haciendo grotescos gestos.—Está usted enamorado, ó lo que es lo mismo, imbécil, y los imbéciles suelen ser graciosos.

—Bragas, eres una bestia—dijo el soldado. —Para tí no hay más vida que el forraje que te echan todos los días en casa de tu patrón D. Mauro Requejo. Siento tener por amigo una bestia; pero en fin, eres un buen muchacho: tu solo defecto es que coceas de vez en cuando.

—Pero jamás he llevado sobre mí la albarda del enamoramiento. Ven acá, hombre sin seso, ¿de quién estás enamorado? De Generosa. ¿La ves acaso? ¿No está á cien leguas de donde tú estás? ¿No te dijo su abuelo que jamás casarías con ella por ser tú un triste pelón y tener tus arcas rasas, lisas y mondas como fondo de mortero de piedra? De modo que estás queriendo á una sombra, á un imposible, á una ilusión, á una telaraña; justo, esa es la palabra, á una telaraña.

—Juan—repuso Monsalud,—al oirte me confirmo en que eres un saco de carne, con dos agujeros que llaman ojos, para ver lo que se le pone delante, y boca y barriga para comer y llenarse de bazofia todos los días. Cada hombre tiene su destino en el mundo: el tuyo ya sabemos cuál es.

—Y el tuyo lo veo yo clarito también:

holgazanear, mirar á las estrellas cuando las hay, taconear por las calles para llamar la atención de las costureras que pasan, no tener que comer y ser toda la vida un señoritico cañihueco y hambrón.

—Pues mira, á veces se me ha ocurrido, amigo Bragas, que yo sería mucho más felíz si fuese como tú, es decir, un saco con sentidos. Pienso muchas veces en mi porvenir y digo: "Quién sabe ¡vive Dios! si esto que pienso será una mentira, una cosa vana y disparatada." Todos los jóvenes hacemos nuestros cálculos para lo porvenir, Juan, y los míos son un poco extraños y fuera de lo común. A mí se me ha puesto en la cabeza que para levantarse todos los días, comer, dormir la siesta, pasear, cenar y meterse en la cama, no valía la pena de que hubiésemos nacido. Más vale ser un puñado de polvo que los vientos se llevan y desparraman por todas partes. O yo no he de valer nada ó he de vivir de otra manera. Soy un ignorante; sé poco de las cosas del mundo; mas por lo poco que sé, comprendo que hay muchos trabajos admirables en que el hombre se puede emplear. Digan lo que quieran, el mundo no marcha bien.

—Pues yo creo que marcha admirablemente—dijo Bragas riendo.—¿También quieres enmendar la obra de Dios?

—No digo tal: quiero decir que esto no va bien; no sé si me explico. Si tú tuvieras siquiera un pedazo de alma, tendrías las inquietudes y los deseos que yo tengo, y estarías enamorado como yo lo estoy, es un pa-

decimiento; pero no puedes formarte idea de que se te quita este padecimiento, sino haciéndote cargo de que estás muerto. Vivir curado del mal de amores es cosa que la mente no puede concebir, Braguitas.

—Díme, Salvador—indicó el covachuelo con ademán festivo,—¿piensas seguir así mucho tiempo?... Te juro que vas á hacer bonitísima carrera. Por ese camino de los amorosos sufrimientos y del suspirar y escupir sangre se va á general en poco tiempo.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiero ser general en dos palotadas?... Lo que digo es que yo seré alguna cosa que meta ruído.

—Siendo militar y tambor, en efecto puedes meter mucho ruído.

—Allá lo veremos... ¿Y tú qué piensas ser?

—¿Yo? Dificilillo es anunciarlo desde ahora, Sr. Monsalud. No me quedaré de monago. Sepa usía que en el fondo de mi baul tengo siete duros.

—¿Y qué haces que no pones un buen comercio ó un segundo Banco de San Carlos?

—Por poco se empieza. Yo sacaré el pié del lodo, Sr. Monsalud. Y no me pidas prestados los siete duros, porque más fácil será que saques un alma del infierno que sacar mis soles del fondo del arca donde los tengo. Como no me he de enamorar, ni siento comezón de echarme vinagrillo de los Siete Ladrones en el pañuelo, allí se estarán hasta que vayan otros tantos á hacerles compañía. Con que perdone por Dios, hermano, que no tenemos suelto.

—Bien sabes que nunca te he pedido nada.

—Pero pudiera ocurrírsete cualquier día, Salvador. Tú vas sacando malas mañas... Ahora que te vas al Norte, asistirás á alguna batalla... Como no faltará algún pueblo que entrar á saco, mucho ojo, amiguito, y mete mano.

—Descuída, soy buen amigo: si después de una batalla, se reparte bien y me toca algo, te lo mandaré.

—Hombre, no es mala idea... Pero si te tocase alguna herida ó descalabradura, puedes quedarte con ella.

—Oye, Juanillo—replicó vivamente Monsalud,—¿no dices que tu mayor gusto consistiría en ser ministro del Rey para tener mucho dinero y hacer mucho bien y llenarte de gloria y morir honrado y bendecido?

—Sí.

—Pues te guardas el dinero, ¿eh?... y la gloria, la honra y las bendiciones me las mandas.

III

Así pensando y discutiendo, á veces riñendo, y regalándose el uno al otro palabras un poco fuertes; haciendo luégo las paces para prometerse amistad invariable, dieron nuestros dos amigos la vuelta del Retiro, y cuando tornaban á Madrid por la calle de Alcalá, vieron que discurría de arriba abajo mucha gente, y que contraviniendo las disposiciones

de la policía francesa, en todas partes se formaban grupos. Pedíanse las personas unas á otras las noticias, arrebatándoselas de la boca y comentándolas para soltarlas luégo desfiguradas. Cuál aseguraba saber mucho, cuál, ignorándolo todo, se hacía repetir hasta tres veces la misma cosa. Todos los madrileños parecían sorprendidos, y los más, alegres.

Al punto pararon mientes Monsalud y Bragas en aquella estupenda novedad de los corrillos y de la animación que se repetía, á pesar del Gobierno, siempre que llegaban noticias de alguna batalla. Deseosos de conocer la verdad de lo que ocurría, husmearon en varios grupos; mas no viendo caras conocidas en ninguno de ellos, no se atrevieron á meter su cucharada y se contentaron con algunas palabras sueltas. Pero hacia las Baronesas creyó Bragas oir la voz de D. Gil Carrascosa, abate antaño, y por entonces covachuelista en la misma covachuela del covachuelado mancebo. Acercáronse y vieron que el licenciado Lobo venía á su encuentro, juntamente con D. Mauro Requejo y el Sr. D. Bartolomé Canencia. Fundiéronse todos en el grupo, á punto que Carrascosa decía:

—Mañana salen de Madrid los franceses. Parece que ahora va de veras, señores patriotas, y que no volverán más. El Rey José está muy apretado y no puede pasar, según dicen, de la línea del Ebro. Aquí no quedará un solo francés, ni un solo jurado, ni un solo polizonte, ni un solo jacobino. Respira, ¡oh, patria!

—La verdad—dijo D. Lino Paniagua, que también era de los presentes,—es que Wellington se ha movido.

—Y como también se ha movido el cuarto ejército que manda Castaños... Parece que quieren cerrar á los franceses el paso de Burgos y Vitoria.

—¡Admirable plan!—exclamó Lobo.—¡Cerrar el paso! nada más claro. El cuarto ejército estaba en todas partes como peregil mal sembrado. Castaños en Extremadura con una división, Porlier y Losada en Galicia con otra, Morillo en Asturias, Mina en Vizcaya. Lord Wellington, que desde Fregeneda ponía su lente en todo, les ha mandado adelantarse. Uno viene por aquí, otro por allá, con tan admirable concierto y arte, como las piezas de un reloj que ordenadamente van caminando sin estorbarse unas á otras. El francés, que con la cholla cargada de vapores viníferos, se duerme en Valladolid, en Segovia, en Madrid y en Zaragoza, no ve el nublado hasta que le cae encima. Se asusta, llama á *Farfulla I* en su ayuda; pero *Farfulla I*, después de la campaña de Rusia, no está para fiestas, y héteme al Rey José en campaña. El había dicho como los castellanos: "Vino puro y ajo crudo, hacen al hombre agudo ..„ pero en buena se ha metido... ¡Grandes batallas se preparan! Todo esto, amigos míos, lo barruntaba yo; se necesita no tener un solo grano de sal en la mollera para comprender que hallándose el *lord* en Fregeneda, Longa y Mina en el Norte, Morillo en Asturias y Carlos Es-

paña en el Vierzo, pues... yo lo veo claro como el agua.

—Y yo turbio como el cieno—dijo Canencia con filosófico desdén. —¡Una batalla más! Rousseau ha dicho que las verdaderas batallas son las que gana la sabiduría contra la ignorancia de la corrompida humanidad.

No tardó en pasar el padre Salmón, que con el padre Ximénez de Azofra y el marqués de Porreño, regresaba á su convento, y pegándose al grupo hizo varias preguntas.

—Eso ya lo sabíamos... que se va toda la canalla mañana temprano... ¿Pero y de los ejércitos, qué se dice?

—A mí se me figura—dijo con gravedad el marqués de Porreño,—se me figura... es idea mía... puede que me equivoque; pero juraría...

—¿Qué?

—Que el *lord* se ha movido.

—Eso no tiene duda—repuso Lobo, dignándose repetir el plan de campaña con que poco antes había demostrado su perspicacia estratégica.

Y al poco rato partieron en distintas direcciones. Acompañaron al señor marqués los dos reverendos, y recibidos por la interesante familia de éste, Salmón exclamó:

—¡Gran bomba, señoras! El *lord* se ha movido.

--Y mañana salen de aquí todos los franceses.

—¡Benditos sean los designios de la divina Providencia!—dijo la hermana del marqués.

—¡Wellington se ha movido! — repitió el mercenario, mirando á diestra y siniestra por ver si se vislumbraban en el horizonte lejanos signos de soconusco,—y juntamente con Mina y Morillo viene sobre Madrid.

—¡Jesús! ¡Sobre Madrid!

—Así lo han dicho. Parece que da la vuelta por el Duero, que está, como usted sabe, en Tordesillas. Y como Castaños pasa de Extremadura á Asturias con el séptimo cuerpo, digo, con el octavo ó con el duodécimo... en junto unos cuatrocientos mil hombres.

Poco después, la hija del marqués de Porreño iba á casa de Sanahuja, donde ya sabían la noticia, gracias á las ágiles piernas de D. Lino Paniagua, y decía:

—Lo menos setecientos mil hombres dicen que trae *Vellinton.*

Conviene advertir que casi todos los españoles pronunciaban el nombre del general inglés como acabamos de escribirlo. Algunos lo modificaban diciendo *Velliztón*, acentuando la última sílaba, lo mismo que decían *Stapletón Cotón*; pero esto no hace al caso, y siga nuestro cuento. El conde de Rumblar, que á la sazón hallábase en casa de Sanahuja, partió como un rayo, y en la Puerta del Sol topó con José Marchena, á quien dijo que José iba sobre Fregeneda, y que el duque de Ciudad Rodrigo estaba en Valladolid. Poco después, D. Narciso Pluma, que esto oyera y otras muchas estupendas cosas había oído poco antes, las revolvió todas, haciendo la más chistosa ensalada que puede imaginarse, y entró en

casa de Porreño, donde sostuvo que se estaba dando una batalla junto al Duero, entre D. Pablo Morillo con doce mil hombres, y el rey José con setecientos mil...

Repitámoslo, sí. ¡Entonces no había periódicos!

IV

Cuando se disolvió el grupo, los dos jóvenes siguieron su camino.

—Vamos á casa de mi tío—dijo Monsalud, —á ver qué piensa de estas cosas. Ya anochece; apretemos el paso... ¿No te parece que los habitantes de la villa están un poco alborotados?

—¡Salen los franceses!... ¡Un cambio de gobierno! — murmuró Bragas intranquilo.— Ahora todos los que han sido empleados durante el gobierno intruso...

—A la calle, amigo. ¡Pues no es poca afrenta la que tienen encima! ¡Haber servido al intruso!... ¡Oh, vilipendio!

—Pero yo soy español, muy español. Detesto á los franceses.

—Ahora que se van es muy cómodo decir eso. Yo, Sr. Juan, no les tengo rencor. Con ellos he servido, con ellos voy.

—Entonces dirás: "¡Viva Napoleón!„

—No diré ni que viva ni que muera, porque yo no he de matar ni he de resucitar á nadie. Me alegraré de que sea rey de España Fernando VII... Ya sabes por qué he servido

á José: me moría de hambre y acepté sus banderas. Tal vez hice mal, pero las juré y tras ellas voy á donde me lleven. Eso de gritar hoy *Bonaparte* y mañana *Fernando*, como hacen muchos, no entra en mi sistema. Sirvo á José sin entusiasmo, pero con lealtad.

—¡José, José—exclamó Bragas alzando la voz,—es un borracho! No se tiene lealtad con los borrachos.

—A tí y á mí nos ha dado de comer. Los dos nos encontrábamos en Madrid bastante perdidos y derrotados. Mi tío me colocó en el regimiento de jurados, lo cual fué muy fácil, porque nadie quería entrar en él. Tu colocación parecía más difícil; pero tanto lloraste y gimoteaste ante el conde de Cabarrús, que el buen señor, considerando que eres hijo de su criado, dióte á roer ese hueso de la covachuela. Para conseguirlo, te fingiste entusiasmado con el fraternal gobierno de Bonaparte, ¡y qué memoriales le echabas!... ¡cuántas resmas embadurnaste con lamentos y suspiros!... Para que todo no fuera música y palabras vanas, te aplicaste al oficio de dar vítores y palmadas en la calle siempre que el Rey pasaba, y gritar: "¡Mueran los *madripáparos*!"

—¡Mentira, mentira!—exclamó Juan Bragas, cuyo rubor no podía distinguirse á causa de la obscuridad de la noche.—¿De dónde has sacado tales invenciones?

—Verdad, verdad pura, digo yo—continuó Monsalud,—como también lo es que te daban obra de tres reales por función, quiero decir

por cada carrera detrás del coche de Pepe Botellas, gritando y vitoreándole. Ello es que si te desgañitaste, ganando aquella ronquera que te puso en peligro de callar para siempre en la sepultura, en cambio recibiste el destino que tienes, el cual verdaderamente no es mucho premio para tanto batir palmas y asordar á la gente con los vivas.

—Salvador, Salvador, mira que me incomodo—dijo Bragas con voz balbuciente, señal que le ponía colérico el verídico retrato que su amigo diestramente trazaba.—Cualquiera que te oiga ¿qué pensará de mí?

—Ahora quieres pasar por hombre formal. Vas muy serio y finchado por la calle, entras en la covachuela dando taconazos, y cualquiera supondría que dentro de ese casacón que compraste en el Rastro va un Consejero de Indias.

—Si no va todavía, irá con el tiempo, señor mío.

—Y como parece que el Rey José y los franceses y los jurados se marchan para siempre, quieres hacer olvidar que te colocó el conde de Cabarrús... Ahora es preciso *empecinarse*, señor Juan Bragas, como se *empecinó* su merced durante el tiempo en que evacuaron la villa los franceses y la ocuparon los aliados después de la batalla de los Arapiles.

—Amigo Monsalud—gruñó el otro,—yo soy dueño de hacer mi santa voluntad ahora y siempre. Sé dónde me aprieta el zapato, y cada uno tiene su alma en su armario. Tú mismo que ahora te la echas de hombre recto

y puntilloso, estás esperando á que los franceses salgan de aquí para desertar de sus filas y pasarte á los españoles, lo cual es muy meritorio y por extremo patriótico; que no hay gloria más envidiable que servir á la patria, ni deshonra que se compare á la de ayudar al enemigo contra nuestros hermanos. Ahora que los franceses van de capa caída y parece que huyen vencidos, el heroísmo consiste en volverles la espalda.

—Eso no lo haré yo—dijo con energía Monsalud,—que cuando entré á servirles lo hice por mi voluntad.

—Pues no te podrás quitar de encima la nota de traidor—indicó con energía Bragas, —que los traidores sirven al enemigo de la patria. ¿No te da vergüenza vestir ese uniforme?

Cuando esto decían, habían entrado en la calle de Toledo y tomaban por la derecha la embocadura de la Cava Baja, donde tenía su residencia el Sr. Monsalud *senior*, tío de nuestro héroe. Por las noches Salvador solía hacer parada en casa de su tío, antes de encerrarse en el cuartel, y acompañábale generalmente Bragas, atraído por el olorcillo de una regular cena que allí se aderezaba y reclamo de una animada tertulia.

—Veremos qué piensa mi tío de estas cosas —dijo Monsalud.—El es un afrancesado rabioso, y desde que el conde de España le mandó dar de palos en Salamanca, no cesa de decir que ahorcaría á todos los *empecinados* si estuviere en su mano.

No había concluído Monsalud de decir lo que antecede, atravesando la plazoleta que llaman Puerta Cerrada, aunque no hay allí puerta ninguna abierta ni entornada, como no sean las de las casas, cuando muchas de las gentes reunidas junto á las tiendas, y el gran número de majos, chulillos y muchachos desvergonzados que por allí discurrían, fijaron su atención en los dos jóvenes, y principalmente en el sargento de la guardia, cuyo uniforme á cien leguas le denunciara como servidor del Rey entrometido.

—Parece que nos miran—dijo Monsalud, —y nos señalan. ¿Llevamos algo de particular?

—Es que la gente está alborotada...—balbució Bragas, temblando de miedo.—Llevas uniforme de la guardia jurada... Ese traje es muy aborrecido en Madrid, y con razón, con muchísima razón... No creas que te van á defender tus amigos. Ocupados de su viaje, no se cuidan de niñerías, y lo mismo les importará que te insulten ó qué no. Los franceses desprecian á los traidores que les sirven como los despreciamos los españoles.

Iba á contestar Monsalud, cuando de un grupo de holgazanes, que sostenían la esquina de la Cava Baja, salieron voces *á ese, á ese*, y luégo un murmullo de risas insolentes. Monsalud se paró en medio de la calle, y volviéndose á los del grupo les miró cara á cara, esperando que alguno pasase de las palabras á las obras. En el mismo instante varias pelotas de lodo, arrojadas por los chiquillos, se

aplastaron en su pecho, salpicándole la cara.

El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, en virtud de extraordinaria y súbita inspiración que de alto recibe; pero fuera de estas horas, muy raras en la historia, el populacho es bajo, soéz, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde. Todos los vencidos sufren más ó menos la cólera de esta deidad harapienta, que por lo común no sale de sus madrigueras sino cuando el tirano ha caído. Si no le supo exterminar con su iniciativa y su fuerza, casi siempre se da el gustazo de rociarle con su fango; y á todas las instituciones ó personas que caen por el esfuerzo de campeones de otra esfera más alta, el populacho les pone su ignominioso sello de inmundicia. La libertad y las *caenas*, á quienes alternativamente aduló, han visto sobre sí en el momento terrible á la furia inmunda que les escupía. Como la hiena, es intrépida con los muertos.

Casi desguarnecida Madrid de tropas francesas, pues muchas habían ido saliendo desde mediados de Mayo; dispuesto todo para marchar las últimas en la madrugada del siguiente día 27, el enemigo, puesto un pié en el estribo, no se cuidaba ya de hacer cumplir las reglas de policía. El estado de la guerra y la comprometida situación de José junto al Ebro, confirmaron á aquél en su idea de que la ocupación de España iba á tener fin; mas si estaban indiferentes y aun alegres los franceses, los españoles comprometidos con ellos no cabían en su pellejo de puro azorados y

medrosos. A muchos de éstos insultó la plebe en diversos puntos, y algunos, aterrados al ver el desamparo en que quedaban, desertaron para acogerse de nuevo á las banderas de la patria.

Se comprenderá, pues, que la situación de Monsalud frente á los respetables varones del populacho matritense, no era muy lisonjera. Ciego de enojo, con el rostro encendido y la voz balbuciente, echó mano á la empuñadura del sable, gritando:

—Al que se me acerque, lo atravieso.

Y capáz era de hacerlo como lo decía, lo cual fué sin duda conocido por el egregio concurso de la esquina, no habiendo entre todos ellos uno solo que se destacase del grupo para hacer frente al irritado mancebo. Viendo éste que, con ser tantos, no pasaban á vías de hecho, siguió su camino; pero los disparos de lodo se repitieron de tal modo por la cohorte infantil, que Monsalud, sin hacer uso del arma, corrió tras uno de aquellos angelitos de arroyo para castigar su desvergüenza. Antes que llegara á atraparle, lo que no osaron tantos hombres, atrevióse á hacerlo una mujer, la cual, cuadrándose marcialmente ante Salvador y desafiándole del modo más varonil, con ojos, gestos, manos y la cortante y ponzoñosa lengua, le dijo:

—¡Eh! so estandarte, si toca usted al muchacho no tendrá tiempo de encomendarse á Dios. Si el angelito le roció es porque puede hacerlo, y para eso y mucho más le he parido... Con que siga adelante y punto en boca.

Dada la señal por la matrona, acercáronse valerosos algunos de los chulos y tomadores que antes dispararan sobre el soldado burlas y palabrotas; enracimáronse los chiquillos y mujeres en derredor suyo, y una tempestad de insultos tronó en sus oídos. Aturdido al principio el mozo, defendióse con empellones y golpes muy bien dirigidos.

—¡Matarle! — gritó una arpía, al sentirse abofeteada por la mano vigorosa de la víctima.

—Y también á su compañero el del casacón.

—A mí, señores, ¿pues qué he hecho yo?—dijo Bragas, procurando echarse fuera del volcán.—Yo no conozco á ese hombre.

—¡Mueran los jurados!

—¿Acaso visto yo ese vergonzoso uniforme?—repitió casi llorando Braguitas.—Soy un hombre honrado, español puro y neto, y jamás he servido á la basura.

Monsalud, á quien no hostigaba ningún hombre de buenos puños, sino tan sólo mujerzuelas, chicos y algún cobarde zarramplín, de esos que van á todas las pendencias á meter ruído, pudo echar mano al sable y apartar un poco de su persona al indigno enjambre. Repartió de plano con seguro puño algunos golpes, y sin ser Papa creó gran número de cardenales en menos que canta un gallo. Algunas personas graves y varios majos decentes intervinieron en el asunto, aplacando la furia de todos, y propusieron que se dejase en libertad al guardia, con tal que allí

mismo se quitase el uniforme. Enfurecido y fuera de sí Monsalud, iba á arremeter contra los amigables componedores, cuando apareció su tío D. Andrés saliendo de la casa cercana que era donde vivía, y con razones y tal cual empellón, él y otros que le acompañaban cortaron la pendencia, obligando al joven á meterse en el portal que cerraron al instante.

Puesto en salvo su sobrino, á quien acabaron de aplacar las personas de ambos sexos que había en la casa, el Sr. Monsalud creyó oportuno dirigir la palabra á los del pueblo, un tanto mohino por no haber podido vengar en el renegado las contusiones recibidas.

—No hagan ustedes caso, señores—les dijo con voz oratoria, que en su vana sonoridad gustaba de oirse á sí misma.—Ese joven es mi sobrino, una mala cabeza, un insensato que se afilió en el cuerpo de guardias jurados, sin saber lo que hacía. Pero en el fondo de su alma, señores, mi sobrino es español por los cuatro costados, y aborrece á los pérfidos enemigos de la patria. Comprendo, señores, que el pueblo se ensañe contra los afrancesados; esos viles merecen pronto y ejemplar castigo. (*Señales de aprobación.*) Pero respetemos la desgracia, señores y señoras; que demasiado castigo tienen esos viles en su propio remordimiento y vergüenza. Esta noche es noche de gran regocijo para los buenos españoles, porque mañana se marchan los pocos borrachos que quedan en Madrid. España es libre, señoras, caballeros y niños.

¡Viva España! (*Ruidosos aplausos, y tal cual rebuzno y no pocas patadas, berridos y coces.*) Yo respondo de que mi sobrino dejará las traidoras banderas en que ha servido; él es buen patriota, tan buen patriota como yo, que estoy dispuesto á derramar la última gota de mi sangre, sí, la última y postrera gota en defensa del Rey y de la Constitución! (*Ibidem.*)... Y si alguna vez he vivido entre franceses, no lo hice por amistad hacia ellos, como dicen mis enemigos, sino que les seguí y me metí industriosamente entre sus filas para averiguar sus planes y espiar sus acciones é informar de todo á nuestros queridos, á nuestros queridísimos generales... ¡Ah! ¿Queréis más pruebas? Pues allá van las pruebas. Os ruego que contestéis á mis preguntas. ¿Quién soy yo, señores? Yo soy un martir del patriotismo. Consagré mi vida al servicio de la patria, y hallándome cerca de Salamanca, en un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme, los franceses me apalearon (1). ¿Y por qué, señores? Porque con mi espionaje puse todos sus secretos estratégicos al servicio de lord Wellington. Pues qué, ¿creéis que sin mí se hubiera ganado la batalla de los Arapiles? (*Estupor.*) Aún tengo sobre mi cuerpo cien cardenales que con su noble púrpura manifiestan mi heroismo. Luégo vine á Madrid á gozar del espectáculo de este gran pueblo, ebrio de gozo por su libertad, y en Agosto del año pasado juramos la Constitu-

(1) Véase *La batalla de los Arapiles* (primera serie.)

ción en presencia del general inglés. ¡Oh día solemne! ¡Oh época felíz! Si se empañó tan diáfana claridad con el regreso de los franceses, mañana se desgarrará el velo tenebroso de la invasión, mañana se marchan otra vez para siempre, para siempre, señores, con su séquito inmundo de traidores y jurados y afrancesados. Ved cómo tiemblan, cómo se esconden de vuestras patrióticas miradas, cómo su vergüenza les hace bajar la cabeza ante la majestad de nuestro puro españolismo sin mancha. Enorgullezcámonos, señores, de no haber servido jamás á los franceses, de no habernos contaminado jamás con viles masones y filosofastros, y *digamos con el angel: Ave María...* Cada cual á su casa, que es hora de acostarse. ¡Viva la Constitución y el *lord* y Fernando VII! (*Tumulto y extraordinaria sensación, acompañada de sonoros bramidos y vocablos que no lleva en sus blancas páginas el Diccionario por miedo á ruborizarse.*)

V

Salvador subió tristemente la escalera de la casa acompañado de varias personas que atraídas del ruído y del temor bajaron, y en la meseta donde se abría la puerta del domicilio de su señor tío, recibióle, candil en mano, la esposa de éste, que le dijo así:

—No podía ser otra cosa que una barraba-

sada del sobrino de mi marido. ¡Todo sea por Dios! Este chico tiene la cabeza á las once y está podrido de ella. ¿Te han herido?

—El pueblo de Madrid aborrece este uniforme—gritó Bragas, que detrás y á poca distancia subía,—y no le falta razón.

—Sólo á este loco se le ocurre sacar el sable porque le echaron un poco de fango—dijo la señora de Monsalud alumbrando para que pasasen todos á la sala.

Componían aquella noche la tertulia doña Ambrosia de los Linos y sus dos hijas, una de las cuales, casada poco antes, vivía en el piso tercero del mismo edificio. Ambas eran bastante lindas, principalmente la soltera, que cautivaba por su frescura, por sus vivarachos ojos, por sus rosados carrillos, marcados aquí y allí con vagabundos lunares, y por su gracia en el mirar y la flexible ligereza de su cuerpo, tanto más admirable, cuanto que la muchacha era algo más que medianamente gordita, prometiendo en diversos parajes de su persona, que igualaría con los años á su enorme mamá. También estaba allí D. Mauro Requejo, que solía ir todas las noches, por ser pariente de la señora de Monsalud, y no tardó en presentarse D. Gil Carrascosa.

La señora de Monsalud era una mujer de presencia no vulgar ni desagradable, pero gastada y decaída por causas que ignoramos. Durante un matrimonio estéril, que ya contaba trece años, marido y mujer no habían ofrecido al mundo un modelo perfecto de concordia. Repetidas veces se separaron para

volverse á juntar; repetidas veces crugieron los palos de las inválidas sillas, y volaron por el aire los platos desportillados, instrumentos unas y otros de la ciega cólera homicida de ambos consortes. Andrés Monsalud era hombre de mala conducta, fatuo, desarreglado, trapisondista, embrollón, aventurero. Serafinita pecaba de caprichosa, holgazana, embustera, y tenía más vanidad que una princesa, gustando mucho de emperifollarse, y sobre todo de aparentar posición y suponer posibles muy superiores á lo que en realidad tenían ella y su marido, pues reunida la fortuna inmueble de entrambos, allá se iba con la nada.

Por último, después de la tragedia de Babilafuente, Serafinita logró atraer á su marido y poner casa en Madrid, y de la noche á la mañana, por mediación generosa de un caballero francés, dieron á Andrés un regular destino en la Visita de Propios, con lo cual uno y otro estaban tan huecos, que de allí, á tratar á Dios de *tú*, apenas había el canto de una peseta. Su morada, no obstante, era humildísima, porque el sueldo no rayaba, ciertamente, en Potosí; mas Serafinita se esmeraba en aumentar con mil artificiosas combinaciones el lustre y aparato de su casa.

—Puedes respirar tranquilo, sobrino—dijo la señora con bondad.—Descansa y se te dará un vaso de agua para matar el susto.

—No quiero agua—repuso bruscamente el joven, paseándose de largo á largo por la sala.—Tengo que marcharme.

—¡Marcharse!—exclamaron á duo y con desconsuelo las dos niñas de doña Ambrosia.

—Este joven gusta de pendencias y de derramar sangre—añadió ésta.—¡Cómo se conoce que los franceses le crían á sus pechos!

—Pero al menos—dijo Serafinita,—¿te quitarás el uniforme?

—Sí, hablad de eso á este babieca—indicó Juan Bragas, que había ido á fondear junto á la más pequeña de las fragatitas de doña Ambrosia.—Es muy gabacho este caballero. Los pocos españoles extraviados que sirven en las banderas de José, están á estas horas con los ojos y el corazón vueltos hacia la madre patria afligida; pero éste, mi D. Quijote botellesco, dice que su honor le obliga á no abandonar á la canalla.

—Hace cosa de seis meses—afirmó Serafinita,—habría sido gran locura mostrar siquiera un adarme de españolismo; pero hoy es distinto. Los franceses van de capa caída y buen tonto será quien se embarque con ellos.

—¡Oh, sí, será un idiota!—dijo doña Ambrosia,—aunque lo mejor habría sido no servirles nunca.

—Las circunstancias—añadió Serafinita,—obligan á los hombres á sofocar algunas veces su natural impulso y fogosidad patriótica. Ahí está mi marido, que no le hay más español en toda la tierra del garbanzo, y sin embargo, vióse arrastrado á cierto compadrazgo con los franceses, y aun anduvo con masones y revoltosos, malquisto de todo el mundo. Pero de algo valen los consejos de

una mujer prudente. Yo le traje al buen camino, y como mi familia, que no es ninguna familia de tres por un cuarto, ha tenido siempre relaciones con altos personajes, fácil me fué amarrar á mi esposo al pesebre de la Visita de Propios. Dióle la plaza un ministro francés; ¿pero tenemos la culpa de que haya sido francés quien primero echó de ver nuestros méritos, ó si se quiere, los de mi marido, para todo lo que sea cosa de aritmética en cualquiera oficina?

—Si recibimos un pequeño favor de esa canalla—gritó con vehemencia Bragas,—diéronnos lo nuestro y nada tenemos que agradecerle. Españoles somos, y ahora, váyanse con dos mil demonios.

—Lo que hay en esto—dijo D. Mauro Requejo, que sombríamente había permanecido en un rincón de la sala, sin hablar hasta entonces,—es que para dar sus destinos á los señores Monsalud y Bragas, fué preciso quitárselos á otros, que pecando de *empecinados,* mortificaban con cuchufletas y versitos á los franceses.

—¡Nadie hay más *empecinado* que yo!—exclamó con furioso arranque de entusiasmo Juan Bragas, saltando en medio de la sala, con gran regocijo de las niñas de doña Ambrosia.—¡Viva D. Juan Martín Díez!

—¡Viva, viva mil años!—repitió Andrés Monsalud, presentándose en la sala con semblante reposado y satisfecho, sin duda por la vanagloria que el reciente discurso callejero había dejado en su ánimo.—¡De buena has

escapado, sobrinillo! ¡Exponerse á las iras del pueblo español!... Vamos, te perdono; yo también he sido calavera, yo también he sido revoltoso y provocativo, y...

—¡Afrancesado!—indicó con malicia doña Ambrosia.—No hay que echársela ahora de apóstol Santiago.

—Un poquillo—repuso Monsalud con turbación.—Pero de arrepentidos se hacen los santos. La prueba de mi sinceridad la tengo hoy en la confianza de mis amigos. Hanme comisionado esta tarde para preparar los festejos...

—¿Para cuando entre D. Carlos en España?—preguntó la de los Linos.

—Para cuando entre D. Juan Martín ó lord Wellington... Un arco de triunfo, ¿que les parece á ustedes? En mi oficina hemos resuelto componer unos versos, y ver si se hace un carrito.

—Ya nos cayó que hacer, amigas mías—dijo con júbilo Serafinita.—Desde mañana pondremos manos á la obra, porque las guirnaldas de rabo de cometa no es cosa que se despache en tres días.

—Y luégo mucho de banderitas y escarapelas—dijo una de las niñas.

—Y será preciso que doce ó catorce doncellas tiernas se vistan de ninfas para ir delante del carro cantando el *Velintón*.

—Y como haya alegoría, vestiremos á mi sobrino de dios Marte—indicó Monsalud.

El joven soldado dirigió á su tío una mirada de desprecio.

—Estará saladísimo—dijo doña Ambrosia. —Mi esposo y padre de estas dos niñas hizo de Marte cuando la jura del otro Rey, y era una gloria el verle con todo su hermoso cuerpo medio desnudo y un chafarote en la mano. ¡Oh! ustedes no alcanzaron á ver tanta preciosidad.

Don Gil Carrascosa, entrando apresurado en la estancia, saludó á todos con amable cortesanía, especialmente á las niñas.

—¿Pues qué—dijo,—todavía está nuestro mozalvete metido dentro de la indigna librea francesa? A estas horas casi todos los españoles que servían á José han desertado. Acabo de ver á dos que se escondieron esta mañana.

—¡Han desertado!—repitió el coro de mujeres.

—¡Fuera esa casaca, sobrino!—gritó Monsalud, dirigiendo al hijo de su hermana imperiosa mirada.—¡Ay! acuérdate de tu madre, á quien no nos atrevimos á dar parte de tu afrancesamiento... Si lo llega á saber, se morirá de pena.

—Te esconderemos aquí—dijo Serafinita, — aunque ellos tienen bastante que hacer para ocuparse de tí.

—En esta casa no—afirmó con aplomo el tío.—Los vándalos conocen el rabioso españolismo mío, y vendrían á buscarle aquí, acusándome de haberle impulsado á la deserción.

—Pues se puede esconder en mi casa—dijo la mayor de las Linas, que era la casada, y tenía su nido en el tercer piso.

—Eso es, que se esconda arriba—repitió con extraordinaria vehemencia la soltera, contemplando al joven Monsalud de tal modo, que parecía envolverle con su mirada como en amorosa y blanda nube protectora.

—Sí, en el tercero.

—Yo le cederé mi cuarto y mi cama, y dormiré con mi hermana—añadió la doncella, en un segundo arranque de generosidad.

— Francamente, Dominguita, tu esposo está fuera, y no me gusta ver dos muchachas solas en la casa con el dios Marte—objetó doña Ambrosia.

—Pues al sotabanco. Hablaremos al señor Pujitos para que le ceda un rincón.

—Con que, sobrino, vete despojando de tu uniforme.

El soldado, á quien tal proposición ofendía en lo más delicado de su alma, y que estaba á la sazón irritado por la escena de la calle, y además por el impertinente charlar de su tía, contestó con ardor:

—Antes me quitaré el pellejo que el uniforme. Me lo puse por mi voluntad, lo tendré mientras exista el ejército á que pertenezco y la bandera que juramos.

—¿Eres francés?

—No sé lo que soy—repuso con desdén.

—¿Harás armas contra tus paisanos?

—No; pero tampoco abandonaré cobardemente á los que me han dado de comer.

Monsalud tío rompió en estrepitosas risas, acompañado por Bragas, Requejo y Carrascosa.

—Pero, sobrino de todos los demonios, ¿no tienes en mí la norma de tu conducta?

—Si yo le imitara á usted en esto—dijo el joven temblando de indignación,—no tendría idea del honor, ni una chispa de vergüenza en mi alma, ni en mi corazón el sentimiento del deber, ni sería digno de que me mirasen los hombres. Adiós. Me voy para siempre de esta casa y de Madrid.

El soldado salió resueltamente. Un poco atontado el tío, bastante aturdida su esposa, no pronunciaron una sola palabra para detenerle.

—Ese muchacho es un insolente—dijo al fin la señora de la casa.

—¡Pobrecito!—murmuró el oficial de la Visita de Propios.

—El se lo pierde—indicó majestuosamente Serafinita.—Ahora que mandan los españoles he de conseguir para tí una buena vara, Andresito. Serás corregidor de Alcalá, de Ocaña ó de Tarancón. Yo había calculado que Salvadorillo nos acompañaría con un buen momio.

—No se puede sacar partido de ese muchacho.

La niña soltera de doña Ambrosia había llevado el pañuelo á sus picarescos ojos, de súbito humedecidos por ignorada causa.

—¡Pobrecito!—exclamó con zozobra.—Se ha marchado solo. Está expuesto á que le insulten otra vez en la calle. Le darán golpes, le arrojarán lodo, manchándole la frente, la boca, los ojos, ¡ay! los ojos, el uniforme...

—Esto parte el corazón. ¡Pobre muchacho! —exclamó la casada. -- Alguien debía salir con él.

—¡Qué falta de caridad dejarle salir solito! Si yo fuera hombre...

—La verdad es que puede sucederle alguna cosa mala—dijo Serafinita, dando un suspiro.

—Usted, que es su amigo—exclamó con ira la doncella, volviéndose á Juan Bragas, que á su lado estaba,—¿por qué no salió con él para ampararle en caso de un atropello?

—¿Amigo?—dijo con desdén el covachuelo.—No tanto. Conocido, y nada más... Nos hablamos alguna vez, paseamos juntos; pero...

—Es usted un mal amigo—gritó la muchacha con voz temblorosa.—¡Dejarle partir sin compañía!... Esto se llama deslealtad, cobardía.

Juan Bragas se echó á reir.

—Pero...

—Haga usted el favor de no volverme á dirigir la palabra en toda la noche, ni volverme á mirar en su vida, ni estar donde yo esté, ni respirar donde yo respiro, ni ponerse donde yo le vea, ni...

La tertulia fué triste, tristísima. Los hombres, viendo que no podían alegrar el ánimo de las dos muchachas, ni el de la señora de la casa, ni sacarles palabras que no fuesen lúgubres como un funeral, pegaron la hebra con doña Ambrosia, y dándole á la lengua sin descanso por espacio de dos horas, azotaron á medio mundo con la piel arrancada al otro medio.

VI

En la mañana del día que siguió á estos sucesos salieron los pocos franceses que quedaban en Madrid. Les mandaba el general Hugo y llevaban consigo convoy tan inmenso, que al verlo creeríase que en la capital de la monarquía no quedaba un alfiler. Desde muchos días antes habían sido embargados cuantos coches y carros y calesas rodaban por las calles de la villa, y casi toda la servidumbre se ocupaba en el embalaje de las diversas riquezas que José y los suyos se habían apropiado. Estos señores hacían buena presa donde quiera que ponían la mano, y no eran nada melindrosos ni encogidos para esto de incautarse. Murat despojó la casa de Godoy y el real palacio, y José mandó traer de Toledo, de Valladolid y del Escorial cuanto pudiese ser transportado; esta última circunstancia salvó las piedras del edificio.

Luégo que estuvo reunida cantidad fabulosa de cuadros, estatuas, joyas de camarín y sacristía, dejando á las Vírgenes y Santas sin un anillo que ponerse, establecieron cuatro depósitos en Madrid, los cuales fueron el Rosario, San Felipe, Doña María de Aragón y San Francisco. Una comisión separó lo sublime de lo bueno, y no siendo fácil llevarlo

todo, dispusieron atropelladamente lo primero en cajas, mezclando lo sagrado con lo profano; es decir, las bellas artes con los enseres de la casa y cocina del Rey José y diversos adminículos que éste para diferentes fines usaba. Muebles, porcelanas, vajillas, armas, añadiéronse al botín. Considerando que aun después de tanto despojo quedaba en España alguna cosa de todo punto inútil, según ellos, á la ignorancia castellana, echaron mano á las colecciones mineralógicas del gabinete de Historia Natural y embaularon también los depósitos de Ingenieros y de Artillería y el Hidrográfico. De Simancas cargaron con lo más curioso que allí había. Aquella gente hasta la historia nos quiso quitar.

Una caja en que holgaba un poco el tocador de José (así lo cuenta un testigo ocular), fué rellena con los pedruscos y los minerales de la Historia Natural. Entre una masa enorme de cartas geográficas, iba *Nuestra Señora del Pez*; y la *Perla* anidó con una montura fina recamada de plata y oro. Se gastó un monte de clavos, y por algunos días las iglesias que servían de depósitos y las galerías del real palacio resonaban cual si en ellas trabajase un regimiento de cíclopes. La tabla del *Pasmo,* que ya se hallaba en pésimo estado, acabóse de rajar, y la pintura con las sacudidas y golpes se cuarteaba que era una bendición. ¡Oh divino Jesús! ¡No padeciste más en el Gólgota!

Completaban el convoy las cajas de guerra llenas de dinero en buen oro y buena pla-

ta antigua, de aquello que ya no se ve, y seducía entonces con su brillo los ojos de los extranjeros y con su noble son los oídos de todos. No se habían descuidado los franceses en reunir dinero, como gente allegadora y económica, ni menos en llevárselo; que si para limpiar de vicios á la capital hubieran usado de tanta diligencia como para limpiarla de onzas, fuera esta villa un paraíso en la tierra. Con el ejército iban los muchos particulares comprometidos que quisieron seguirles, y entre los carros de oficio gran número de vehículos con equipajes de empleados altos y bajos. Ofrecían estos desgraciados individuos espectáculo lastimoso. Si algunos llevaban consigo buen acopio de víveres y ropa, otros no cargaban más que lo puesto, y todos lloraban el hogar abandonado, la paz perdida, el honor en duda, lamentándose del gran compromiso en que se veían. Algunos hacían de tripas corazón, prometiéndoselas muy felices en las próximas batallas; pero los más miraban sin engañarse la realidad del molesto viaje y después la emigración, el general desprecio y la pérdida de la hacienda.

Desfilaron los carros por el camino de Segovia, pues Hugo quería pasar la sierra por Guadarrama, y aquella culebra rastrera formada por interminable fila de vehículos, que de lejos parecían vértebras articuladas, desapareció en la noche del 27 de Mayo, dejando á Madrid en poder de los guerrilleros que al instante lo ocuparon, y tras ellos las autoridades españolas. De esta manera, y con este

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY

despojo, la capital de España dejó de ser para siempre francesa.

No seguiremos al general Hugo y su convoy en todo el viaje desde su marcha hasta que en los campos de Vitoria perdieron los franceses gran parte de lo mucho que habían cogido. Bastantes apurillos pasó en Cuéllar y en Tudela de Duero; pero al fin logró unirse al grueso del ejército francés en Valladolid.

Reunidos todos, la contínua amenaza de las divisiones aliadas les hizo muy penoso el camino desde Valladolid á Burgos. Aquí no pudieron resistir mucho tiempo, y sin gran prisa se dirigieron á Vitoria por Miranda confiados en que Wellington no les molestaría del lado allá del Ebro; pero tan admirable combinación de movimientos había hecho el inglés, que cuando los franceses pasaron el gran río, lo pasaban también los aliados por diferentes puntos, y ambos enemigos se encontraban frente á frente en las montañas de Alava y Vizcaya. Apretó Bonaparte el paso juntando á los suyos para que desperdigados aquí y allí no fueran batidos al por menor, y el 19 de Junio llegó á la Puebla de Arganzón, donde es fuerza que quitemos la vista del Rey y de su ejército para fijarla en una sola persona, que por ahora y mientras vengan sucesos estupendos en la esfera de la historia, ha de llevar en estas líneas la preferencia.

¡Y por qué no! ¡Por qué hemos de ver la historia en los bárbaros fusilazos de algunos

millares de hombres que se mueven como máquinas á impulsos de una ambición superior, y no hemos de verla en las ideas y en los sentimientos de ese joven obscuro! ¡Si en la historia no hubiera más que batallas; si sus únicos actores fueran las celebridades personales, cuán pequeña sería! Está en el vivir lento y casi siempre doloroso de la sociedad, en lo que hacen todos y en lo que hace cada uno. En ella nada es indigno de la narración, así como en la Naturaleza no es menos digno de estudio el olvidado insecto que la inconmensurable arquitectura de los mundos.

Los libros que forman la capa papirácea de este siglo, como dijo un sabio, nos vuelven locos con su mucho hablar acerca de los grandes hombres, de si hicieron esto ó lo otro, ó dijeron tal ó cual cosa. Sabemos por ellos las acciones culminantes, que siempre son batallas, carnicerías horrendas, ó empalagosos cuentos de reyes y dinastías, que preocupan al mundo con sus riñas ó con sus casamientos; y entre tanto la vida interna permanece obscura, olvidada, sepultada. Reposa la sociedad en el inmenso osario sin letreros, ni cruces, ni signo alguno; de las personas no hay memoria, y sólo tienen estatuas y cenotafios los vanos personajes... Pero la posteridad quiere registrarlo todo; escava, revuelve, escudriña, interroga los olvidados huesos sin nombre; no se contenta con saber de memoria todas las picardías de los inmortales, desde César hasta Napoleón; y deseando ahondar lo pasado, quiere hacer revivir ante sí á

otros grandes actores del drama de la vida, á aquéllos para quienes todas las lenguas tienen un vago nombre, y la nuestra llama *Fulano* y *Mengano*.

VII

Olvídese la importuna digresión, y sepan los que en ello tuvieren interés que antes que el ejército de José pasase el Ebro, llegaron á la Puebla de Arganzón las tropas de una división que custodiaba parte del convoy. Fué esto, si no mienten las noticias que con pretensiones de verídicas se me han dado, hacia el 16 ó el 18 de Junio. El gran convoy venía detrás. Los carros del pequeño detuviéronse en el camino á las inmediaciones del pueblo, y las tropas repartiéronse por las casas y caseríos para allegar víveres. En las inmediaciones de la villa veíanse grandes masas de soldados: aquí artillería, allá columnas que iban de un lado para otro; en lo más apartado la impedimenta, y largas filas de vehículos, que después de breve descanso debían seguir adelante.

La Puebla de Arganzón, como lugar campestre, había dejado las ociosas plumas, y aunque de por sí no fuese aquella villa madrugadora, despertóla el rumor de tanta tropa y de los tambores sin cesar batidos, confundiendo su ronco son con el cantar de los

gallos que en todos los corrales entonaban su alegre grito de alerta. Veíase á los honrados habitantes salir de sus casas y juntarse en corrillos. Los ancianos preguntaban si se había ganado ya la batalla, y advertidos de que no, quejábanse de la mucha tardanza en arremeter, propia de los tiempos nuevos, asegurando que en otra ocasión ya estaría todo despachado y el asunto resuelto. Las mujeres corrían de casa en casa pidiéndose provisiones para esconderlas, pues los franceses, que en número tan considerable rodeaban el pueblo, reclamarían muy pronto lo que no se habían llevado los guerrilleros el día anterior.

En las tabernas, los taberneros no tenían manos para tanto despacho, y muy alborozados escanciaban á los franceses, pues en esto del vender y ganar dinero no hay naciones: ellos quisieran tener un Océano de aguardiente y vino, que, junto con algunas pipas de linfa del Zadorra, les hubiera hecho millonarios en un par de años de guerra.

Un joven sargento avanzaba solo por las calles de la Puebla, evitando, al parecer, la compañía de sus camaradas franceses, y más aún la vista de los habitantes de la villa. Así es que cuando veía un grupo en la puerta de una casa, se apartaba tomando otro camino.

—¿No es aquella la cara de Salvadorillo Monsalud, el hijo de la señora Fermina, la de Pipaón?—decía una mujer, viéndole pasar.

—Parece que es aquella su cara, pero no su cuerpo, que es cuerpo y uniforme de francés el que ha pasado.

—Adelantadas estáis—decía un tercero.—¿Pero no sabéis que Salvadorillo Monsalud, engañifado por su tío, ha sentado plaza en la guardia del Rey José?

—Cierto es, aunque no lo participó á su madre por vergüenza; y cuando la señora Fermina lo supo estuvo llorando tres días, y aún no lo quería creer, siendo tal su pesadumbre por esta traición de Salvador, que la buena mujer dice que más quería verlo muerto que sirviendo á los franceses.

—Y tiene razón. ¿Mas para qué dejó que el muchacho fuese á Madrid, donde todo es corruptela y picardía?—dijo un personaje, á quien todos oían con respeto, y que era, si nuestras noticias no son falsas, el boticario del lugar.—Pero esto pasa á todos los muchachos que no tienen padre, ó mejor, á aquellos que han nacido del pecado y de unión nefanda, como ese diablillo de Salvador Monsalud, que no se sabe de qué tronco vino, ni de cuál cepa sacó doña Fermina este mal sarmiento.

El jurado se detuvo ante una casa de aspecto humilde, en cuya puerta no se veía persona alguna. Miró á las ventanas, y las vió cerradas. Un gallo cantaba dentro, y dos ó tres gallinas salieron á la calle sacudiendo sus plumas y picoteando el suelo, no tardando en aparecer tras ellas el gallardo esposo. Poco después un gato asomó por la puerta entreabierta y se detuvo sobre el umbral, relamiéndose con placentera satisfacción los largos bigotes. El joven contempló un instante

con interés profundo á aquellos séres, y se acercó para entrar, desalojando al gato, que asustado corrió hacia dentro. Las gallinas y el gallo, sobresaltándose también y cambiando algunas cacareadas frases, huyeron por la calle adelante.

Monsalud se asomó por el hueco de la entornada puerta. La emoción de su alma era tan viva que le temblaban las manos al ponerlas sobre las viejas tablas y los mohosos clavos; apenas podía sostenerse en pié á causa del desmayo de su cuerpo y de la flojedad nerviosa que experimentaba. Miró hacia dentro: veíase un patio pequeño y en el fondo una habitación obscura dentro de la cual se distinguían los maderos de un telar. Monsalud contempló durante un rato aquel humilde interior, y copiosas lágrimas se agolparon á sus ojos.

De repente una mujer de edad madura apareció en la habitación del telar, moviendo los trastos de un lado para otro y barriendo después. Volvíase de vez en cuando hacia un sitio donde debía de estar otra persona con quien hablaba, á juzgar por sus gestos expresivos. Junto á la mujer apareció luégo un perro, que saltando y enredando entre sus piés, la estorbaba en su faena, recibiendo un ligero escobazo que lo decidió á salir al patio.

Salvador, que se había detenido en la puerta para gozar en silencio y á solas por un instante del inefable sentimiento que llenaba su alma y para regocijar su imaginación con la idea del contento que su madre recibiría al

verle, no pudo por más tiempo refrenar su impaciencia y empujó suavemente la puerta.

—No me espera—dijo para sí oprimiéndose el corazón que parecía querer saltársele del pecho.—¡La pobrecita se sorprenderá y se alegrará tanto!... Este momento vale por todas las pesadumbres que ha padecido durante mi ausencia.

La puerta rechinó, y el perro fué saltando y gruñendo amorosamente al encuentro de Salvador. Este se precipitó en el interior de la casa. Doña Fermina, mirando hacia el patio muy sobresaltada, vió al joven que hacia ella corría con los brazos abiertos, diciendo: "¡Madre, madre, aquí estoy!„ La buena mujer abalanzóse á recibirle con expresión de frenético contento; mas al tocarle con sus manos y al verle casi en sus brazos, su semblante se alteró de súbito, lanzó una exclamación de espanto, y cerrando los ojos y echando la cabeza atrás, cual si descargase sobre ella el rayo de instantánea muerte, cayó sin sentido al suelo. Sus labios contraídos, apenas pronunciaron esta frase, empezada con ardiente cariño y concluída con terror:

—¡Hijo mío!... ¡¡francés!!

VIII

El militar, aturdido por tan inesperado como funesto accidente, y no comprendiendo bien lo que había oído, creyó que la excesiva alegría la había desconcertado; mas antes de

acudir á los remedios que el paroxismo reclamaba, hincóse en tierra, y besando y abrazando á su madre, la llamó con los nombres más tiernos y afectuosos, seguro de que su voz la despertaría. Salvador no había visto aún á otra mujer que en la estancia estaba: era una vieja flaca y amarillenta, de ojos ardientes y vivos como áscuas, descarnadas y picudas manos, una de las cuales oprimía el puño de un bastón negro, mientras la otra se alzaba acompasadamente á la altura de la cara, para servir de signo visible y movible á su extraño lenguaje. No la vió Monsalud hasta que se acercó á él, y poniéndole los cinco amarillos palitroques de su mano sobre la pechera del uniforme, le dijo con terrible ironía:

—Acábala de matar, verdugo, acaba de matar á tu santa y buena madre.

Salvador miró á la vieja, y aunque de antiguo la conocía, su triste aspecto y la áspera y desapacible voz produjéronle impresión muy extraña, especie de frío intenso y doloroso en el corazón, cual si con una aguja se lo atravesasen, erizamiento nervioso y acritud en los dientes, como lo que se siente al contacto de las cosas agrias y heladas.

—Por Dios, doña Perpétua, dígame usted, ¿qué tiene mi madre?—exclamó el joven.—¿Está mala?

—¿Eres tú la causa y lo preguntas?—añadió la vieja, poniendo su mano sobre la frente de la desmayada.

Luégo, pasando sus dedos por la pechera

del levitón de Salvador, y tentando la botonadura adornada con águilas, y metiéndolos después entre la lana del sombrero y deslizándolos por las carrilleras de cobre, dijo:

—¡Traes sobre tí esta infernal vestimenta francesa, y preguntas lo que tiene tu madre! ¡Pobre Ferminita! ¡Se resistía á creer tan grande infamia en el hijo que llevó en sus entrañas y crió á sus pechos! ¡Pedía á Dios fervorosamente que no fuese verdad lo que le habían dicho; su alma se consumía en hondas tristezas, y sin consuelo pasaba las noches llorando tanta afrenta! La muerte del hijo que perece en los campos de batalla destroza el corazón, pero no afrenta; la traición del hijo desvergonzado que comete la infamia de pasarse al enemigo, es el más vivo de los dolores de una madre española.

—Usted está loca, madre Perpétua—dijo Monsalud rechazando á la vieja con desdén. —Mi madre es una mujer sencilla: ya lo comprendo todo. Usted y el cura le han trastornado el juicio con eso de traiciones y afrentas. Honrado soy. Mi buena madre no me aborrecerá por lo que he hecho.

—¡Mónstruo!—gritó la vieja agitando el palo.—Huye de aquí. Vete con esos herejes que te han catequizado: vete con Satanás que es tu amo; vete al negro infierno que es tu casa. Deja á esa santa martir, que ya te ha llorado como perdido para siempre. No eres su hijo; tú no puedes haber nacido en esta casa, ni en este honrado país... Vete, vete, hereje, judío; mas, ¿qué digo? ¡francés!

El apostrofado miró á la vieja; mas sin acobardarse siguió ésta vituperándole con la firmeza y el aplomo de quien tiene la seguridad de ser respetada. Vestía doña Perpétua el traje de las antiguas dueñas, con toca blanca rizada y limpia, manto y saya negros, pendiente de la cintura un luengo rosario y del pecho cruz de madera sencilla. A pesar de los muchos años, su talle era derecho y apenas se encorvaba un poco al andar. Indudablemente había en el aquilino perfil de la vieja cierta energía majestuosa que hacía recordar, á quien las hubiese visto, las rigurosas y ceñudas sibilas creadas por la inspección artística. Acartonada y seca, no tenía la repugnante escualidéz con que nos pintan á las brujas. Expresábase con vigor y hasta con elocuencia, y su voz retumbaba en los oídos como una campana de mucho uso, mas no rota todavía.

Para que nuestros lectores no carezcan de todas las noticias necesarias respecto á tan singular tipo, les diremos que la madre doña Perpétua tenía cien años cabales, no hallándose, ciertamente, en proporción su acabamiento con su mucha edad, que á la vista no parecía exceder de los setenta. Era una doncella secular nacida en la Puebla de Arganzón á poco de establecerse en España Felipe V, y que nunca había salido de aquel pueblo. Dedicóse desde su juventud á obras piadosas, mas sin aficionarse al claustro; gustaba de la independencia y de andar de casa en casa comadreando, y trayendo y llevando

noticias, dichos é ideas, libando aquí y melificando allá cual las abejas. Así creció y fué echando días y años como el siglo, y pasaron ante ella tres generaciones de pueblos y tres generaciones de reyes y veinte guerras, y ella pasó de un siglo á otro como quien atraviesa una puerta para pasar de la sala á la alcoba.

Su vida austera y los buenos consejos que daba para reconciliar matrimonios y dirimir contiendas y transigir desavenencias y acomodar caracteres, juntamente con su buena manderecha para establecer la concordia en todas partes, diéronle gran reputación en la villa. Respetábanla mucho, y cuando abría la boca, *conticuere omnes*. Como era tal la longitud de su vida y había visto tanto bueno y tanto malo, y tenía mucha experiencia de las cosas físicas y morales, tomábanla todos por consejera. Sabía curar males de varias clases, y conocía mil salutíferas yerbas y untos, además de toda la farmacopea casera, mezclando en hórrido caos la medicina y la religión, lo terapéutico y lo supersticioso. Enciclopedia del alma y del cuerpo, reunía todo el saber y todo el sentir de su país en aquella época.

Rezaba por todos los muertos y reía por todos los nacidos. No había bautizo, ni duelo, ni boda á que no asistiese, disfrutando de lo mejor del festín, cuando lo había. Sabía contar especies diversas de cuentos interesantes, algunos heróicos, muchos de pícaros tahures y guapos, y los más de devoción ó de brujerías, males de ojo, miedos y otras co-

sas divertidas que embobaban á los chicos y á las mujeres. Ningún asunto doméstico ó social ó religioso tenía para ella secretos, y era la ciencia suma en teología de aldea, en economía al por menor, en culinaria y en filosofía burda.

Doña Fermina, á los pocos minutos, comenzó á querer volver de su síncope. La vieja había traído agua en una escudilla y le rociaba el rostro diciendo:

—Ya vuelve en sí; aunque para ver lo que tiene delante, más valiera que sus ojos no se abrieran jamás á la luz. Vete, te digo, tu madre te llora muerto; no turbes la paz de su alma poniéndotele delante en esa forma aborrecible.

Monsalud, sin escuchar á doña Perpétua, alzaba á su madre del suelo, y cuidadosamente la sentó en un sillón. Sosteniendo con sus manos la cabeza de la infelíz mujer, le decía:

—Madre, soy yo, soy Salvador, el mismo de siempre, el hijo querido. ¿Por qué se ha asustado usted al verme? El vestido no hace al hombre.

Doña Fermina, viendo el rostro de su hijo cerca de sí, le dió mil besos amorosos; mas después apartó la cara y extendió los brazos para rechazar al joven.

—¡Mi hijo... francés!...—repitió con el mismo tono de angustia y terror.—¡Ese traje!... ¡Era verdad!

—¡Y el muy bribón se empeña en seguir aquí atormentándote, Ferminita!—exclamó

con desabrimiento la vieja.—¿Háse visto una desvergüenza semejante?

—¿Qué delito he cometido?—dijo Monsalud con viva congoja, estrechando entre las suyas las heladas manos de su madre, y de rodillas ante ella.—¿Qué he hecho para que usted se desmaye, madre, cuando me ve, y esta buena mujer me manda huir?

—¿Qué has hecho?—repitió la madre con estupor.—Te has pasado á los franceses, estás maldito de Dios y de los hombres, tocado de herejía y perdida para siempre tu alma y contaminada yo también por haberte parido y criado.

—¡Qué horribles palabras y qué espantosa idea! — exclamó el joven, procurando reir, pero con el alma destrozada de vergüenza y dolor.—¿Tantos males ocasiona este capote que llevo? ¡Oh! madre querida, yo conocí que hacía mal, yo resistí, conociendo que era una falta servir á los enemigos de la patria; pero me moría de hambre, y además mi tío tenía mucho empeño en que yo sirviera á los franceses. Una vez dado este paso, ya no puedo volver atrás, porque el honor me prohibe vender á los que me han dado un pedazo de pan para vivir y una espada para que los defienda. Si por esto he perdido el amor de mi madre, de la única persona que en el mundo me ha querido, de la que me dió la vida, de aquella á quien he consagrado siempre la mía, será porque algunos mal intencionados habrán emponzoñado su alma con bajos sentimientos.

—No, yo te amo siempre—dijo doña Fermina, no pudiendo resistir el ansia vivísima de besar á su hijo y regar con ardientes lágrimas sus mejillas, aunque doña Perpétua extendía á menudo entre los dos sus manos de cartón;—yo siempre te quiero, pero he hecho juramento ante Dios de no admitirte bajo este techo ni darte mi bendición, ni llamarte hijo, si no abjuras tus errores y maldices tus banderas infernales y reniegas de ese vil Rey y tornas á la patria y al deber... Mi conciencia me exigió este juramento y lo he hecho por consejo de respetables personas á quienes debo consuelos tiernísimos en esta última y tan amarga desventura que ha caído sobre mí.

El joven, cubriendo con ambas manos su rostro, lloró; mas de súbito estalló una violenta indignación en su alma, y apartándose de las dos mujeres, púsose en el centro de la pieza.

—Mi honor—gritó con voz alterada y resuelta,—me impide desertar; pero si pierdo el amor de mi madre, y se me arroja de mi casa porque no quiero ser desleal y perjuro, no quiero vivir. Aquí tengo una espada—añadió desenvainándola,—y no me falta valor para atravesarme con ella el corazón.

Doña Fermina se arrojó llorando en brazos de su hijo. La mujer secular permanecía silenciosa, fría, clavada en su silla, contemplando la patética escena como una estátua de cartón que dentro de su pasta encolada tuviera un alma observadora. Sus ojos ne-

gros clavábanse en el joven con fijeza aterradora.

En aquel instante entró un nuevo personaje. Era un anciano fornido y alto, de rostro sanguíneo, duro y tosco, pero no desagradable por cierto, mirar franco y campechano, que le animaba y hasta le embellecía. Su cabeza calva apenas se exornaba económicamente con un cerquillo de blancos pelos esporádicos sobre las sienes y en el occipucio, y en cuanto á su cuerpo era bravío, imponente, recio como de varón hecho á las intemperies, á las luchas con hombres y elementos. Vestía negro traje talar, llevado con desenvoltura y abierto por delante para poder introducir fácilmente las manos en el bolsillo ó cuadrarlas en la cintura, como frecuentemente lo hacía aquel hombre, dueño de dos manos enormes, poderosas, velludas, que sabían llevar el arado, la espada y la hostia. Era don Aparicio Respaldiza, cura de la Puebla de Arganzón.

Mirando al mancebo, más bien con lástima que con rencor, le dijo:

—Ya sabía que estabas aquí, desgraciado. Te hacíamos muerto, muerto con la muerte de la deshonra que deja el cuerpo vivo. El alma se va y queda la vergüenza.

Luégo, acercándose á doña Fermina, que desecha en lágrimas, recibía consuelos y caricias de la buena beata, le dijo:

—¡Señora Fermina, valor!... El sentimiento materno es el más fuerte de todos. No trate usted de vencerlo: al contrario, desahogue

su pecho, llore hasta mañana. Este hijo muerto no es quizás perdido para siempre, y puede resucitar, si se abraza á la cruz de la patria. Yo seré el primero que le reciba en mis brazos.

—Y yo—repitió la beata, sin que se mostrase en la engrudada máscara de su rostro compasión, ni alegría, ni sentimiento alguno. —Yo también le abriré mis brazos.

—Hijo mío,—dijo doña Fermina poniéndose de rodillas ante Salvador y cruzando las manos,—vuelve en tí, deja esos hábitos infernales, abandona á los que te han seducido, torna á la patria y recibirás la bendición de tu madre y el amor que siempre te he tenido y te tengo á pesar de tu horrible pecado. Hazlo por Jesucristo Crucificado, por la religión que te enseñé, por el agua que en el bautismo recibiste, por el pan eucarístico que has recibido en tu cuerpo; hazlo por mí, por mi honor y buen nombre, que para siempre he perdido en este pueblo, por mi tranquilidad que no recobraré sin tí; hazlo por el señor cura de nuestra aldea que te enseñó los mandamientos y la doctrina y la lectura y la escritura y el latín, con lo poco que sabes; hazlo por la santa doña Perpétua que nos da tan buenos consejos y más de una vez te ha entretenido contándote las más bellas historias; hazlo, en fin, por todos los que te aman en esta villa y en el lugar de Pipaón, donde no sé si por ventura ó eterna desdicha mía naciste.

Monsalud, enternecido por voz tan elo-

cuente que agitaba hasta lo más hondo su alma, como la tempestad el Océano, se había sentado en un escabel, y con los codos en las rodillas y la cabeza encajada entre las palmas de las manos, lloraba en silencio. El témpano colosal y endurecido de su entereza se desleía poco á poco.

—Y lo que es ahora—dijo el cura para favorecer el deshielo,—los franceses van á ser destrozados. ¡Pobrecitos de los que se unan á ellos!

—Bueno—dijo Salvador alzando de repente la cabeza;—déjenme que lo piense. Eso no se puede decidir en un momento; los que estamos acostumbrados á cumplir con nuestro deber y á obedecer á nuestros superiores...

—No hay ningún superior que tenga sobre tí más autoridad que tu madre—dijo el cura paseándose por la habitación, con las manos á la espalda;—tu madre, personificación viva de la patria, que á todos sus hijos gobierna y dirige.

Doña Fermina corrió á abrazar á su hijo, besándole cariñosamente en las mejillas.

—Querido niño mío—le dijo,—veo que estos dos excelentes amigos te han convencido. Dejarás á esos perros franceses, devolviéndome la tranquilidad y poniéndome en paz con mi conciencia y con Dios. Siéntate, descansa; te esconderemos para que no puedan verte los vecinos con ese endiablado uniforme...

—Es una imprudencia que le tengas en tu casa mientras de todo en todo no se convierta - dijo la santa con severidad.

—¿Y qué importa?—repuso doña Fermina ofendida de la intolerancia de su consejera. —Mi hijo está arrepentido. El pobrecito estará hambriento y fatigado. Lo primero es que tenga salud.

—Puede quedarse—afirmó el cura, menos celoso que la beata. — Salvador es un buen muchacho... ha dicho que lo pensaría... Tiene buen natural y mucha inteligencia... y, sobre todo, el deber le ordena servir á la patria. Aquí donde me ves—añadió, deteniéndose en medio de la estancia en actitud marcial,—estoy disponiéndome para salir por ahí con otros amigos... Ya sabes que mi puntería es la mejor de toda la tierra de Alava. Hemos decidido organizar una partidilla, para auxiliar á las de Longa. ¿Qué te parece mi proyecto? ¡Oh, admirable! Los hombres se deben á su patria, y es preciso que nosotros, los que estamos en cierta jerarquía, demos el ejemplo á los demás... La ocasión es solemne, y ningún español puede permanecer en su casa: Wellington está cerca, y es preciso ayudarle. ¿Qué tal? ¿Te anímas? yo no espero sino á que venga de Peñacerrada D. Fernando Garrote, que es hombre muy entendido en guerras, para partir con él... Serás un buen escopetero, Salvador.

—Siéntate, hijo—indicó la madre, observando que el joven no se entusiasmaba con el bélico ardor de Respaldiza.—Voy á aderezar algo de comida. Estarás muerto.

—No tengo ganas de comer—respondió el mozo, profundamente abstraído.

La madre le miró con desconsuelo, viendo sin duda en su abatimiento pensativo la señal de nuevas vacilaciones.

—He dicho que lo pensaría, ¿no es eso?—murmuró Monsalud, sin pensar en comer.—Pues bien, lo pensaré... déjenme pensarlo todo el día... Es cosa grave... El convoy que he custodiado, y que lleva el general Maucune, sale ahora mismo; pero yo no saldré hasta mañana con el convoy grande.

La madre y los dos amigos permanecieron mudos, y, sin pestañear, le observaron. Luégo abrazó el hijo á la madre, y sonriendo dijo:

—Volveré más tarde.

Cuando salió de la habitación, la vieja se expresó así:

—¡Perdido, perdido para siempre!

Más optimista y generoso el cura, tranquilizó á la afligida madre, diciendo:

—Es nuestro.

IX

Para mayor claridad de sucesos que han de venir, Dios mediante, no estará demás referir algunos antecedentes relativos á las principales personas de esta narración. Era doña Fermina natural de Pipaón, y rama del tronco de una honradísima é hidalga familia; mas Dios quiso que en ella y su hermano tuviese fin el lustre de la casa, pues quedando huérfanos en edad temprana, mientras él de-

rrochaba en Madrid toda la fortuna paterna, sufrió ella una desgracia irreparable, que por siempre le condenó á la obscuridad y á la vergüenza, con lo cual acabó para el mundo, y en el olvido quedaron las nobles prendas de su alma y superior mérito.

Una herencia de poquísimo valor y un pleito enfadoso la obligaron á establecerse en la Puebla en 1811. Vivía allí con modestia y muy retirada; pero la trataban algunas personas, y entre ellas asíduamente doña Perpétua y el cura, que bien pronto ejercieron en su ánimo grande influencia, convidándoles á ello la gran sencilléz y bondad de la piadosa mujer. Doña Fermina no era vieja aún; pero habíala desfigurado la negra tristeza que en todos tiempos llenaba su alma, y finalmente, el pesar por la ausencia de su hijo. Los amores de éste con cierta joven de la villa, y sus cuestiones y disputas con otro muchacho, hijo de acomodados padres, obligaron á doña Fermina á enviarle á Madrid, donde hizo lo que ya sabemos, y se entregó en cuerpo y alma á los franceses.

Después de la conferencia antes referida, salió Monsalud á la calle y vagó por las principales del lugar, tan ocupado por sus pensamientos que á nada atendía, ni paró la atención en la mucha gente que le miraba. Su entereza había sido muy quebrantada por la lastimosa escena de la mañana, y la deserción que antes le parecía un hecho deshonroso, contra el cual á voces protestara su pura conciencia, se le representaba al fin, no sólo

como natural, sino como en alto grado laudable y meritorio. El grande amor que á su madre tenía, y el prestigio de las dos religiosísimas personas de que se ha hecho mención, habían trastornado sus ideas, abierto nuevas vías á su pensamiento, y cambiado el modo de ver las cosas de la vida, y especialmente de la guerra.

—Es indudable—dijo para sí,—que el deber que hacia mi patria tengo anula todos los demás deberes... Al nacer contraje con mi patria el compromiso tácito de defenderla, y este compromiso anula también todos los juramentos posteriores... Váyanse los franceses con doscientos mil demonios... Pero una conciencia honrada, ¿puede consentir el abandono traidor de los que nos han hecho un beneficio, y el hacer armas contra ellos, aunque sea en las filas de la patria? No, en caso de desertar renunciaré á mis grados militares, romperé mis charreteras, y dejando á los franceses, me retiraré á mi casa resuelto á no volver á tomar un fusil en la mano.

Así discurría, balanceando su voluntad de un lado para otro, pero inclinándose más del lado de la deserción. Al fin sus pensamientos tomaron vuelo por distintos espacios, y puso en olvido á franceses y españoles: en aquel mar agitado de sus ideas sobrenadó lo que sobrenada siempre, y todo lo demás se fué al fondo. Mirando las verdes copas de unos árboles que se elevaban sobre los viejos tapiales de una huerta entre irregulares tejados, dijo hablando consigo mismo:

—¿Estás ahí, Genara, estás ahí? Todo sigue lo mismo, árboles, casa, cielo y tierra, el aire y el sol, y lo mismo también mi corazón, que antes dejará de latir que de quererte.

Los redobles de tambor que sonaron en las inmediaciones del pueblo le obligaron á seguir adelante.

—Como la división no se pone en marcha hasta mañana temprano—dijo,—tengo tiempo de pensar lo que debo hacer; vamos al campamento, y esta noche... Esta noche veré á Genara aunque me sea preciso degollar á su madrastra y ahorcar á su abuelo.

Pensándolo así, fué al campamento llamado por su obligación; mas nada le ocurrió en él digno de contarse, por lo cual apresuramos la narración, acortando el día y transportando á nuestros lectores á la apacible y obscura noche, cuando Monsalud dirigióse solo y con el alma llena de ansiedades entre dulces y dolorosas, á aquellos mismos tapiales de tierra que por la mañana vimos, descollando sobre ellos la frondosa arboleda de una huerta. Llegó el joven, y después de reconocer los contornos para ver si alguien le observaba, cerciorado al fin de que en las callejas contiguas no había curiosos ni rondadores, tomó una piedrecilla y la arrojó contra la única ventana de la casa que á la huerta daba. Luégo articuló hábilmente unos silbidos que parecían el canto de un pájaro nocturno; mas ninguna señal de la casa contestó á su extraña música hasta la tercera repetición.

Abrióse al fin la ventana, pero no conociendo Salvador la persona que en el obscuro hueco apareciera, y receloso de que fuera el suspicáz abuelo ó la vigilante madrastra, calló y ocultóse en las densas sombras que proyectaban las cercanas paredes. Poco después creyó sentir pasos en la huerta y el ténue ruído de las matas que se rozaban unas contra otras, apartándose para dar paso á un vestido. Acercóse entonces muy quedito á la empalizada que tapaba la entrada de la huerta, pero que en sus tablas carcomidas tenía grietas, agujeros y hendiduras suficientes para dar paso libre á la palabra durante la noche y aun á la vista durante el día. El joven conocía aquellos viejos maderos, la disposición de sus huequecillos y claros como se conoce el traje que se ha usado muchos años. Al pegarse á ellos su corazón más que su oído le dió á entender que por dentro respiraba una persona.

—Generosa—dijo aplicando los labios á una juntura por donde difícilmente podía pasar un dedo.

—Salvador—repuso desde el contrario lado una dulce y conmovida voz que parecía un gemido del viento entre las hojas.—¿Eres tú?

—Aquí estoy, siempre tuyo, siempre queriéndote, muriéndome, Genara, por tí—dijo Monsalud oprimiendo su cuerpo contra las frías y duras tablas.—Díme si me has olvidado, si quieres á otro. Genara, estás aquí y no puedo verte. ¡Maldita noche!... ¿Me has olvidado? ¿Me quieres todavía?

—Sí—repuso desde dentro la dulce voz,—te quiero. ¿Por qué has estado tanto tiempo sin escribirme? ¡Cuánto me has hecho llorar!

—Genara—exclamó el joven apoyando su frente abrasada sobre la madera,—mete tus deditos por esta rendija de la derecha.

Dos blancos dedos aparecieron por la rendija, moviéndose como dos culebritas. Monsalud, después de imprimir en ellos amorosos besos, los estrujó entre sus manos, hasta que la muchacha los retiró diciendo:

—Me lastimas, Salvador.

—Genara, soy muy desgraciado, soy el más infelíz de los hombres. Déjame que te vea, pues viéndote, aunque sea un momento, me será menos penosa la vida.

—¿Por qué eres desgraciado?

—¿Por qué?...—repuso el joven vacilando,—porque no te veo, porque tu abuelo y tu madrastra no quieren que seas para mí... Genara, por Dios, rompamos estas tablas.

—¿Estás loco? Deja las tablas como están y hablemos. Aún no sé si podré estar aquí mucho tiempo.

—¿Los de tu casa duermen?

—Sí; pero mi abuelo tiene el sueño muy ligero, y como todos hemos de madrugar mañana para ir á Vitoria, se ha acostado vestido, y al menor ruído, Salvador, saldría como un león.

—¿Te vas á Vitoria?

—Sí, el abuelo teme que los franceses destruyan esta villa. Allá estamos más seguros... ¿Irás tú por allá?

—Tal vez.

—Pero no me has dicho las causas de tu desgracia. Yo también soy desgraciada. Tengo un pesar que me destroza el alma. ¿Sabes por qué? Porque te quiero, Salvador—dijo la muchacha con acento quejumbroso,—porque te quiero mucho, porque desde hace dos años, desde que tú y tu madre vinísteis á estableceros en esta villa, te estoy queriendo.

—¿Lloras, Genara?—preguntó Monsalud, oyendo los sollozos de su amiga.

—Sí, lloro... Pero de tí depende que me muera de dolor ó que sea muy felíz. Respóndeme.

—¿A qué?

—Salvador, Salvador de mi alma, en la Puebla se ha dicho que te habías pasado á los franceses. Hoy mismo dijo mi abuelo que estabas entre los vándalos que llegaron anoche. Yo no lo he querido creer, se me ha resistido creerlo: díme si es verdad, díme si te has pasado á los franceses; y si es cierto, Salvador, no volverás á oir una palabra de mi boca, ni me verás. Genara ha muerto para tí. Genara te aborrece.

Monsalud se quedó yerto y frío y sin habla. Helado sudor corría por su frente.

—Genara—dijo haciendo un esfuerzo para traer la palabra de su agitado corazón á sus trémulos labios,—¿por qué has de tomar tan á pechos?...

—Contéstame pronto—repitió la voz.

El joven vaciló un momento y después dijo:

—Pues bien; es mentira.

—¡Salvador, has dicho que es mentira!—exclamó Genara alzando la voz.—¡Bendita sea tu boca! ¡Bendita sea tu alma! Todo mentira; invenciones de la gente, envidia también de tus buenas prendas.

—Invenciones, envidia—repitió sordamente Salvador.

—Pues tú me lo dices, lo creo—dijo la muchacha.—Nunca me has dicho sino la verdad. No sé de dónde ha sacado la gente tal noticiota. Dijeron que te habían visto hoy por el pueblo, vestido con un uniforme verde y un sombrero de piel.

Monsalud calló.

—Hace un momento, Salvador mío, me quedé dormida; soñé primero con tu uniforme verde y tu sombrero de piel, adornado con un águila dorada. ¡Me causabas horror! A pesar de tanto como te he querido, viéndote de aquel modo, me parecías el más aborrecible, el más espantoso de los hombres.

Salvador sentía en su garganta un cerco de hierro que le ahogaba. Era la gola con la insignia imperial. Bajando hasta su pecho le mordía el corazón, y el águila majestuosa que exornaba su frente no le hubiera quemado el cerebro con más violencia, si fuera una llama. El desgraciado joven sentía en su interior una ansiedad semejante á la agonía que precede á la muerte.

—Pero después—prosiguió la joven,—tuve otro sueño mejor. Soñé que lo de pasarte á los franceses era mentira, como has dicho;

soñé que volvías á la Puebla vestido de paisano, pobre, pero con honra; que volvías después de haber estado combatiendo con los franceses en las filas de Longa, de Pastor ó de Mina... ¿Estás de paisano? Cuéntame lo que has hecho durante ausencia tan larga.

—Todo te lo contaré. Pero díme: si yo hubiera cometido la infamia, la deslealtad, la alevosía de servir á los franceses, ¿es cierto que habrías aborrecido al pobre Salvador, que lo mismo te quiere hoy que ayer?

—No me lo digas—contestó la joven.—¿Por qué se quiere á las personas? ¿Por el rostro? No lo creas. Se quiere á las personas por las prendas del alma, por el valor, por la honradéz, por la generosidad, por la dignidad, por la nobleza.

Monsalud no oía estas palabras. Sentíalas en su corazón como saetas que se lo atravesaban de parte á parte.

—El que en una guerra como esta—continuó la muchacha,—da de lado á sus hermanos que están matándose por echar á los franceses, el que ayuda á los enemigos, á esa caterva de herejes, ladrones y borrachos, es un traidor cobarde, un ser despreciable, un Judas. Los perros de España merecen más consideración que el que tal vileza comete. Si tú la cometieras, Salvador, no sólo te aborrecería, sino que me mataría la vergüenza de haberte querido.

Monsalud apuró con resignación este cáliz de amargura. Las palabras de la vehemente muchacha, juntamente con el recuerdo de

la escena ocurrida en la casa materna, le hicieron comprender la inmensidad del sentimiento patrio. Todo lo que en él había de violentamente salvaje desaparecía ante la grandeza de su lógica. Contra aquello, ¿qué podían José ni Napoleón con todos sus ejércitos? Sobre aquel sentimiento, sobre aquel odio de las muchachas á todo el que no fuera patriota, descansaba la inmortalidad nacional, como una montaña sobre sus bases de granito. Monsalud lo vió todo, vió aquel gigante cruel y sublime salvaje, pero grandioso, y se inclinó ante él abrumado, vencido, resignado, comprendiendo su propia miseria y la magnitud aterradora de lo que tenía delante.

—Genara — dijo con voz conmovida, — mete tus deditos por esta rendija. Me muero de dolor; soy el más desgraciado de los hombres.

—¿Por qué?—dijo Genara, poniendo su alma en las yemas de los dedos y echándola á la calle.—Yo estoy contenta... Pero, Salvador, ¿qué es esto que toco? Un botón de metal, y otro, y otro. ¿Tienes uniforme?

—Me compré un chaquetón en Valladolid cuando venía para acá —repuso turbado el militar.—Así se usan ahora.

—Salvador, ahora que te has movido, ha sonado contra el suelo una cosa de hierro. Parece un sable.

—¿Pues no te dije que lo tenía? Sí, me lo dieron unos guerrilleros en Nájera.

—¿Has estado con los guerrilleros? — ex-

clamó la joven con entusiasmo.—¡Y no me lo habías dicho! ¡Oh, con los guerrilleros! ¡Bendígalos Dios!... Salvador, entra tu mano por este agujero grande que hay más arriba... ¿Con que has estado con los guerrilleros?

La mano de Monsalud pasó de la calle al jardín, y el joven sintió sobre ella los labios de la joven, quemándole como ascuas, que se le metían por las venas adentro hasta el mismo corazón.

—Salvadorillo—dijo la joven, acariciando la mano de su amigo,—¿esta mano ha matado muchos franceses?

A Monsalud, después del anterior fuego, se le heló la sangre en las venas al oir esto.

—Siempre que oigo contar hazañas de guerrilleros—prosiguió Genara,—me acuerdo de tí. A todos me los figuro como tú, y me parece que nadie puede ganarte en valentía. Sueño con las sangrientas batallas en que perecen muchos franceses. ¡Ay! si yo fuera hombre, no quedaría con vida ni uno solo de esos perros. Cuando voy á la iglesia y oigo al cura contarnos en el púlpito las ventajas de los guerrilleros; cuando vienen á casa los amigos de mi abuelo y hablan de las batallas ganadas por Longa y Mina, no puedo apartar de tí mi pensamiento. Me moriría de felicidad si oyera tu nombre entre tantas maravillas de valor. Los buenos soldados de España se me representan como San Miguel, ángeles armados y hermosos que destrozan al dragón. ¿Eres tú de esos, Salvador, eres tú un San Miguel?—añadía con exaltación ad-

mirable.—Díme que sí, y te querré más todavía. Díme que has matado muchos enemigos, que has defendido á España contra esos borrachos del Infierno, díme que te has bañado en su sangre maldita y machacado sus horribles cabezas, y te querré más que á mi vida, te querré como á Dios... Nosotros somos Dios, Salvador, nosotros los españoles somos Dios y ellos el demonio, nosotros el Cielo y ellos el Infierno. Así lo dicen el cura y mi abuelo, y tienen mucha razón.

—¡Mucha razón!—repitió Monsalud por decir algo.—Genara, tu exaltación me conmueve. Ahora veo que hay otra religión además de la que está en el Catecismo, la religión de la patria. Los hombres la practican y las mujeres la sienten. Si la fe en Dios mueve las montañas, la fe de esa otra religión también las mueve. Con ella el heroísmo y el martirio son cosas fáciles... Genara, yo te juro ante Dios que nos está mirando desde lo más alto del Cielo, que haré todo lo posible para elevarme como tú hasta el último grado en la fe de la madre España. Mis proezas no han sido hasta ahora muy grandes; pero aún hay franceses en la tierra. Soy joven, fuerte, robusto; soy soldado de la patria. Morir por ella y morir por tu amor me parece lo mismo. Genara de mi alma, quiéreme mucho.

—Salvador mío, ese es el lenguaje que me gusta oirte—exclamó la muchacha.—Estamos en guerra. Todo hombre que no sea guerrero hoy, no merece más que desprecio.

¿Te gusta á tí la guerra, Salvador? Dí por Dios que sí. Dímelo.

—Extraordinariamente, Genara. El corazón que no palpita por estas tres cosas, Dios, la mujer amada y la victoria, no es corazón de español ni de hombre.

Sintióse el suave estallido de algunas tablas. Genara sacudía la empalizada.

—¿Qué haces?—le preguntó Monsalud.—Esto se mueve.

—Salvador, amigo querido de toda mi vida—dijo con pasión la muchacha.—¡Malditas sean estas tablas que nos separan! Empuja un poco de ese lado.

—Se romperán, Genara. Esto no es tan fuerte como parece—indicó el joven con terror.

—Quiero verte—añadió Genara con voz que se ahogaba entre sollozos y suspiros.—Hace tanto tiempo que no te veo... y si ahora te vuelves con los guerrilleros, y tu arrojo te causa la muerte en una acción... no te veré más... ¡Ay! estas condenadas tablas no ceden.

—No—repuso el mancebo tranquilizándose.

—Oye—dijo la joven con exaltación,—si es tan grande tu empeño por entrar y verme, no es menor el mío. Nada más triste que hablar y no poderse ver las caras. ¿Estás palido, Salvador, estás tostado del sol?... Oye lo que me ocurre. Mi abuelo tiene la llave de esta puerta sobre la mesa de su cuarto. Ahora duerme... puedo entrar de puntillas y cogerla. No sentirá nada... Aquí está el canda-

do, hijito... se abrirá fácilmente... ¿Con que voy por la llave?

X

—Detente—exclamó Monsalud, á quien causaba rubor y angustia la idea de que al abrirse la puerta, descubriera Genara por su traje el engaño de su patriotismo y la verdad de su afrancesamiento.—Detente, Generosa, y reflexiona un momento sobre lo que vas á hacer... Te quiero más que á mi vida; te quiero, no por egoísmo, sino por verdadero amor que pone por encima de todo el bien de la persona amada. No necesito llave para abrir esta puerta del cielo, Genara: basta un esfuerzo mío para echarla á tierra; pero no la romperé, no, porque mi propia estimación y sobre todo la tuya me lo prohibe.

—Dices bien, yo estoy loca—murmuró la muchacha.—Acércate; que sienta yo tu respiración pasando por estas rendijas, Salvador mío. ¿No te marcharás todavía?

Monsalud, fatigado de la farsa que estaba representando y que repugnaba á la dignidad y lealtad de su alma generosa, mas sin deseos de ponerla fin alejándose de la dulce criatura amada, quiso variar de conversación, entablándola sobre un asunto que no tuviera relación con la guerra, ni con los franceses, ni con los guerrilleros.

—Niña mía—dijo,—se me había olvidado un asunto del cual pensé hablarte.

—¿Cuál?

—Durante este tiempo en que nos hemos visto, he tenido celos, muchos celos. En Madrid me dijeron que querías al hijo de D. Fernando Garrote. Recordarás, que cuando éramos novios, él te hacía la corte, que Garrote y yo nos mirábamos con muy malos ojos, que por haber reñido primero de palabra y después de obra, tuve que salir de la Puebla jurándole enemistad eterna. Si después de esto, has tenido la debilidad, no digo de quererle, porque esto me parece imposible, sino de admitir sus galanteos, buscaré á ese fátuo, y donde quiera que le encuentre le mataré.

Contra lo que Monsalud esperaba, Genara no se escandalizó de lo que acababa de oir ni menos contestó á los agravios del mancebo con mimos y lloros, según costumbre tan antigua como el mundo. Oyó él tras los maderos una risita que no le hizo felíz, y después estas palabras.

—¡Qué tonto eres! No hagas caso de eso. Cierto es que Carlos Garrote me hace la corte y quiere casarse conmigo. Me envía regalitos, ramos de flores, va á misa á la misma hora que yo, y algunas veces viene con sus amigos á desgañitarse bajo las rejas de esta casa, acompañado de guitarras y bandurrias.

—Genara, Genara, me estás destrozando el corazón—exclamó el mancebo con fuego. ¿Por qué te ríes?

—Me río de él. Y no es mal muchacho, Sal-

vador—continuó Genara.—Tiene buen porte, muy bueno, sí, y también excelentes cualidades, sólo que no es amable ni delicado como tú, sino brusco, serio y...

—Y fatuo y vanidoso y soplado — interrumpió Monsalud.—Veo que no te disgusta mi enemigo.

—Ni me gusta, ni me disgusta — dijo la doncella, aplicando su boquita á las hendiduras para que se oyese mejor lo que decía.—Si no le quiero, tampoco desconozco sus buenas cualidades, especialmente el grande y temerario valor que ha mostrado en esta guerra. ¿Qué crees tú? Carlos Navarro, el hijo de D. Fernando Garrote, es la admiración de esta villa y el honor de todo el país de Alava. Ha corrido por esos mundos con Longa y Pastor, y todos dicen que no han visto mozo de más arrojo y bravura. ¿Pues y su tino para la guerra? ¿Y su ciencia militar que nadie le ha enseñado? Todo lo sabe, y es al modo de los grandes capitanes, que en un abrir y cerrar de ojos aprenden por completo el arte de pelear. Mi abuelo asegura que de Carlos Navarro á Alejandro el Grande va menos que el canto de un duro. Hace meses, cuando entró en la Puebla después de haber derrotado á los franceses, todos los habitantes de esta villa salimos, como en procesión, á vitorearle. ¡Qué día, Salvador! Yo me acordaba de tí, y hubiera querido que estuvieses aquí para ver tanto entusiasmo. Yo no cabía en mí de puro confusa y exaltada y alegre. No sé lo que pasaba en mi alma cuando ví á

Carlos Navarro en su caballo blanco entrar triunfalmente cubierto de guirnaldas de flores, con la espada en la mano y el orgullo de la victoria en los ojos; ¡ay, Salvador! me eché á llorar.

—¡Te echaste á llorar!—dijo Monsalud, con un volcán de celos dentro del pecho.—No lo digas delante de mí. Eso es un insulto, Genara... me estás matando.

Sin añadir más palabras, golpeó con tanta violencia las tablas, que la débil empalizada vaciló. Ocupado por el dolor y los celos, que entre confusiones mil agitaban su alma, Monsalud no advirtió que en el extremo de la calleja, donde tan descuidadamente departía con su tormento, había aparecido un hombre; que aquel hombre se había acercado con cautela y puéstose inmóvil y vigilante como á dos varas de la amorosa conferencia. Cuando la empalizada crujió al recibir los golpes de fuera, dió algunos pasos más hacia adelante el que parecía fantasma, y entonces le vió nuestro celoso joven.

Ambos se miraron sin hablar nada, hasta que el desconocido rompió el silencio, diciendo con voz grave:

—¿Qué hace usted aquí?

—Lo que quiero—repuso Monsalud, reconociendo al instante la voz de Carlos Navarro, hijo único del célebre y hasta ahora no conocido D. Fernando Garrote.—Siga usted su camino, que no me creo obligado á informarle de mi conducta, señor entrometido.

—Ahora veremos quién desfila—dijo el

otro, sin perder la calma.—Me parece que tengo enfrente á Salvadorillo Monsalud, el cual marchó á Madrid á servir á los franceses.

—El mismo soy—exclamó el militar con brío.—¿Qué quieres de mí, Carlos Navarro?... Supongo que traerás una espada.

—No.

—¿Navaja?

—Tampoco. Vengo sin armas. Si las trajera, no las deshonraría midiéndolas con las de un miserable traidor, con las de un vendido á los franceses.

—¡Navarro! Llevo un uniforme que no es el tuyo—exclamó Salvador con violento coraje.—No lo desprecies. El corazón que va dentro de él no ha cometido ninguna acción villana. Lo mismo puedo matarte con una espada española que con un sable francés.

—¡Vendido!... deja libre esa calle. No reñiré contigo. Cuando me encuentro con un traidor, escupo y paso.

—¡Miserable, cobarde, salteador de caminos!—gritó Monsalud, sintiendo el rayo culebrear dentro de sus venas.—Defiéndete, si no quieres que aquí mismo te atraviese y envíe al infierno tu alma perversa.

Monsalud desenvainó el sable. Navarro no hizo movimiento alguno hostil; pero echando atrás el embozo de su capa negra, alargó la mano, sin otra arma que una linterna. El espacio que separaba á los dos enemigos se inundó de luz.

En el mismo instante la empalizada, que

poco antes se estremecía, sacudida con violencia por un hombre, cedió por completo á los esfuerzos de una mujer, y abierta al fin, dió paso á Genara, que pálida como la muerte, fué derecha á ponerse entre los dos jóvenes. Alargando sus brazos podía tocar el pecho del uno y del otro. Lo primero en que se fijaron sus ojos fué en la gallarda persona del renegado, cuyo brillante uniforme reflejaba la luz de la linterna en los relucientes botones de cobre, en el águila, carrilleras, gola y cartera. Genara dió un grito agudísimo, miró á uno y otro galán alternativamente, toda acongojada y confusa, como quien no cree lo que ven sus ojos y tocan las propias manos. Monsalud, que resuelta y ciegamente iba ya contra su enemigo, detúvose al ver interpuesta á la hermosa joven.

—Este es Monsalud — exclamó ella con perplejidad indescriptible. — Navarro, ¿es este Monsalud?

—Por el uniforme francés se le conoce—respondió el guerrillero.

—¡Francés, francés!—gritó la doncella.—¡Tú francés... embustero, además traidor!

—Sí, francés, francés—rugió Salvador;—francés, traidor y embustero y todo lo que quieras; pero vete de aquí y déjame solo con este hombre.

—¡Virgen María! ¡Señor mío Jesucristo! Asísteme en este trance—murmuró la joven.

Después entró corriendo en el jardín, y desde la empalizada y con voz clara, argentina, sonora, penetrante y exaltada, con voz

que no puede definirse, como no puede definirse la pasión extraña que la inspiraba, gritó:

—¡Navarro, mátale, mátale sin piedad!

XI

—Mátale—replicó alejándose la voz, al mismo tiempo dulce y guerrera,—mátale por traidor y embustero.

Monsalud al oirla, sintió en su corazón el frío de la muerte; sintióse cobarde, zumbó en su cerebro la sangre inflamada; su brazo era un estropajo inerte que apenas podía mover el sable, aquel hierro, trocado en caña inútil por la súbita congoja del alma... El universo entero se le había caído encima.

—No tengo armas—dijo Navarro sin dar un paso hacia adelante ni hacia atrás y soltando la linterna.—Puesto que no puedo ni quiero batirme contigo en lid de caballeros, asesíname, francés; ese es tu oficio. Asesina al guerrillero de Andía y la Borunda.

La serenidad grave y un poco petulante de aquel hombre, el mirar fijo de sus ojos, su hermosa estatura, la capa que de los hombres le caía hasta los pies, dándole el aspecto de una estátua negra, trastornaron á Monsalud más de lo que estaba. ¿Por qué no decirlo? tenía miedo, una especie de pavor, semejante al que infunde la superstición. Todo cuanto veía parecíale sobrenatural, obra del

demonio, obra de Dios tal vez. Sobreponiéndose á su espanto, dijo:

—Es mentira, las traes bajo tu capa. ¿Tienes miedo?

Con esta pregunta pensó sacarle de su fría impasibilidad; mas el otro sonriendo con desdén replicó:

—Salvador, guarda ese chisme y vete con los tuyos.

—Mátale, mátale por traidor y embustero —gritó más lejos, desde la casa y junto á la puerta que daba al jardín la voz divina y furiosa de Genara.

Un hecho es este cuyo tenebroso misterio no penetrará jamás con exactitud el observador; pero es indudable que la pasión amorosa confundida con el arrebatado sentimiento patriótico que en el alma de la mujer produce fenómenos extraordinarios, durante las grandes guerras de raza, está sujeta á veleidades casi increíbles. El fanatismo de Genara hizo de ella en la ocasión crítica que narramos un ser espantoso; pero ¿es posible pronunciar la última palabra sobre la vengativa y cruel saña de su alma exaltada, sin deslindar lo que de sublime y de perverso había en los sentimientos que precedieron á aquella explosión tremenda? La pavorosa figura bella y terrible, que pedía la muerte de un hombre, pocos minutos antes amado, encaja muy bien dentro del tétrico cuadro de la época, en la cual las pasiones humanas exacerbadas y desatadas arrastraban á los hechos más heróicos y á los mayores delirios. Había en Genara

una entereza romana que de ningún modo podía ser completamente odiosa, y en sus odios lo mismo que en sus amores no se quedaba nunca á medias.

—Tiene razón—dijo de súbito Monsalud arrojando el arma.—Yo soy el que debe morir. ¡Navarro, ahí tienes mi sable! Haz el gusto á Genara.

Navarro recogió el sable y entregándolo á su rival le habló así:

—Te he dicho que te marches á tu campamento. Ni una palabra más. No gusto de conversación.

En el mismo instante sonaron dentro de la casa voces de alarma.

—¡A ese! ¡al francés!... ¡al renegado!—gritaban voces distintas.

Y viéronse luces y abriéronse puertas y aparecieron algunos hombres y mujeres con palos y escopetas.

—¡Al pozo con él!—gritó uno.

—¡Ahorcarle!... venga la cuerda—gritó otro.

—Meterle en el horno—vociferó un tercero.

De las casas vecinas salieron algunas personas más, y otros aparecieron por la calleja, de tal modo y con tanta presteza que Monsalud se vió amenazado por una ruidosa caterva de personas de todas clases.

—¡Muerte al francés!—gritaban.

Recobrando su ánimo se apercibió para defenderse.

La voz de Genara repitió á lo lejos con

estridente aullido que parecía proceder de la garganta de un ángel de exterminio, flotante en el negro espacio sobre el lugar de la escena, las siguientes palabras:

—¡Por traidor y embustero!

Hubiéralo pasado muy mal, perdiendo seguramente la vida el pobre jurado, si su propio rival no le defendiese de aquella turba rabiosa, apartando á unos, haciendo callar á otros y repartiendo á diestra y siniestra gran cantidad de porrazos.

—Nosotros no asesinamos—gritó.—Dejen libre á este pobre hombre que se va á su campamento.

Pero ya que no podían acabar con él, siguieron azuzándole con la soez valentía del número. Protector y protegido, sin dejar por eso de ser encarnizados enemigos, caminaron largo trecho, abriéndose paso con dificultad. Gracias á la hora tardía y obscuridad de aquellos lugares, no acudió más gente al alboroto, que si acudiera, mal lo habría pasado el del uniforme francés á pesar de hallarse tan cerca sus amigos. Felizmente para Salvador, á medida que avanzaban, se disminuía en vez de aumentarse la molesta chusma, hasta que al fin, y después de andar largo trecho hacia una de las puertas de la villa, donde se distinguían las fogatas y se escuchaba el rumor de las fuerzas acampadas, la ruín turba quedó reducida á media docena de hombres. Navarro les aplacaba y despedía uno por uno, logrando al cabo quedarse solo con la víctima. Monsalud estaba más abrumado por la

nobleza que demostrara en la referida ocasión su enemigo que por los insultos con que le vituperó poco antes.

—Estamos solos—dijo cuando llegaron á la plazoleta inmediata á la puerta que da paso al puente del Zadorra.—Navarro, agradezco tu generosidad. Quieres matarme en buena lid, y no has permitido que me asesinen esos bárbaros. Solos estamos. ¿Es cierto que no traes armas?

—Ya lo he dicho—repuso el otro.

—Lo creo, eres valiente y sé que no las ocultarías por cobardía. ¿Insistes en no batirte conmigo? No me he pasado á los franceses: antes de servirles, yo no había tomado las armas por ninguna causa. Mi destino lo ha querido así; pero no estoy deshonrado. Mi desgracia, mi abandono, mi pobreza, lleváronme á las filas del enemigo, y la deshonra consistiría en abandonarlas durante el peligro... Ve, pues, en busca de tus armas; aquí te espero.

—No quiero—repuso Navarro con sequedad.—Ya te he dicho que sigas tu camino.

Y luégo, con expresión de orgullo que Monsalud no acertaba á explicarse, añadió:

—Soy guerrillero.

Dijo esto, como si dijera: "Soy Dios."

—Bien, ¿y qué más da que seas guerrillero? Eso prueba que eres valiente—repuso el otro con aflicción.

—Sabes lo que haré, si te vuelvo á encontrar junto á las tapias de la casa de Genara, ó si la miras, ó si hablas de ella en público,

siquiera digas solamente que la has conocido?

—¿Qué?

—Cortarte las orejas.,. Con que adiós.

Dicho esto volvió la espalda y se alejó tranquilamente, dejando á Salvador perplejo y dudoso entre aceptar aquel inopinado desenlace de la contienda ó arremeter tras su enemigo para herirle. Una ira loca sucedió á las dolorosas dudas, y siguiendo á Carlos gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Navarro, eres un cobarde!

El guerrillero volvió atrás y con provocativa flema repuso:

—Como están cerca tus amigos; como se les ve desde aquí y podrían venir al menor ruído, te has vuelto tan bravo, que si te vieran los gatos de la vecindad, temblarían de miedo.

—Navarro—exclamó Monsalud con frenético coraje,—toma mi sable. Espérame un instante, un instante no más, mientras voy á que un amigo me preste el suyo. Entonces me podrás decir lo que te acomode y yo morir ó cerrarte para siempre esa insolente boca.

—Salvador—gritó Navarro comenzando á perder la enfática serenidad que mostraba,—no me provoques con tus ladridos... Te he perdonado y me insultas, te desprecio y me sigues. Tanto me buscarás, que al fin has de encontrarme.

Con rápido movimiento se desembozó, dejando en tierra la linterna.

—No tienes tú la culpa—dijo,—sino quien sabiendo lo que eres, baja de noche á hablar

contigo por la reja de la huerta. Genara no te conocía sin duda ó la engañaste con torpes embustes é infames artes.

—Díme todo eso con una espada, con una pistola, con tu sangre, malvado—exclamó Monsalud rugiendo de ira,—y te contestaré lo que mereces.

—Pues sea—gritó Carlos, y en el mismo momento oyose sonar el chasquido del resorte de una navaja, cuya larga hoja brilló en la obscuridad.

—Yo también traigo la mía—exclamó con júbilo Monsalud, arrojando el sable.—Navarro, defiéndete.

Envolvían en el siniestro brazo el uno su capote y el otro su capa, cuando se oyeron pisadas y luégo voces alegres que por un callejón se acercaban.

—Son franceses—dijo Navarro, pateando con furia.

—¿Franceses? ¿Y qué importa?—exclamó Salvador.—Seguirán su camino. Adelante, pues.

—Traidor—gritó el guerrillero,—me has traído á donde están tus amigos.

—Vamos á donde quieras, elige sitio—repuso el jurado apresurándose á partir.

Apenas dieron algunos pasos en la dirección que indicara Navarro marchando delante, cuando se vieron detenidos por media docena de franceses, borrachos todos como cubas, los cuales reconociendo al punto á Monsalud, le rodearon y con gritos y vociferaciones del peor gusto le saludaron.

—Dejadme, dejadme solo, amigos—dijo éste.

—¿Quién es este bravo mozo?—gritó un francés dirigiéndose á Navarro.

—¡Ah! ¿tenéis pendencia?

—Echad mano al paisano y llevémosle al cuerpo de guardia—dijo un francés.

—Al que le toque—vociferó Monsalud resguardando con su cuerpo el de su enemigo, —le mataré como á un perro.

—¡Oh! ¡qué bríos!—gruñó otro francés.

—Vaya, basta de disputas—chilló un tercero,—y vénganse los dos á la taberna con nosotros.

—Tenemos que hacer en otra parte... Sigan ustedes adelante...

—Están desafiados... Ved las navajas.

Ambos contendientes cerraron y guardaron las armas.

—¿Desafío?—dijo uno que tenía charretera de sargento.—Ahora mismo van á ir los dos al cuerpo de guardia. ¿Con que desafío? A fe de Jean-Jean que no consiento tal cosa.

—¡A la taberna, á la taberna!

Apareció entonces otro grupo de franceses que se unió al primero.

—Vamos, ven acá, farsante—gritó Jean-Jean asiendo á Monsalud por el brazo y tratando de llevársele consigo.

—Señor espantajo—dijo un jurado amenazando á Navarro,—ó toca usted tablas ahora mismo, ó le pondremos á la sombra.

Navarro callaba sofocando su coraje; pero acariciaba la navaja, dispuesto á atravesar al

primero que osase ponerle la mano encima.

Salvador, desasiéndose con gran trabajo de los que entorpecían sus movimientos, se acercó á Navarro, y comprendiendo que la situación de éste no era muy satisfactoria, dijo en voz alta:

—Señores, déjenme hablar dos palabras á solas con este amigo, y después nos iremos juntos á la taberna.

—Si me dan tiempo para ir á buscar á dos de mis amigos, á dos nada más—le dijo Navarro en voz baja,—daré cuenta de tí y de esos borrachos.

—Carlos—repuso Monsalud,—ponte en salvo.—Nada podemos hacer por esta noche. Estos majaderos no nos dejarán solos.

Trémulo de coraje, el guerrillero no contestó nada.

—Señala sitio y hora para mañana, para pasado mañana, para cuando quieras.

—El sitio y la hora en que nos volvamos á encontrar—respondió Carlos, echando fuego por los negros ojos.

—El sitio y la hora en que nos volvamos á encontrar—repitió Monsalud con febril resolución.—Por la noche, y por Dios que la hizo, juro que así será.

—Me voy—dijo Navarro con sarcasmo.—Tus amigos te han salvado esta noche... Ahora, cuando yo vuelva la espalda, azúzalos contra mí.

Sin más palabras ni hechos, Navarro se internó á buen paso por una obscura y solitaria calle, y como algunos de los franceses allí

presentes quisieran seguirle, púsose Monsalud entre ambas esquinas de la angosta vía, y con determinación firmísima dijo á sus camaradas:

—El que quiera seguirle tiene que pasar sobre mi cuerpo.

XII

Cuando Jean-Jean y comparsa se empeñaban en llevar á Salvador á la taberna, éste iba en tal estado de sombrío estupor y excitación mental, que á las palabras de sus amigos respondía tan sólo:

—¡El guerrillero, yo francés!... ¡Yo francés, él guerrillero!... ¡El blanco, yo negro!... ¡El cielo, yo tierra! ¡Si ese hombre fuera Dios, yo quisiera ser el demonio!

A poco de entrar en la taberna, y antes que lograran hacerle tomar nada, escapóse fuera y se dirigió á su casa en lastimoso estado moral y físico, con la razón delirante, el cuerpo flojo y desmayado como el de un beodo, hablando sordamente consigo mismo á veces, y á ratos profiriendo gritos que alarmaban al vecindario. Cuando entró en su casa, hallábanse en ella, á pesar de lo avanzado de la noche, doña Perpétua y el cura, acompañando ambos á doña Fermina. En el centro de la pieza había una mesa puesta con no poco aparato de vasos y platos, desplegándose allí gallardamente todo el lujo de la casa como para una fiesta. Las viandas que

sobre ella estaban habían dejado de humear, enfriadas ya por el largo plazo de espera, y las quijadas de la santa, como las del cura, se abrían bostezando de apetito y sueño.

—Hijo mío, ¡cuánto nos has hecho esperar! Son las once dadas—dijo doña Fermina, abrazándole.—Pero tú tienes algo, estás amarillo como un muerto. ¿Qué dices ahí entre dientes?

—¡Guerrillero él, francés yo!—murmuró Salvador, dejándose caer en una silla.

—Espera, te ayudaré á que te quites el uniforme—dijo la madre.—¿Se han marchado ya los franceses?

—Salvador—dijo en tono agrio el cura, observando al sargento con severidad.—Un joven de tus cualidades no debe estar en las tabernas hasta hora tan avanzada.

—El pobrecito no sabe lo que se dice, señor cura—añadió la atribulada madre.—Esos pícaros lo han llevado á la cantina, y... por fuerza le han obligado á beber. Pero es un alma de Dios mi hijo. Esta mañana nos ofreció dejar para siempre esas aborrecidas banderas, y lo hará, ¿pues no lo ha de hacer?... ¿Te quedarás aquí esta noche? Suelta el uniforme y duerme.

Oyéronse entonces lejanos toques de clarín. Callaron todos sobrecogidos por el son guerrero que parecía venir del campamento francés, y Monsalud escuchaba con aparente júbilo. De pronto levantóse, y gesticulando como un insensato y con desesperadas voces, gritó de esta manera:

—¡Viva Napoleón! ¡Viva el amo del mundo! ¡Viva Francia! ¡Mueran los guerrilleros!

—Esto no se puede tolerar—exclamó el cura, bramando de ira y echando mano al respaldo de la silla que más cerca tenía.—Traidor, infame y deslenguado blasfemo, sal de aquí al momento.

—¿Qué has dicho, hijo?—balbució entre angustiosos sollozos doña Fermina, temblando como un niño.—Tú, tú, ¿pues no eres...?

—¡Afrancesado, francés hasta morir!—repuso el joven con enérgico brío.—¡Francés hasta morir!

—Señor cura, señor cura—dijo la madre, con tanto espanto como terror,—ríñale usted.

—Buen caso hago yo de los curas—repuso Salvador, mirando con desprecio al venerable Respaldiza.—Son los corruptores del linaje humano, como dice Jean-Jean y Plobertín, que presenciaron la revolución francesa.

Doña Fermina ocultó el rostro entre las manos.

—Señor cura guerrillero—añadió el joven con insolente sarcasmo,—cuidado no le cojamos á usted por esos trigos... En mi regimiento no hay piedad para los clérigos armados... ¡Se les coge, se les desnuda, se les ahorca!...

Y como Monsalud no contestase á la advertencia, riendo á la manera que ríen los locos, el presbítero añadió, levantándose:

—¡Salvador, estás borracho! ¡Qué terribles hábitos se adquieren en el ejército!

—¡Y entre franceses!—añadió la beata.—

El Rey les da buen ejemplo para que sean un modelo de sobriedad.

—Ya se te pasará—dijo doña Fermina con maternal benevolencia.—Hijo, ¿quieres dormir?

—Sí, dormir; quiero dormir—repuso con gozo, recostándose sobre un arca.

—Toma primero un bocado, muchacho.

—Sí, tengo hambre—exclamó el jurado abalanzándose á la comida y engullendo descortesmente sin consideración á los demás convidados.

Mas al instante apartó el plato con repugnancia.

—No tengo gana—dijo entre dientes.

El cura se paseaba por la habitación agitado y colérico.

—Los malos hábitos adquiridos no se olvidan en un día—afirmó doña Perpétua, echando al viento la voz por el registro más agridulce.—Esta mañana lo dije y ahora lo repito. Fermina, haz cuenta que no tienes hijo.

Doña Fermina rompió á llorar, y como interrogase cariñosamente al desgraciado joven acerca de sus propósitos y de la enmienda que por la mañana prometiera, éste dijo:

—¡Guerrillero él, yo francés, francés toda la vida!

—Salvador—gritó el cura con enojo y fiereza.—Te creí traidor por inexperiencia, mas no vicioso ni degradado... Esta mañana me causabas lástima, ahora me causas horror.

Doña Perpétua se levantó de su asiento

como una estátua que de súbito cobra vida para aterrar á los hombres.

—¡Miren la embaucadora!—gritó Monsalud remedando de un modo grotesco los ademanes de la santa mujer.—Vendré á rescatar á mi madre de las garras del demonio, para llevármela á Francia.

La beata y el cura le señalaron la puerta sin proferir una palabra.

—¡Guerrillero él, yo francés!—repitió el joven, no con palabras, sino con aullidos.—Madre, adios... Escribiré desde Francia.

Tropezando, haciendo gestos amenazadores y articulando gritos y bravatas poco inteligibles, pero horripilantes como la risa de los locos, salió de la estancia y de la casa, mientras cura y beata auxiliaban á la infelíz madre, que había perdido el conocimiento.

XIII

El buen orden de esta historia pide que ahora dejemos á Monsalud para que vaya solo ó acompañado á donde mejor le plazca y su triste destino le lleve, y que volvamos los ojos y dirijamos nuestros pasos hacia Carlos Navarro, quien por lo que hasta ahora de él vimos, parece ha de ser personaje de historia y digno de ser conocido más de cerca.

Singular era este hombre, y más singular aún su padre D. Fernando Navarro, vulgarmente conocido en la Puebla con el remoquete de D. Fernando Garrote, que de sus ma-

yores pasó á él sin que se pueda saber por qué. Aseguraban los ancianos de la villa, que siendo todos los Navarros, desde las generaciones más remotas, hombres muy fuertes, y á más de fuertes, algo pegones y amigos de dominar á los débiles y de machacar sobre los humildes, debieron de recibir por estas cualidades el sobrenombre citado, que les caía á maravilla. Los últimos vástagos de esta dinastía garrotil son los que presentaremos ahora, eligiendo para ello el momento en que, desocupada momentáneamente la Puebla por los franceses, quiso D. Fernando poner en efecto su pensamiento de ir á las partidas con Respaldiza, apretándole á ello la falta que él pensaba hacía en el ejército su tardanza, según eran los agravios que pensaba vengar, proezas que acometer, y cabezas que descalabrar.

Don Fernando vivía desde algún tiempo en una casa de campo hacia Peñacerrada, donde había puesto fin á sus viajes y correrías, porque los achaques y dolores en la trabajada osamenta eran ya obstáculo á su fantasía siempre ardiente y á su corazón valeroso. Triste y solitario y aburrido dejaba pasar sus días en la vasta vivienda, aún en lo más crudo de la guerra, hasta que por capricho ó voluntariedad impropia ya de sus años, resolvió variar de conducta. Para hacer los preparativos de marcha, trasladóse el 18 de Junio á la Puebla, donde tenía la casa solar, residencia habitual de su juventud y edad madura hasta los últimos años. Allí vivía de

ordinario su hijo, y un pariente pobre que le administraba el mayorazgo, consistente en tierras de pan, algunas viñas, y mucho monte en el término de Treviño.

Allí le tenemos, allí está nuestro gran don Fernando en una sala baja, sentado en ancho sillón de vaqueta con las piernas extendidas sobre un banquillo. Ocúpase en limpiar la hoja de una luenga espada de taza, hoja toledana y grandes gavilanes retorcidos. Frente á él, acurrucada en una silla baja está la que ya conocemos, incomparable y seráfica doña Perpétua, observando con atención prolija al insigne varón.

Era D. Fernando Navarro, ó si se quiere D. Fernando Garrote, un hombre de más de sesenta años, de elevada estatura y bien proporcionadas carnes, ni gordo ni flaco, arrogante á pesar de su avanzada edad, de frente despejada, ojos vivos, los brazos y las piernas vigorosas, aunque ya nada listos á causa del mucho cansacio; ancha la espalda, curva y airosa la naríz, blancas y pobladas las cejas así como el cabello, la piel rugosa y con largos bigotes retorcidos entrecanos, que eran singular adorno de su fisonomía en aquellos tiempos en que todo el mundo se rapaba el rostro. Tenía este hombre la apariencia de un veterano de los antiguos tercios, héroe de las batallas de San Quintín y de las Gravelinas, conquistador de medio mundo y saqueador del otro medio desde Roma hasta Maestrich. Uníase á su belleza varoníl y majestuosa cierta expresioncilla in-

solente y de perdonavidas, y parecía satisfecho de la superioridad que Dios le había dado sobre el resto de los mortales. Observando su vanaglorioso ademán y porte guerrero, viéndole tan convencido de que la humanidad existía para que él probara sobre ella la fuerza de sus puños, se comprendía bien el apodo de *Garrote* que recibiera del vulgo. Lleváronlo, sin ofenderse, sus antepasados, que también fueron tremebundos, y el don Fernando respondía al mote y á veces firmaba con él.

Durante su juventud, Navarro había guerreado bastantes años, primero en la campaña contra Portugal hacia 1762, después en el bloqueo de Gibraltar en 1779, y aun se asegura que por dar desahogo á su grande afición militar tuvo sus amagos y vislumbres de bandolerismo, en tiempo de paz, lo cual es muy propio de españoles; pero esto debe acogerse con prudente desconfianza, y la honra de tan insigne varón nos obliga á no asegurar de un modo terminante lo del latrocinio, consignándolo tan sólo como un simple rumor.

Lo que sí no deja duda, por constar en papel sellado dentro de los mismos archivos de la Audiencia de Pamplona, es que el gran Navarro entretuvo sus ocios, y dió alimento á su arrebatada actividad y ardiente fantasía, introduciendo por los Alduides tejidos de hilo y algodón, en lo que, según su entender, no se ofendía á Dios, siendo claro como el agua que ni en el Decálogo, ni en el Nuevo

Testamento, ni en ningún catecismo se dice nada contra el contrabando. Hacía esto nuestro adalid, más que por propio lucro, por ayudar á los amigos, por favorecer á unos cuantos pobrecitos que vivían de ello, por armar camorra con los empleados del fisco y por dar palos. Esto era para Garrote una fuente de delicias físicas y morales sin término.

Al llegar aquí, y cuando después de enumeradas casi todas las cualidades de hombre tan eminente, me encuentro enfrente de la más importante, no puedo menos de alzar los ojos al cielo, cruzar las manos y decir: "¡Bendito sea Dios, que en una sola pieza puso tantas y tan admirables prendas del alma y del cuerpo!„ Ello era que D. Fernando Navarro, luégo que heredó el mayorazguillo, y además algunos pingües dineros que le dejaron dos tíos suyos venidos de las Indias, retiróse á la Puebla y allí se hizo un D. Juan Tenorio. Su arrogante figura, su garbo para vestir y su mucho gracejo para hablar, su gran experiencia del mundo y diestra habilidad para engañar proporcionáronle adelantamientos fabulosos en la carrera.

Siendo al mismo tiempo muy liberal y dadivoso, así de dinero como de palos, encontraba abiertos casi todos los caminos, y bien pronto todo el condado de Treviño, toda Alava y aun parte de la Rioja, llenáronse de víctimas en distintas edades y estados. Algunos disgustos experimentó en diversas ocasiones; mas como era Garrote la persona más

poderosa en la villa, y casi casi en la comarca, como tenía la llave dorada, y aun se habló de que iba á recibir la merced de un título de Castilla, todo se quedó en palabras y en dos ó tres porrazos. Un fraile francisco quiso con amonestaciones convertirle, librando de azote tan fiero á los habitantes de la baja Alava y Rioja alavesa; mas por una singularidad digna de ser mencionada en la historia, los villanos todos, especialmente los más humildes, se pusieron de parte de don Fernando, hasta que el bendito fraile se cansó, y resolvió que lo mejor era rezar por los agraviados.

Lo que no puede pasarse en silencio es que, hacia el fin de su carrera, D. Pedro se casó, animándole á ello su propio interés y el de una familia de Navarra que con la suya estaba genealógicamente entroncada. Antes, mucho antes del matrimonio, había nacido un varón, que fué reconocido con solemnidad. Sacó Carlitos, con el cáriz y figura de su padre, muchas de las prendas de su alma, y singularmente el valor y la generosidad, y creció el niño en la holganza, dedicándose á ejercicios de fuerza, con descuído de la inteligencia, aunque la tenía privilegiada. No mostró, como el primogenitor, afición al galanteo frívolo, y durante algunos años huía de las faldas como del demonio: tanto, que creyeron iba derechito por el camino de la Iglesia; mas de pronto resultó muy apasionado y tierno, y verificóse radical transformación en su hábitos, y más que todo en su

pensamiento. En el transcurso de esta fiel historia irán saliendo muchas cosas que ahora no conviene anticipar, y que completarán el conocimiento de este benemérito joven, primero mogigato, guerrillero después, y adornado siempre de estupendas cualidades.

Ahora lo que importa referir es que en 1812 tomó el gusto Carlitos á las partidas, enamorándose de tal modo de aquella errante, gloriosa y popular vida, que á vuelta de pocos meses era uno de los más bravos é inteligentes soldados del bravísimo Longa, siendo tantas sus hazañas que en la Puebla de Arganzón gozaba de más fama que en Macedonia el Grande Alejandro. No está de más decir que entre las causas que determinaron á D. Fernando á meter su cucharada en el negocio de la guerra, no fué la menor cierta comezoncilla, ó, por ponerlo más claro, cierta envidia del gran renombre de su hijo, y tenía la certidumbre de que con sólo echarse al campo eclipsaría con un solo arranque las proezas de todos los fusileros de Longa, Mina y Pastor.

Conocidas así las personas, refiramos ahora lo que hablaron doña Perpétua y el señor Garrote, mientras éste, esperando á su hijo, al cura Respaldiza y demás personas que debían acompañarle, se ocupaba en limpiar el moho á varios trebejos, resto de su alborotada mocedad.

—Reflexione usted, Sr. Garrote—dijo la vieja, apoyando las manos en el palo y la barba en las manos,—sobre lo que tantas veces

le he dicho y ahora le repito. Un hombre lleno de pecados, que ha sido el escándalo de un siglo y el Satanás de esta honrada villa, debe ocuparse en arreglar sus largas cuentas con Dios para no presentarse á él desprevenido, con el libro de las deudas de su conciencia tan embrollado y lleno de borrones.

—Cuando vuelva de la guerra, viejecita—repuso D. Fernando cariñosamente y con cierto respeto,—te prometo reconciliarme y poner el mayor arreglo en mi libro.

—¡De la guerra!—exclamó la vieja moviendo la cabeza,—¡y quién sabe si esos pobres huesos molidos volverán como salen! ¡Semejante estafermo no puede mantenerse sobre el caballo, y habla de matar franceses y de ganar batallas! ¡Alabado sea el Señor! ¿No vale más que el Sr. Garrote se esté quietecito en su casa? Yo le vendré á hacer compañía, y nos regocijaremos hablando de los benditos tiempos pasados y de la ruindad de los presentes, así como de la supina perversidad de los que han de venir, trayendo seguramente el fin y ruína total del mundo.

—Viejecita—repuso D. Fernando,—en sesenta años que he vivido no he sentido gusto semejante al que ahora llena mi alma por la empresa que voy á acometer... Ya, ya verán una mano pesada para el sable... Seguramente los franceses tienen ya noticia de que me preparo...

—Si se preparara usted para una buena, larga y devota confesión que fuera una limpia general de su alma, mejor sería...

—Hay muchos medios de limpiar el alma y dejarla como un espejo—afirmó triunfalmente Garrote, esgrimiendo la espada y dando dos ó tres tajos en el aire;—muchas maneras, y de esto hablan los Santos Padres, según creo, madrita, y si no hablan es porque se les quedó en el tintero.

—No conozco más medio que el arrepentimiento.

—Verdad es que yo he pecado bastante—dijo el héroe,—pero ha sido sin mala intención. Reconozco que he ofendido á Dios; pero si después de la ofensa, le sirvo, ¿el servicio no quita la ofensa?

La mujer del siglo miró con estupor al anciano, sin contestarle.

—Yo pequé—continuó éste,—pero hé aquí que la gran contienda entre Dios y el demonio es llevada á los campos de batalla; hé aquí que yo, hombre un poco ligero de cascos, pero cristiano viejo y con una fe como un templo, saco la espada y digo: "Señor, si mucho te ofendí, ahora te consagro mi vida y voy á morir en defensa de tu iglesia ó á matar á todos tus enemigos." Este acto, señora doña Perpétua, esta abnegación mía por la causa de Dios, ¿no bastan á limpiarme, cual si echaran mi alma en legía?

—Según y cómo—respondió la anciana, confusa ante un problema nuevo para ella, cuya solución no podía dar en definitiva.—Ejemplos hay de guerreros insignes que han ido á ocupar lugar preferente en el Cielo, sólo por una buena batallita ganada contra

herejes; pero no se dice que tuvieran muchos pecados, ni que estuviesen impenitentes.

—¿Y qué más penitencia que la muerte en defensa de Cristo?—exclamó el guerrero sintiéndose con más fuerza que su antagonista. Morir, derramar uno su sangre por una causa, por una idea, por la religión, por Dios!...

—¡Oh! sí, es verdad, sí, sí—dijo la vieja, abrumada por esta lógica.

—¿Nuestro Señor Jesucristo no nos dió el ejemplo? ¿No redimió á todo el género humano, y muriendo no limpió la gran mancha original, sin dejar rastro de ella?

Al decir esto, el Sr. Garrote frotaba con verdadero frenesí la hoja de acero, como si la herrumbre que tenía fuera la de su propia alma, y aquel orín el inveterado orín de su propia conciencia.

—Es verdad—gruñó la vieja.—Vaya el señor D. Fernando á la guerra, si bien no estaría demás una confesión general y algún acto de reparación para tranquilizar el alma de quien yo me sé, de un angel de Dios, señor D. Fernando...

La beata fijó en Garrote sus penetrantes ojos negros, y Navarro frunció ligeramente el ceño. demostrando que aquel tratado de los ángeles de Dios no era muy de su agrado. Pero la santa mujer, hecha de muy antiguo á reprender sin rebozo las faltas ajenas y á sentenciar en materia de pecados con tanto aplomo como el Papa desde la silla del Pecador, no hizo caso del avinagrado gesto de don Fernando, y dijo:

—Sr. Lucifer, de todas las excelentes muchachas que usted perdió para siempre, una sola existe en la Puebla de Arganzón, mas tan quebrantada por los disgustos y la vergüenza de su desgracia, que es difícil conocer en su abatido y ya viejo rostro á la hermosa hija de D. Pablo el Riojano.

—Bueno, bueno—dijo Garrote, frotando con más fuerza:—¿y qué tengo yo que ver con esa mujer?

—¡Conciencia empedernida! ¡Hombre sin entrañas! ¿No la perdió usted para siempre? En Pipaón hace veintidos años todo el mundo sabía que D. Fernando Garrote tenía amores con la niña del Riojano y se corrió la voz de que se iban á casar. Desde entonces ha pasado mucho tiempo. Vino doña Fermina á la Puebla hace dos años traída por su mezquina herencia, y el enfadoso pleito que la dejara sin camisa que ponerse. Pocos la tratan aquí, y en cuanto á sus tristes antecedentes, sólo yo, por confidencia que me ha hecho correspondiendo á mis cristianos consejos, sé que esta venerable y modesta mujer es la doncella engañada hace más de veinte años en Pipaón, y que Salvadorillo Monsalud es de la propia carne, de la misma sangre y de los mismos huesos de este tenebrario que tengo delante.

—¡Cuánto sabe la madre!—dijo D. Fernando, frotando el arma hasta desollarse los dedos.—Supe que Ferminilla había venido á la Puebla hace dos años, trayendo consigo á un muchacho revoltoso; pero como casi todo

el año vivo en Peñacerrada, á ninguno de ellos he visto... y á la verdad, no son muchas las ganas...

—Pues yo la veo todos los días. Yo la acompaño y consuelo de la amarga tristeza que aun hoy sus desdichas y su atróz pecado le causan. Cuando llegó aquí, picóme la curiosidad. Viéndola tan piadosa, tan santa y ejemplar, pues es mujer que no sale de su casa más que para ir á la iglesia, solicité su amistad; conocí que era un alma abatida y que necesitaba de mí. ¿Qué habría sido de ella sin mis consejos? Se los dí, pues; mi conversación le agradó en extremo, y abrióme su corazón confiándome todo, y especialmente la tragedia de su desgracia, cuyo autor fué este señoritico precioso.

—Bien, ¿y qué?—dijo Navarro, esforzándose en aparecer risueño, y dejando á un lado la espada, que estaba más limpia que alma de bienaventurado.—Yo, la verdad, lo hice sin mala intención.

—¡Sin mala intención!—exclamó la beata con enojado semblante.—Sin mala intención dicen que se rebeló Luzbel contra Dios. Esa buena mujer es la criatura más desgraciada que existe en el mundo, y aunque seguramente Dios la ha perdonado por su grande arrepentimiento y continuo llorar, ella jamás se consuela, y ahora, con la reciente desgracia de su hijo que idolatraba, parece que va á entregar su alma al Señor.

—Pues qué, ¿ha muerto su hijo?—preguntó Garrote con vivo interés.

—Se ha pasado á los franceses, lo cual es peor que morir. Se ha pasado á los franceses, que es como morir el alma y seguir viviendo el cuerpo para afrenta de la familia y de la nación... Anoche mismo.

—¡Y dices que es hijo mío!—exclamó don Fernando con rabia, dando fuerte patada en el suelo.—No, madrita: ese muchacho no tiene mi sangre... Es mentira, ¡viven los cielos!

Iba á seguir protestando, cuando le interrumpió de súbito la presencia de su hijo Carlos, que acababa de entrar.

XIV

Era Carlitos bastante parecido á su padre, salvo algunas diferencias; se le asemejaba en la tez morena, en los cabellos asimismo negros, en la arrogancia del cuerpo y talle, y en cierta expresión de nobleza que en toda su persona gallardamente se mostraba. Diferenciábase en la extructura de las cejas, que en el mozo eran juntas, y en la seriedad invariable y algo torva que tenía en los grandes ojos. Con respeto adelantóse el joven hacia su padre, cuya mano besó, repitiendo la misma señal de veneración y cortesía en las arrugadas extremidades de la vieja. D. Fernando contemplaba á su hijo con el arrobamiento de un artista satisfecho y enfatuado ante la belleza de su obra maestra.

—¿Nos vamos ya?—le preguntó.

—Dentro de una hora—repuso el joven.—Difícil es que nos unamos á la partida de Longa, que está en Murguía con los ingleses, pero nos uniremos á los que están hacia Miranda con el general Morillo. Para no tropezar con los franceses daremos la vuelta por Uralde y Burgueta, tomando el camino real en Armiñón. No hay nada que temer por ese lado.

Don Fernando se levantó para desperezarse, lo cual hizo como un león viejo, no sin que crujieran sus choquezuelas y sus articulaciones todas. Después dió algunos pasos por la habitación como para probar la elasticidad de sus miembros.

—Esta máquina sirve todavía—dijo.

Y luégo dió fuertes voces llamando á sus criados.

—¡El caballo!... ¡ensillar el caballo!

Doña Perpétua, firme siempre en la perpetuidad de su desaprobación, movía la cabeza en señal de duda respecto á la eficacia de aquella máquina para hacer algo de provecho, y si no con la boca, con los ojos reprendió á D. Fernando por su atrevida aventura...

Al punto comenzó Garrote su atavío marcial, sepultando sus piés en antiguas botas de cuero fino. Forróse después en un chaleco grueso y se fajó con una interminable banda de seda que le dió muchas vueltas en torno á la cintura, y sobre esto se puso un uniforme blanco de los antiguos regimientos distinguidos, el cual, aunque viejo y fuera de

moda, estaba aún servible. La cabeza la adornó con un deforme sombrero procedente de las campañas del décimooctavo siglo, y que recordaba al general O'Reilli. A pesar de la notoria ancianidad de dichas prendas, tal era la histórica figura del insigne Navarro, que no estaba ridículo con ellas.

Al vestirse parecía que se remozaba; la alegría brillaba en sus ojos; decía mil bufonadas graciosas, y con fatuidad chispeante se presentaba á sí mismo como modelo de apuestos militares, deprimiendo á la afeminada juventud del día. En mitad de esta escena entró el cura hecho un arsenal ambulante, según venía de armado y municionado, y celebró con palmadas y vítores los preparativos de su amigo, mostrando los suyos y volviéndose de todos lados para que le vieran.

—¡A matar franceses!—gritó el presbítero. —¡A matar franceses y afrancesados, para gloria de la nación y triunfo de la fe!

—Señores—dijo Garrote con hueca voz y un poco del tonillo pedantesco de los oradores modernos,—toda mi vida la he consagrado al servicio del Rey, de la religión...

La beata, frunciendo el ceño, miró á don Fernando con expresión de burla.

—No, de la religión no—añadió Navarro con modestia,—quiero decir que no he prestado á la religión servicios directos; pero siempre he sido piadoso, buen cristiano y temeroso de Dios... Alguno que otro pecadillo que anda suelto por ahí no es para darse de cabezadas, ¿no es verdad, señor cura?

—Sí, hombre, sí—exclamó el padre de almas con risa campechana.—Contra una juventud algo ligera viene bien una vejéz heróica en servicio de Dios.

—¡En servicio de Dios! A eso iba—prosiguió Garrote acompañando sus palabras con una enérgica acción del dedo índice.—Quería decir que siempre fuí ferviente cristiano y una vez reventé á palos á dos contrabandistas porque hablaron mal de la santidad de Pío VI. Señores, en mis campañas gloriosas, ó por mejor decir, en toda mi vida, he tenido por norte la honra del Rey, la honra de la nación y sobre todos los nortes y sures, el norte de la religión, que es mi guía, mi faro, mi luz del cielo.

—Si este D. Fernando no hace ahora un par de heroicidades estupendas que dejen atrás la antigüedad de Aníbales y Césares—exclamó con entusiasmo el cura,—me dejo quitar el hábito que visto y las licencias del sagrado orden que practico.

—Pues bien, señores—siguió el héroe,—¿á qué han venido aquí los franceses? A quitarnos nuestro Rey, á quitarnos nuestra patria y á quitarnos ¡oh crímen nefando! nuestra santa religión. Ved á España entera cómo se levanta en contra de esa canalla y en pró de tan caros objetos. Ved á España, vedme á mí, que un poco tarde, pero á tiempo todavía, me decido á echar una cana al aire.

—¡Una cana al aire!—repitió doña Perpétua rascándose.—Si D. Fernando no las deja todas en el campo de batalla, será un milagro.

—Hay un mal grave, señores, un mal terrible, al cual es preciso combatir—continuó Garrote sin hacer caso de la vieja.—¿Qué mal es este? Que los franceses han traído acá la idea de cambiar nuestras costumbres, de echar por tierra todas las prácticas del gobierno de estos reinos, de mudar nuestra vida, haciéndonos á todos franceses, descreídos, afeminados, badulaques, tontos de capirote y eunucos. ¿Y qué ha sucedido? Que mientras la mayor parte de los españoles se echaban al campo para extirpar toda la maleza galáica y zahumar con el vapor de la guerra el país infestado de franceses, unos pocos de los nuestros han admitido aquella mudanza. ¡Abominables tiempos, señores! Ved cómo hay en Madrid una casta de miserables sabandijos á quien llaman afrancesados, que son los que visten á la francesa, comen á la francesa y piensan á la francesa. Para ellos no hay España, y todos los que guerreamos por la patria somos necios y locos. Pero todavía existe una canalla peor que la canalla afrancesada, pues éstos al menos son malvados descubiertos y los otros hipócritas infames. ¿Sabeis á quién me refiero? pues os lo diré. Hablo de los que en Cádiz han hecho lo que llaman la Constitución y los que no se ocupan sino de nuevas leyes y nuevos principios y otras gansadas de que yo me reiría, si no viera que este torrente constitucional trae mucha agua turbia y hace espantoso ruído, por arrastrar en su seno piedras y cadáveres y fango. ¿Queréis pruebas? Pues oidlas. Estos

hombres se finjen muy patriotas y aparentan odiar al francés, pero en realidad le aman. ¡Ah! Pasad la vista por sus abominables *Gacetas*. ¿Las habéis leído? Decís que no. Pues yo las he leído y sé que respiran odio á los patriotas, al Rey y á la sacrosanta religión. Son los discípulos de Voltaire, que van por el mundo predicando la nueva de Satanás.

El cura al oir esto sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. Eran lágrimas de admiración. Estaba pálido, mas no de envidia, aunque reconocía que él jamás había dicho en sus sermones cosas tan bellas.

—Pues bien, señores—añadió Navarro,—hoy voy á combatir contra los franceses y mañana contra los afrancesados, que son peores, y después contra los llamados liberales, que son pésimos; y si yo no pudiere ó si Dios se sirve llamarme á sí sobre el campo de batella, aquí está mi hijo, á quien entregaré mi espada y que ya tiene mi espíritu.

—Dios que vela por España—dijo el cura con acento solemne,—nos conservará á nuestro buen amigo y volveremos todos cubiertos de laureles.

—Los laureles—dijo la beata,—no caen mal sobre una frente serena que pueda alzarse ante el tribunal de Dios sin los rubores del pecado. Sr. D. Fernando, ponga sus cinco sentidos en lo que le he dicho, y no entregue su cuerpo al plomo enemigo sin descargar su alma del peso de tantas y tan negras culpas. El cuerpo que sirve de vaso á un alma limpia es respetado por la muerte; no así el que es

saco de inmundicias. No hay contra el plomo y las bayonetas mejor coraza que una buena y general confesión.

—Viejecita —repuso D. Fernando sonriendo,—como el cura va conmigo á la guerra, echaremos un párrafo por esos caminos y entre batalla y batalla me iré descargando de todos mis pecados y él absolviéndome, todo esto al compás de nuestras caballerías.

—Cabal, cabal—exclamó el presbítero.—Por mucha que sea la faena, no falta un ratito para meter la mano en la conciencia y sacar algunos puñados de maleza.

—Y para los soldados, voto al chápiro—dijo D. Fernando golpeando el suelo con la contera de la espada,—ha de haber un poquito de manga ancha. Ya se ve: siempre en campaña, al sol y al frío, comiendo poco y bebiendo menos, sin otro regalo que mil trabajos, y teniendo por cama el suelo, por descanso la fatiga, por almuerzo la pólvora y por cena la metralla... ¡Oh! los que así vivimos no podemos ser mirados como los demás, ¿no es verdad, señor cura?

—Verdad, verdad... ¡Con que en marcha!... ¿No se te olvida nada, Respaldiza?—dijo el cura preguntándose á sí mismo y tentándose el cuerpo.—No, nada se te olvida, curita... la pólvora, las balas, el frasquito de aguardiente, las lonjas de jamón... el chocolate crudo... el tabaco...

A todas estas iba llegando gente, amigos del insigne Garrote.

Llegó la hora de la partida y los expedi-

cionarios oprimían los lomos de sus respectivas caballerías. La salida de la casa fué una verdadera ovación. D. Fernando, seguido de su hijo, del cura y de los demás guerrilleros, rompió por entre la multitud que le vitoreaba aclamándole padre de la patria y héroe de la Puebla. En aquel instante nadie se acordaba de las fechorías de D. Fernando Garrote, que había sido siempre popular, muy popular, lo mismo por sus generosidades que por sus atrevimientos. En España los audaces de buena cepa, aunque sean bandidos ó Tenorios, son siempre queridos y admirados del pueblo, que lo perdona todo, á excepción de la cobardía y la avaricia.

Luégo que se encontró fuera de la villa y en plena campiña la pequeña partida, compuesta de una docena de hombres, Carlos, indicando la dirección de Treviño, que debían tomar por las montañas, se puso á vanguardia con otro amigo para explorar el camino y ver si se distinguían fuerzas francesas. En tanto D. Fernando y el cura, quedándose solos atrás emparejaron sus cabalgaduras, que perezosamente iban al paso, y entablaron el curiosísimo diálogo, que se verá á continuación.

XV

—Señor cura—dijo Garrote,—ahora que nos encontramos solos, quiero que conversemos un poco sobre un asunto que me está escociendo por adentro.

—Ya le entiendo á usted, amigo mío; usted es de parecer que en vez de unirnos á la partida de Longa marchemos solos al encuentro de los destacamentos franceses.

—No es nada de eso, Sr. D. Aparicio, lo que me preocupa.

—Ese fusil que lleva usted—añadió el cura,—es un arma de príncipes; en cambio esa espada no sirve sino para degollar palominos. Por el contrario, mi sable vale un imperio, y esta escopeta no lo es más que en el nombre. Hagamos, pues, un cambalache: daréle á usted el sable, pues la principal habilidad de usted consiste en el tajo, mientras que siendo mi fuerte la puntería, cogeré, por lo tanto, su fusil.

—No es eso tampoco lo que tenía que hablar.

—Usted tiene muy cansada la vista y no puede hacer la puntería.

—Que no es eso—repitió Garrote enfadado.

—¿Pues qué, hombre de Dios?

—Un caso de conciencia.

—¿Esas tenemos?—dijo el cura riendo.—Esta mañana estuve una hora en el confesonario, sin que nadie se me acercara, y ahora que monto á caballo...

—No pierde el sacerdote el Sacramento por ir á horcajadas.

—Jamás he visto que el ilustre Garrote se confesara; ¿y ahora que va á la guerra le entran esos escrúpulos? ¿Hay algún pecado nuevo? Pero no sé por qué recuerdo ahora... Esa maldita Perpétua...

—No, los antiguos. Por lo mismo que voy á la guerra, siento un vivo deseo de reconciliarme con Dios... Aunque hombres como yo no mueren á dos tirones, quién sabe si por artes del enemigo me cogerá una bala...

—Y adiós alma... Nada, nada—dijo el cura,—aun los hombres más bravos deben venir á estas fiestas con el alma preparada... Aquí donde usted me ve, voy como un angelito de Dios... Me podrían enterrar con corona de rosas, como á los niños.

—Vamos á ver. Si los pecados se perdonan con el arrepentimiento y la penitencia, los míos ya los puedo dar por idos. Estoy arrepentido de los males que he causado, y ahora que soy viejo y nada puedo, he caído en la cuenta de que hice mal, muy mal. En cuanto á la penitencia, ¿no es suficiente esta que yo mismo me impongo de dejar la tranquilidad y bienestar que disfrutaba en mi casa de Peñacerrada para echarme al campo en busca de las privaciones, de las hambres, de las heridas, de los fríos, de los calores, y quizás quizás de la muerte? Y todo esto, no por una causa cualquiera, sino por la causa de Dios, de la religión y su santa Iglesia primero, y del Rey y de España después.

—Mi parecer es—dijo el cura sonriendo y tentando de nuevo sus bolsillos y la alforja para ver si se le olvidaba algo,—que con lo hecho por usted, con su arrepentimiento primero y el sacrificio de su bienestar después, hay para irse derecho al cielo.

D. Fernando respiró con desahogo, y dijo:

—Si ofendí á Dios con mis calaveradas, ahora le sirvo con mi heroísmo, ¿no es verdad? Váyase lo uno por lo otro. Jamás cometí acción ninguna indigna de un caballero... pues... ya me entiende usted... porque hay pecados de pecados.

—Es evidente. Pero si el arrepentimiento y la penitencia limpian el alma, no está de más un poco de palique con el cura...

—Ya, la confesión.

—La humillación del alma ante Dios, y aquello de reconocer verbalmente sus faltas y avergonzarse de ellas delante del sacerdote...

—Por hablar no quedará—dijo Garrote;—pero es lástima que esto no lo hiciéramos despacito en el pueblo en vez de hacerlo á caballo por estos andurriales.

El cura rompió á reir.

—¡Qué singulares cosas tiene D. Fernando Garrote!—exclamó, avivando el paso de la cabalgadura.—Esta noche, cuando lleguemos á cualquier mesón... Pero está usted triste, señor Navarro; ¿á qué viene tanto mirar al suelo y ese gesto de ajusticiado?

—Amigo D. Aparicio—repuso el guerrero,—no puedo apartar de mi pensamiento la idea de que me coja una bala.

—Los bravos no mueren...

—Si el caso llega — añadió el guerrillero, muy preocupado y entristecido,—no moriré sin decir antes á voz en grito ante Dios y los hombres que siempre fuí católico, apostólico, romano y defensor de la santa Iglesia, cuyos

dogmas creo desde el primero hasta el último.

—Bien, eso es lo principal... Ahora, señor Garrote, déme usted su fusil—dijo el cura con vivísimo interés, mirando á un punto lejano hacia la izquierda.—¿No le parece que se distingue por allí el morrión de un francés?

—No puede ser, hombre.

—Será algún rezagado. Anoche pasó por aquí el ejército enemigo.

—Pues como iba diciendo—prosiguió Garrote ensimismado y algo sombrío,—toda mi vida he sido católico, apostólico, romano... Jamás he robado á nadie el valor de un real. No he levantado falsos testimonios, y si dije alguna mentirilla leve, fué sin hacer daño á nadie ó por galanteo, pues... cosas de mujeres. Si he jurado en falso ha sido en asunto de amores. Honré á mis padres mientras vivieron; no he matado á nadie, ni...

—Ni deseado la mujer ajena—dijo el cura interrumpiéndole con risas y chacota.

—¡Alto, alto! que ahí está el *busilis*—gritó D. Fernando.

—¿Qué, qué es lo que está?—dijo Respaldiza mirando con zozobra á un lado y otro.

—Nada, hombre, no hay que asustarse, lo principal de mis pecados, digo...

—Creí que había divisado usted algún destacamento enemigo. ¿Pero por dónde vamos, amigo Garrote?

—Vamos bien; adelante—dijo Navarro, tan sólo preocupado de su conciencia.

Iban por un terreno bastante solitario y

compuesto de cerros que se sucedían unos á otros, elevándose cada vez más. De trecho en trecho hallábanse pequeñas llanadas.

—Ya se sabe qué clase de pecados son los míos—continuó Garrote sin poder apartar el pensamiento de aquella idea. —No son, en verdad, de los que más afean al hombre; y en el mundo vemos que mientras se niega el agua y el fuego al asesino, al galanteador no sólo no se le niega nada, sino que todo el mundo le admira, le señala, y con su amistad se honran tontos y discretos, buenos y malos.

—Así es, en efecto—dijo Respaldiza,—lo cual no quita que el galantear sea pecado, porque es el desenfreno del más feo y torpe vicio, y con él se injuria á la familia; al mundo y á Dios.

—Por más que me diga el señor cura, no puedo creer que el galanteo sea vicio tan inmundo como el robar, el calumniar y blasfemar. Al hacer cocos á una doncella ó mujer casada, parece como que se tributa cierto holocausto al Señor por las maravillas que puso en el alma y en el cuerpo. El espíritu pone de manifiesto lo que encierra de más noble, y la materia.

—Tate, tate, Sr. D. Fernando—dijo entre risas Respaldiza.—Al querer confesarse está usted haciendo la apología de sus pecados, y revistiéndolos con las mentirosas formas de una fantasía voluptuosa. Es una singularísima manera de arrepentirse... Vaya un polvito—añadió sacando la tabaquera.

—No, no, ya estoy arrepentido, señor don Aparicio. Ya estoy arrepentido de todo—afirmó Garrote con decisión.—No sirvo ya para maldita la cosa. ¡Quién me había de decir en aquellos tiempos, cuando todo el mundo me parecía pequeño para mis aventuras, que se me había de acabar la vigorosa energía!...

—Punto, punto final, amigo mío—exclamó el cura mirando á la izquierda.

—Iba á decir que ahora aborrezco todo aquello, y que lo deploro... Pero me pasa una cosa singular, amigo, y es que me arrepiento, pero no estoy tranquilo. El corazón me baila en el pecho, y siento en mí no sé qué comezón y zozobra.

El bravo cura se irguió de repente alzándose sobre los estribos, y gritó con ansiedad:

—Sr. D. Fernando, el fusil, venga el fusil, ¡por todos los santos!

—¿Qué hay? ¿Viene algún destacamento francés?—preguntó el guerrero mirando al mismo punto hacia el cual se dirigían los atónitos ojos del presbítero.

—¡Un morrión! Por allí va el morrión de un francés.

—¿El morrión solo?

—Bajo el morrión ha de ir una cabeza, y bajo la cabeza un cuerpo, sólo que va por aquel camino hondo y no se ve más que el cimborrio... Ese fusil, Sr. D. Fernando, ¡por amor de Dios!

—Ya, ya lo veo—dijo Garrote, poniéndose la palma de la mano sobre los ojos en forma

de visera.—Pero es un hombre solo, un pobre soldado rezagado, quizás un prisionero fugitivo. ¿Qué hacemos?

—¡Bonita pregunta! Matarle. Un enemigo menos tendrá España.

—Pero si no me engaño—dijo D. Fernando mirando á todos lados con cierta inquietud,—nos hemos perdido. ¿En dónde están mi hijo y los demás amigos?

—Delante van. Ese fusil, Sr. D. Fernando: veremos si el cura de la Puebla desmiente la fama de ser el mejor tirador de todo el condado y aun de toda Alava.

—Amigo, ¿por dónde vamos?—repitió Navarro deteniendo el caballo.—Con esta conversación de mis pecados y de la bondad de Dios que todos me los perdona, nos hemos distraído, y sin saber cómo nos hallamos separados de los demás de la partida.

—¿Cómo es eso? ¡Gran geógrafo tenemos aquí!—exclamó el cura.—¿Pues no es este el camino de Uralde?

—No, con mil demonios; aquellas casas que á lo lejos se parecen son las primeras de Añastro. Carlos y la compañía se han ido camino derecho á Uralde, y nosotros, ¡ahora caigo en ello, con cien mil pares de Satanases! nos equivocamos en la encrucijada donde está la venta de Martín.

—Adelante —dijo el cura con resolución.—Buscaremos un atajo por aquí á la izquierda... ¿Hay miedo, Sr. D. Fernando? Lo mismo da ir por Uralde que por Añastro. Usted tiene la culpa, pues charla que charla...

—No hagamos calaveradas—dijo Garrote, bastante intranquilo.—Casi estamos en país enemigo. A lo mejor saldrá de detrás de una mata un puñado de franceses.

—Aquél que allí está no se me escapa—dijo el cura, observando siempre el morrión que por el camino hondo se movía.—¿Nos vamos á él?

—¡Dos contra uno! — exclamó con desdén D. Fernando.—Esta heroicidad no es de las mías.

—Pero ¿y si ese uno se convierte en seis dentro de un rato? ¿Quién sabe lo que habrá detrás de aquella colina?

—Pues vamos á él—dijo D. Fernando, dirigiendo su caballo por un sembrado y hacia el punto donde el formidable morrión aparecía.—Esta guerra en detalle es la que á mí me enamora, y la verdad es que hecha con inteligencia, no hay ejército invasor que á ella resista.

—¡El fusil, ese fusilito, por amor de Dios y de María Santísima!

—¡Ahí va!... ¡Que Dios esté en la chispa, en la pólvora y en la bala!

Galoparon buen trecho por el sembrado, y de pronto, como liebre que levantan perros, vióse salir del camino hondo un soldado francés, el cual, azorado y temeroso al ver sobre sí dos tan disformes jinetes, echó á correr con ligerísimos piés, mirando hacia atrás á cada instante para ver si era perseguido.

—¡Alto ahí, amiguito—gritó el cura,—no te salvarás aunque tengas mejores piernas

que Mercurio el de los alados talones!... ¡Alto!

—Ríndete y nada te haremos por ser dos contra uno—dijo D. Fernando, llevándose la mano al sombrero, que con el fuerte viento se le tambaleaba sobre el cráneo.—Date, tunantuelo, que somos generosos y caballeros.

—¡Borracho, ladrón! Ríndete ó te tiendo...

Aunque muy velozmente corría el francés, al poco rato pusiéronse los caballos á medio tiro; disparó D. Aparicio su fusil, hiriendo al fugitivo con tan fatal acierto en mitad de la espalda, que después de dar algunos pasos vacilantes, cayó al suelo.

—¡Qué ojo, Sr. Garrote! Por Santa Lucía bendita. ¡Qué puntería!—exclamó con júbilo Respaldiza.—Yo mismo me admiro, yo mismo me alabo, yo mismo me hago mi apoteósis, porque soy en esto del tirar una de las más grandes maravillas de la Creación.

—La verdad es que, como cacería, esto ha sido admirable—repuso Garrote;—pero como acción de guerra, no se puede poner al lado de las de Wellington. Ese pobre muchacho lo pasa mal.

Llegaron al sitio donde el francés se revolvía en su sangre, profiriendo injurias y blasfemias contra sus perseguidores.

—Arriba, muchacho; eso no es nada—dijo Navarro, cuya generosidad, como hemos dicho, se mostraba en todas ocasiones.—Dínos dónde está el destacamento á que perteneces y te perdonamos la vida.

—El destacamento—repitió el cura. — Sí, para huir de él.

—O para atacarle si es de poca gente. Usted con su puntería y yo con mis puños...

A esta bravata siguió un rato de silencio, porque el pobre francés, herido, se había desmayado. Mirábanse Garrote y D. Aparicio, sin saber qué partido tomar, cuando sintióse á lo lejos ruído de caballos, y como alzaran á un mismo tiempo la vista cura y seglar, vieron que hacia ellos se dirigía por el camino hondo hasta una docena de franchutes á caballo. Púsose más pálido que la cera de su iglesia el buen Respaldiza, y D. Fernando, á pesar de su garrotesca bravura, frunció el majestuoso ceño. El primer impulso del tirador fué huir, mas detúvole su amigo, bien porque creyera imposible la fuga, bien porque la impavidéz de su alma atrevida gozase en la temerosa aproximación del peligro.

—¡El sable!—gritó, tomando el arma de su amigo, á quien entregó la espada vieja.

La mano del cura temblaba.

—Hemos cometido una acción villana asesinando á un hombre—exclamó con solemne acento Garrote;—Dios nos castiga. Ahora... pelear como buenos españoles y morir como caballeros cristianos.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué hemos de hacer? ¡A ellos! Dios sea con nosotros.

No hubo muchos ni variados lances en aquel suceso, porque en el espacio de pocos minutos, los enemigos se acercaron á nuestros dos héroes, diciéndoles en castellano que se rindieran.

—Son españoles.

—Afrancesados... mala gente...—murmuró D. Aparicio.

—¡Que me rinda yo!—gritó Navarro, esgrimiendo el sable.—Ahora sabréis, canallas, traidores, cómo acostumbra á hacer sus rendiciones D. Fernando Garrote el de la Puebla. Si he de morir, moriré matando.

Y sin más dimes y diretes comenzó á descargar sablazos sobre los que más cerca tenía. En tanto Respaldiza, viendo á su amigo enredado con los franceses, quiso ponerse en salvo; pero se lo impidieron, y en un santiamén fueron ambos desarmados. Garrote había descalabrado á uno y herido levemente á otro, recibiendo en cambio dos pistoletazos, que por fortuna sólo hicieron estragos en el alto sombrero. Gritó, vociferó, injurió en nombre de Dios, del Rey y de España; pero al cabo ambos fueron conducidos prisioneros sobre sus mismas cabalgaduras, y muy bien vigilados por los doce dragones, que se pusieron en marcha después de recoger el herido.

Así acabó la grande, la memorable expedición de D. Fernando Garrote y del reverendo beneficiado de la Puebla. Mientras esto sucedía, Carlos Navarro y la compañía buscaban inútilmente á los dos viejos guerreros en el camino de Uralde.

XVI

Silenciosamente y abrumados de amargura y desesperación, marchaban los dos prisioneros, el uno tras el otro: los caballos que montaban no parecían menos tristes que sus amos, á juzgar por la lentitud de su paso y la inclinación de la cabeza. Los españoles y franceses que les habían cogido y les custodiaban, iban charlando en una y otra lengua, mezcladamente, y uno de ellos dijo:

—A estos tunantes no les perdonará el general Gazán... han asesinado á un francés, y ya sabemos con qué moneda se pagan estas deudas.

—El uno de ellos parece cura.

—Y el otro parece sacristán.

Don Fernando Garrote se puso lívido al oir que se le llamaba sacristán, y después se le encendió hasta la raíz del cabello el pálido rostro. Si hubiera tenido armas, habría castigado en el acto tanta insolencia en menos que se dicen castañas. Respaldiza, durante el camino, sintiéndose sediento, pidió que le dejaran beber de un arroyo cercano.

—Tiempo hay de beber. En Ariñéz no falta agua, padrito. Y si no, tome un buche de la del bautismo, que como cura debe de tener tan á la mano... Beberá antes que le despachen.

—¡Despacharme!—exclamó D. Aparicio

con acento compungido.—¿Qué es eso de despachar?

Garrote, colérico por la cobardía que mostraba su amigo, le miró con ojos fieros.

—¡Que nos despachen!—dijo.—¿Qué mayor gloria para buenos españoles que morir á manos de estos tunantes?

—Cierre el pico el vejete sacristán—gritó un jurado,—ó no aguardamos á llegar al cuartel general.

—¡Traidor! Tu persona es para mí tan despreciable como la de un vil esclavo, y tus palabras como los ladridos de un perro—exclamó con admirable entereza Navarro.—Si quieres darme la muerte aquí mismo, dámela. Ni porque me mates he de aborrecerte más, ni porque me dejes vivo he de estimarte. Soy un hombre leal que sirve á su patria, y tú un cobarde desleal que sirve al enemigo.

En aquel mismo instante se acabara la vida y con la vida las hazañas de D. Fernando Garrote, si el sargento que mandaba la tropa no impusiera silencio á todos, mandándoles seguir adelante.

Después de tres horas largas y penosas de camino, llegarón á Ariñéz, y los dos prisioneros fueron presentados á un coronel. Las tropas francesas, entre las cuales se encontraban, pertenecían á la división del general Gazán. Caía la tarde y los soldados se preparaban á pasar la noche lo mejor posible: encendíanse las cocinas de campaña, y en torno á las casas de labor se veían alegres corrillos. Los caballos bebían en una gran acequia que

de un punto á otro atravesaba el pueblo, y los oficiales organizaban sus meriendas al aire libre.

Don Fernando Garrote se quedó sin alma cuando se vió entre aquella gente. Deseaba morirse, ó que la tierra se abriese para tragársele, ó que reventase á su lado el más poderoso de los cañones franceses. Lleváronle de Herodes á Pilatos durante largo rato de la tardecita, cual si no supiesen qué hacer de él, y unos le tenían lástima, otros le miraban con desdén ó con ira. Pero el que excitaba más sentimientos de enojo era D. Aparicio, por ser muy aborrecidos entre los extranjeros los curas armados; así es que después que le concedieron el apagar la rabiosa sed en la misma acequia donde hociqueaban los caballos, echáronle una cuerda al cuello sin miramiento alguno á las órdenes sacerdotales.

No fueron tan crueles con Garrote, quizás porque mostraba mucha dignidad en su infortunio y no hacía aspavientos ni exhalaba afeminadas quejas como su compañero. Lleváronles á los dos á un gran patio, contiguo á una casa grande y vieja, el cual parecía servir de taller de herrería y carretería, porque en él había varios soldados artífices trabajando, y allí podían discurrir libremente los dos prisioneros; mas no escaparse, porque un centinela guardaba la puerta.

Respaldiza, despavorido y medio muerto de terror, echóse al suelo para llorar su desventura. Navarro se paseaba de largo á largo, sin hablar á su amigo ni á nadie. En las bar-

das de aquel corral que caían á poniente, había unas rejas por donde se veía la carretera de Vitoria. No cesaban de pasar por ella carros cargados de cajas y arcones de diversos tamaños, los cuales venían del lado de la Puebla, y se detenían, acomodándose en el estrecho camino para dar descanso á las caballerías. También había multitud de galeras y sillas de posta, donde iban las familias españolas que abandonaban la corte con los franceses. El ruído y el tumulto de aquella parte del camino donde se habían reunido y amalgamado tantos vehículos y caballos, eran espantosos. Unida esta algazara con los martillazos de los que trabajaban sobre el yunque dentro del patio, formábase una música infernal que hubiera vuelto loco á don Fernando Garrote si el cerebro de éste pudiera descomponerse en aquel momento por otra causa que por el espantoso hervir de sus ideas.

Paseábase el exclarecido varón con la barba clavada en el pecho y las manos dentro de los bolsillos: su espíritu después de vagar un buen espacio por las dulces regiones del pensamiento religioso, se irritó de repente y la idea del suicidio se le puso delante siniestra y halagüeña á la vez, aterrándole y consolándole. Miró Navarro á los que machacaban hierro sobre el yunque, y consideró que le harían merced en dejarle poner su vieja cabeza entre ambos hierros. Despues fijó su atención en las diversas herramientas que pendían del techo de un tingladillo donde es-

taban la fragua y el fuelle; pero no creyó posible apoderarse de ellas, ni menos usarlas contra su vida sin ser inmediatamente visto y atajado. Volviendo al inquieto pasear, puso la atención en un pozo que en mitad del patio había, y al punto hizo resolución de arrojarse en él de cabeza; pero tardaba mucho en decidirse á ello, y observaba de soslayo la soga y polea. Acercóse al brocal para mirar al fondo, y vió allá abajo su imagen temblorosa y desfigurada dentro de un círculo luminoso. En esta contemplación se detenía, cuando un francés le arrancó de allí, señalándole la fragua.

—Camarada—le dijo en mal español con sonrisa burlona,—allí hacen falta vuestros servicios.

Un español joven, moreno y agraciado acercóse en tanto al cura, que no se apartaba de su rincón, y con acento de chacota le dijo:

—¿Qué bueno por aquí, Sr. Respaldiza? Parece que la expedición no ha salido bien.

—¡Ay Salvadorillo de mi alma!—exclamó el cura con mucha congoja.—Al verte me parece que veo un ángel del cielo... Díme, ¿nos matarán?... ¿Intercederás por nosotros? Yo te ruego que olvides las palabrillas coléricas que se cruzaron entre nosotros anoche en casa de tu madre. Yo suelo gastar esas bromitas...

—Olvidadas están, señor cura; pero me parece que nada puedo hacer por ustedes. ¿Quién es el compañero?

—Allí lo tienes junto al pozo, D. Fernan-

do Garrote, el primer caballero de toda la comarca.

—Le hubiera conocido—dijo Monsalud observándole,—nada más que por la semejanza que tiene con su hijo Carlos.

Y acercándose á Navarro, que en aquel instante disputaba con el francés, tomó nuestro joven una expresioncilla bastante insolente, y habló de este modo al infelíz anciano:

—Sr. D. Fernando, aquí dicen que vaya usted á menear el fuelle, y yo creo que este honroso oficio nadie puede desempeñarlo donde hay un señor de la llave dorada.

Miró Garrote al atrevido soldado con tanta ira, que los ojos parecían saltársele del casco.

—Mozuelo sin honor ni vergüenza—exclamó con dignidad y altanería,—¿piensas que un hombre como yo ha venido aquí para oir tus necedades ni menos para obedecerte? Estos miserables exterminarán á la gente honrada; pero no la deshonrarán.

—¡Al fuelle! ¡al fuelle!—gritaron varias voces, y con más fuerza que ninguna la del mozo que hasta entonces había movido sin descanso la enfadosa máquina.

—¡Soplad vosotros, canallas!—gritó Navarro, echando inmediatamente mano al lugar donde debía estar el puño de la espada.

—No hay que apurarse por tan poca cosa —dijo de improviso el cura levantándose del suelo y acudiendo oficiosamente al lugar de la disputa.—Si es preciso que alguien sople,

yo soplaré, que lo haré muy bien, caballeritos, y bueno es un poco de ejercicio á estas horas.

Deseando congraciarse con sus verdugos, Respaldiza, cuya poquedad de ánimo y corazón pequeño se habían mostrado ya, se prestaba á todo.

—¿Qué más dá?—decía entre dientes.—Más padeció Jesús por nosotros. A él le pusieron atado á una columna y le abofetearon y escupieron. Movamos el fuelle, herreros de Satanás. Si vuestros cuerpos estuvieran dentro del fuego, ¡con qué ganas soplaría!

Metió la mano en la argolla, y tirando de la cadena infló el depósito de viento. El caño de la fragua resonó con ardiente resoplido, como la respiración de un cíclope, y las moribundas ascuas revivieron lanzando llamas rojizas. Al compás del canto de los herreros, tiraba de la cadena el cura, afectando en su semblante cristiana humildad; pero lleno de cólera, y más que de cólera de miedo.

La noche sin luna obscurecía el cielo y la tierra; pero no cesaba el espantoso ruído dentro y fuera del patio.

La roja claridad de la fragua iluminó los diversos grupos; y D. Fernando, que tenía en su alma todas las obscuridades de la tristeza y todas las llamas de la desesperación, no pudo pensar en echarse al pozo, porque los franceses lo cerraron.

A ratos le causaba profunda pena ver la degradación y falta de dignidad de su compañero de desgracia, el cual seguía en su ta-

rea, y aun sonreía ante los soeces herreros con mengua de su honor y de la gerarquía sacerdotal. Por fin cesó el trabajo; entraron varios soldados españoles y dos ó tres renegados, trayendo un par de zaques de vino, á cuya vista se regocijaron todos, disponiéndose á dejarlos vacíos. En el mismo instante llegó Monsalud con algunos soldados, y ordenando á los prisioneros que le siguiesen entró con ellos en el piso bajo de la casa contígua, que lo era de labor y estaba destinada en su parte alta á alojamiento de oficiales. Sin decirles cosa alguna, encerró á cada uno en una pieza baja, separadas ambas por un tabique ruinoso, y sin puerta que las comunicara. Luégo que D. Fernando entró en lo que parecía mazmorra, echóse en el desnudo piso sin mirar al que le había encerrado. Este arrojó un pan en el suelo, y como cayese á regular distancia del prisionero, el sargento empujó la hogaza con la punta del pié, diciendo:

—Ahí tiene usted para pasar la noche. Estoy de guardia hasta las doce, y me han encargado la custodia de los dos prisioneros. Traeré también agua y algo de carne si hay.

—No necesito nada—dijo Garrote sin mirarle.—Yo no como tu pan.

Incorporándose, dió tan fuerte puntapié á la libreta, que la lanzó al otro extremo de la pieza.

—Mal genio tiene usted—dijo el joven con lástima.—Hay que llevarlo con paciencia. El coronel me ha mandado que después de en-

cerrar é incomunicar á usted y á su compañero, les notifique...

—Ya lo sé... que seremos arcabuceados...

—A la madrugada. El general no quiere carnicerías; pero el jueves cogió Mina á diez franceses y á todos los degolló.

—Hizo bien—dijo D. Fernando;—y es lástima que no te cogiera también á tí, español renegado á lo que pareces... Si Dios me sacara de esta carcel y recobrase mi libertad y mis armas, á ningún afrancesado perdonaría.

—Amigo—dijo el joven,—la situación en que usted se halla no es la más propia para vituperar la conducta de los demás y poner cual no digan dueñas á los que, por razones que usted ignora, servimos á los franceses.

—Mi situación no me espanta—repuso el viejo con gravedad.—Moriré por la patria, por la religión, y Dios me acogerá en su seno. La muerte que me espera no la cambiaría por cien vidas como la tuya, infelíz joven, por esa vida deshonrada en flor.

El mozo guardó silencio.

—¿Quién te engañó? ¿Quién te sedujo? ¿Sabes lo que es servir al enemigo y hacer causa común con los verdugos de la patria?

—Hablador es el viejo—añadió Salvador algo enojado.—Hará usted bien en descansar y en tranquilizarse, Sr. Navarro. Adiós.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijo Respaldiza. Conozco mucho al cura de la Puebla de Arganzón, donde he vivido dos años.

—¿Cómo te llamas?

—Salvador Monsalud... yo soy de Pipaón.

El anciano dió un suspiro profundo echando hacia atrás la cabeza, que al chocar bruscamente contra el tabique produjo un triste y hueco sonido como el de un cántaro que está á punto de romperse.

—Adiós—dijo el joven con la mayor indiferencia.—Volveré después á traer á ustedes alguna cosa. Me da lástima de los que van á morir, aunque lo tengan muy merecido... ¿Con que agua? Si hubiera carne... Veremos.

XVII

El estado moral de D. Fernando Garrote fué, desde que se quedó solo, el más espantoso que imaginarse puede. La imagen y la idea de la muerte que poco antes ocuparan por completo su espíritu, huyeron como accidentes fútiles y pasajeros, indignos del pensamiento. Toda su vida pasada, sus culpas, sus glorias se le pusieron delante juntamente con el infelíz joven cuyo nombre acababa de saber. Veía tan claro el designio de Dios, que hasta con los ojos del cuerpo estaba viendo al mismo Dios delante de sí, grave, ceñudo, majestuoso y admirablemente sobrenatural y divino. D. Fernando sintió el terror más vivo que un alma humana puede sentir, miedo semejante tan sólo á aquellos terrores bíblicos que sobrecogían al pue-

blo elegido, cuando entre rayos y truenos sonaba la voz que había mandado á la luz que se hiciera, y á la tierra separarse de las aguas.

El anciano se prosternó en tierra, y apoyando contra las frías baldosas su ardiente cabeza, dijo en voz alta:

—¡Señor, Señor, lo merezco! ¡He sido un malvado! ¡Cúmplase tu voluntad! ¡Justicia terrible, pero justicia al fin! ¡Digna de mi vida es esta última hora que has dispuesto para mí!

Después siguió balbuciendo en voz baja oraciones piadosas y vehementes, hasta que su alma se fué tranquilizando poco á poco y las terribles majestuosas facciones del semblante de Dios, que delante creía ver, se amansaron. El pobre anciano respiró, y levantándose del suelo fué tentando las paredes hasta el rincón más próximo, donde se acurrucó, cruzando las piernas y los brazos, y entre éstos escondiendo la cabeza, de tal modo, que parecía un ovillo. En tal postura solo, sin movimiento, profundamente abstraído y encerrado dentro de sí mismo, como el gusano en su capullo, dijo el soliloquio siguiente, examen sincero de sus muchas culpas.

—Consagré mi juventud al vicio. Obediente á la ley de Dios, tan sólo en lo superficial y externo, falté á todos los deberes cristianos. Iba todos los días á misa y rezaba el rosario, ambos actos sin devoción y por pura rutina, pues en misa no atendía más que á las

mujeres que poblaban la iglesia. Llamándome buen católico, y defendiendo de palabra y aun de obra la religión siempre que se ofrecía, mi conducta no dejaba de ser execrable. ¿De qué valía á mi alma el ser presidente por derecho hereditario de la sagrada congregación de *Esclavos de Cristo*, ni hermano mayor de la Virgen de la Asunción, y guardián de su camarín, cuyas llaves se han conservado siempre en las arcas de mi familia, con el derecho de vestir la imagen en las grandes fiestas?... ¡Ay! He sido un perverso que se ha burlado de todas las leyes divinas y humanas. Amonestóme un buen religioso francisco; pero me burlé de sus palabras, atendiendo, más que á él, á los que me adulaban, fomentando con viles alabanzas mi execrable disolución.

„Dióme el cielo fortuna, sin duda por probarme en el empleo que de ella haría, y más valiera que me criara Dios pobre y desnudo, para que así mi natural vicioso se encaminase á la virtud, y con las abstinencias se educara firme y valerosa mi alma. Mas yo empleé mi hacienda en deslumbrar con engañosos oropeles la inocencia, en seducir con mentidas promesas á las más honradas familias, en corromper dueñas y criadas. Hice del honor mercadería que con el oro se compra y se vende, y de la paz y buena fama de las familias, un juego caprichoso. El demonio, mi aliado, y en realidad mi Dios, sugeríame á cada instante artificios nuevos para derrocar la honestidad y vencer la resistencia, que la

templanza y el recato ofrecían á mis abominables apetitos. Todo lo atropellé; pisoteé los sentimientos más puros, como pisotean los cerdos las flores de un jardín, sin comprender su belleza.

„Dios me tocaba á veces el corazón, dándome ratos de profunda tristeza, en los cuales mi conciencia, aclarándose ante mí con prodigiosa luz, me ponía delante la fealdad horrenda de mi conducta; mas estos momentos, que coincidían siempre con mi cansancio, eran breves como los relámpagos en la noche obscura, y mi alma envilecida dejaba el arrepentimiento para la vejéz. Mi memoria, con ser portentosa, no puede recordar uno por uno todos los desafueros que cometí, los planes execrables que realicé, ni las víctimas todas de mi salvaje descomedimiento. Pero en estos momentos terribles en que mi conciencia á la vista de un hombre se ha abierto de súbito como una sima llena de horrores, y se me ha presentado Dios con el semblante de la justicia, aprestándose á juzgarme sin misericordia, porque no la merezco, uno solo de mis crímenes se me ofrece visible y claro entre los demás, porque á todos los comprendía, y con su magnitud obscurece á los otros.

„La ejemplar persona sacrificada vive, al parecer, para mi castigo. ¡Ay! A muchas seduje, á muchas atropellé, pero con ninguna fué el engaño tan torpe y miserable como con ésta. Cuanto puede hacer un hombre para disimular su vil intención, yo lo hice;

cuanto puede inventarse para aparecer bueno sin serlo y apasionado sin estarlo, mi entendimiento, fecundo siempre para el mal, lo inventó con pasmoso ingenio. Burléme después de la desgraciada joven á quien sacrifiqué, y yo mismo aplaudí su deshonra en reunión de inícuos amigos y calaveras. Llevado de no sé qué perversos instintos, que desde entonces han sido causa en mí de espantosos remordimientos, llegué hasta suponer en aquella infelíz faltas que no había cometido, y torpezas y tratos con otros hombres que jamás á ella se acercaron. Escupir el cadáver de la víctima que se acaba de inmolar, no es tan vil como lo que yo hice. ¡Ay! ¿Por qué no taladró mi lengua un hierro encendido como esos que he visto esta tarde en la fragua del patio? ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no quedé paralítico, ciego y mudo, sin sentido para la maldad, y sólo con pensamiento para meditar en mi merecida ruína y pensar en mi salvación?

„Nació un niño, á quien pusieron por nombre Salvador. Me lo dijeron, y lo oí como si oyera decir: "La vaca del vecino ha parido un ternero.„ Yo no volví á Pipaón desde que proyecté casarme con otra mujer. Olvidado de mi aventura, llegué, sin embargo, á entender que la hermosa hija de D. Pablo el Riojano había quedado en la miseria. Nada hice por ella; poco á poco fué envolviéndose en nubes de misterio lo sucedido, y la madre y el hijo no existieron para mí. Hace tres años dijéronme que un joven, llamado Salvador Monsalud, había aparecido en la Puebla en

compañía de su madre, mujer melancólica, piadosa y enferma. Sentí cierta aflicción inexplicable, pero nada hice. El amor de mi hijo legítimo me ocupaba por entero. Hace poco, y aun hoy mismo, doña Perpétua me ha recordado la antigua y casi olvidada deuda; mas preocupado con mis preparativos de guerra y soñando con gloriosas hazañas, apenas detuve el pensamiento en los dos desgraciados séres que tan cerca estaban de mí...

„Há tiempo, sin embargo, que el arrepentimiento trabaja en mi alma, labrándose en ella un hueco con lentitud, pero con constancia. He vuelto los ojos á Dios aunque de soslayo, y á fuerza de pensar en mis culpas y en la justicia divina, he llegado á considerar que el mejor desagravio que á Dios podía ofrecer, era sacrificarle los últimas días de mi vida, combatiendo por la fe verdadera contra los herejes y renegados. En mi necio orgullo no he comprendido hasta ahora que Dios no podía aceptarme como diligente servidor, ni menos premiar mi arrojo. Clara, como la luz del sol al medio del día, veo ahora su mano llevándome al destino y fin deplorable que merecía; veo su lógico designio, obra de la perpétua justicia, en los sucesos de esta tarde, y más que en otra cosa alguna, en la presencia de ese joven, de ese ejemplo vivo de mis crímenes, de esa venganza humana y celeste, de ese desventurado hijo mío, que con la frialdad de los verdugos y la crueldad de un enemigo vencedor se me ha puesto delante para anunciar la muerte que merezco. ¡Oh!

merezco más, Señor, merezco vivir después de lo que he visto.

„Las facciones de ese muchacho han producido en mí incomprensible turbación; su nombre, pronunciado por él mismo, ha caído sobre mí como un rayo celeste. Ya sé como suenan las trompetas del Juicio. Dios mío, estoy humillado, vencido y me arrastro por el suelo como un insecto miserable, buscando tu pié soberano para que me aplaste. Me creo indigno hasta de mirar la luz del día, que criaste lo mismo para los buenos que para los malos. Señor, la muerte que me aguarda no será bastante cruel para la que yo merezco. Un hombre que lleva mi sangre y debiera llevar mi nombre, me custodia en esta mazmorra hasta que llegue el instante de la muerte; y él mismo si se lo mandan...

Don Fernando no se atrevió á continuar la frase, que no era dicha sino pensada, y aun así la sofocó cortando el vuelo de su pensamiento, suspendiendo la fórmula obscura del lenguaje con que discurrimos á solas y en silencio; pero no pudo cortar, ni atajar, ni detener la idea que surcó por su cerebro como un relámpago. Espantado de ella, se afirmó con ambas manos las abrasadas sienes, sacudiéndose á un lado y otro la cabeza. Si quisiera arrancársela y arrojarla lejos de sí, como despojo inútil, no lo hiciera de otra manera.

Oyó una voz alegre que cantaba y al mismo tiempo abrieron la puerta. Monsalud entró alumbrándose con una linterna, y traía además una botella de vino.

—Sr. D. Fernando—dijo desde la puerta, —aquí le traigo esto para que entone el cuerpo y le ayude á pasar los malos ratos de esta noche.

XVIII

Salvador adelantó con paso inseguro, dirigiendo la luz de la linterna á todos los lados de la estancia.

—¿En dónde se ha metido usted?—dijo riendo á carcajadas como quien ha perdido el equilibrio de sus facultades.—¡Ah! Está usted en el rincón... ¡qué postura! De ese modo piden los ciegos limosna en los caminos.

Don Fernando Garrote, ante aquellas burlas, sintió que su sangre se trocaba en hielo.

—Entre esta gente—dijo con mucha aflicción,—¿es costumbre burlarse de los desgraciados que van á morir?

—Perdóneme usted—añadió el joven luchando con el extravío de sus sentidos.—No sé lo que digo... esos pícaros hicieron propósito de embriagarme, y si no me levanto pronto...

—Vicio muy feo es el de la embriaguéz—afirmó Garrote.—¿Un joven valiente y noble como tú, será capáz de degradarse, abusando del vino?...

—No, no señor—repuso Salvador, en quien la vergüenza pudo por un momento más que

la turbación de su mente.—Nunca he sido borracho, pero de poco tiempo á esta parte me dan tales tristezas y se me acongoja el alma de tal modo á consecuencia de mis desgracias, que algunas veces...

—¡Pobre muchacho!—dijo el guerrero, acercándose á Monsalud, que, puesta en el suelo la linterna y la botella, se había sentado junto á ellas.—Me parece que como joven inexperto y sin fundamento, no te vendría mal recibir algunos consejos y voy á dártelos.

—Pues toca la casualidad de que yo no he venido aquí á recibir consejos, sino á acompañar á usted un tantico y traerle algo confortativo, porque siempre me da mucha compasión de ver á un hombre condenado á morir por cosas de guerra, y aunque este hombre sea mi enemigo, sí, mi enemigo por varias causas, siempre procuro que sus últimas horas no sean muy tristes. Con que guárdese usted los consejos y beba vino, si gusta.

—No beberé—repuso D. Fernando;—pero pues dices que vienes á hacerme compañía, acepto el obsequio de un poco de conversación.

—¿De qué vamos á hablar?

—De tí.

—¡De mí!—exclamó Salvador, otra vez atacado de la nerviosa hilaridad que tanto disgustara á Garrote.—¡Bonito asunto! Tanto vale hablar del infierno.

—Al verte entre franceses, joven, apuesto, y con esa expresión de nobleza que tiene tu persona...

—¡Oh, qué lisonjero está el buen hombre!—dijo Monsalud.—Amiguito, no me adule usted, pues aunque compasivo, no me vendo por alabanzas.

—Al verte así—continuó Garrote,—he pensado que sólo seducido y engañado ha podido un joven de tanto mérito entrar al servicio del Rey José y de los enemigos de la patria y de la religión.

—Ni seducido, ni engañado, sino por mi propio gusto y libre voluntad—respondió el mancebo con firmeza.

—¡Y por tus venas corre sangre española! ¿No aborreces á esos herejes, asesinos y ladrones, de cuyos crímenes horrendos eres cómplice, sin duda, por inocencia?

—No les aborrezco, sino que les estimo.

Don Fernando cruzó las manos y elevó los ojos al cielo.

—Los estimo—prosiguió Monsalud,—porque ellos me ampararon cuando de todos era abandonado, diéronme de comer cuando me moría de hambre, y me pusieron este uniforme que han llevado los primeros soldados del mundo y los vencedores de toda Europa.

Garrote se estremeció de espanto, y un abatimiento angustioso sucedió á su anterior excitación.

—¿Pero tan pobre estabas y tan desamparado de todo el mundo, que necesitases venderte á los franceses para vivir?

—Pobre y desamparado, sí, porque mi madre había perdido la poca hacienda heredada, y no teníamos sobre qué caernos muertos. Yo

fuí á Madrid, y un tío que allí tengo me metió en un regimiento de la guardia jurada.

—Pero tu deber es pelear por la patria. ¿No ves á toda la nación en masa sublevada contra esos viles? ¿No ves el desprecio y el odio que inspiran? Observa bien que entre los pocos españoles que sirven en las filas francesas, no hay uno solo que sea persona honrada.

—¡Calumnia! Los hay muy buenos y yo no me tengo por ladrón, Sr. Garrote -dijo Monsalud enojándose un poco.—Y punto en boca sobre esa materia.

—Poco á poco, joven, no he querido ofenderte—repuso Navarro con tanta humildad y timidéz como un chico de escuela.—Te diré cuál ha sido mi intento. Al verte, sentí profundas simpatías hacia tí, y fué tanta mi pena por ver á un joven de mérito en la vil condición de afrancesado y en la torpe esclavitud de esa canalla, que me atreví á esperar que los consejos y la autoridad de este infelíz anciano, próximo á morir, tendrían alguna fuerza para desviarte de ese infame camino. ¿Me equivocaré, Salvador?—añadió con expresión muy afectuosa.—¿Será posible que tu buen corazón y clara inteligencia no respondan á esta cariñosa súplica mía, á este deseo de que te conviertas y dejes á tus viles amos y vuelvas á la santa fe de la patria en que todos los buenos españoles vivimos y morimos?

Monsalud miró á D. Fernando por breve espacio, de hito en hito, y después rompió á reir con estrépito y descaro. El insigne Ga-

rrote no pudo contemplar por mucho tiempo aquella faz burlona, porque tuvo que esconder la suya entre las palmas de la mano para ocultar el llanto.

—No ha sido malo el sermón, padrito—dijo el mozo.—¿Y usted qué pedazo de pan se lleva á la boca con que yo sea afrancesado ó deje de serlo? A fe que me divierto oyéndole. ¡Buen modo de disponerse á una buena muerte! A ver, padrito—añadió llenando un vaso de dos que había traído,—echemos un trago á la salud del gran Napoleón I, Emperador de los franceses y señor de todo el mundo.

—No—dijo D. Fernando rechazando el vaso,—no puedo creer que digas tales disparates formalmente. Eres joven, has bebido más de lo regular, y no sabes lo que sale de tu boca... Comprendo bien la causa principal de tu falta. Te sentías con ardor guerrero, heredado, sin duda, del que te dió el ser y la vida, y como los franceses tienen buena labia para deslumbrar á los jóvenes hablándoles de las grandezas del Imperio y de sus fabulosas batallas de Italia y Alemania, caiste en la trampa. ¡Qué necedad! La más arrebatada fantasía no puede soñar triunfos tan grandes como los que hemos alcanzado nosotros en esta guerra contra los decantados ejércitos de Napoleón. Nuestras batallas de Bailén, de la Albuera, de Tamames, de Talavera, y las defensas gloriosísimas de Zaragoza, Gerona y Tarragona, no tienen igual ni aun en los fastos de la antigüedad heróica. Y si estos he-

chos no fuesen aún de suficiente magnitud para lo que ambiciona tu grande espíritu, ahí tienes diseminadas por toda la redondéz de España esas inimitables partidas de guerrilleros, los más bravos, los más atrevidos, los más generosos y leales hombres de la tierra, los verdaderos libertadores de la patria, los que al fin rescatarán á nuestro adorado Fernando, los que devolverán á la sagrada religión su explendor y á Dios su reino predilecto.

Antes que concluyera, Monsalud había empezado á reir. Tomó las elocuentes amonestaciones del anciano como materia de placenteras burlas, y resuelto á contrariarle en todo por convicción, le dijo:

—No me hable usted de los guerrilleros, que si hay en la tierra plebe inmunda digna del presidio, ellos son. Compónense las partidas de los asesinos, ladrones y contrabandistas de cada lugar, con más los holgazanes, que son casi todos. Hacen la guerra por robar, no por echar de aquí á los franceses, y si algún día se acabaran estas misas, el Rey Fernando tendría que colgarlos á todos para poder reinar en paz.

Don Fernando exhaló hondísimo suspiro; mas no desesperanzado todavía de tocar alguna fibra sensible en el corazón del mancebo, le habló así:

—Aunque los guerrilleros fueran como dices, que no son sino lo contrario, no podrías justificar tu traición. A todo has hecho traición, Salvador, á lo divino y á lo humano;

has hecho traición á la patria, á los españoles que son tus hermanos; has hecho traición á tu madre, que sin duda es española también y enemiga de nuestros enemigos; has hecho traición al Rey, bajo cuyo amparo nacimos y en cuya venerada persona se representan nuestro hogar y el sol que nos alumbra, y principalmente has hecho traición á Dios, cuya fe, más pura y fuerte en la nación española que en ninguna otra, han venido á destruir los franceses, introduciendo aquí, con la herejía, mil costumbres y prácticas nuevas que no conducen sino al pecado.

—Dios... ¡Buen caso hago yo de Dios!—exclamó el mozo con un cinismo que llevó á su último extremo los temores de D. Fernando.—¡Qué atrasada está la gente por aquí!... No hay ninguno que haya leído á Voltaire, como lo he leído yo en todas las paradas del viaje desde que salí de Madrid.

—¡Desgraciado!—exclamó el anciano poniendo sus manos sobre los hombros del joven.—¿Qué estás diciendo?

—¡Dios! Una palabrota y nada más. Si lo hay, que lo dudo mucho, estará allá arriba acariciándose la barba blanca y sin meterse en nuestros asuntos. Dígolo, porque muchas veces lo llamé y... ¿me oyó usted? pues El tampoco.

—¡Desgraciado!—repitió el anciano.—¡Mil veces más desgraciado que si cayeras para siempre traspasado por las bayonetas de tus viles amigos! ¿No crees en Dios omnipotente, justo y misterioso? ¿No crees en la Santísima

Trinidad? ¿No crees en la Encarnación del hijo de Dios, ni en su pasión y muerte por redimirnos del pecado?

—¡Oh cuánta monserga y cuánto embrollo! —repuso Monsalud riendo.—¡La Trinidad! Tres que son uno y uno que vienen á ser tres. Bonito lío han armado... Jesucristo no era más que un buen predicador y tan hombre como yo. Y de la llamada Virgen María ¿qué puedo decir sino que?...

—Calla, calla, blasfemo infame—gritó con encendida cólera D. Fernando, poniendo su mano en la boca del descomedido muchacho. —Tú no eres, no puedes ser lo que yo creí.

—¿Qué hombre ilustrado cree hoy semejantes paparruchas? Todo eso lo han inventado los frailes para engañar y dominar al pueblo, embobándole con pantomimas ridículas y prácticas necias. ¡Los frailes!—añadió con cierta petulancia.—¿Hay casta de cerdos más inmunda en todo el orbe? Yo digo que hasta que no ahorquen al último Papa con las tripas del último fraile, no habrá paz en el mundo. Ellos son los que promueven las guerras, los que hacen estúpidos á los Reyes; ellos son los que han levantado á la nación española, no por religiosidad, sino porque saben que el deseo de Napoleón es quitarles sus inmensas y mal empleadas riquezas para dárselas á los pobres.

—No, no—repetía D. Fernando con vehemencia, contemplando á Salvador con atónita atención, — no eres tú lo que yo creí, no eres tú quien yo creí, no, mil veces no, ¡voto

á...! Afrancesado, traidor á la patria, desleal con el Rey, irreligioso, blasfemo, no te falta sino ser mal hijo para que eternamente estés separado de mí.

—¡Mal hijo! Si lo soy no es culpa mía—dijo el mancebo, bebiendo el vino que había escanciado para el Sr. Garrote.—Mi madre es una excelente mujer, pero muy sencilla é inocente, y se ha dejado dominar por doña Perpétua y por los frailes de la Puebla. Empeñóse en que abandonara mis banderas; neguéme á ello, echóme de su casa, yo salí, se desmayó... Las mujeres no atienden más que á su capricho; son vanas, frívolas, superficiales, mogigatas, y le aburren á uno con sus rezos... No hagamos caso de tales simplezas y bebamos, Sr. D. Fernando. Otro traguito.

—Tu madre—dijo D. Fernando,—es, según tengo entendido, una santa y honrada mujer, de sanos principios.

—Pues sus principios no son los míos, ni lo serán nunca. Ella adora las atrocidades de los salvajes guerrilleros, y yo las aborrezco; ella se mira en Fernando VII, y yo lo tengo por un principillo corrompido y voluntarioso; ella detesta á los afrancesados, y yo les tengo por muy buenos patriotas, porque quieren regenerar á España con las ideas de Napoleón; ella no puede ver á los que han hecho la Constitución de Cádiz ni á los que llaman liberales, y yo les admiro por creerlos inclinados á echarse en nuestros brazos...

—¡Perdido, perdido para siempre!—exclamó D. Fernando con inmensa angustia.—¡Sin

honor, sin principios, sin patriotismo, sin religión, sin lazo alguno con la sociedad, ni con España, ni con la familia, ni con Dios!... ¡Oh qué aflicción, qué castigo, Dios mío!

—Puesto que usted no quiere probarlo—dijo el sargento, echando otro medio cuartillo,—me lo beberé yo. Luégo dormiré seis horas, y así se olvidan ciertas cosas, cosas terribles, Sr. D. Fernando, que me atormentan noche y día.

—¡Dios te tocará en el corazón, infelíz joven—dijo Navarro,—y hará penetrar un rayo de su divina luz en tu obscuro entendimiento, y te reconciliarás con España, con Dios, con tu madre y... conmigo!

—¿Reconciliarme yo?—dijo el joven severamente, dejando á un lado el vaso vacío.—Yo no me reconciliaré jamás; eché los dados. Me voy á Francia; consagraré mi vida á trabajar contra esta fementida patria que aborrezco.

—Justamente despreciado por los hombres y maldecido por Dios, tu vida será un infierno, y tu muerte horrorosa y desesperada como la mía. Mírame, en mí tienes un ejemplo de cómo castiga Dios en la última hora á los que han olvidado su doctrina. Sin ser blasfemo ni traidor, como tú, yo he sido muy pecador. He vivido largo tiempo con vida placentera y felíz; pero en esta postrera noche de mi vida, me considero el más desgraciado de los hombres, no seguramente por la muerte que me amenaza y que merezco y deseo, pues los españoles debemos morir como caballeros y

como cristianos. Uno de los más amargos motivos de pena para mí es verte insensible á mis ruegos, degradado, envilecido; verte en el camino de tu total mengua y perdición, sin poder remediarlo; verte en ese estado de locura y embriaguéz, aferrado á la maldad. Si respondieras, aunque sólo fuese con eco muy débil, á mis sentimientos y á mis ideas, si no me parecieses, como me pareces, un verdadero mónstruo, esta pasajera amistad que nos une podría ser un sentimiento más grande, Salvador, mucho más grande y hermoso para tí y para mí.

Monsalud le miró con sorpresa.

—He sentido vivísima inclinación hacia tí—continuó el anciano.—En esta soledad en que me encuentro, ausente de los míos, con un pié dentro del sepulcro y la eternidad llamando á mi alma, tú podrías ser consuelo inefable de este anciano moribundo, recibiendo en cambio de mí lo que jamás has tenido, ni esperas tener.

Monsalud se levantó, y con súbita cólera apostrofó al anciano en estos términos:

—Viejo astuto, ¿quieres engañarme con lisonjas y boberías para que te deje escapar? Yo no soy como los guerrilleros, que se venden por dinero. Su señoría de la llave dorada no conoce con qué clase de personas está tratando. ¡Pues no es poco sabiondo el viejecito!...

—¡Miserable!—exclamó D. Fernando, sin poder contener su cólera, y levantándose también.—Veo que en tí no puede caber ningún

sentimiento generoso. ¡Mereces la abyección en que vives! Márchate, quiero estar solo.

—¡Si será preciso ponerle algunas arrobas de hierro en los piés al Don Quijote de la Puebla!—dijo Monsalud, dando algunos pasos con escasa seguridad...—Parece que se tambalea el piso... Adiós, hasta después. Tengo que hacer.

Don Fernando fué de aquí para allí con inmensa agitación. Hizo, por último, el espanto lugar en él á una violenta y súbita cólera, que se manifestara en sus gestos y voces de un modo que asombró más á Salvador Monsalud.

—¡No eres tú, tú no eres, no!—exclamó con atronadora voz.—¡Me he equivocado! Dios se está burlando de mí... es un castigo, ¡pero qué castigo, Dios mío!

Sin comprender aquellas palabras, Salvador se detuvo ante el agitado anciano. La generosidad de su noble corazón, eclipsada por falsas ideas, y la turbación física en que se hallaba, inspiróle algunas palabras consoladoras para el anciano; mas un hecho trivial le desvió de aquel buen camino, separando á uno y otro personaje más de lo que estaban. En la versatilidad de sus juicios, Salvador achacó las incoherentes palabras de Garrote á extenuación y debilidad mental, ocasionada por la falta de sustento y el pavor de la próxima muerte. Pensándolo así, echó en el vaso cuanto en la botella restaba, y con intención compasiva le dijo:

—¡Vaya, pelillos á la mar! Sr. Garrote...

Beba usted y le caerá bien... Luégo llevaré otro gaudeamus al señor cura.

—Quita allá—contestó D. Fernando, apartándose con horror del joven.—Tú no eres quien yo creí... Tú eres de casta de borrachos y traidores.

Recibió Salvador con paciencia el insulto, y empinando el codo dijo:

—Puesto que usted no lo quiere, no se desperdiciará tan buen vino. Se lo quitamos á unos arrieros que venían de la Nava.

La cabeza de Monsalud, que era de muy poca resistencia para la bebida, á causa de su antigua sobriedad, luégo que su cuerpo recibió aquel trasiego, se desorganizó completamente; se obscurecieron sus facultades, desmayóse su cuerpo, entróle de improviso la innoble estupidéz y el repugnante cinismo de que había dado ya algunas pruebas en la conferencia con su padre, y perdió su carácter, su generosidad, su buen juicio, su discreción, perdiólo todo, para no ser más que un vulgar soldado.

—Señor Garrote...—dijo tambaleándose, —adiós... Parece que se mueve el piso... ¿por qué baila usted?...

—Vete, vete, déjame solo—replicó D. Fernando sin mirarle.

—¡Bonito fin han tenido las campañas del padre Respaldiza y del Sr. Navarro!—exclamó después de una carcajada de imbecilidad que retumbó en la estancia como un eco infernal.—¡Bonito fin!... ¡Echese su merced á guerrillero!... ¡Quién lo había de decir... aquí

está el primer caballero del condado, el de la llave dorada, el gran D. Fernando Garrote, que quiso derrotar él solo los ejércitos de Napoleón!... ¿Por qué no trajo consigo á Carlitos para que le sacara del paso?... Me hubiera gustado ver á todo el hato de salteadores de caminos, distribuídos en estas cámaras reales, esperando la orden del coronel... ¡Adiós, Sr. D. Fernando Quijote, adiós... buen viaje!...

Don Fernando se acercó á Salvador, y asiéndole del brazo y apretándole con tanta fuerza como si su mano fuese una tenaza de hierro, le dijo sombríamente:

—Salvador, cuando me saquen de este calabozo haz fuego sobre mí: mi destino es ese; mi castigo no será el castigo que merezco, si no sucede así. ¡Dios lo quiere!

—¿Fuego yo?—repuso el joven con sonrisa de demente.—Yo me voy... Salgo de guardia ahora... Entrará otro... No quiero matar... me da mucho temblor y me pongo malo.

Lucharon por breve rato en la acongojada alma del guerrero sentimientos diversos. Luégo sintió que las lágrimas brotaban de sus ojos, una aflicción horrible le abrumaba. Apartóse del joven, corrió luégo hacia él, mas su aspecto, su habla, su embriaguéz le llenaron de espanto.

—Mi muerte—exclamó,—por las circunstancias espantosas que la rodean, no se parece á ninguna otra muerte. Creo que toda la Naturaleza se desquicia en derredor mío, y que en medio del cataclismo general vivo muriendo. Me parece que la muerte del malvado,

como la del justo entre los justos, no puede verificarse sino entre tinieblas horrorosas y confusión del cielo con la tierra. ¿Es de noche? ¿Es de día? ¿Eres un ángel ó un demonio?... Huye de aquí, mónstruo mío... No sé lo que siente mi alma al verte y al oirte... ¿Esto es vida, ó qué es esto? Dios poderoso, acoge mi alma... ¡y basta, basta ya de suplicio!

El Sr. Garrote se arrojó al suelo. Monsalud, á causa del vino, no vió en todo aquello más que demencia y miedo. Hasta que se halló fuera y recibió en la frente el fresco de la noche no se aclararon sus juicios, ni pudo conocer que había estado inconveniente, cruel y... grosero.

XIX

Cuando se quedó solo, elevó D. Fernando de nuevo su pensamiento á Dios. Adquirió con esto cierta tranquilidad, cierto reposo emanado de la profunda convicción de su inmensa desgracia; aceptando aquella amargura se engrandecía á sus propios ojos. La fogosidad de su imaginación llevábale á compararse con los colosos del infortunio, pero separándolos á todos; tan pronto recordaba á Job de la antigüedad hebráica, como á Edipo, de los tiempos heróicos, hasta en sus coloquios, en sus alegatos, ora tiernos, ora coléricos con la divinidad se les parecía.

Después de un instante de estupor contemplativo sintió anhelo vivísimo de comunicar á alguien la congoja de su alma, y se acordó de su amigo Respaldiza, cuya voz había oído poco antes al través del tabique sin hacerle caso. La endeble pared consistía en un armazón de maderas y adobes, cubierta á trechos de viejísimo yeso, que formaba en sus irregulares claros y fajas al modo de un fantástico mapa. Por diversas partes, y principalmente junto al suelo, había muchos agujeros por donde podían pasar el ruído y la claridad, pero no objeto alguno más grueso que un dedo. Golpeó D. Fernando el tabique, diciendo:

—Sr. D. Aparicio, Sr. Respaldiza, ¿está usted ahí?

El cura contestó desde la otra parte:

—Sí, Sr. D. Fernando, aquí estoy más muerto que vivo. ¿Con quién hablaba usted?... ¿Hay esperanzas de salvación? Me parece que trataba usted con Salvadorillo Monsalud... Es mal sujeto, y no hay que fiar mucho en él.

—Amigo Respaldiza—dijo Garrote, sentándose en el suelo y apoyando su rostro en la pared, junto á un sitio donde menudeaban las grietas.—Acérquese usted á este sitio donde me encuentro, y óigame. Tengo que hablarle.

—Ya estoy... ¿Hay esperanzas de escapatoria?

—No hay que pensar en escaparse, señor cura. Nuestra muerte es inevitable.

—¡Oh, Dios mío Jesucristo!—exclamó Respaldiza, con voz desfigurada por la aflicción y el llanto. —¿Qué hemos hecho para tan triste fin?... ¿Pero no será posible intentar...? Echemos abajo este tabique; juntémonos, y entre los dos ejecutaremos algo ingenioso para salir de aquí.

—Es difícil. Por mi parte, no intentaré nada para salvar esta miserable vida, que es para mí el más horroroso peso. ¡Somos muy pecadores!

—Yo no tanto... ¿pero es posible que no logremos...? ¡Oh! Desde aquí siento los aullidos de esos lobos carniceros, de esos demonios del infierno que nos guardan. Están borrachos, y parece como que bailan y juegan.

—No nos ocupemos de nuestros enemigos, y pensemos en la salvación de nuestras almas —dijo con unción D. Fernando. — Sr. Respaldiza, usted es sacerdote.

—Sí, sacerdote soy—repuso con desesperación el clérigo;—y como sacerdote, digo que es un asesinato horrendo. ¡Ya se las verán con Dios!

—Usted es sacerdote—añadió D. Fernando,—y un buen sacerdote, piadoso, instruído, aunque ahora caigo en que no cuadraba muy bien á su estado el tener tan buena puntería; pero sea lo que quiera, usted es un hombre de bien y un sacerdote cristiano, á cuyas manos baja Dios en el santo oficio de la misa.

—Sí, sí.

—Pues bien; siendo usted sacerdote y yo pecador, quiero confesarme en esta hora su-

prema; quiero confesarme, sí, después de treinta y tantos años de impenitencia.

Prolongado silencio anunció el estupor del sacerdote.

—¿No me contesta usted?—preguntó impaciente Navarro.

—¡Confesarse!... Linda ocasión ha escogido usted... Sobre que todavía puede ser que nos indulten.

—No hay que esperar tal cosa. Seamos dignos de nosotros mismos, y muramos como caballeros cristianos.

—¡Morir, morir!—repitió el cura.

Retembló el tabique con sordo estampido. La cabeza de Respaldiza había chocado violentamente contra él.

—Sr. D. Aparicio—dijo D. Fernando, después de una pausa,—he visto á Dios.

—¿A Dios?... ¿Dónde, amigo mío, dónde?

—Aquí, aquí mismo, en este obscuro calabozo. He visto pasar ante mí también mi vida entera, y me han ocurrido cosas que espantarán á usted cuando se las refiera.

—¡Es singular! ¡Ver á Dios y no pedirle que nos sacara de aquí!... ¡Ah! usted tiene razón, seamos piadosos y buenos cristianos en esta hora suprema, único medio de que Dios nos favorezca. Chillar y jurar con desesperación en estos trances no es propio del espíritu cristiano. Recemos. Sr. D. Fernando, oremos humildemente con toda la compostura y devoción posibles. No se me olvidó el rosario; aquí está. Pidamos á Dios de todo corazón que...

—Antes conferenciemos un poco—dijo Garrote,—pues no sólo tengo que revelar á usted secretos muy graves, sino pedirle consejo y parecer sobre algún punto delicado de conciencia.

—Ya soy todo oídos.

—Bien sabe usted, venerable amigo, que he sido gran pecador, un hombre disoluto, despreocupado, vicioso, un libertino. Verdad es que jamás me separé de la Iglesia; pero esto no atenúa mis grandes faltas, ¿no es verdad?

—Verdad; Respecto á sus escándalos, amigo Garrote, muchos y grandes han sido en la Puebla. He oído contar horrores: mas nunca me atreví á reprenderle, por ser usted un excelente sujeto y haber tenido conmigo delicadas deferencias. Tratándose de los más humildes feligreses de mi parroquia, sí me atrevía yo á reprenderles sus vicios; pero á un señorón como usted...

—La ley de Dios es igual para todos... Pero vamos adelante. Muchos desafueros cometí, muchas honras atropellé, muchas desdichas causé, y no hubo casa donde yo pusiese mi planta maldita, que al instante no se inficionase con la corrupción y deshonra que llevaba conmigo.

En este tono y con verdadera humildad cristiana prosiguió D. Fernando refiriendo sus culpas, sin detenerse en los casos particulares, hasta que llegando al punto capital de su confesión, dijo lo que sigue:

—Pero la más grave de mis faltas, por el

cúmulo de circunstancias denigrantes que en ella hubo, fué la deshonra de una doncella de Pipaón, á quien engañé valiéndome de pérfidas astucias impropias de un caballero, sí, pérfidas astucias y torpísimas artes que voy á enumerar una por una, aunque al referirlas, la lengua parece que se me abrasa y el rubor que enciende mi cara es como si una llama la envolviera toda.

Respiró con ansia, y luégo refirió lamentables escenas y acontecimientos que omitiremos por no ser de indudable interés para esta historia. Con los ojos cerrados, apoyada la calenturienta sien contra el tabique, entreabierta la boca, la mano izquierda en el suelo para apoyarse y la derecha sobre el corazón, iba contando D. Fernando sus execrables ardides, y soltaba las palabras una á una, cual si su arrepentida conciencia se recrease en las torpezas que echaba afuera, para quedarse pura y limpia. Cuando concluyó aquel capítulo bochornoso, oyóse la débil voz de Respaldiza que decía:

—Horroroso, infame, execrable es todo eso; pero el arrepentimiento es sincero, y si grandes son las culpas de los hombres, mucho mayor es la misericordia de Dios.

—Nació un niño—dijo D. Fernando, cuya alma se iba sublimando á medida que adelantaba la confesión,—y aquí vienen nuevas infamias mías, pues sabiendo que la madre y el hijo estaban en la miseria, no me cuidé de socorrerlos. Un día pasé por Pipaón y enseñáronme al muchacho que estaba jugando en

las eras. Tenía los zapatos rotos y todo su vestido hecho pedazos. Causóme su vista cierta aflicción pasajera; pero nada más: salí de Pipaón aquella misma tarde, y no me volví á acordar de ellos. Por último, después de más de veinte años de olvido, hé aquí lo que sucede... Salgo en busca de fabulosas hazañas, y á los pocos pasos mis ilusiones se disipan como el humo... ¡la mano de Dios!... Me traen aquí prisionero, y sin más lances me destinan á morir y me encierran en este calabozo... ¡la mano de Dios!... Luégo se presenta un joven, le hago algunas preguntas, me dice su nombre que es el de Salvador Monsalud, y en él reconozco á mi hijo... ¡por tercera vez la mano de Dios!...

—¡Salvador Monsalud!—exclamó el cura alzando las manos.—¡Ese perdido, ese afrancesado, ese traidorcillo borracho!

—El mismo, el mismo—dijo Garrote:—es un mónstruo, es como el crimen que le engendró, y Dios me lo ha puesto delante para hacerme conocer la horrible magnitud de mis culpas, como un ejemplar vivo del pecado que engendró el pecado.

—Conozco á la pobre doña Fermina, y ahora me explico algunas frases obscuras que sorprendí algunas veces... ya... Es una excelente mujer; pero Salvador es un muchacho arrebatado y sin discreción, ni prudencia, ni honor, ni respeto á los mayores, ni amor á la patria, ni religiosidad, ni sentimiento alguno que le recomiende. ¡Bendito sea Dios y qué cosas hace! Descender, salir de un caballero

tan cumplido como usted, de un noble señor, algo libertino, sí, pero ilustre y generoso, esa bestiezuela desleal, ese muchacho sin pudor ni honor!... ¡Bien dice usted que ha sido para castigo!... ¿Está usted seguro de?...

—Hijo mío es: mi vida abominable no podía dar otro fruto. Es hermoso de cuerpo; pero su alma es horrible. Si por favor especial del Cielo yo viviera, la idea de haber dado el sér á criatura tan execrable, sería para mí causa de constante horror.

—¡Oh, sí... lo conozco!... Diré á usted, amigo mío. Antes de marchar á Madrid, Salvadorillo no era mal muchacho, aunque muy casquivano y distraído; pero después que se juntó con su tío y renegó, háse vuelto el más despreciable muñeco que puede verse.

—La vergüenza que me causa el ser padre de un renegado envilecido—dijo D. Fernando,—de un joven, cuyas absurdas ideas son tales que parece que habla Satanás por su boca, es uno de los mayores tormentos de esta última noche de mi vida... Varias veces tuve las palabras en la lengua para revelarle los lazos que á mí le unían; pero enmudecí, porque todo lo que de noble y honrado existe en mi alma se sublevaba contra el fatal parentesco, y aquí, Sr. D. Aparacio de mi alma, entra el grave punto de conciencia que quería consultar con usted después de mi confesión.

—Sepámoslo... pero se me figura que aumenta la algazara de esos borrachos. Parece que se acercan á las puertas de este edificio,

y aullan junto á ellas como manada de lobos carniceros.

—La cuestión es esta—dijo Garrote, sin hacer caso del terror de su amigo.—Dadas las deplorables circunstancias del carácter de Salvador, sus infames ideas, su irreligiosidad, su traición, su envilecimiento, ¿debo revelarle que es mi hijo?

Calló Respaldiza largo rato, y al fin, repetida la pregunta por D. Fernando, contestó:

—Según y conforme... Perverso es el niño, é indigno por todos conceptos de tener por padre á un caballero ilustre y tan patriota como el Sr. D. Fernando, en quien algunas faltas, hijas de la flaca condición humana, no disminuyen sus altas prendas; despreciable es el muchacho, digo; pero por malo que le supongamos, y aunque su herejía y envilecimiento hayan secado en él el manantial de todos los sentimientos generosos, es imposible que al ver á su padre en esta mazmorra, acompañado de un infelíz amigo, no imagine alguna bellaquería ó travesura para ponerlos á ambos en libertad.

Garrote dió un suspiro, cambiando de postura, por serle insoportable la que desde el principio del diálogo tenía.

—Yo pregunto con mi conciencia y usted contesta con su egoísmo... Monsalud no puede salvarnos... Además, yo no quiero salvarme, ¡no, mil veces! yo deseo la muerte.

—¿No puede salvarnos?—preguntó el cura con desconsuelo.

—No, porque sus compañeros no se lo con-

sentirían, y además, ha dejado hace un rato de ser nuestro carcelero, y en este momento, quizás, esté con su regimiento camino de Vitoria.

—¡Oh qué desgraciada suerte!... ¡Me parece que esos condenados nos quieren asesinar!... ¿Oye usted sus infames carcajadas?

—Las oigo, sí, pero no las escucho... El parecer de usted es lo que me preocupa, y lo aguardo con impaciencia.

—Por todos los santos, si no ha de ver más á Salvador, ¿para qué se ha de quebrar los cascos por saber lo que más conviene decirle?

—Unicamente pido á usted consejo—dijo Navarro con impaciencia,—sobre mi conducta pasada. Es decir, ¿hice bien ó hice mal en callar el secreto dejando á ese desgraciado en la orfandad lastimosa que á mi juicio merece?

—Bien, bien, admirablemente hecho—repuso el clérigo con cansancio.—El infame mozuelo que se ha vendido á nuestros enemigos, que abandonó á su madre, que se burló descaradamente de mí, amenazándome con ahorcarme, no tiene derecho á ser hijo de alguien, no, ni menos á enfatuarse con descender del nobilísimo tronco de los Navarros.

—Pero revelarle todo habría sido grande humillación, habría sido ponerme al nivel de su bajeza, de su herejía, de su villanía, y por tanto, habría sido también expiación de mis culpas, y nuevo purgatorio añadido al que merezco y necesito.

—No tanto, no tanto — afirmó el cura.— Bastante ha padecido usted en descargo de

sus pecados. Revelar á Salvador la nobleza de la sangre que por sus venas corre, sería en cierto modo santificar sus errores, y conviene que siga abandonado á su triste destino. Allá se las entenderá con Dios. El deber de usted consiste en perdonarle y pedir á Dios que ilumine al perverso mancebo.

—Pecador fuí, pecador soy—dijo D. Fernando, elevando al cielo los ojos y cruzando las manos; — pero he conservado los sentimientos fundamentales: el amor de Dios y el honor... Aborrezco todo lo que Dios aborrece, y amo todo lo que El ama... ¡Oh, Señor mío Jesucristo, Tú que me ves en esta última hora regenerado por el arrepentimiento y la penitencia, no quieres, no puedes querer que ese miserable lleve mi nombre; Tú no puedes querer que en su detestable vida asocie su infamia á mi apellido, y ya que no me deshonró en vida con su traición, me deshonre muerto! ¡La traición! ¡Pasarse al enemigo, ser bandido como él, ateo como él, ladrón como él, borracho como él. ¡Ah! Todos los crímenes, incluso los que yo he cometido, me parecen faltas veniales comparadas con ésta. Quédese, pues, ese malaventurado hijo mío en la obscuridad de su nacimiento, que será perpétua y profunda, como las tinieblas que envuelven su alma. El ha querido ser espúreo, espúreo será. Si la Naturaleza nos hizo proceder el uno del otro, entre un renegado por convicción y un caballero español, entre un insensato ateo y un cristiano piadoso, entre un jacobino de esta nueva raza

execrable, condenada por Dios, y un hombre recto, vasallo humilde de su Rey, no debe, no puede haber parentesco.

Dijo esto D. Fernando Garrote en alta voz, al modo de oración, y tan creído estaba de que Dios, á quien tal discurso dirigía, aprobaba sus sentimientos y su rigurosa intolerancia, que se quedó muy tranquilo, meditando sobre las profundidades del ancho abismo abierto entre él y su abandonado hijo...

—¿No les oye usted? — gritó de pronto Respaldiza, golpeando el tabique. — Han vuelto á acercarse á la puerta de este cuarto y gritan y juran. Parece que se alejan. ¿Oye usted, Sr. D. Fernando?

—Y si por favor especial de Dios—repuso Garrote, indiferente al pánico de su compañero de desgracia, y mortificado por punzantes dudas,—ese infelíz muchacho, al verse honrado por mi nombre, se enmendara de sus extravíos...

—¡Enmendarse!—exclamó el cura.—Haríalo hipócritamente por engañarle á usted si vivía...

—Es verdad, es verdad, no puede ser—añadió D. Fernando.—Los que nos han puesto el infame mote de *serviles*; los que insultan á los valientes guerrilleros, llamándoles ladrones de caminos y asesinos; los que en sus inmundas gacetas hacen befa de las cosas santas y de los ministros de Dios, y parodian á los franceses, imitando su lenguaje, sus costumbres, sus ideas, esos no pueden

ser nuestros hijos, ni nuestros hermanos, ni nuestros primos, ni nada que con nosotros se roce y enlace, no pueden de ningún modo nacer de nosotros... Esa gente no es gente, esos españoles no son españoles. Entre ellos y nosotros, lucha eterna.

—Para poner motes se pintan solos—dijo el cura, dejando caer una gota de humor festivo en la amarga copa del aflictivo diálogo que uno y otro bebían.—A nosotros nos llaman *lechuzos*, y á la Santa Inquisición la llaman *Chicharronismo*. No puede darse desvergüenza igual. Por eso es cosa corriente en el país, que á los guerrilleros de estas montañas les queda mucho que hacer, después de acabar con los vándalos de fuera.

No lo oyó D. Fernando, porque se había arrastrado á gatas hasta el centro de la pieza y allí puesto de hinojos, con los brazos alzados y la mirada fija en el techo, entabló nuevo coloquio con la Divinidad, en estos términos:

—Señor que me has criado, que me has conducido á este fatal término, mi castigo ha sido grande, pero merecido... ¡Oh! si volviera á nacer, no saldría jamás del camino de la justicia y del deber... Me has puesto delante el mónstruo engendrado por mis pecados; me lo has puesto delante para que vea qué horribles frutos deja en el mundo la depravación. Para tormento y horrorosa penitencia mía, el dulce regocijo que la Naturaleza debía infundirme en presencia de ese joven, se ha trocado en vergüenza, en aborrecimien-

to, en horror. ¿No es bastante pena, Dios mío?... Cumplo con mis deberes de cristiano resignándome á morir, y sufriendo el bochorno que mi parentesco con tal mónstruo me produce, cumplo con mis deberes de caballero y de español, repudiando á ese hijo precito y apartándole de mí y de mi memoria para siempre. ¿Es de tu agrado esta conducta, Dios mío? Mi conciencia está tranquila, y muero en tí, fiando en que mis pecados serán perdonados, y mi conducta como cristiano, como caballero y como español, aprobada en tu supremo tribunal.

¿Qué respondió Dios á esto? Pronto lo sabremos

Don Fernando se humilló en el suelo, y dijo para sí:

—¡Virgen Santa! ¿por qué me empeño en estar tranquilo y no lo estoy?

Respaldiza le llamó, diciéndole con voz angustiosa:

—Sr. D. Fernando de mi alma, ¿no les oye usted? Parece que quieren echar abajo la puerta de este cuarto. Chillan, chillan y vociferan... Sin duda quieren asesinarme; señor D. Fernando, por amor de Dios, ampáreme usted.

En efecto, oíase violento rumor de golpes y porrazos. D. Fernando, que hasta entonces no había tenido miedo á la muerte, sintió escalofríos en todo su cuerpo, y el corazón le palpitó con vivísima inquietud.

—No, no estoy tranquilo—dijo para sí.—¡Si permitirá Dios que tenga miedo en esta

hora tremenda! Conciencia, ¿estás tranquila?

—Esos salvajes quieren penetrar aquí para ensañarse en mi cuerpo miserable — gritó entre sollozos el cura.—¡Señor mío Jesucristo, piedad! ¡Piedad, Santa Virgen de la Asunción, señora y patrona mía!

—Esto es horroroso—exclamó D. Fernando, corriendo de un lado para otro en la obscura pieza.—Que nos fusilen... pero que no nos arrastren, ni nos destrocen, ni nos escupan, ni nos insulten... ¡Piedad, misericordia!

Los gritos de la salvaje turba que graznaba en la puerta del calabozo, donde viviendo aún moría de terror el desgraciado D. Aparicio Respaldiza, aumentaban de rato en rato, y al fin era tanto el ruído, que D. Fernando no pudo oir los lamentos de su infelíz amigo. Oyó, sí, que la puerta se rompía; conoció que multitud de soldados franceses y algunos españoles entraban en tropel, rugiendo como bestias coléricas; comprendió que se abalanzaban sobre el pobre sacerdote, y oyó estas palabras en claro y soéz castellano:

—Cortarle las orejas..

Después llegaron á sus oídos agudísimos ayes y gritos de la infelíz víctima; sintió que la llevaban fuera atropelladamente y la fúnebre y horrenda procesión se presentó á su fantasía con formas tan espantosas, que tuvo miedo, un miedo indescriptible, inmenso, y cayó de rodillas, clamando:

—¡Señor mío Jesucristo! ¿todavía más?

Parecía que una voz contestaba en lo alto:

—Sí, más todavía.

XX

Luégo que Monsalud saliera de la prisión, se serenó un tanto; mas por algún tiempo estuvieron aún sus entendederas en lastimoso eclipse. No era de aquellos á quienes la bebida impulsa á desaforados disparates de palabra y obra, sino que por el contrario, en aquella su embriaguéz primera, después de algunos minutos de estúpida animación, sintióse amodorrado y con tristeza tan congojosa, que el cielo parecía habérsele puesto sobre los hombros. Sus amigos, españoles renegados y franceses, bebían y jugaban á los náipes, reunidos en alegres grupos dentro de la sala que servía de cuerpo de guardia y también en el patio. Los del convoy, paisanos y militares, habían ido allí atraídos por el olor de los riojanos pellejos; pero como se acercara la hora de partir y el descanso de bestias y hombres había sido grande, se disponían á seguir adelante.

Salvador advirtió que algunos jurados y cazadores franceses, soliviantados por el vino, hacían tan infernal ruído como si todo el ejército de José estuviese bailando dentro de una sola pieza. Mareado y aturdido, anhelando silencio y reposo, Monsalud huyó de su compañía y fué al patio, donde algunos paisanos graves y sargentos con ínfulas de co-

roneles, dirigiendo en pomposas espirales hacia el limpio cielo, cual si quisieran empañarlo el humo de sus pipas, hacían cálculos sobre la campaña emprendida y los acontecimientos que se aguardaban para el día siguiente.

—Salvador — dijo un francés, asiendo á nuestro amigo por un botón de su uniforme, —¿has oído algo?

—¿De qué?—preguntó Monsalud, dejándose caer sobre un banco y cerrando los ojos.

—De la campaña. Toda la división está en movimiento. ¿No oyes las cajas al otro lado del Zadorra?

—Sí, ya las oigo.

—Buena hora has escogido para dormir—añadió el francés, intentando poner el pié al aturdido joven.—Arriba, muchacho, que nos vamos.

—¿A dónde?

—A Vitoria con el convoy grande.

—¡Con el convoy grande!—repitió Salvador, alargando los brazos cual si quisiera alcanzar el cielo con ellos.—¿Pues no ha salido ya?

—¡Bestia! El vino te ha puesto el entendimiento del revés. Salieron los carros que llevó consigo el general Maucune.

—¿Y nosotros salimos, ó estamos aún aquí? —dijo Salvador.—Juro á usted, Sr. Jean-Jean, que no lo sé.

—Te lo explicaré á puñetazos.

Zumbido lejano atrajo entonces la atención de todos.

—¡Un tiro de cañón! — exclamaron unos.

—¿Hacia qué parte?

—Juro que es hacia Subijana.

—Hacia la Puebla.

Monsalud, participando de la general curiosidad, trató de sacudir el pesado sopor que embargaba sus sentidos.

—¡Una batalla!... ¿Pues qué hora es?

—Quizás las avanzadas estén reconociendo alguna posición... Señores, mañana 22 será un día de sangre; lo dice Plobertín que ha visto el sol de muchos días de batalla.

—Es desgracia que nosotros no podamos asistir á la gran acción que se prepara, señor Jean-Jean—dijo Salvador,—y que á hombres de tal temple les destinen á custodiar cofres y estuches.

—¡Oh, joven Epaminondas!—repuso con socarronería el astuto dragón.—No envidies á los que se han de cubrir de gloria en el día de mañana. Soldado viejo soy, y te juro que mientras más cruces gano para mí y más tierras conquisto para nuestro Emperador, más anhelo la paz. Marchemos tras los cofres y por el camino. Seamos galantes con las señoras que van en el convoy, recomendándonos á ellas como soldados de Friedland y Essling, y glorifiquemos á la Francia y bendigamos á Napoleón... por no habernos llevado á la campaña de Rusia.

Reinaba cierta inquietud entre la tropa que no había perdido el sentido con la embriaguéz. Por otra parte, varios paisanos y bagajeros y unos cuantos soldados franceses

de la peor especie se habían cogido del brazo y recorrían parte del camino en burlesca procesión, gritando y cantando: algunos de ellos, que apenas podían tenerse en pié, eran llevados en vilo por sus compañeros. Luégo que berrearon á sus anchas, insultando á las infelices señoras que aguardaban junto á sus coches la partida del convoy, tornaron al patio, y acercándose á la puerta que daba entrada á las habitaciones de los presos, la golpearon de tal modo con patadas y puñetazos, que al ser débil se quebrantara al instante hecha menudas piezas. La turba embriagada quería que le entregaran á los dos infelices prisioneros para anticipar el castigo impuesto por la superioridad militar.

—¿Pero aquí no manda nadie?—dijo el francés, que respondía al nombre de Plobertín.—Esta canalla hará una atrocidad si la dejan.

—¡Que nos entreguen al cura, al cura!—gritaba la turba furiosa.—¡Al cura y al sacristán!

Y golpeaban la puerta, que, á fuerza de porrazos, comenzaba á resentirse.

—Ahí viene el capitán—dijo Jean-Jean.—Mandará dar veinte palos á los borrachos, y hará cumplir la sentencia.

Un capitán francés reprendió á los revoltosos su estúpida crueldad, amenazándoles con fuerte castigo; pero aquél, como los demás oficiales alojados allí, estaba en gran zozobra por causa más grave que las travesuras de algunos soldados ébrios, y regresó al lado

de sus compañeros, dejando tras sí el tumulto que de nuevo estallara con más fuerza.

—Vámonos por no ver esto—dijo Plobertín.—Parece que algunos carros se han puesto ya en marcha...

—Nosotros formamos á retaguardia—dijo Monsalud,—hay tiempo todavía.

—La canalla vuelve á las andadas—indicó Jean-Jean.—La puerta no resistirá mucho tiempo más: no es esa la Zaragoza de las puertas.

—¡Que las paguen todas juntas!—afirmó otro individuo del respetable cuerpo de dragones.—Ese cura y ese sacristán son guerrilleros, que es como decir salteadores de caminos. Pues qué, ¿les hemos de tratar con mimo, después que ellos han asesinado á centenares de hombres pertenecientes, como quien no dice nada, á la nación francesa?

—¡A la nación francesa!—repitió el zapador Plobertín, encendiendo su pipa.—La nación francesa pide venganza... La verdad es que el cura y el sacristán no merecen mis simpatías.

—Pues yo—dijo Monsalud,—si encontrase quien se decidiera, arremetería contra esa chusma y les haría entrar en razón.

—Joven Temístocles—exclamó Jean-Jean,—menos fuego. ¿Pueden tus paisanos colgar de los árboles racimos de franceses, descuartizarlos, meterlos en los pozos y asarlos en los hornos, y nosotros no podemos ni siquiera desorejar á uno de tus desalmados curas y monagos?

—El honor de la Francia—dijo Plobertín, —pide que se les fusile al momento.

—Pero sin martirizarlos vergonzosamente —añadió con viveza Monsalud.—Si el Rey lo sabe, castigará á los que le están deshonrando con esta algarada salvaje.

—En esto de mortificar á los guerrilleros y curas con pistolas—afirmó Jean-Jean,—yo digo como nuestro glorioso Rey Luis XV de la antigua dinastía: *Laissez faire, laissez passer*. Con que á caballo, Sr. Monsalud, que marcha el convoy.

La confusión y el alboroto iba en aumento, y no había autoridad que mandase, ni voz alguna que contuviese á los desalmados. Fueron y vinieron algunos oficiales, pero sin desplegar la energía que el caso requería, porque acostumbrados á considerar á los guerrilleros como bestias malignas, toleraban los desmanes de la embriagada soldadesca, ó al menos no se cuidaban de atajar la brutalidad que creían justificada por la salvaje fiereza de los partidarios.

La puerta cedió al fin, y los gritadores se precipitaron por ella dentro del edificio. Encontrábase primero, frente á la puerta principal, otra más pequeña, que era la que daba ingreso á la celda del cura, y que por ser endeble fué brevemente echada al suelo de una patada. Pocos momentos después, el infelíz D. Aparicio Respaldiza salía empujado y arrastrado por la soldadesca, mutilado el rostro, cubierto de sangre, abofeteado, injuriado, escupido. Medio muerto de espanto, enco-

mendaba el desgraciado su alma al Señor, y en aquel momento angustioso, aquel hombre, no exento de faltas, aunque tampoco perverso, mal sacerdote, sin duda, pero antes por error y falsas ideas que por maldad, si tuvo la flaqueza de pedir misericordia á sus viles verdugos, luégo que se vió arrastrado irremisiblemente al suplicio sin vislumbrar remedio, les perdonó á todos y supo morir como cristiano.

Llevóle la turba á un campo cercano donde algunos robustos árboles convidaban á aquellos cafres á colgar del alto del ramaje el cuerpo del infelíz enemigo vencido é indefenso, y mientras se consumaba el sacrificio, se regocijaban con la idea de repetir la función en la persona de aquel á quien llamaban el sacristán, á pesar de que su aspecto no indicaba tan humilde oficio.

Monsalud, que desde el patio presenciaba la feróz escena, baldón del humano linaje, mas no por eso rara en aquella guerra que tanto tenía de heróica como de salvaje, sentía en su alma violentísimo coraje y vergüenza. Al ver que llevaban al suplicio, ya mutilado y moribundo, al infelíz Respaldiza. acordóse del otro preso; un vago sentimiento agitó su pecho, sintió algo semejante á dulce recuerdo ó á esos misteriosos rumores del corazón, que á veces gimen en los oídos de nuestra alma, sin que entendamos claramente lo que quieren decirnos. Inquieto y dominado por profunda aflicción, que no acertaba á explicarse, dirigióse á la rota puerta del

edificio. Allí estaba el sargento poco antes encargado de la custodia de los prisioneros, y en compañía de dos ó tres bárbaros como él, contemplaba estúpidamente, con las manos juntas atrás y su pipa en la boca, el fúnebre *via crucis* del cura hacia el monte cercano.

—¡Bestia!—le dijo enérgicamente Monsalud.—¿De ese modo guardas á los prisioneros?

El sargento soltó la carcajada de la insensibilidad fortalecida con el vino, y alzando los hombros, repuso:

—¿Y qué?... ¿No los habían de matar de madrugada?... ¿Dónde están los oficiales? Si ellos no cumplen con su deber, ¿qué puedo hacer yo?

—¡Miserable!—gritó el joven con furia.—Si esos verdugos se hubieran empeñado en romper esa puerta antes de las doce, hora en que salí de guardia, me habrían cortado á mí las orejas antes de tocar el pelo de la ropa á esos infelices... Déjame entrar; queda ahí dentro un infelíz, que no morirá como mueren los cerdos.

El sargento y los suyos hicieron como que querían defender la puerta.

—¡Atrás!—gritó Monsalud.—Dame la llave de la prisión del sacristán.

Briosamente arrebató la llave de manos del carcelero.

—Monsalud—dijo el sargento fingiendo la entereza de un hombre de bien;—¿quieres salvar á ese hombre? Está más loco que don Quijote, y á todos los que entran á verle les

llama hijos para que le pongan en libertad.

—¡Estúpido farsante!—repuso el joven.—¿Te atreves á darme lecciones de disciplina, de honor y de obediencia, tú que has faltado á todas las leyes de la Ordenanza y de la humanidad?

—Lo digo—añadió el carcelero echándosela de bravo,—porque para sacar de aquí el sacristán, pasarás sobre mi cadáver.

—¡Y sobre el mío!—repitieron los otros, alguno de los cuales no se podía tener de borracho.

—¡Atrás, á un lado!—vociferó Monsalud abriéndose paso y tomando la linterna que estaba en el suelo.—No puedo salvar á ese hombre, porque el general le ha condenado á morir; pero mientras yo aliente, canallas cobardes, un caballero honrado y decente no morirá, ya lo he dicho, como mueren los cerdos. Los infames vuelven; no hay tiempo que perder. Adentro.

Abrió con mano firme la puerta del aposento en que gemía D. Fernando Garrote. El infelíz anciano, al sentir que sacaban arrastrado á su compañero, después de mutilarle, había sentido, como antes dijimos, un terror violentísimo que dió al traste con toda su entereza y varonil grandeza de ánimo. Extravióse su razón, dió voces, y cuando entró el sargento le habló como si fuera Salvador. Levantóse del suelo en que yacía, y como un loco corrió de un muro á otro buscando salida, y se aporreó las manos contra ellos, cual si á puñetazos pudiese horadarlos. La unción

religiosa huyó de su mente; huyeron la resignación, la paciencia, la cristiana humildad, dejando tan sólo el impetuoso instinto. Gritaba con desesperación:

—¡Jesús divino, sólo Tú sabes padecer, sólo Tú sabes morir! Soy hombre y acepto la muerte; pero no el tormento, no la vergüenza, no el martirio, no las manos ni la saliva de la soez plebe en mi rostro, ni la ignominiosa cuerda en mi cuello, ni el vil filo de sus navajas en mi piel!... ¡Piedad, misericordia, Dios mio! ¡No tengo valor! Soy una mujer, un pobre niño...

Con febril ansiedad, y aunque sabía que ningún arma llevaba sobre sí, registró todos sus bolsillos y ropas, buscando un cortaplumas, una aguja, un alfiler con que darse la muerte.

—¡Nada, nada!—exclamó con desesperación.—Dios poderoso, ¿tan malo, tan perverso he sido?...

En aquel instante una claridad rojiza deslumbró sus ojos, y en medio de ella, como el ángel de una aparición divina, vió D. Fernando Garrote á Salvador Monsalud. Sorprendido por aquella imagen que en el momento de la más abrumadora angustia se le presentaba, D. Fernando cayó de rodillas.

—¡Eres tú, Salvador, hijo mío querido, eres tú!—exclamó, desahogando con efusión su alma.—Vienes á salvarme... sí, sí. Tengo miedo, Dios me abandona y no me permite morir con la dulce y tranquila muerte del buen cristiano.

—He tenido lástima—dijo Monsalud con voz balbuciente,—y he venido...

—¡A salvarme!... ¡Oh, justicia! ¡oh, lección divina!—gritó, vertiendo amargas lágrimas D. Fernando Garrote.—¡Has sido tú más generoso que yo! Sí, más generoso, querido hijo mío.. Bien me decía el corazón que mi conducta era egoísta y mezquina. Salvador, por orgullo, por preocupaciones más fuertes para mí que la razón, por egoísmo, te oculté un secreto, cuya confesión debía ser para mí una deuda sagrada.

Salvador no comprendía nada, y pensando tan sólo en el objeto de su visita, dijo:

—Pronto llegarán: aún puede usted...

—He sido un miserable, he sido un egoísta, y las ideas adquiridas en las disputas de los hombres, las he sobrepuesto á los sentimientos más dulces de mi corazón, á mi conciencia y á mis deberes. Salvador, este miserable que ves aquí á tus piés, humillado y envilecido, es el que te ha dado la vida, es tu propio padre, que por su mala suerte y su indisculpable apatía, no ha tenido hasta ahora la dicha de conocerte.

El semblante de Salvador, atónito primero, expresó después la más desconsoladora incredulidad. Una sonrisa, impropia ciertamente del lugar y de la ocasión, vagó por sus labios; pero recobrando al punto su seriedad, y movido á gran compasión por el triste estado mental que en el anciano suponía, le dijo con frialdad:

—Sr. Garrote, yo no tengo padre.

Estas palabras atravesaron como una espada de hielo el corazón del desgraciado Navarro.

—En nombre de tu santa y buena madre, en nombre de Dios—dijo,—en nombre de Dios, no me desmientas... He sido un infame egoísta, he sido un necio lleno de orgullo hasta en esta ocasión tristísima, pues hace un momento me horrorizaba la idea de llamar hijo á un traidor renegado. Dios me ha castigado por esto; pero siempre misericordioso conmigo, te me ha puesto delante en mi última hora para que mi confesión sea completa. ¡Bendito sea Dios!

—¡Desgraciado loco!—dijo Monsalud, contemplando al reo con impasible calma y profunda lástima, tan extraño á los sentimientos que éste expresaba, como si fueran de otro mundo.—Comprendo que en situación tan aflictiva, trate de seducir á sus carceleros, llamándoles sus hijos. Todo es inútil conmigo, porque no he venido aquí á librarle á usted de la muerte.

—¡No me cree!—rugió D. Fernando, arrojándose en el suelo.—Dios mío, Dios justiciero, que así prolongas mi castigo, ¿más todavía?

Una voz del cielo pareció responder:

—Sí, todavía más.

—Viendo que era inevitable para usted un fin tan horrible como el del pobre Respaldiza—dijo Salvador llevando la mano al cinto donde tenía las pistolas,—y suponiéndole hombre de valor, he creído que era caritati-

vo proporcionarle un medio de evitar la ignominia de tan bárbaro martirio.

Don Fernando se levantó de súbito. Parecía un esqueleto con vida y con toda la vida en los ojos. En aquel instante oyéronse los desaforados gritos de la turba que volvía. Estremecióse el anciano; dominado nuevamente por un terror congojoso, aparentó luégo serenidad heróica, y contemplando al mancebo con altanería, exclamó:

—Un hombre de honor, un caballero como yo, no morirá á manos de viles sicarios; un hombre como yo, no será sacrificado salvajemente por tus bárbaros amigos. He cumplido contigo y con mi conciencia. ¡No contaba con mi desgraciado destino ni con mi incredulidad!... Que Dios me perdone lo que voy á hacer. Salvador, dame un arma cualquiera, y adiós.

Con la seguridad de quien ve realizado su pensamiento, Monsalud entregó una pistola á D. Fernando Garrote, diciéndole:

—Eso mismo pensaba yo... Un hombre de honor, un caballero decente... Que Dios le ampare á usted.

Don Fernando irguió con altivéz la majestuosa frente, miró á su hijo con una al modo de calma desdeñosa, le miró mucho durante un rato relativamente largo, y luégo, con voz trémula y solemne, en la cual había cierto sensible acento de pesadumbre mezclado de sarcasmo, habló de esta manera:

—Salvador, gracias, gracias... Que Dios te ampare y te perdone. Adiós.

—Adiós—exclamó Monsalud desde la puerta saliendo rápidamente.

Cuando la brutal soldadesca entró atropelladamente en donde estaba el bravo guerrero, halló su cadáver caliente y tembloroso sobre el suelo, la sien partida y destrozado el cráneo. Su mano palpitante asía con rabioso vigor el arma.

XXI

¡Cuántos habrá que al leer estas escenas que acabo de referir, las hallarán excesivamente trágicas y tal vez exagerada la terrible pugna que en ellas aparece entre los lazos de la Naturaleza y las especiales condiciones en que los sucesos históricos y las ideas políticas ponen á los hombres! Yo aseguro á los que tal piensen, que cuanto he contado es ciertísimo y que en el lamentable fin de don Fernando Garrote no he quitado ni puesto cosa alguna que se aparte de la rigurosa verdad de los acontecimientos. Vivió el citado Garrote en los mismos años en que le presento, y fueron su carácter y sus costumbres y sus ideas tales como he tenido el honor de pintarlas, salva la diferencia que entre el artificio de la narración y la verdad misma existe y existirá siempre mientras haya letras en el mundo. Cierta fué también su malogra-

da expedición con el cura Respaldiza, y evidente su desastroso cautiverio y fin horrendo, aunque no le cupo peor suerte que á otros muchos, quier españoles, quier franceses, víctimas entonces del furor de las desenfrenadas pasiones.

En cuanto á las circunstancias verdaderamente terribles que acompañaron al último aliento de aquel desgraciado varón, no son tales que deban causar espanto á la gente de estos días, la cual, viviendo como vive en el fragor de guerra civil, ha presenciado en los tiempos presentes todos los furores del odio humano entre séres de una misma sangre y de una misma familia; ha visto rotos todos los vínculos en que principalmente apoya su conjunto admirable la sociedad cristiana. ¡Oh! si en el santo polvo á que se reducen la carne y los huesos de tantos hombres arrastrados á la muerte por el fanatismo y las pasiones políticas, quedase un resto de vida, ¡cuántas íntimas reconciliaciones, cuántos tiernos reconocimientos, cuántos perdones no calentarían el seno helado de la honda fosa, donde el insensato cuerpo nacional ha arrojado parte de sus miembros, como si le estorbasen para vivir! Y si la eterna vida disipa las nieblas que obscurecen aquí el pensar de los hombres, ¡cuántos séres habrá que en la desolación de la impenitencia y en su solitario vagar por la desconocida esfera, maldecirán la mano corporal con que hirieron el uno al hijo, el otro al hermano! La actual guerra civil, por sus cruentos horroros, por

los terribles casos de lucha entre parientes que ha ofrecido, y aun por el fanatismo de las mujeres, que en algunos lugares han afilado sonriendo el puñal de los hombres, presenta cuadros, cuyas encendidas y cercanas tintas harán palidecer, tal vez, los que en nuestros libros mostremos los narradores de cosas de antaño. El primer lance de este gran drama español, que todavía se está representando á tiros, es lo que me ha tocado referir en éste, que más que libro, es el prefacio de un libro. Sí; al mismo tiempo que espiraba la gran lucha internacional, daba sus primeros vagidos la guerra civil; del majestuoso seno ensangrentado y destrozado de la una, salió la otra, cual si de él naciera. Como Hércules, empezó á hacer atrocidades desde la cuna.

Púsose en marcha el largo convoy bastante después de media noche. Todo el camino real, desde las últimas casas de Ariñéz hasta Gomecha, estaba ocupado. ¡Con cuánta ansiedad veían que España se iba quedando atrás, las infortunadas familias que buscaban un refugio en Francia!

—Si podemos llegar á Vitoria—decía Jean-Jean que iba á caballo junto á Monsalud en la retaguardia,—estamos en salvo. Allá se las entienda el Rey y el mariscal Jourdan con Wellington y Hill. ¡Gran batalla tendremos hoy!... Pero créeme: daría una de mis manos por no verla.

—Han dado orden de marchar más á prisa, Sr. Jean-Jean—dijo Salvador.—La cosa

apremia. Usted da una mano por no ver esta batalla, y yo daría las dos por verla.

—¡Oh, joven Bayardo, caballero sin miedo y sin mancilla! ¿Sabes lo que es una batalla? Un engaño, chico, una farsa. Los generales embaucan á los pobres soldados, les hablan de la gloria, les arrastran á la barbarie, les hacen morir y luégo la gloria es para ellos. Pónense á mirar la batalla desde una altura lejana á donde no lleguen las balas, y echando el anteojo á un lado y otro, hacen creer á los tontos que están observando distancias y calculando movimientos. Así como los nigromantes hablan de estrellas, cielos, conjuros para engañar á los necios, los generales hablan de paralelas, ángulos, cuñas, etc... y hacen garabatos en un papel... ¡Oh, yo he medido la Europa con el compás de mis piernas; yo he escupido mi saliva en el Austria y en la Rusia, y sé lo que es una batalla! Después que los unos han destrozado á los otros á fuerza de brazo, porque aquí todo se hace á fuerza de brazo, el general recorre á caballo el campo de batalla, y con sonrisa hipócrita da gracias á los soldados; manda que se asista á los heridos, y los cirujanos empiezan á trabajar en la carne como los ebanistas en madera. Enterramos á los muertos, damos una muleta á los cojos y una venda á los ciegos. Nuestros nombres no se escriben en ningún monumento ni nadie los sabe, ni los pronuncia más boca que la de nuestros compañeros. No así el general, que se pone un calvario en el pecho, y se echa á cuestas un título como una

casa, de tal modo, que si hoy derrotásemos á los ingleses y españoles en cualquiera de estos sitios que atrás dejamos, no faltaría un general que se llamase mañana *duque de Subijana de Alava* ó *Príncipe del Zadorra*. Luégo viene la historia con sus palabrotas retumbantes, y entre tanta farsa caen unos reyes para subir otros sin que el pueblo sepa por qué, y los políticos hacen su Agosto chupándose la sangre de la nación, que es lo que á la postre resulta de todo esto.

Iba á contestarle Salvador, cuando una sonora y fresca voz de mujer gritó:

—Sr. Monsalud, Sr. Monsalud, ¡gracias á Dios que se le ve á usted! ¡Qué prisa tiene el caballerito para dar cuenta de los encargos que recibe!... ¡Oh, qué prisa, sí!

Monsalud, á pesar de la obscuridad, distinguió perfectamente un rostro femenino que por la portezuela de un coche asomaba, acompañado de una mano con quiroteca, cuyos dedos pajizos se movían saludando de una manera apremiante y afectuosa.

—Perdone usted, señora doña Pepita—dijo el militar, acercando su caballo al vehículo.—Hace dos días que no la veo á usted por ninguna parte. ¿Y el señor oidor, cómo sigue?

Un rostro acartonado y marchito, en cuya superficie brillaban con chispa mortecina dos tristes y ya muy viejos ojuelos, apareció un momento en la portezuela, y una voz fatigada resonó diciendo estas palabras, que parecían una especie de limosna oral:

—Buenos días, señor sargento Monsalud.

Y desapareció luégo dentro del coche.

—¿Apostamos—dijo la dama sonriendo, - á que no me compró usted en la Puebla los polvos *á la marechala* que le encargué, ni las pastillas de malvabisco?

—Señora, ya sospechaba yo—repuso el joven,—que en la Puebla no habría cosas tan finas.

—¡Ah, tunante!—exclamó ella, amenazando festivamente al joven con su descomunal abanico cerrado, que esgrimía como si fuese una espada.—Disculpas... Y hablando de otra cosa, ¿cuándo llegaremos á Francia?

—Pronto, señora. Si hay batalla al romper el día, como dicen, nosotros habremos ganado de aquí á esa hora mucho terreno, y nadie nos estorbará el paso.

El oidor dejóse ver de nuevo. Era un varón de años, flaco é indolente, enfermo tal vez, y parecía muy aburrido del largo viaje.

—¡Batalla al romper el día!—dijo, frunciendo el ceño.—Me parece que principia á despuntar la aurora. ¿Y hacia dónde es esa batalla?

—Hacia ninguna parte, hombre—repuso con desdén y superioridad doña Pepita.—Tu gran miedo te hace ver batallas en las puntas de los dedos. ¡Qué aburrimiento! No se puede ir contigo á ninguna parte... Recuéstate en el coche y calla, ó me enojaré.

—¡Todo sea por Dios!—exclamó el oidor, sepultándose en el coche.

—No se descuíde usted en avisarme todo lo que ocurra—dijo la dama alzando la voz,

cuando por uno de los movimientos tan propios de una marcha, el coche se alejó bastante de los ginetes.

Monsalud la saludó con una sonrisa, mientras Jean-Jean le decía:

—Si esa señora doña Pepita tan garbosa, con su grueso lunar velludo en la barba, sus buenas carnes, sus ojos negros, su cara un tanto arrebolada y sus quirotecas amarillas, me hubiese mirado á mí desde la portezuela, apuntándome con su abanico y haciéndome preguntas diversas desde que salimos de Valladolid, á estas horas, joven guerrero, ya nos trataríamos de tú, y todos mis compañeros envidiarían al sargento Jean-Jean. Verdad es que yo soy hombre muy circunspecto y no he querido decirle una sola palabra, además de que no es de caballeros quitarle su conquista á un camarada; que si llego á hablar con ella y echo mis visuales y disparo los tiros de mi sagáz galantería, y trazo mis paralelas, y lanzo los escuadrones, y enfilo las piezas, y pongo el sitio en regla, Monsalud, en dos horas es mía la plaza; en dos horas hago yo lo que á tí te costará dos meses... ¿pero en qué piensas? ¿estás mirando las estrellas que desaparecen?... Salvador, Salvador, despierta, que te estoy hablando, está hablándote todo un Jean-Jean.

Profundamente abstraído y meditabundo, Monsalud había olvidado á doña Pepita, al oidor y á Jean-Jean. Poco después de este ligero incidente, la claridad del día empezó á derramarse por la tierra y el cielo, bañándo-

lo todo con las dulces y frescas tintas de la mañana. El sereno firmamento parecía suspendido sobre la frente del mortal para presidir y proteger su alegre vida, sublimada por el trabajo, por la virtud, por inocentes y castos amores. El campo estaba impregnado de la grata y placentera atmósfera que por el aliento penetra hasta nuestro corazón inundándolo de felicidad, ó, si se puede decir, aromatizándolo, pues parece que balsámicas esencias penetran hasta lo más hondo de nuestro sér, sacudiendo los sentidos y despertando el alma con el estímulo de dulces y vagas emociones. Las altas montañas y los verdes prados se aclaraban, disipada la niebla que los cubría, mostrando su lozano verdor compuesto de mil y mil hojuelas húmedas, que tiritaban al roce del pasajero viento. Poco después los rayos del sol se introducían por todas partes en el seno de las nubes, entre el follaje de los árboles, en los infinitos huequecillos de los arbustos y las piedras, en la profunda masa cristalina de las aguas del río. Todo tomó color, y con el color la grandiosa existencia del día. ¡Ah! si queréis conservar la dulce paz en vuestra alma, cerrad los oídos... Estrepitosos cañonazos resonaron á lo lejos, y el convoy entero, como si obedeciera una orden, se detuvo.

Por algún tiempo no se oyó en todo el espacio ocupado por tantos carros y hombres, el más ligero rumor; pero no tardó en producirse de un extremo á otro discordante algarabía.

—Dicen que no se puede pasar de Gomarra... Los ingleses están atacando á la Puebla... También hay batalla por Subijana... y en Avechuco... y en Crispiniana.

Estas frases se repetían, pasando de boca en boca y dando ocasión á multitud de preguntas que no eran nunca bien contestadas. La respuesta aumentaba la confusión.

—¡Patarata!—exclamaba un jurado de los más vehementes, el cual había aprendido pronto la fanfarronería francesa;—el general Clausel, que está en la Puebla, les enseñará lo que pueden tres ingleses contra un solo francés. ¿Y qué nos puede importar la Puebla si queda atrás? Adelante.

Pero los carros y coches no obedecieron la enfática orden del bravo dragón permaneciendo tan quietos cual si los clavaran en el suelo. El día había aclarado completamente, permitiendo ver la palidéz y la extrema ansiedad de todos los semblantes... De pronto, una voz pavorosa recorrió de un extremo á otro la línea del convoy, repitiendo:

—No se puede pasar. Crispiniana ha sido atacada, y los ingleses y los guerrilleros han aparecido por Gomarra...

La configuración del camino por donde intentaba marchar el convoy, era la más á propósito para infundir miedo á los viajeros. Altos cerros á un lado y á otro formaban un estrecho callejón tortuoso, por cuyo fondo el camino y el de Zadorra culebreaban, estorbándose á cada paso. Frecuentemente pasaba el uno por encima del otro, cediéndole, ora la

derecha, ora la izquierda. Aunque en la noche antes se habían tomado todas las precauciones para el paso del convoy, ocupando las alturas, aquel repetido cañoneo que se oía más arriba ponía en gran inquietud á todos, y recelaban que las fuerzas destacadas se hubieran visto en la necesidad de acudir en socorro de los de Crispiniana ó Gomecha... Por fin, después de una hora de ansiedad, movióse la larga procesión entre gritos de alegría. Los mulos, los caballos, los bueyes y los hombres dieron algunos pasos; después se volvieron á parar. Parecía una comitiva de entierro cuando el carro fúnebre se atasca.

Pero transcurrido otro rato de ansiedades, de angustiosas preguntas y de mal humoradas respuestas, el dragón de mil patas marchó de nuevo con bastante prisa.

—¿Qué hay?... Sr. Monsalud, una palabra por amor de Dios—dijo la oidora echando fuera del coche su ostentoso lunar, su franca sonrisa, su rostro todo, no pequeño ni falto de gracias por cierto, su abanico y sus quirotecas.—Cuénteme usted lo que ocurre.

—Cuéntenoslo usted—añadió el oidor asomándose también tras de su consorte.

—No hay nada que temer—dijo deteniéndose el ginete, que regresaba de la vanguardia del convoy.—Camino franco hasta Vitoria.

—Nos hemos detenido, señora — indicó Jean-Jean, metiéndose donde no le llamaban,—porque la vanguardia ha estado reconociendo el camino.

—La batalla está empeñada por aquí, á mano izquierda—dijo Monsalud extendiendo el brazo en la dirección indicada,—y se ha roto el fuego por tres puntos distintos.

—Por tres puntos distintos, señora—añadió el intruso Jean-Jean.—Quizás pasemos por sitios peligrosos. Si gusta la señora oidora, la acompañaré á la portezuela para preservarla de cualquier accidente.

—No, gracias, retírese usted—repuso la dama con desdén.—Sr. Monsalud, ¿se marcha usted tan pronto? ¿Perderán esa batalla? ¿La perderemos? ¡Ay, no me diga usted que sí!... Engáñeme usted, por favor.

—¡Qué se ha de perder!--vociferó el francés.

—Señor sargento—dijo el oidor,—no se separe usted de nosotros. Mi mujer tiene un miedo espantoso.

—¡Oh, sí!—murmuró la dama.

—Si por desgracia nuestra nos viésemos en peligro...

—No, no se separe usted de nosotros, señor Monsalud—dijo doña Pepita.—Mi marido cobra alientos viéndole á usted tan cerca... podría ocurrir algún accidente funesto; que nos viésemos envueltos, comprometidos... ¡Cómo retumban los cañonazos en estas montañas!... Por Dios, Sr. Monsalud, distráigame usted, cuénteme cosas agradables, para que con la conversación entretengamos y engañemos el miedo; hablemos de asuntos risueños, placenteros, tiernos y dulces, de esos que regocijan el espíritu y matan el hastío. Hágame usted olvidar que á dos pasos de

nosotros se está dando una batalla... quiero estar alegre y reir, quiero olvidar y engañarme. Engáñeme usted... ¡Oh, sí! dígame usted que no tema nada, tranquilíceme... Pero no oigo lo que me dice usted. ¡Oh! no tema usted alzar la voz. Mi marido no oirá nada; es un poco sordo.

XXII

La batalla en que doña Pepita no quería pensar, y en la cual nosotros no fijaremos también mucho la atención, fué del modo siguiente.

Ya sabemos la dirección y traza del camino real de Miranda á Vitoria, que va orillas del Zadorra, rozando al pasar los lindes del condado de Treviño. Hállanse en este camino los lugares de la Puebla, Ariñéz, Crispiniana y Gomecha, y después de deslizarse entre altos riscos, penetra holgadamente en el llano de Vitoria. Ocupaban los franceses la orilla izquierda del Zadorra. Otro afluente del Ebro, el Bayas, y otro camino, el de Vitoria á Bilbao, servían de base al ejército aliado, que se extendía desde Murguía hasta cerca de Subijana de Alava. Dueños los franceses del camino de Burgos á Vitoria, tenían segura la retirada, así como los pasos del río, y una posición excelente en las alturas que rodean á la Puebla. Este camino, estos puen-

tes y estas alturas, eran lo que en la mañana del 21 empezaron á disputarles las tropas inglesas, portuguesas y españolas por diversos puntos y con rapidéz y energía extraordinaria. El inglés Hill y el bravo español D. Pedro Morillo atacaron lo Puebla y sus riscos eminentes, coronados por una fortaleza feudal de antiguo llamada *El Castillo;* el general Graham, con el guerrillero Longa, atacaron la derecha enemiga en el camino de Bilbao por Avechuco, y después por Gomarra menor. Conquistados felizmente estos puntos extremos y altos, fueron atacados todos los pasos intermedios del Zadorra, el llamado Tres Puentes, Crispiniana y Gomecha. Hubo en estos ataques alternativas sangrientas de fortuna y adversidad, porque los franceses los reconquistaban á medias después de perderlos, hasta que definitivamente los poseían los aliados. Mientras estas luchas horribles ensangrentaban el Zadorra, hacia el Norte se daba la verdadera estocada de muerte con el movimiento de avance del general Graham y del guerrillero Longa, que cortaron al enemigo el camino de Francia. Sin otra salida que èl de Pamplona, precipitóse por él todo el ejército, con José á la cabeza; mas si los hombres que aún tenían piernas pudieron escapar, no gozaron igual suerte la artillería ni la impedimenta, que se atascó en el camino, como los ratones con morrión al querer huir después de la batalla con las comadrejas.

Tal fué, en breves términos, la de los aliados con los franceses en las inmediaciones

de Vitoria, acción que tuvo, como todas las obras maestras, una gran sencilléz. Si la he descrito á grandes rasgos, no ha sido porque en ella encontrase menos interés ni menos elementos para la narración que en otras funciones de guerra, á cuyo relato dí anteriormente, si no gran interés, atención considerable. Me mueve á hacerlo así el propósito de variar la materia de estos libros, dando en el presente la preferencia á una curiosa fase de aquella campaña y de aquella guerra, cual fué la suerte del más rico botín que un ejército invasor se ha llevado consigo al abandonar el país espoliado.

En todas las batallas hay un interés subalterno, que apenas menciona con desdén la Historia, y que consiste en las vicisitudes de aquel fondo positivo de toda contienda entre los hombres; en todas ofrece gran interés el drama obscuro que se desarrolla dentro de la alforja grande ó pequeña que los ejércitos llevan á la grupa. Mientras los generales se calientan los sesos haciendo cálculos tácticos, y mientras truena la artillería y se destrozan las falanjes, allá, en la cola del ejército, una ciudad portátil, llevada por mercaderes ambulantes, tiembla por su destino. Las tiendas, los bagajes, las cocinas, las cantinas, los equipajes, los coches, los botiquines, las camillas representan la vida y la muerte. Son la suprema necesidad y el supremo peligro de la batalla. Sin esto no se puede vencer, y con esto no se puede huir.

Todo el interés de la batalla de Vitoria

estuvo en la impedimenta. Hacia aquellos cofres tendiéronse anhelantes las manos crispadas de vencedores y vencidos. Podía decirse que aquel convoy era el resumen de la guerra, y que los franceses, al perderlo, perdían la tierra tan trabajosamente conquistada; al verlo tan grande, tan custodiado, tan espantoso, creerían también que, no pudiendo dominar á España, se la llevaban en cajas, dejando el mapa vacío.

Y á pesar de la ruda batalla empeñada á la izquierda, el pesado equipaje seguía adelante, avivando el paso todo lo posible. Era una tortuga impaciente y azorada que ansiaba resbalar como culebra, y parecía que la zozobra y anhelo de los que en ella llevaban sus intereses impulsaban la pesada armazón. Durante cuatro horas largas no ocurrió detención alguna; pero á medida que se acercaban á Vitoria arreciaba el tiroteo, hasta que llegaron á un punto en que divisaron perfectamente, y á corta distancia, las columnas en movimiento y las baterías escupiendo fuego. Allí dieron las ruedas su última vuelta, y los caballos su último paso, y los cocheros su último grito, y el afligido corazón de los viajeros el último latido de esperanza. Todo acabó: había sonado la terrible sentencia. No se podía pasar.

—Sr. Monsalud, eso que me contaba usted —dijo poco antes de la detención la oidora, —es tan inverosímil, que si usted no lo afirmara como lo afirma, lo dudaría... ¿Ella misma gritaba que le matasen á usted?... ¿Pero

qué es esto? ¿Es que nos paramos otra vez?

—Otra vez, señora...

—Y ahora será para siempre — vociferó Jean-Jean.—¡La batalla está perdida!

—¡Perdida!—exclamó doña Pepita, á punto que el oidor sacaba la cabeza pidiendo informes.

—¿Dicen que se gana la batalla?

—No, que se pierde—repuso la dama.—No seas impertinente, ni me estrujes el cabriolé... Por Dios, Sr. Monsalud, ¿nos abandona usted?... ¡Qué insoportable ruído! Parece que suenan mil truenos á la vez... Salvador, deme usted la mano á ver si me infunde valor... ¡Por Dios, la mano!

—Una dama valerosa como usted no se asustará porque perdamos una batalla—replicó el joven.—Ya ganaremos otra.

—La ganaremos, sí, ganaremos una hermosa batalla—dijo Pepita, recobrando sus frescos colores.—¡Cuán cansada estoy dentro del coche!... Quisiera salir un momento, un momentito. ¿Nos detendremos mucho aquí?

—*Per secula seculorum*—gruñó detrás del coche Jean-Jean.—Esto se acabó.

—¡Qué confusión por todas partes!—exclamó Pepita.—Mi marido llora, Sr. Monsalud; es demasiado pusilánime. Supongo que no nos harán nada... ¿Será preciso huir?... ¡Oh! huir, ¿y cómo?

—En el coche no es posible.

—Pero sí en un caballo, ¡ay! en la grupa de un caballo... ¡Dios mío, cómo gritan! Pues qué, ¿se ha perdido toda esperanza?

El oidor exhibió nuevamente su fisonomía, en la cual una palidéz cadavérica anunciaba el mayor miedo causado por la peor noticia que un oidor ha podido oir en el mundo.

—¡Pié á tierra todo el mundo!—gritó una voz estentórea.—Las ruedas no pueden seguir...

—Aún hay zapatos y herraduras—clamó Jean-Jean...

Casi todos los ginetes echaron pié á tierra, y muchos viajeros arrojáronse fuera de los coches, despavoridos y aterrados. El concierto de imprecaciones y lastimosas quejas, excedía á todo encarecimiento.

—Salgamos también—dijo Pepita, llevando el pañuelo á sus ojos para enjugar una lágrima.—Pero me es imposible andar... Señor Monsalud, me desmayaré sin remedio... No se separe usted ni un momento de mí.

El oidor salió del coche, y perezosamente estiró el acecinado y árido cuerpo para devolverle su posición y forma pristina, semejante á la que tienen los mortales, cuando no han pasado ocho horas dentro de un coche. No lo consiguió fácilmente el respetable varón, cuya figura, después que á sus anchas se desperezó y dejó caer los brazos, y echó sobre las piernas el liviano peso del flaco cuerpo, se asemejaba mucho á un paraguas cerrado.

—¡Esto es horrible, espantoso!—exclamaba la dama.—¿Y á dónde vamos? ¿Qué se hace? ¿Qué nos pasa? ¿Hay esperanza de seguir?

¿Nos quedamos aquí?... ¿Retrocedemos?... ¿Tomaremos un bocado?... ¿Nos cojerán los ingleses?... ¿Pues y nuestro dinero?... ¡Oh, señor Monsalud de mi alma, usted que es tan bueno y tan generoso, sálveme usted!

—No es tan desesperada nuestra situación —repuso el joven, notando que el cuerpo de doña Pepita, al buscar en su brazo indolente apoyo, no era un cuerpo de sílfide, de fantástica forma é imaginaria pesadumbre.

—¡Qué espantoso es esto!...—añadió la dama.—¡Los hombres gritan y blasfeman!... ¡Las mujeres lloran!... ¡Qué desolación!... Señor Monsalud, andemos un poquito para desentumecernos... Todos lloran la hacienda perdida... ¿pues y nosotros? ¡traemos tanta plata, tantas alhajas!... ¡Yo también lloro, Dios mío! ¿Será posible que nos cojan esos perros ingleses?... Adelante; vamos por aquí... Busquemos á alguien que nos dé buenas noticias... no pueden ir las cosas tan mal como dicen... ¡Oh, los ingleses! ¡Cogerla á una los ingleses! Pero no, mil veces no, exclarecido joven, usted me defenderá hasta morir... Me horripilo de pensar que un inglés pondrá la mano sobre mí... Sigamos más allá... ¿No habrá nadie que diga, "la batalla se ha ganado?..." ¿Pero dónde estamos? ¿Dónde está mi marido? ¡Se ha perdido!... ¡Le hemos dejado atrás! ¡Urbanito, Urbanito!

—El señor oidor habrá ido en busca del jefe para saber la verdad de todo.

—Oh, qué horroroso aspecto ofrecen estas pobres gentes!... Vea usted á aquella pobre

mujer que abraza llorando á sus niños... Estos otros no hablan más que de huir... ¡Jesús crucificado! ¿á dónde iremos nosotros?... Será preciso abandonarlo todo... ¡Aquí están diciendo que no hay esperanza!... Allí gritan "sálvese el que pueda." Mire usted á esos sacando atropelladamente su ropa de las arcas. Será preciso llevarlo todo á cuestas... ¡Oh! ¿Aquellos que por allí vienen, no son heridos de la batalla?... ¡Malditos ingleses!... Por piedad, Monsalud, no me abandone usted... Es imposible huir en coche... yo no sé montar á caballo... ¿podré ir á la grupa?... ¡Qué desolación!... Vamos por aquí... los gritos, las blasfemias, los juramentos de esos hombres desesperados que parecen demonios, me hacen temblar, y me pongo mala... Por aquí... ¡Qué bullicio, qué algarabía!... ¿Y mis alhajas, y mis encajes, y mis ropas?... Corramos allá, corramos... Mas no veo á mi marido por ninguna parte. ¡Urbanito, Urbanito!

—Vamos por aquí... En estos casos es muy triste llevar consigo el valor de un alfiler. Pobre y desvalido yo, lo mismo tengo vencedor que vencido.

—¡Qué felicidad!—continuó la dama, que por no encontrarse bien en ninguna parte, quería estar al mismo tiempo en todas.—Así quisiera ser yo; libre como el aire, y con la galana pobreza de los pájaros que no tienen más que un vestido, y á donde quiera que van llevan todo su ajuar consigo... Huyamos de este sitio. Los llantos de esas mujeres me hacen llorar también á mí... Aquéllos dicen que

los ingleses nos sorprenderán aquí... ¡esto es espantoso! ¡Los ingleses, los guerrilleros!... Me parece que muchas personas han emprendido la fuga por el llano adelante... ¿No ve usted? Llevan un lío á las espaldas y los zapatos en la mano para correr mejor... Observe usted á aquel infelíz que se da de cabezadas contra un cañón... estos de aquí hablan de quitarse ellos mismos la vida... Por Dios, si forman ustedes de nuevo, no me abandone usted... deserte usted si es preciso, deserte usted. Si me veo sola, me moriré de pavor... ¡Yo que pensaba ir á Francia y regresar á Madrid para el Otoño!... En medio de mis desgracias, he tenido la sin igual ventura de conocerle á usted, de conocer á un joven tan leal como modesto que está dispuesto á ampararme contra esos vándalos de ingleses... Esos pobres jurados y míseros lacayos del Rey José hablan de morir matando ó abrirse paso por entre los vencedores... Les será imposible, ¿no es verdad? Por Dios, no se abra usted paso, no se abra usted paso, y quédese aquí. . más vale rendirse... ríndase usted; nos rendiremos los dos... vamos, vamos pronto... no puedo ver tanta desolación... escondámonos en algún sitio... ¿Ve usted á mi esposo?... Busquémosle... es capáz de dejarse dominar por la desesperación, y hará alguna locura... ¿En dónde dejamos nuestro coche?... A prisa, á prisa, Sr. Monsalud, sosténgame usted, si me caigo; creo que me caeré, sí... me caigo sin remedio... ¡Dios mío! ¿No le parece á usted que me voy á caer?

XXIII

Pero no se cayó. Corrieron Monsalud y Pepita por entre la revuelta masa de gente y vehículos, espantados una y otro del triste espectáculo que el detenido convoy ofrecía, y antes que refiramos lo que resultó de su improvisada amistad y de las extrañas vicisitudes del viaje, es de todo punto indispensable advertir que esta gallarda dama del lunar, cuyas quirotècas tendremos ocasión de ver más adelante en el escenario de otras historias, pertenecía á la familia de Sanahuja, no siendo ella misma desconocida para nuestros lectores, pues algún incidente de sus verdes abriles tuvo cabida en otro libro (1). Enteramente nuevo para mí y para los que me leen, es el oidor; pero recientemente han llegado á estas manos documentos y apuntes, cuyo interés me mueve á asegurar una poderosa intervención de este personaje en las páginas que leerá el que las leyere. Por ahora, sólo corresponde decir, que en aquel tumulto de lágrimas y blasfemias, de desesperación y hondo desaliento, el jurado y doña Pepa buscaban á Urbanito por todas partes, sin que Urbanito pareciese.

Entre tanto un suceso importante y de-

(1) *El Audáz.*

cisivo llevó al último extremo el terror de los infelices empleados, bagajeros y conductores, y fué que por el llano adelante aparecieron varias columnas francesas marchando en desorden y con precipitación. Aparecieron luégo varios caballos á escape, cubiertos de espumoso sudor, anhelantes y como poseídos de insensata cólera, y después muchos heridos transportados en camillas ó en palanquines, ó simplemente cargados entre dos por los hombros y los piés. Tras esto sintióse el rodar estrepitoso de algunos cañones.

—¡Paso, paso á la artillería!—gritó una voz que parecía un huracán.

Los carros que obstruían el camino procuraban abrir calle; pero si lo consiguieron en un pequeño trecho, después los cañones tuvieron que hacer alto. Juraban los artilleros y votaban los carreteros. Los de infantería, desparramándose á un lado y otro del camino, siguieron adelante. La velocidad adquirida en los primeros momentos de la retirada era tal, que no podían contenerse y miraban hacia atrás creyendo sentir en sus espaldas las herraduras de la caballería inglesa.

Los heridos fueron depositados en tierra, y cuando el furor de las armas había cesado para ellos, sacaron las suyas los cirujanos. Con la presteza inconcebible que ponen en sus operaciones los médicos de los ejércitos, se atendió á todos ellos. Vendajes, emplastos, amputaciones, cuantos remiendos se aplican á la persona humana después de una batalla, fueron aplicados sobre el suelo y al aire libre.

Corría la sangre sobre las camillas y por la tierra; pero los lastimeros ayes de los infelices que habían sido mutilados por el cañón y la fusilería, no eran más que un accidente superficial en aquel tumulto de tan diversos ruidos compuesto, en aquella atmósfera de pánico que se extendía por todo el camino hasta más allá de Vitoria. Era de ver la frialdad de los cirujanos disponiendo se cortase un brazo ó pierna, haciendo brillar á la luz del sol el fúnebre esplendor de sus instrumentos, para no dar tiempo á la víctima, ni aun á quejarse de su malhadada suerte. En aquella carpintería de carne humana, no había consuelos morales ni físicos para el infelíz paciente, ni narcóticos, ni atenuantes, sino la crueldad fría, desnuda, impasible de la ciencia quirúrgica, que como su parienta la ciencia militar, no repara en la carne y sangre de los hombres para ir á su fin.

Conforme los curaban mal ó bien, los iban transportando á otro lugar ó á los carros que habían de llevarlos á paraje más seguro; pero llegaron tantos, que los cirujanos no pudieron atenderles, aunque tenían las mejores manos del mundo. Arrojados de aquí para allí, clamaban al cielo; pero el cielo debía estar ocupado en otra cosa, porque no les hacía caso.

Por otro lado ocurrían parecidas escenas, porque si el ejército de Gazan emprendió su retirada por el lado de Berrosteguieta, cerca de donde estaba el convoy, los de Erlon y Reille lo hicieron más allá de Vitoria; así es

que en una extensión de más de dos leguas se ofrecía el espectáculo de los soldados furiosos abriéndose camino por entre un dédalo de carros y cureñas y furgones y ambulancias y coches de viaje, y cirujanos ocupados, y heridos que no podían moverse.

Aunque en todo el camino reinaba gran confusión, pudo oirse y generalizarse la orden de que la retirada no se emprendiera por el camino de Francia, sino por el de Salvatierra y Pamplona. Esto parecía una salvación y muchos vehículos y casi toda la artillería se dirigieron allá; pero la mala estrella de los franceses en aquel día quiso que el camino de Salvatierra estuviese lleno de zanjas y cortaduras hechas por los guerrilleros de Mina y Longa poco antes para molestar á Foy y l'Abbé, por cuyo motivo ninguna rueda pudo pasar más allá de Harrazo. En el camino de Francia seis ó siete coches de lujo seguidos de otros carros con equipajes y gran repuesto de víveres finos, pugnaban por retroceder hacia Vitoria, para tomar la vía de Salvatierra; pero no les fué posible abrirse paso. Eran los carruajes de José y su comitiva, que dispuestos á la cabecera del convoy para emprender la retirada hacia el Norte, habían tropezado con las tropas de Graham y Longa.

Hacia las tres de la tarde la irrupción de soldados en retirada aumentó de una manera horrorosa. Hambrientos y secos de sed, se abalanzaban á las cajas de víveres y á las cantinas arrebatando entre aullidos siniestros

todo lo que hallaban al alcance de sus manos. Agotado todo, las tropas se apoderaban de los víveres de los particulares, penetrando brutalmente en los coches para arrancar el pedazo de pan de las manos de un niño ó de una mujer. No pudiendo seguir el camino saltaban los setos y se esparcían por los sembrados en varias direcciones, siguiendo todas las veredas con tal que llegasen á parajes lejos del malhadado Zadorra.

Pero cuando el tumulto y el delirante estrépito y el barullo llegaron á su colmo, fué cuando aparecieron, procedentes del campo de batalla, veinte ó treinta piezas de artillería, furiosas, ardientes, impetuosas, no hallando ante sí bastante camino para volar; arrastradas por caballos locos, verdaderos dragones, cuyo resoplido quemaba y que parecían llevar en sus venas todo el fuego que inflamara los aires durante la batalla. Aquellas máquinas, simulacro de las ignotas fuerzas que en el cielo producen el trueno y el rayo, huían para no caer en manos del enemigo. Los artilleros, semejantes á fabulosos aurigas, herían los caballos con el látigo primero, y después con los sables, para precipitarlos en delirante carrera. Todo lo atropellaban ante sí por salvarse. Si un grupo de heridos ó de familias desvalidas se interponía en su camino, las ciegas máquinas compuestas de cureña, cañón, artilleros y caballos, pasaban por encima de los cuerpos humanos, como el brutal dios de la India. Las ruedas, lanzadas en furioso torbellino exterminador,

dejaban hondos surcos en el suelo aplastando todo lo que se les ponía por delante, la yerba y el hombre.

Un chirrido de metales que juegan y chocan entre sí, de cadenas que se rozan, de ejes que vibran, de llantas que trepidan, de clavos que saltan, de tornillos que se aflojan, de cacharros de metralla que suenan unos contra otros como los cascabeles de un bufón, se mezclaba á los indescriptibles rumores de las balas que iban moviéndose dentro de las cajas, tocando infernal música al compás de la marcha; se mezclaba al golpear de los escobillones, cuyos mangos batían contra el maderaje de la cureña; al chasquido de cien látigos que culebreaban en el aire estallando como cohetes; á los gritos de los que querían imprimir á aquellas máquinas fugitivas el rencor, la angustia y el pánico de sus inflamados corazones.

Tras aquellas piezas vinieron otras. Calientes aún sus bocas vueltas hacia atrás, parecía que exhalaban con los últimos vapores de la pólvora y el último mugido del disparo, sorda imprecación. Treinta, sesenta, cien cañones huían desesperados: al verlos y al oirlos, creeríase que el trueno, tomando la odiosa forma de gigantesco pólipo de hierro, se arrastraba por la tierra. Las peñas de los montes desgajándose y cayendo sobre el llano y saltando en desesperado juego y carrera infernal por arte del demonio, no hubieran causado más espanto. Mientras la infantería continuaba en el fuego, dando tiempo á que el

cuartel general y los cañones se pusiesen en salvo, éstos ocuparon todos los huecos que quedaban en el camino y algunos destrozando cuanto hallaron al paso, pudieron ponerse en primera línea. Los demás, aprisionados al fin entre millares de ruedas de pesados bagajes y enormes fardos, se atascaron en el camino, agolpándose unos contra otros.

Entre esta aglomeración de obstáculos producida por tanta maquinaria inútil, las infortunadas familias afrancesadas y los conductores del convoy formaban grupos aflictivos, parte en el camino, parte en los sembrados, y entre lágrimas y lamentos se consultaban entre la determinación que debían tomar en tan extremado conflicto. Unos creían conveniente abandonarlo todo y huir para salvar lo más importante, que era entonces, como siempre, la vida; otros aseguraban que por nada del mundo abandonarían su fortuna. Muchos encontrando una solución salvadora en medio del general azoramiento, habían echado á tierra los baules y abriéndolos sacaban de ellos lo más valioso, llenándose los bolsillos y haciendo líos con lo de poco peso. Hombres y mujeres, soldados y paisanos se consultaban, se movían de aquí para allí, repartiéndose lo que habían de llevar, aconsejándose unos á otros, animando los valerosos á los débiles, ayudándose en lo que podían. De pronto se oyeron en la parte del camino, más allá de Vitoria, las tremendas voces de "¡paso, paso!„

Algunos caballos de la guardia se esforza-

ban en cortar el apretado gentío, y se precipitaban rechinando aguijoneados por la espuela. Viendo los ginetes que era imposible abrir paso, esgrimieron los sables y descargando furibundos tajos á diestro y siniestro sobre soldados, paisanos y mujeres, gritaron:

—¡Paso, paso al Rey!... ¡Paso al Rey!

La multitud gimió azotada con látigo de acero, y prorrumpió en imprecaciones contra José.

—¡Paso al Rey!--repetían los de la guardia.

Exasperados por la resistencia, redoblaron su furor, y cargando sin piedad, aquí machacaban una cabeza, allí hundían un pecho. Arremolinándose á un lado y otro y aplastándose contra los coches, la turba se desgajó y en su angustioso seno pudo abrirse un surco; por una calle de maldiciones y de odio y de sed de venganza, pasó á caballo un hombre pálido, con el negro y abundante cabello en desorden, fruncido el ceño, trémulas las manos. Era José, que no había podido salvar sus coches, y huía á uña de caballo por donde Dios le encaminase, llevando en su alma todas las congojas de sus cinco años de fúnebre reinado.

Los que le abrían paso, lograron encontrar salida al campo libre á la derecha del camino. Seguido del general Jourdán, que se había olvidado el bastón, y de otros generales que habían olvidado el sombrero, y aun de otros que habían olvidado el honor, corrió por allí José lanzando su caballo á todo escape, aterrado, jadeante, sin serenidad, como el

asesino que acaba de cometer un crímen y huye de su perseguidora conciencia.

Poco después de este suceso, llegó el momento supremo de aflicción para los del convoy, para los artilleros, los infantes y todos los que no podían ponerse en salvo.

Una voz, cien voces gritaron con ronco murmullo de desesperación:

—¡Los ingleses... los guerrilleros!

Allá lejos, hacia Vitoria, entre las columnas de infantería que se acercaban con el mayor orden posible, vióse una multitud de ginetes. Brillaban en alto los sables, y los veloces caballos avanzaban con rapidéz extraordinaria. Ya no quedaba más recurso que huir abandonándolo todo. ¡Horrible determinación! Vióse á los artilleros desenganchar los atalajes; vióse á los carreteros disponiéndose á salvar sus caballerías. Las cureñas y las cajas de los furgones y las ambulancias y los coches y los carromatos quedaron en un instante libres de correajes y cuerdas. Todo lo que tenía piés se puso en marcha. Aquello era un río de gente y cáballos, atropellándose unos á otros en violenta confusión á la desbandada. Ciento cincuenta cañones, doscientos carros de municiones y los innumerables equipajes y vehículos particulares quedaron abandonados. Sobre un solo caballo se enracimaban hombres y mujeres, empujándose mutuamente para descargar el peso de aquellas tablas de salvación. El que lograba apoderarse de un caballo defendía la grupa á puñetazos y á tiros. No había piedad, no

había prójimo: reinaba el egoísmo en su brutalidad instintiva, y se luchaba por el caballo como en los naufragios por el bote. El que caía, caía.

Apartados del camino, junto á un montón de cajas y bagajes, se encontraban tres personas que ya conocemos.

—No, no puede usted huir—decía la dama deteniendo enérgicamente al joven y haciendo violenta presa en sus dos brazos.—¡Qué felonía! ¡dejarme sola!... ¡Mi pobre marido no podrá defenderme!... ¡Oh! llora como una mujer y se arrastra por el suelo pidiendo á Dios misericordia, sin poner nada de su parte para conjurar este gran peligro.

—¡Señora, señora!... ¡los ingleses! ¡los guerrilleros!

—Sí... ya lo veo... es preciso huir... ¿pero cómo? No hay un solo caballo.

—Corramos en busca del mío—exclamó el joven.—Lo rescataré á sablazos... Aún es tiempo.

—No... mi esposo no puede moverse... ¿A dónde va usted?... Me quedo sola, Virgen de las Angustias, enteramente sola... Quédese usted por Dios...

—Mi uniforme de jurado me pierde. No viviré ni un segundo después que me vean.

Con febril presteza é iluminada por súbita idea, abalanzóse la dama hacia el joven, arrojó en tierra el sombrero de éste, desabotonó su levita con dedos más ligeros que el pensamiento, arrancó el uniforme como si fuera un pañuelo puesto sobre los hombros,

arrancó el tahalí, la gola, el cinturón, la cartera y en un instante no quedó sobre el cuerpo del infelíz renegado ni una sola prenda que indicara su filiación. El la ayudaba con igual rapidéz. Aquellas cuatro manos trabajaban en el desnudar y en el vestir, cual si fueran cuarenta, y sin descansar arrojaban en tierra las prendas quitadas, sacando otras de los cofres para cubrir el cuerpo transformado; ataban las cintas, prendían los botones, abrían un hoyo en el suelo para sepultar las nefandas insignias y lo cubrían con tierra. Las cuatro manos realizaron su obra en pocos minutos, y el renegado desapareció, dejando en su lugar á un joven que podía pasar por oidor en la sala de Mil y Quinientas. Luégo las mismas cuatro manos trataron de levantar del suelo al infelíz Urbanito que ya se creía comido por los ingleses.

XXIV

Los ingleses llegaron despiadados, horribles, hambrientos de matanza y de botín, como hombres que habían estado luchando todo el día por ambas cosas. Precipitáronse entre la multitud, mas como no podían avanzar á causa de los entorpecimientos del camino, no les fué fácil perseguir á los fugitivos, y toda la saña recayó sobre los que no habían podido escapar.

El botín era el más magnífico, el más rico y grande, sin duda, que en batalla alguna ha podido quedar á merced de un vencedor furioso. Componíase de todo: en el había armas, material de guerra, víveres, alhajas, dinero y hermosura. No puede formarse idea de la apasionada codicia, de la brutal concupiscencia, del vengativo ardor con que los ingleses primero y los guerrilleros después cayeron sobre el rico tesoro abandonado. La menor resistencia producía la muerte. En poco tiempo todas las cajas fueron abiertas, todos los tesoros aprehendidos, muchas riquezas holladas.

Joyas, ropas, telas finísimas, muebles, cuadros, plata labrada, monedas, víveres de lujo que constituían la despensa ambulante de José, fueron esparcidos por tierra, y mil manos febriles arrebataban de un lado para otro los preciosos objetos. Según el genio de cada cual, así se iban derechos, los unos al oro, otros á las mujeres, y algunos á destrozar por puro instinto dañino cuanto veían delante. Entre las desgraciadas familias que se vieron en tan tremenda hora, hubo algún individuo que se dió la muerte antes que le pusieran la mano encima los feroces partidarios. Las señoras imploraban de rodillas piedad para sí y sus tiernos hijos, siendo muy contadas las que la alcanzaron. El vencedor es la más brutal é insensata bestia que engendra el mal en las tempestades humanas. Para esta electricidad furibunda que sabe elegir el sitio donde cae, no existe pararrayos.

En los primeros momentos, tanto salvaje

atropello y brutal codicia, produjeron un tumulto horroroso, en el cual los lamentos de mil y mil víctimas no permitían oir las voces y mandos militares. En la vasta extensión del camino, los soldados cometieron todo linaje de excesos, robando y asesinando. En vano algunos oficiales quisieron proteger á las infelices familias de paisanos; la soldadesca, aparentando obedecer, tan sólo cambiaba la escena de sus infames tropelías. Por aquí un soldado avanzaba en irrisoria apoteosis esgrimiendo el bastón de mando del general Jourdán, jefe de Estado Mayor del ejército fugitivo; otro cubríase acullá con el sombrero de José Bonaparte, y un tercero repartía á sus camaradas las pelucas que en vistosa y variada colección llevaba en su equipaje otro familiar del pobre Rey intruso.

Atrevióse un sujeto de mal genio á descalabrar á cierto inglés, porque quiso posesionarse de la menor y más hermosa de sus hijas, y este rasgo de entereza costóle la vida, salvándose su esposa, una de sus hijas y dos niños de corta edad, por milagro del cielo y la intervención compasiva de otros soldados. En lo de meter mano á los cofres de dinero, á los bolsones de cuero y á las cajas de guerra que contenían inmensos caudales, distinguíanse principalmente los aldeanos de los alrededores de Vitoria y multitud de individuos de equívoca conducta, que de la misma ciudad habían acudido.

Cuando la tristísima noche empezó á cubrir de obscuridades la fatal escena, mercade-

res al menudeo, trajineros y gentezuela de esa que acude á todos los desastres para pescar algo, se reunieron allí en gran número. Como ellos lo querían todo para sí, hubo dimes y diretes y aun porrazos con los guerrilleros y los ingleses. Sin pedir permiso á Dios ni al diablo, los aldeanos cargaban sus caballerías de objetos preciosos, como si todo cuanto allí yacía hubiera sido siempre de su exclusiva propiedad; y mientras tanto no cesaban de aclamar á Fernando VII como el más grande de los Reyes, al *lord* como el más insigne de los generales nacidos y por nacer, y á los guerrilleros como lo más selecto entre las hechuras de Dios.

Cuando la noche se obscureció más y la vergüenza de tales hechos tuvo un manto negro con que cubrirse, otros individuos de la peor calaña se ocupaban en desnudar á los muertos y en buscar anillos y relojes y dijes en el cuerpo de los heridos... Mil farolitos temblorosos, semejantes á las vagabundas claridades de un cementerio, rebuscaban con su luz siniestra por aquí y por allí, iluminando semblantes lívidos y destrozados cuerpos. Por otro lado, los que habían recogido gran cantidad de dinero en duros españoles, se ocupaban en cambiarlo por oro á los ingleses, los cuales, como buenos mercaderes en toda la extensión del globo terráqueo, se hacían pagar la guinea á ocho pesos. Había quien acaparaba todas las ropas, ora sacándolas de los cofres, ora arrancándolas del cuerpo de vivos y muertos. Porque nada faltase, hasta

hubo quien hizo acopio de la pólvora de los furgones, para venderla después á los guerrilleros de la Montaña y el Páramo. El vino obtenía preferencia y primas escandalosas, y toda la carretería y récuas de Vitoria tuvieron en qué ocuparse. Muchos aldeanos se enriquecieron con la rapiña de aquella noche, y en Alava y en la Rioja existen todavía familias ricas, cuya fortuna proviene de la batalla de Vitoria.

En cambio, si gran parte del gentío de Vitoria y de sus inmediaciones había acudido allí para recoger los restos del naufragio, muchas personas llegaban impulsadas por la simple vehemencia personal de la guerra, para contemplar al odioso Imperio derrotado y sus armas perdidas; para gozar en el mísero castigo de los malos patriotas, y escupir los avergonzados semblantes de los traidores. Cuentan que algunos renegados á quienes no fué posible ni huir, ni cambiar de vestido, recibieron rápida muerte todos juntos en fiera hecatombe, sin que les valiese la ardiente protesta de abjurar y volver á los amores de la patria. Una mujer furiosa cayó sobre el grupo que formaban aquellos infelices al implorar piedad, y alzó en su mano vigorosa un puñado de cabellos. Rugiendo los enseñó á la muchedumbre. Aquélla y otras mujeres de las cercanías que acudieron á vociferar sobre el cadáver de la Francia vencida, habían mandado á sus hijos á las guerrillas, y algunas de ellas los habían perdido. Bravas como guerreras y resentidas como leonas, co-

braban de aquella manera sus deudas de sangre.

En la obscuridad de la noche, los chillidos de las mujeres semejaban la algazara de pájaros rapaces picoteando aquí y allá, batiendo las fúnebres alas, destrozando con la inquieta garra. Sin callar un momento, algunas ayudaban á los hombres en el despojo, examinaban una tela, ponderando su finura, recogían herramientas abandonadas, sin dejar de responder con agudos vivas á todo lo que berreaban sus hermanos, sus padres ó sus hijos.

Dos ó tres de estas matronas discutían el modo de conducir cierta cantina ambulante que se habían apropiado, cuando se les acercó una afligida dama que parecía ser de las del convoy. Era hermosa, aunque la mucha palidéz y susto le disimulaban la belleza. En su cabellera abundante y en su vestido no había más que desorden, un desorden de naufragio que daba más interés á su abatida persona; y con sus manos sin quirotecas se apretaba contra el pecho un chal, no bien puesto y sin duda arrebujado con precipitación al salir de su escondite.

—Señoras—dijo acercándose con timidéz á las que tomaban el tiento al tonelete de la cantina,—si tienen ustedes corazón, si son ustedes mujeres y tienen hijos, padres, esposos, dénme un poco de agua para unos pobrecitos que se mueren de sed allí donde están los arcones grandes.

—Miren la pazpuerca—gritó una de las del

grupo, que era tabernera en el barrio de Villasuso en Vitoria.—Teniendo, como tendrá, todo lo que ha robado, viene á pedirnos limosna.

—Yo no he robado nada, señora—repuso la dolorida envolviéndose en el chal con todo el empeño que el pudor y el fresco de la noche exigían de consuno.—A mí sí que me han quitado cuantas alhajas y dinero tenía; pero no me quejo ni acuso á nadie.

—Ladrón que roba á ladrón...

—Por una casualidad nos hemos encontrado mi marido, mi hermano y yo en este funesto lance—prosiguió la dama,—porque ninguno de los tres somos, ni hemos sido jamás, afrancesados. Españoles rancios somos los tres; íbamos á Francia (á donde mi marido llevaba una comunicación secreta de la Regencia para el Rey Fernando) y quiso nuestra infelíz suerte que nos juntásemos aquí con el malhadado convoy que ayer pereció... y nos tomaron por familia de empleados traidores... Pero no he sido yo tampoco de las peor tratadas (porque al punto me conocieron los oficiales ingleses, muchos de los cuales han frecuentado mi casa en Madrid), y he podido conservar alguna ropa... Otras pobrecitas señoras están allí envueltas en una sábana. ¿No les dá á ustedes lástima? ¿No me favorecerán con un poco de agua, y si es posible un poco de comida para mi esposo, secretario del virey del Perú, y para mi hermano, el veedor que era en Zaragoza cuando la célebre defensa?

Las tres alavesas se miraron como consultándose sobre lo que habían de hacer.

—La verdad es—dijo una con ciertas ínfulas de autoridad sobre las otras,—que si no miente la señora en lo que ha dicho y hubo casualidad, bien se le puede dar lo que pide.

—¿La vamos á creer por lo que diga?—exclamó otra.

—No pido más que agua, señoras caritativas, agua por amor de Dios.

—El la ampare.

—Bien poco es lo que pide—dijo la tercera que hasta entonces callara.—Y pues pasó ya el laberinto, hagamos una obra de misericordia. Aquí donde me veis, yo que tuve alma para arrastrar á un jurado desde el camino hasta el árbol donde le ahorcaron, me muero de pena oyendo á esta señora... Allá va el agua... y aguardiente... y estas cortezas de pan. . y estas sardinas rancias... y tres pares de guindas... y una pata de gallina fiambre, que estaba en el *cotiquín* del Rey.

La dolorida iba recogiendo lo que la mujer indicaba al tiempo de dárselo, y corrió á donde aguardaban muertos de hambre y de sed el secretario del virey del Perú y el veedor de Zaragoza.

XXV

Tras la triste noche, apareció el día triste también, y empañado con densas neblinas. Mientras gran parte del ejército victorioso

perseguía al francés por el camino de Salvatierra, el lugar donde pereció el convoy se trocaba en un campo de feria. En todas partes se hacían tratos y cambios, según los negocios de cada uno. Los ingleses concretaban todas sus operaciones al numerario, despreciando las especies. La joyería había desaparecido como por encanto, sin que se supiese quiénes fueron los acaparadores de tan estimable artículo. En plata labrada aún quedaban algunas existencias por la mañana, y como entre ellas no escaseaban las obras de arte ni en el ejército inglés los anticuarios, hubo pieza que valió á sus primitivos tomadores guinea sobre guinea.

Pero la gran mayoría de los objetos, especialmente los que eran de fácil transporte, desaparecieron en la noche. No se han visto manos más listas, ni mayor diligencia en hombres y mujeres para hacer la mudanza. Por fortuna para las artes, la parte del convoy que contenía los grandes cuadros, pudo ser salvada por haber salido de la Puebla con el general Maucune doce horas antes que los demás. Perdiéronse por entonces para España tan incomparables tesoros; mas no se perdieron para el arte, siendo en verdad providencial que se salvasen, y que restaurado alguno de ellos, volviesen todos acá tres años después.

Ya entrado el día, muchos vecinos acomodados de Vitoria salieron para ver el campo de batalla y el lugar del convoy, que principalmente despertaba la curiosidad. Viéronse

llegar frailes de distintas órdenes, canónigos de la colegiata, señores muy graves acompañados de damiselas sensibles, jóvenes currutacos y viejos verdes y maduras matronas, todos medio locos de entusiasmo por la gran victoria alcanzada. Iban de ceca en meca sonriendo ante los estragos y haciéndose señalar por los aldeanos los lugares que fueron teatro de acontecimientos más trágicos durante la batalla. El campo del convoy, ya convertido en feria, fué por su proximidad á Vitoria más visitado, y á cada momento llegaban á él alegres parejas, familias completas, tríos de canónigo, fraile y regidor, con más algunas damas sueltas, es decir, que no iban con nadie. Ninguno se retiraba sin llevar algún recuerdo, pareciéndose en esto á los modernos ingleses, ó á los que llaman *touristas*, y los cascos de granada, las balas de fusil y hasta los botones de los uniformes de renegado pasaron á ser joyas históricas, destinadas á vincularse en el patrimonio de diversas familias. Aún existen en Vitoria muchos de estos pedacitos del gran desastre.

Dióse orden de enterrar los cadáveres que en el llano del convoy había, no siendo tan fácil los del vasto campo de batalla por ser en número de cuatro mil, juntas las pérdidas de unos y otros, pasando de diez mil los heridos. Mortificó á los curiosos el espectáculo de tanto hombre muerto, siquier fueran franceses y renegados; y muchos ofrecieron la cooperación de sus manos para echar tierra dentro de los hoyos que se tragaban tanta

juventud desgraciada en vida y en muerte, los amores de innumerables madres, tanta y tan robusta vida nutrida en los pacíficos hogares para la paz y la felicidad.

Entre los curiosos que de Vitoria habían venido, era de notar un anciano de mucha edad y poca andadura, con el cuerpo inclinado hacia adelante, la cabeza temblorosa, verdes espejuelos ante los ojos y apoyada la una mano en grueso bastón de nudos, mientras con la otra cogía el brazo de una linda joven rubia. Iban los dos por el camino adelante observando todo con curiosidad suma, siendo ella la que primeramente, con sus vivísimos volubles ojos, veía los objetos y los señalaba después á la tardía atención del viejo. El se regocijaba mucho con la vista de tanto cañón tomado, de tanta riqueza rescatada, y á cada nueva sorpresa se desvanecía en apologéticos comentarios de la destreza de lord Wellington, encomiando, sobre todo, el providente designio del Altísimo, que, como Padre y ordenador de las victorias, nos había dado aquélla tan completa y admirable.

—La causa de Dios triunfa y triunfará mientras haya soldados cristianos en el mundo—decía el abuelo á su linda nieta.—A estos desastres horrorosos son conducidos los que han intentado alevemente apropiarse nuestro suelo y mudar nuestras costumbres, haciéndonos, de fieles piadosos, herejes corrompidos; de leales y pacíficos, revolucionarios y jacobinos.

—¡Ah, pobres muchachos!—exclamó la nie-

ta, apartando con horror la vista de unos infelices cuerpos de jurados que eran conducidos á la sepultura.—Son renegados, papaito, tienen uniforme verde, sombrero de piel con águila dorada, una cartera en la cintura con águila y muchos botoncitos... también con águila.

—Sí, verás águilas por todas partes. Esos hoyos se llenarán de ellas, y la honda tierra no podrá guardar en su seno tantas insignias imperiales. A esto está destinado el poder de Bonaparte. Europa no tiene bastante tierra para sepultar el inmenso cadáver. En cuanto á los infelices jurados, son los que menos lástima me inspiran. Oye bien lo que te digo, hija mía, oye la voz de un anciano patriota, español y cristiano: además del infierno que existe para toda clase de pecadores, ha de haber uno con tormentos extraordinarios, de inapreciable horror, para los que hacen traición á su patria y á sus banderas.

—¡Otro infierno!—exclamó la muchacha con espanto, á pesar de que diariamente oía parecidos conceptos.

—¡Otro! Allá abajo los condenados ordinarios no han de querer habitar con los renegados y traidores—dijo el hombre decrépito, silabeando enérgicamente con sus gruesos labios.

—Los renegados venden á sus hermanos, entregan la patria al enemigo para que éste la despoje y la deshonre á su antojo extirpando en ella la fe religiosa, faro del mundo y único consuelo de las buenas almas. El trai-

dor en esta guerra, donde se discuten las dos cosas más sagradas, es decir, el Rey y la religión; el traidor en esta guerra, digo, es el más vil instrumento de Satanás. Sólo le igualan en maldad los que yo llamo traidores y renegados en el campo de la ley, ó, para que me entiendas mejor, los que por favorecer hipócritamente á Bonaparte introducen en España caprichosas leyes á estilo jacobino y constituciones que son lazos tendidos á los pueblos por la herejía, por la licencia, por el democratismo, por la soberbia de los pequeños que quieren parecerse á los grandes, gritando y metiendo bulla... Pero Dios está con nosotros, hija mía. Dios es español.

—¡Dios es español!

—Dios, sí—añadió el viejo, golpeando violentamente el suelo con su nudoso bastón,—y ya ves ahí los golpes de su mano protectora. Creo que mediante la bondad divina y la espada del arcángel guerrero, el mal que aparece en nuestra leal y sumisa España no tomará grandes proporciones. Abriránse muchos hoyos como ese, y esas bocas de la tierra española se tragarán á sus perversos hijos.

—¡Ay!—gritó la muchacha, temblando y agarrándose fuertemente al brazo de su abuelo.—Pero no es nada... nada, papaito.

—¿Tienes miedo?

—No...—dijo la joven, reponiéndose de su sobresalto y turbación,—es que... no sé por qué me he estremecido toda y he sentido frío en el corazón al ver...

—¿Qué has visto?—preguntó el viejo deteniéndose.

—Todavía no han enterrado aquellas águilas, papaito, aquellas águilas que brillan en los sombreros peludos, en las golas, y en las carteras, y en los botones... Sus alas abiertas, sus picos corvos, sus garras que aprietan un haz de rayos...

—¿Qué?

—Me dan miedo.

—¡Eres tonta! adelante... Pero si no me engaño, ese que hacia aquí viene es nuestro amigo Carlos Navarro, el hijo de D. Fernando Garrote... Mira tú, á ver si me engaño...

La muchacha miraba hacia atrás con la fijeza de una curiosidad vivísima. Su rostro había adquirido marmórea blancura.

—¿Por qué te detienes y miras hacia atrás? —gruñó el viejo, sacudiendo el brazo.—¿Dices que tienes miedo y miras, Genara?... Te digo que observes si ese que se ha detenido junto á aquel cañón es Carlos Navarro, el hijo del desgraciado D. Fernando Garrote.

—El mismo es — repuso Genara, observando.

—Vamos hacia él... ¡pobre muchacho! Quizás no sepa todavía el desgraciado fin de su padre, asesinado en Ariñéz por los vándalos.

Antes que nieta y abuelo llegasen junto á él, Carlos Navarro, que los vió, corrió á su encuentro. Su semblante estaba alterado por viva aflicción, y algunas lágrimas humedecieron sus ojos cuando tomó, para besarla, la mano del decrépito anciano, su amigo.

Vestía Navarro un traje que no era completamente militar, ni tampoco de paisano. Componíase de una blusa, en cuyas mangas, á falta de charreteras, mostraban la arbitraria graduación del guerrillero galones diversos de plata y oro, puestos con arte y aun con cierta elegancia. Botas y espuelas muy finas eran distintivo de que guerreaba á caballo, y cubría la cabeza no con los empinados morriones de la época, sino con una sencilla gorra verde de cuartel, primorosamente bordada de oro. La sofocación del día anterior y la pesadumbre recientemente recibida, habían dado á su rostro un tinte violáceo y como enfermizo que parecía aumentar el negror de sus fieros ojos y afilarle la nariz y hacerle más grande la vasta frente. Había en su cuerpo la indolencia de la victoria un poco enfatuada; pero aun así, por su alta estatura y airoso porte y grave semblante, era una de las figuras de más atractivo que podían verse.

—Sr. D. Miguel de Baraona—dijo con voz conmovida,—¿ha venido usted desde Vitoria á ver el campo de batalla y el gran convoy ganado?

—Sí—exclamó con entusiasmo el anciano, encendido su corazón con fuego juvenil,—he venido á ver vuestros triunfos, vuestras glorias, jóvenes sublimes, jóvenes admirables, ¡hijos queridos de España y de Dios! Ven acá—añadió echándole los brazos al cuello,—ven acá y déjame que te estreche contra mi corazón: abrazándote, creo abrazar á toda la España valerosa y cristiana. Me rejuvenezco,

hijo mío. Que Dios te bendiga, que Dios te conserve. Tú y los tuyos sois instrumentos de su bondad divina, sois la imagen humana de su brazo omnipotente. Seguid en vuestra gloriosa, en vuestra santa tarea de limpiar esta cizaña, que no os faltará que hacer en algún tiempo, porque el mal se ha desatado en España y vendrán días de sangre... Ya sé por qué estás tan afligido, hijo mío, ya he sabido por unos jurados prisioneros que fueron anoche á Vitoria, la inmensa desgracia...

—¡Mi padre!...—exclamó Carlos cubriéndose el rostro con las manos.

—Tu padre, tu excelente padre—dijo Baraona.—D. Fernando Garrote, el gran caballero cristiano de Treviño, el hombre de ideas sólidas, el español puro ha sido asesinado por los traidores... Lo sé, y he llorado al patriota y al amigo. También sé que murió el padre Respaldiza.

—¡No esperaba esta desgracia!—murmuró con desaliento Navarro secando sus lágrimas.—Confiaba en Dios; me sentía protegido por la divina mano, y al ver el heroísmo de mi padre, su firme propósito de pelear por la patria y por la Iglesia, creía yo que el Señor no podía abandonarle en manos de viles facinerosos.

—¡Oh! ¿Sabemos acaso sus designios profundos?—dijo con buena entonación Baraona, señalando con su palo el firmamento inundado de luz.—Hijo mío, oye bien lo que te digo, que es la voz de un patriota y de un español puro, sin mancha de afrancesamiento.

Además del paraíso que Dios destina á los elegidos, ha de haber otro paraíso mejor para estos mártires de la patria, para estos defensores de los grandes principios, para éstos que en primera línea han peleado por la esposa de Jesucristo, para éstos á quienes debe la sociedad su fundamento, para tu virtuoso y santo padre, en fin.

—¡Otro cielo!—murmuró Genara pensativa.

—¡Has perdido á tu padre!—prosiguió Baraona con efusión, estrechando de nuevo al joven entre sus brazos.—En mí tendrás otro desde hoy.

Carlos Navarro se arrojó en los brazos del anciano, ocultando en el hombro de este su rostro inundado de llanto.

—Hace tiempo que tu buen padre me habló de un dulce proyecto que me agradaba en extremo, Carlos—dijo el viejo mirando alternativamente á su nieta y al joven guerrillero. —¿Sabes lo que quiero decir? Tú mismo me has manifestado de una manera indirecta la noble afición que te inclina hacia mi familia. Carlos, hijo mío, que este día de gloria, aunque triste para tí, lo sea también de contento para los tres que aquí estamos.

Genara se puso como una amapola.

Contra lo que Baraona esperaba, Carlos no hizo demostración alguna de contento. Mirando á Genara con tristes ojos, dijo:

—Genara no me quiere.

—¡Que no! ¡Mal pecado!—gruñó el viejo mirando con asombro á su nieta que callaba.

—Genara, recuerda lo que me dijiste la noche en que salimos de la Puebla... Pero, hijos míos, vosotros os entenderéis. No es propio de mis canas intervenir como mediador de galanteos. Carlos, ven con nosotros. Tú tienes cara de no haber comido en tres días; yo y mi nieta no hemos tomado cosa alguna después del chocolate; pero como pensamos pasar aquí gran parte del día, trajimos una no despreciable refacción. Vamos allá... ¿En dónde dejamos el coche, Genarilla? Ya... ahí; hacia aquellos olmos. Ven, Carlos; allí nos espera el señor canónigo de la colegiata, don Blas Arriaga, el capellán de las monjas de Santa Brígida y mi primo el secretario de la Inquisición. Despáchate, si tienes algo que decir á tus amigos, acaba pronto, pero no convides á ninguno, porque nos quedaríamos á media ración... La merienda no es mala; viene alguna carne fiambre y lengua y una pavita. Las monjas añadieron varios bollos y limoncillos, y el canónigo trajo lo mejor de su bodega... Pues parece que no y tengo hambre. Este aire del campo, el regocijo de este día... En marcha, en marcha, pues.

Dirigiéronse los tres hacia el lugar donde esperaba el cochecito En los lugares más apacibles del vasto campo, veíanse algunas meriendas sobre la verde yerba, pues los vitorianos hicieron festivo aquel día, tomando la visita al campo de batalla como una especie de romería, en la cual no podían faltar ni el buen vino, ni las buenas tajadas, ni la noble expansión eúskara.

Genara y Carlitos marchaban silenciosos, pero por los tres hablaba D. Miguel de Baraona, siendo tal su alborozo, que desde lejos empezó á agitar el palo, llamando con su cascada voz á los tres personajes que antes mencionara y que vagaban por aquellos contornos. Antes de que todos los comensales se reunieran, pasaron Baraona y la nieta por el mismo paraje donde poco antes infundieran á ésta tanto miedo las águilas de los insepultos jurados.

—¿Otra vez tiemblas?—le dijo el abuelo, observando que la muchacha palidecía.—¡Qué medrosa eres!

—Genara no puede tener miedo á los muertos—afirmó Carlos con aplomo.—Genara es una mujer valerosa.

—¡Ay, no vayamos por aquí!—exclamó la joven, soltando bruscamente el brazo de su abuelo.—He visto, he visto...

—¿Qué has visto?

—Ya están dentro del hoyo—dijo Baraona, acercándose al grupo de gente que rodeaba la ancha sepultura;—pero falta echar tierra, mucha tierra encima.

Genara, á pesar de su agitación, en vez de huir, acercóse resueltamente al hoyo, y allí permaneció fija, inmóvil, con la vista clavada en aquella hondura, donde yacían revueltos y en extrañas posturas los cuerpos arrojados dentro. Observólos á todos y á cada uno con atención profunda: ni lloraron sus ojos ni perdió su semblante aquel grave ceño estatuario, que la asemejaba en tal escena á

una diosa antigua recibiendo la ofrenda de sangre humana vertida en aras de su orgullo.

—Abuelo, ya ves cómo no tengo miedo á los muertos—dijo al fin.—¿Y tú?

—Ven, ven acá, tonta, tontísima—gritó el abuelo.

Los que contemplaban el fúnebre espectáculo se descubrieron, y empezó á caer tierra dentro.

—Dios manda que se rece á los muertos y se perdone á los que nos han ofendido—dijo gravemente Navarro, descubriéndose también al pasar junto al hoyo, y mirando los fúnebres despojos que dentro había;—pero no puedo mirar sin encono vuestro uniforme. Si tuvisteis parte en la muerte del mejor de los padres, ¡malditos!, que Dios os condene eternamente, y sean vuestros tormentos superiores á todo lo que pueda idear la imaginación más exaltada.

Dicha esta imprecación, que denotaba las violentas pasiones del alma de Carlos Garrote, hizo la señal de la cruz y se unió á Baraona, que ya estaba algo distante, junto á su nieta. Cuando llegaron bajo los olmos, ya el canónigo de la colegiata, el capellán de las monjas y el secretario de la Inquisición revolvían las cesta de los fiambres.

XXVI

Aquélla á quien oímos primero junto á la empalizada de una huerta de la Puebla de

Arganzón, y acabamos de ver y oir ahora mismo al borde de una sepultura, era una muchachuela bonita, de apariencia delicada y casi infantil. Recordaba normalmente su fisonomía la de aquellas vírgenes á quienes figuran los pintores tocando el laud y á veces el violín en los místicos conciertos del cielo, entre aperladas nubes que hacen resaltar el oro de sus cabellos y la beatífica seriedad de sus labios sin sonrisa, pues el arrobamiento y el canto las ponen graves como doctores. Genarita ó Generosa, á pesar de su belleza original, tenía á veces un ceño bastante sombrío y un modo de mirar que no indicaba la diafanidad, ó mejor, el perfecto equilibrio de espíritu de un ángel celeste. Era solemnemente meditabunda, y aunque su semblante era de esos que en otros caracteres y en la misma edad están siempre mirando á todos lados, aunque no vean más que el vuelo de las moscas, ella parecía estar dispuesta á no ocuparse nunca de cosas pequeñas. Las moscas que ella miraba no las veían los demás.

La fisonomía engaña casi siempre, y bajo aquel semblante que recordaba á la espigadora Ruth ó á la organista Cecilia, se escondía una culebrita graciosa que halagaba enroscándose, un carácter vehemente que á la edad de diecisiete años vivía atormentándose á sí mismo con aspiraciones locas, con entusiasmos delirantes, con deseos no bien definidos ó que variaban á cada hora. El reptil se mordía á sí propio, por no haber encontrado todavía en quien cebarse, y con la cola

se azotaba la cabeza. Impresionable hasta un extremo casi inverosímil, lo que á otras ponía tristes, á ella la ponía furiosa; lo que á otras daba alegría, infundía en aquesta una fiebre de júbilo, que necesitaba un pesar para calmarse. Sus sentimientos, siempre en lucha, se manifestaban de improviso y de una manera torrencial y borrascosa. Cualquier accidente externo, impresionándola como impresiona el rayo, podía hacerlos cambiar en un instante.

Sus ideas eran, sin embargo, exclusivas y fijas, ideas asimismo obscuras y extravagantes sobre la vida y la sociedad, pero arraigadas con tenacidad extraordinaria. Tenía la terquedad de su abuelo, hombre de granito, una especie de montaña humana, formada con los seculares yacimientos del ideal de la autoridad, y que no podía henderse ni desmoronarse ni dejar de ser montaña. Carecía Generosa de la fácil ternura que parece propia de una complexión delicada, y cuando este dulce sentimiento aparecía en ella, era enteramente superficial y simulado. Finalmente, no faltaban en ella ciertas dotes de inteligencia, siempre que no se tocase á las preocupaciones ó á las ideas que en su consistencia geológica eran base de la familia.

Todo esto lo veremos más adelante, porque esta hermosa bestiecita, esta mujer linda y profunda, este hermoso vaso lleno de tempestades, y que, conteniendo el Océano, parece una redoma de peces, ocupará lugar muy importante en las historias que van á leerse,

y á las cuales sirve de prefacio la siguiente.

Sentados todos, y tendido el mantel, la cesta dió de sí todo lo que tenía, y empezó la comida.

—Es preciso sobreponerse á la tristeza que esos desagradables sucesos hayan podido ocasionar á alguno de los presentes—dijo el viejo Baraona descuartizando la pava, mientras el capellán de las monjas de Santa Brígida aplicaba su naríz á la boca de las botellas para ver si era justa la fama de las bodegas del señor canónigo.

—Basta de melancolías, Carlitos—indicó el secretario de la Inquisición.—A lo hecho pecho, y cuando las cosas no tienen remedio...

—Dejadle que se desahogue y llore la muerte del más insigne caballero de este país—ordenó con énfasis Baraona, partiendo en lonjas la lengua de vaca, sin dar ni por un momento reposo á la suya,—de aquel modelo de patricios, de aquel hombre cuyos sanos principios en todo lo relativo al gobierno de estos reinos, eran admiración y enseñanza de cuantos le oían.

—Grande y ejemplar varon ha perdido España, no puede dudarse—añadió, elevando los ojos al cielo, el capellán de Santa Brígida, tranquilizado ya respecto á los títulos de celebridad de las bodegas de su amigo.—Le lloraremos toda la vida los que le conocimos su caballerosidad y aquella noble entereza de principios.

—Su muerte—dijo Baraona llenando los

platos de los demás,—debe quedar en la memoria de los buenos hijos de España como un recuerdo de santo. Ha sido el martir de esta gloriosa fe del patriotismo cristiano, del patriotismo cristiano, señores, entiéndase bien. Siempre habrá distancia inconmensurable entre lo que yo llamo *patriotismo cristiano* y esa gárrula palabrería de los que se llaman *patriotas* en Cádiz y en Madrid.

—Los que nos llaman *serviles*, Sr. D. Miguel—indicó el capellán.

—Tan infame mote—dijo Baraona frunciendo el ceño y apretando el puño—será escrito con sangre en la frente de los que lo inventaron. ¿No es verdad, Carlos?

Carlos, profundamente abstraído, ni comía ni contestaba sino con ligeras inclinaciones de cabeza.

—¿Saben cómo les llamo yo?—exclamó Baraona con violenta cólera y dando fuerte golpe en la tierra con la botella que en su mano tenía.—¡Pues les llamo *negros!*

—*¿Negros?*—dijo Genara con súbito arranque de jovialidad que contrastaba con su anterior tristeza.—Pues sea: beba usted, señor capellán, beba usted, señor canónigo, y usted señor secretario.

Y tomando la botella de manos de su abuelo, á todos repartió porción bastante á humedecer los secos paladares.

—¿Y usted no bebe, Generosita?

—¿Yo?... una miaja... menos, mucho menos, señor capellán, con medio dedo me basta—repuso la muchacha levantando el vaso, para

impedir que el capellán lo llenase todo como quería.

—Y aún me parece mucho—indicó Baraona.—A ver, Carlos, tu vaso.

—Ahora—dijo la linda joven con animado semblante,—alcen ustedes los vasos y beban á la salud de toda la gente *blanca*.

Tan entusiasta proposición, dicha con arrebatadora voz, con gran viveza en los ojos, con una sonrisa celestial que descubrió los blancos dientecitos de la víbora entre el coral de sus frescos labios, y acompañada de un gracioso gesto con brazo y mano derecha, produjo mágico efecto entre los comensales. Gritaron todos, y una aclamación recorrió aquellos campos de tristeza.

—Las mujeres—dijo Baraona,—tienen el don de expresar las ideas con gracia incomparable y en forma que las hace inteligibles á todo el mundo. A la salud de toda la gente blanca, á la salud de toda la patria libre de franceses y de ideas francesas, de la religión de nuestros padres, de nuestras santas y morigeradas costumbres, de nuestra inmutable y siempre gloriosa España, que desafía á los siglos y sobre la cual pasan y pasarán los negros innovadores, como hojas de otoño que se lleva el viento.

—*Amén*—murmuró el capellán.

—El pobre Carlitos no come—dijo el canónigo.—No debe uno dejarse dominar por el dolor. Hay que hacer un esfuerzo... no debe ser desatendido el cuerpo. Aquí donde me ven, aunque parece que tengo apetito no es

verdad, y necesito vencerme y luchar conmigo mismo para pasar cada bocado... Me ha ordenado el doctor que coma, y aunque es para mí un suplicio, lo acepto, porque Dios manda que se conserve la salud del cuerpo.

—Vamos, otro esfuercito—dijo el capellán de monjas, poniendo un pedazo de pechuga en el plato, ya dos veces vacío del inapetente canónigo.

—Carlos, es preciso ser juicioso—indicó Baraona.—Genara, te encargo que no dejes morir de hambre á nuestro heróico guerrillero.

Genara empezó á poner en práctica el encargo, y Carlos dejábase seducir poco á poco.

—Yo me hago cargo de su tristeza—dijo el secretario de la Inquisición, á quien los médicos no habían recomendado que hiciese esfuerzo para comer.—El recuerdo del noble martir que ha subido al cielo...

—¡Oh, sí!—exclamó Baraona, acudiendo en auxilio del capellán de monjas, que se había quedado ya sin pechuga y sin lengua.—La imagen funesta no se apartará de su mente en mucho tiempo, y más vale que sea así, señores, para que nuestro guerrillero no pierda los bríos ni el indomable furor de venganza que lo impulsa á combatir...

—¡Es verdad!

—La muerte de nuestro valiente y caballeroso amigo—continuó el anciano,—me ha inspirado una idea que voy á comunicar á ustedes.

A excepción del capellán de monjas que

hacía estudios anatómicos en el esqueleto de la pava, todos los presentes dieron reposo á los dientes, para escuchar al respetable patriarca de las montañas alavesas.

—En lo sucesivo, señores—dijo éste con grave y profético tono,—y atendidos los síntomas de la discordia civil que presenta España por el insolente jocobinismo de los *negros*, los buenos españoles debemos adorar fervorosísimamente dos cruces.

—¡Dos cruces!—exclamó Genara.

—¡Dos cruces, sí! La cruz religiosa, aquélla en que Dios se dignó morir para redimirnos del pecado; aquélla que desde niños adoramos; aquélla que nos hicieron besar nuestras madres en la cuna, y además esta otra cruz del sentimiento patrio en la cual ha muerto nuestro buen amigo, el incomparable, el santo entre los santos guerreros D. Fernando Garrote, acompañado del buen cura de la Puebla. Esta cruz que como instrumento de ignominia han alzado los franceses, los renegados y los traidores, será para nosotros como la otra, lábaro sagrado que llevará á la juventud á la gloria. Murió D. Fernando en ella: clavóle un clavo la traición, otro la deslealtad, otro la herejía. Espiró en ella coronado con las espinas del democratismo, y pusiéronle el *Inri* de las ideas jacobinas, que después de todo son las ideas que han traído aquí el escándalo, y las que los afrancesados aceptaron, y quieren imponernos los llamados liberales... Señores, desde que hay mártires, hay religión; desde que hay cruz, hay fe. Ado-

remos esa cruz, llevémosla en nuestro corazón juntamente con la otra, de la cual es como un reflejo; adorémoslas á las dos, pues las dos deben ser nuestro norte y nuestra luz. ¡Religión, patria!—añadió con majestuoso acento, en el cual vibraba la grave armonía de la inspiración.—¡Sois dos nombres, y sin embargo, no sois más que una sola idea, una inmutable, eterna, fija como el mundo, como Dios, del cual todo se deriva! ¡Religión, patria!... ¡Sois dos luces expléndidas, cuyo fulgor no puede apagarse, ni tampoco cambiar como las chispas de una fiesta de pólvora! ¡Una y otra fe tenéis dogmas eminentes, que la arrogante ciencia del hombre no puede variar; una y otra fe tenéis la inmutable y permanente condición del pensamiento divino que os ha creado! Sois lo que sois, y no podéis ser otra cosa. En vuestro sagrado catecismo la mano audáz del filósofo no puede hacer la menor variación ni mudar una sola letra. ¡Sois como el firmamento inmenso á donde no puede llegar la mano del hombre para quitar ó poner una sola estrella!

—¡Bendito sea el insigne patriarca que tales cosas piensa y tales maravillas dice!—exclamó con efusión de sensibilidad y entusiasmo Carlos Garrote, besando las manos del viejo Baraona.—¡Esas dos cruces grabadas están en mi corazón, la una sobre la otra! Me preservaron contra las armas de los traidores y de los vándalos, y me preservarán contra toda clase de enemigos.

El capellán de monjas, no pudiendo con-

tener su entusiasmo, abrazó tiernísimamente á Baraona, y el secretario de la Inquisición abrazó á Garrote. Aquello era una manifestación general de sentimientos patrióticos.

—Carlos—dijo Genara al joven guerrillero cuando la borrasca de los abrazos pasó,—en Vitoria nos dijeron que habías hecho cosas admirables en la batalla de ayer. Cuéntanos algo de eso.

—Sí, que nos cuente sus heroicidades. He oído también hablar de ellas—dijo el canónigo.

—Al instante... ¡fuera modestia!—exclamó Baraona.

Carlos, por tan distintos ruegos apremiado, trató de vencer su amarga tristeza, y cediendo principalmente á las súplicas de Genara, que le cautivaban el alma, empezó á contar varios sucesos del día anterior, dando la preferencia á los que había presenciado, siendo actor en ellos; pero al nombrarse á sí propio, lo hacía siempre con gravedad y modestia, no ensalzando sus propias acciones, sino antes bien rebajándolas un poco para no aparecer vanidoso. En la relación ponía gran arte, para que se revelara su mérito sin dejar de ser modesto, y siéndolo, su persona, aparecía en ellos rodeada de la gloriosa aureola.

Oíanle todos con atención profunda, y Genara con arrobamiento. Fijos sus ojos en el rostro del guerrillero, parecía que anhelaba leer en él sus ideas, antes que fueran expuestas por la palabra. El relato fué muy largo, pero interesante y conmovedor, siendo muy

del gusto de todos los allí presentes, que no perdieron ni una sílaba. El único que no se mostró excesivamente interesado por las glorias nacionales fué el capellán de monjas, que cerrando los ojos con beatífica tranquilidad, se quedó dormido..

Concluída la patética narración, Baraona habló de retirarse á Vitoria; pero los demás fueron de opinión que se durmiera la siesta al amparo de aquella hermosa olmeda, y así lo hicieron los cuatro personajes, quedándose en vela Genara y Carlos. Largo tiempo transcurrió en conversación muy íntima y cordial, en la cual parecía haber confidencia, declaraciones, riñas, arrepentimientos, promesas y qué se yo... todos los dulces amargores de un coloquio amoroso. Al fin despertaron los durmientes, siendo el capellán de monjas el más pesado para volver en su acuerdo. Caía la tarde, y empezaron á recoger todo; mas aún no se habían levantado, cuando apareció ante ellos una señora de buena presencia, vestida con heterogéneas ropas, de una manera tan singular, que más parecía tapada que vestida. Su semblante indicaba zozobra, inanición y reciente llanto. Parecía persona de calidad, y al punto comprendieron Baraona y sus amigos que era una de las víctimas del día anterior.

—Señores—dijo,—siendo españoles, no pueden dejar de ser caritativos...

—Así es, en efecto, señora—repuso Baraona.

—Y siendo caritativos, ¿tendrán la bondad

de darme algo de lo que de su merienda les ha sobrado?... Soy una infelíz víctima del saqueo y rapiña de anoche, á pesar de no ser afrancesada y encontrarme en el convoy por casualidad...

—Ello podrá ser cierto—dijo el secretario de la Inquisición con malicia,—pero también no podrá serlo.

—Por casualidad, sí... He sufrido el despojo sin culpa—continuó la afligida dama, llorando.—Soy una persona principal que se ve en la triste necesidad de pedir limosna para vivir. Allí, tras aquellas cajas vacías, con las cuales hemos hecho una especie de barraca, está mi esposo, alcalde de la ciudad de Bailén, cuando la batalla, y mi amadísimo hermano, seminarista que era hace poco, y después guerrillero en las guerrillas del *Fraile*, hasta que una enfermedad le obligó á dirigirse á Francia...

—¡Oh, señora!—dijo el canónigo,—no es preciso que usted nos cuente la historia completa de sus parientes. Persona principal y decente parece usted. Deploramos la casualidad que la ha hecho tan desgraciada. Caritativos somos, y no restos de nuestra comida, sino algo entero que debe quedar en la cesta le daremos... Genarita, lléveselo usted.

La dolorida, sin poder contener sus lágrimas, no cesaba de repetir:

—Gracias, gracias, generoso señor.

—Ya podía esta señora vestirse de otra manera—dijo sonriendo el capellán al oído del canónigo.—¿No es verdad que tal traje

no es propio para ponerse delante del eclesiástico?

Genara se levantó para dar á la desconocida cuanto quedaba en la cesta.

—Hija, ve con ella y mira si tienen necesidad de algo de ropa—dijo Baraona.—Juraría que esa señora ha dicho verdad, y que no es afrancesada, sino una rancia española... Carlos, acompaña á mi hija.

XXVII

Indudablemente, el guerrillero y Genara deseaban pretexto cualquiera para alejarse un trechito y perder de vista por breve momento al abuelo y compañeros de mesa. Disimulando su gozo marcharon tras la desconocida; pero como no tenían prisa de llegar á donde ella iba, la dejaron ir delante y que se alejase todo lo que quisiera. Principiaba á obscurecer. Viéndose solos, reanudaron su coloquio con mucha mayor vehemencia que al pié de los olmos, siendo Genara la que con más calor se expresaba. Tomándose las manos, dejáronse ir vagabundamente, abandonados á la dulce corriente que de sus mismas palabras y de sus propios movimientos se derivaba.

—Genara de mi vida—decía el guerrillero cuando ya llevaban algunos minutos de paseo, de conversación, de miradas tiernas y de apretones de manos,—si es cierto lo que me

dices, te perdono, y seré para tí lo que me dices, te perdono, y seré para tí lo que siempre he sido: un esclavo. Día de fúnebre luto es éste para mí; pero si algún consuelo debo recibir, consistirá en palabras de tu boca. Genara de mi corazón, mi vida y mi persona te pertenecen. Te adoro desde que te conocí, y te idolatraré hasta la muerte.

—Carlos—repuso la muchacha con ardor, —si no me crees lo que te he dicho me enojaré, me pondré enferma, me consumiré de tristeza, me moriré de pesadumbre. Carlos, no lo dudes un momento. Si bajé aquella noche á la empalizada de la huerta, fué porque confundí á Salvador contigo... hizo la misma señal... No había dicho dos palabras al traidor, cuando llegaste tú... ¿Lo crees, Carlos? Díme que lo crees, díme que no queda en tu alma una chispa de recelo, y seré la mujer más felíz de la tierra.

—Bien, Genara—dijo Navarro.—Aunque no fuera verdad, debería creerlo. ¿Oíste lo que dijo tu abuelo cuando nos encontramos hace poco? Su deseo era el mismo de mi desgraciado padre, y también el mismo que ha sido por mucho tiempo y es hoy la más cara, la más dulce, la más risueña ilusión de mi vida. Díme una palabra, y nuestro destino quedará fijado para siempre, y la noble pasión de mi alma satisfecha, y la elección suprema de la vida santificada por un leal juramento, ante las miradas de Dios que desde el cielo nos está mirando y nos bendice. ¿Genara, quieres ser mi mujer?

Genara contestó arrojándose en los brazos del guerrillero, que la estrechó en ellos amorosamente. Casi en el mismo instante, ambos jóvenes hicieron un movimiento de sorpresa y temor. Alguien los miraba; frente á ellos, y á distancia como de cuatro varas, estaba una figura delgada y sombría, un hombre completamente vestido de negro, con la cabeza descubierta. Después de dar algunos pasos, se detuvo. Tras él veíase una especie de choza formada por algunas cajas vacías, y en el angosto recinto, de tal manera formado, clareaba la llama de un hogar y se oían algunas voces.

—Aquí es—dijo Navarro, viendo la barraca.—Entra y da á esas pobres gentes lo que les traes.

Genara, después de dar algunos pasos, lanzó un grito de espanto.

—Navarro, Navarro, defiéndeme—exclamó con angustiosa voz, corriendo á arrojarse en los brazos del guerrillero, y dejando caer en el suelo las viandas que llevaba.

—¿Quién es, quién va?—dijo Navarro con turbación en el breve momento que tardó en conocer á la sombría figura que tenía delante.

—Defiéndeme—gritó Genara, dando diente con diente;—ese hombre me quiere matar.

El aparecido no había hecho movimiento alguno. Llegóse á él Navarro, dejando atrás y á regular distancia á la atemorizada joven y le observó con calma.

—¡Ah!... es Monsalud... poca cosa, poca

cosa... No temas, Genara... Esto ni pincha ni corta. A fe que no esperaba verte, Salvador. Creí que habías muerto.

—Hubiera hecho muy mal en morirme—dijo Monsalud,—sin cobrar una deuda que tengo contigo.

—¿Conmigo?... ¡ah ya!—añadió Navarro flemáticamente.—Cuando quieras...¿Era para tí para quien pedía esa mujer, llamándote seminarista y guerrillero del *Fraile?*

—¿Qué dices?—preguntó Monsalud, ajeno á las jerarquías inventadas por doña Pepita.

—¡Que eres un farsante, un embustero!—exclamó Navarro perdiendo la serenidad.

—Sí, un embustero, un farsante—repitió Genara alejándose más.

—Pero observo aquí la mano de Dios—añadió Carlos con petulancia.—Con tu disfráz y tu cambio de nombre te has ocultado de todo el ejército, pero no te has ocultado de mí.

—Es verdad—dijo Monsalud con enérgica ira.—Pues aquí me tienes. Puedes delatarme, denunciarme, llevarme arrastrado por los cabellos á donde tus salvajes jefes están haciendo cuentas por ver si algún jurado se escapó de la carnecería de anoche. Yo me salvé; pero ahora te proporciono ocasión de ganar un elogio, quizás un grado... Anda, llévame; dí que me has descubierto, que me has cogido, y quizás te den un cigarro.

—Si yo fuera tú, te delataría...—dijo Navarro dando un paso hacia adelante.—Puedes vivir y engañar hasta dentro de un rato...

Pero me olvidaba de que te hemos traído de comer.

Navarro, recogiendo del suelo lo que había caído, lo arrojó á los piés de Monsalud, que no hizo ademán alguno, dando á entender que no recibía la limosna.

—¿Hasta dentro de un rato? - dijo Salvador.—¿Por qué no ahora mismo?

Doña Pepita, atraída por las voces, presenciaba la singular escena sin comprender una palabra; mas no se le ocultaba que allí había peligro para Monsalud, y llegándose al otro, le dijo con amargura:

—Señor militar, no delate usted á mi pobre hermano... No, ¿para qué mentir? no es mi hermano, es mi amigo... Es un muchacho honrado y leal. Ya que escapó, déjele usted vivir.

Una figura macilenta y obscura se arrastraba á cuatro piés por el suelo, semejándose por la obscuridad de la noche á un gran perro de Terranova. Era el oidor que recogía los restos de la comida.

—¡Yo delatar!—exclamó Navarro.—Señora, esté usted tranquila. No haremos ningún daño á su...

—A su amigo—murmuró Genara acercándose al grupo y clavando sus ojos con ansiedad profunda en el semblante de la desconocida señora.

—No le haremos ningún daño—añadió con ironía Navarro, tomando la mano de Genara, como para retirarse con ella,—pero el amiguito se muere de hambre y de miedo: cuídele usted.

Volvieron la espalda Navarro y Genara. Después de una breve disputa con doña Pepita, Salvador se separó de ésta para seguir á los prometidos esposos.

—Detengámonos—dijo Navarro á su presunta consorte.—Viene detrás, y puede herirnos por la espalda.

—¡Pero aquella mujer, aquella mujer!—exclamó Genara apretando los puños y temblando de ira.—¿La viste? ¿Has oído insolencia igual? ¿Pues no dijo que era su?...

—Su cortejo... Salvador es muchacho de muy malas costumbres.

—¡Cuando tal dijo!...—añadió Genara con la exaltación propia de su carácter en determinadas ocasiones.—¡Oh! Navarro, no tienes alma... ¿por qué no abofeteaste á aquella infame mujer?

Baraona y los tres amigos, viendo la tardanza de los dos jóvenes, se adelantaban á su encuentro.

—Vamos, que es muy tarde. Aprisa, niños... ¿qué hablais ahí?... Hombre, ¡como si no tuvieran tiempo de charlar hasta que se les seque la lengua!...

—Aprisita, aprisita—dijo el capellán, arropándose con su manteo.—La noche está fresca.

—Ya se ve... Como ellos están en la flor de su edad y conservan todo el calor de la vida—murmuró el canónigo con cierta expresión envidiosa.

Genara y Navarro llegaron al fin.

—¿Qué tienes, hijita?—dijo Baraona ad-

virtiendo mucha palidéz y trastorno en el semblante de su nieta.

—No es nada—replicó Carlos.—Hemos visto escenas muy lastimosas en la barraca. ¡Cuánta desgracia y miseria en este triste campo, Sr. Baraona!

—Sí, lo comprendo; pero la guerra es guerra.

—La guerra tiene que ser guerra, es claro —repitió el capellán.

—Pues es claro: ¿qué ha de ser la guerra sino guerra?—murmuró el canónigo.

—Evidentemente la guerra es y será siempre guerra,—añadió el secretario de la Inquisición.

—Al coche, pronto al coche.

Un vehículo, del cual no se podía decir fijamente si era coche ó catedral, se acercó al sitio donde estaban los amigos.

—Carlos, supongo que no podrás venir con nosotros—indicó Baraona subiendo penosamente con el auxilio de un criado.

—Me es imposible.

—¡Ah! no había visto á esa persona que te acompaña; buenas noches, Sr...—dijo D. Miguel saludando á Monsalud, el cual siguiendo á Carlos, se había quedado á cierta distancia.

—Es un amigo á quien casualmente acabo de encontrar.

—¡Ah! muy señor mío...—dijo Baraona.

—Por muchos años...—gruñó el capellán.

—¡En marcha, en marcha!—exclamó el canónigo.

—Hasta mañana—dijo Navarro á Genara

cuando subía y se internaba dentro de la máquina.—Hasta mañana.

Genara miraba hacia fuera con estupor.

—¿No me contestas? Te he dicho que hasta mañana—añadió Navarro ofendido de la profunda abstracción de su futura esposa.

—¡Si Dios quiere!—repuso al fin Genara.

Y el monumental coche partió arrastrado por poderosas mulas.

XXVIII

—Ya estamos solos—dijo Navarro á Monsalud.

—Ya estamos solos, y en lugar á propósito —repuso Salvador.—Podemos alejarnos del camino. La noche está obscura...

—¿Qué armas tienes?

—Ninguna. Dame la que quieras.

—Renegado—exclamó Navarro,—estamos en el campo del convoy. Aquí dejaste tu vestido para ponerte el que llevas, aquí han de estar tus armas.

—Están escondidas bajo tierra — repuso Salvador con desaliento,—pero si me fuera en ello la vida no sabría encontrar entre tanta confusión el sitio donde las pusimos.

—Salvador—gritó el guerrillero con ira, —si de esa manera piensas evadirte de tu compromiso...

—No me insultes, no eches más ignominia sobre mí—dijo Monsalud con emoción profunda, y antes que colérico, conmovido y sin

aliento.—Soy un desgraciado, el más desgraciado de los hombres. Si no tienes lástima de mí, guárdame al menos la consideración que merece el infortunio... ¿Me aborreces? ¿Te estorbo? ¿Te soy odioso? ¿Te molesta que viva? ¿Te mortifica que respire el aire que Dios hizo para todos? Pues delátame, denúnciame... Marcha delante y te seguiré.

—¡Qué miserable cobardía!—murmuró Navarro acompañando sus palabras de un enérgico gesto.—Si tienes miedo, si quieres renunciar á tu compromiso, dílo, y no me llames delator.

—Vamos á donde quieras—murmuró Monsalud dando algunos pasos.—Nada te costará buscarme el arma que más te guste.

—Vamos—repitió Garrote.

Ambos dieron algunos pasos; Navarro, decidido, impetuoso, resuelto; Salvador, indolente, desmayado... Pasaban junto á un árbol próximo á la cerca del camino, cuando el infelíz renegado apoyó sus brazos en el tronco y echó la cabeza hacia atrás, diciendo:

—No puedo más... me muero...

Sus piernas se aflojaron y cayó de rodillas. Ni la energía de su alma, ni la emoción que en aquel momento sentía, ni la presencia de su enemigo que renovaba en él odios implacables, podían vencer el desmayo de su cuerpo, en el cual apenas había entrado algún mezquino alimento durante cuarenta y ocho horas.

—¿Qué mimos son esos?—preguntó Navarro?

—Me muero...—murmuró Salvador.—Si tienes prisa y quieres acabar pronto, saca tu espada y atraviésame. No puedo vivir; no tengo ánimo para defenderme.

La extremada palidéz y extenuación del desgraciado joven no se ocultaron á su enemigo. Navarro comprendió cuán indigno sería provocar á duelo á un moribundo. Compasivo y generoso, acercóse al joven, y echándole ambos brazos al cuerpo, le levantó.

—Vamos, no has comido hoy—dijo.—Debí empezar por lo primero... pues para todo hay tiempo. Ven conmigo.

Monsalud se dejó levantar y conducir maquinalmente, apoyado en el brazo de su rival. Así anduvieron largo trecho, despaciosamente y sin hablar palabra; parecían dos tiernos amigos, dos cariñosos hermanos, de los cuales el fuerte sostenía y amparaba al débil. Nadie al verlos hubiera dicho que entre ellos y en torno á ellos, envolviendo sus hermosas cabezas con fúnebre celaje, flotaba el fantasma horroroso de la guerra civil. Caía la frente del uno sobre el pecho del otro, se enlazaban sus manos, se confundían sus alientos, pero no había ni la más mínima porción de afecto en aquel abrazo de muerte. Quizás el aborrecimiento impulsaba al fuerte á ser generoso; quizás la propia causa impulsaba al débil á ser condescendiente.

Llegaron á una gran barraca improvisada con cajas y lienzos, del cual salía mucho humo, mucha bulla, y un olor fuertísimo á aceite frito y á guisotes de campaña. Los dos

jóvenes entraron. Soldados y guerrilleros bebían y comían allí sin dar reposo á la lengua un solo momento. Entraban ó salían atropelladamente trayendo y llevando víveres y pellejos de vino.

Monsalud se dejó caer en el suelo, mientras Navarro decía, dirigiéndose á uno de los más alborotadores:

—Roque, da de comer y beber á este amigo.

Todos se fijaron en la abatida persona de Monsalud, que parecía moribundo.

—¿Es jurado?—preguntó uno.

—Es un hermano del cura de Nájera; es mi amigo—repuso Navarro.—Iba á Francia, cuando tropezó con el convoy y me lo dejaron como lo veis... ¡Eh, Sr. Soldevilla!—añadió sacudiendo á Salvador por el brazo,—ahora se pondrá usted como nuevo... Désele primero un buen vaso de vino.

—Mejor es un par de tajadas...—indicó un guerrillero que era riojano y conocía al señor cura de Nájera.—¡Por vida de...! conozco á todos los Soldevillas de Nájera y de Cameros, y juro que esa cara no es de ningún Soldevilla de aquella tierra... Como que yo conozco esa cara.

—Y yo también—añadió otro del mismo estambre.

—Y yo.

—Despachaos, pedazos de plomo—gritó Navarro, sentándose resueltamente al lado de su enemigo, con objeto de evitar cualquier ofensa que pudiera hacérsele...

Para disipar las sospechas de sus camaradas ó hacerles entender que estaba decidido á defender al infelíz jurado, entabló con él familiar diálogo en esta forma:

—Eso pasará pronto, Sr. Soldevilla. Buena suerte fué para usted tropezar con un amigo como yo, que le asistiré en cuanto sea menester, y le protegeré aun á riesgo de mi vida contra todo aquel que intentara hacerle daño.

—Gracias, muchas gracias—dijo Monsalud, bebiendo con febril ansia en una taza que le presentaron.

—Tengo que comunicar á usted una triste noticia, y es que mi excelente padre, el señor D. Fernando Navarro, amigo de su familia de usted, ha sido asesinado por los infames renegados.

—¡Asesinado!—repitió sordamente Monsalud, engullendo el pan y las magras que le dieron.—¡Infelíz suerte!... Quizás no moriría de esa manera.

—Sí; pero los viles que pusieron la mano en aquel hombre insigne no vivirán mucho tiempo—dijo foscamente Navarro, ofreciendo á Monsalud un vaso de vino.—Revolveré la tierra por encontrarlos, y uno á uno caerán en mis manos, de las cuales pasarán al infierno.

—¡Al infierno!—balbució Monsalud.--Gracias, gracias, Sr. Navarro; voy recobrando la vida. ¡Ah! pero ahora recuerdo... ayer oí hablar de su padre de usted... Sí, antes que cayésemos en poder de los ingleses, trabé con-

versación con un joven jurado. Díjome que el Sr. D. Fernando se había dado á sí mismo la muerte por no caer en manos de la vil canalla que, después de sacrificar ignominiosamente á cierto clérigo, le iban á martirizar á él de la misma manera.

—También me lo han dicho así.

—Y el joven que me habló de este asunto, amigo Navarro, añadió que él mismo después de prestar varios servicios al desgraciado don Fernando, le había suministrado el medio de eximirse, por un acto enérgico, de la bochornosa muerte que le tenían preparada. Dijo también que el ilustre señor, vencido de la extenuación y del pánico, perdió en sus últimos momentos el juicio, cayendo en singulares locuras y manías.

—Tantos detalles no habían llegado á mi noticia—dijo el guerrillero,—y en cuanto á las palabras de ese renegado que con usted habló, no le doy fe.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Es uno que dijo llamarse... ¿á ver cómo? ¡Ah! Salvador no sé cuántos.

—Me lo figuraba...—contestó Navarro con diabólica risa.—Es uno de los que busco... y de los que no se me escaparán, á fe mía... Es un reptil que ha querido morderme y que he de aplastar sin remedio. Traidor renegado, ha hecho migas con los franceses y es uno de los más crueles sayones que tiene la canalla para atemorizar á las gentes inofensivas de este país. Embrollón, embustero, farsante y

lleno de fatuidad, atrevióse á poner sus ojos en un ángel del cielo, á quien idolatro, y que no puede ser sino para mí... ¡Oh! nuestra rivalidad es ya un poco antigua... pero se ha recrudecido recientemente, Sr. Soldevilla de mi alma, desde que ese miserable ratoncillo que no merece roer la suela de mis zapatos, se ha atrevido á manchar la buena fama de la mujer que adoro, engañándola con miserables artes y obteniendo de ella ciertos favores por el más vil y repugnante medio... Tome usted más carne, Sr. Soldevilla—añadió, presentándosela,—tal vez necesite usted recobrar todas sus fuerzas para esta noche... Pues sí, como decía, empleando infames medios...

—Gracias, gracias, Sr. Navarro—dijo Salvador, rechazando la carne.—Debe de ser un gran tunante ese joven.

—Como que para hablar á Genara y arrancarle algún honesto favor, remedaba mi persona y mi voz en la obscuridad de la noche...

—No quiero nada más—dijo Monsalud secamente.—Me encuentro bien.

—Poco ha comido usted...

—Lo necesario para afrontar cualquier peligro.

—Pues sí, amigo Soldevilla—añadió Navarro,—perdone usted que me haya exaltado al oirle nombrar persona tan aborrecida para mí. He jurado matarle, matarle sin piedad, y me parece que mientras él viva me está robando con su aliento la existencia que Dios me dió para vivir y el aire para respirar.

Monsalud, sacudido por viva excitación nerviosa, se levantó del suelo en que yacía.

—¡Oh! no se levante usted... descanse usted más, Sr. Soldevilla—dijo Navarro con ironía, semejante á la del diablo cuando sonríe á las almas en el momento de cargar con ellas.—Tome usted fuerzas, amigo mío, que quizás las necesite pronto. Sí, muy pronto... Si quiere usted dormir, duerma sin cuidado; y por si tuviese recelo de que mis compañeros le hagan algún daño, esté tranquilo, que no me moveré de su lado hasta que abra los ojos.

—No quiero dormir—repuso Salvador, poniéndose en pié.—Agradezco á usted lo que ha hecho por mí... Y ahora que recuerdo, cuando ese jurado, que antes mencioné, hablaba del trágico fin del Sr. D. Fernando Garrote y de su funesta locura, lo hacía con tanta compasión, que parecía haberse interesado vivamente por él.

—Buen caso haría yo de las hipócritas palabras de ese necio—dijo Navarro, sin disimular su ira.—¡Oh! sólo el oir en su boca el sagrado nombre de mi padre, me parece un insulto... A ver, Sr. Soldevilla—añadió, tomando el sable de un guerrillero que dormía, —¿qué le parece á usted este sable?

—Admirable—respondió el jurado, pasando el dedo por el filo, y apoyando la punta en el suelo para probar la flexibilidad de la hoja.

—Si no recuerdo mal, me rogó usted que le proporcionase un sable. Quédese usted con

el que tiene en la mano. Este borracho de Roque es de mi compañía, y mañana me entenderé con él.

—¡Gracias, gracias!—dijo Monsalud con extraordinaria animación.—¡Cuántos favores debo á usted!

—¿No duerme usted un ratito?

—No.

—Es verdad. Tiempo tiene usted de dormir—dijo Navarro levantándose;—sí, de dormir mucho, muchísimo.

Casi todos los guerrilleros que antes había en la barraca, ó habían salido á tocar la guitarra sobre el campo ó dormian como troncos. Monsalud y Navarro salieron. Cuando estaban á buen trecho de la tienda, el renegado dijo á su enemigo:

—¡Navarro, Navarro!... Dios que nos mira sabe que no te tengo miedo... Acabas de hacerme un beneficio; mi corazón se oprime al pensar que puedo darte la muerte... Aguarda por Dios, á que te ofenda de nuevo; aguarda á que esta gratitud se disipe... Te aborrezco; pero un secreto respeto enfría mis rencores, cuando pienso que nos vamos á batir. A pesar de los horribles insultos que hace poco me has dirigido, te ruego que esperes, que esperes hasta mañana siquiera.

—Adelante—repuso Navarro con enérgico acento. -No tienes que agradecerme nada. No te he perdonado, ni te perdonaré, si no me confiesas que fingiste mi persona y mi voz para engañar á Genara.

—¡No lo confesaré porque es mentira!

—¡Pues te mataré porque es verdad!—rugió Navarro.—Miserable, ¿piensas que el hombre que ha hablado á solas con esa mujer puede insultarme respirando el aire que yo respiro y viendo la luz que yo veo?

—No una, sino muchas veces he hablado con ella—dijo Salvador.

—¡Mientes, bellaco!—gritó Navarro abalanzándose hacia él con el sable desnudo.—Defiéndete, hijo de nadie, miserable espúreo.

Monsalud sintió que por sus venas corría fuego, y que su cerebro era un volcán. Ciego, loco de ira, se puso en guardia gritando:

—Defiéndete, salvaje. Mátame; pero antes de hacerlo, sabe que eres un bandido y tu Genara una vil mujerzuela.

—Canalla, toma el camino del infierno... ¡corre... anda... allá vas!

No hablaron más y los aceros se chocaron.

Estaban en un sitio solitario, y la noche era obscurísima. Durante breve rato, las dos hojas se rozaron con discorde sonido. De pronto Navarro dió un grito terrible y cayó al suelo inundado de sangre.

—¡Dios mío!... ¡muero!...—exclamó con un rugido en el cual parecía que echaba el alma.

Y luégo con voz espirante añadió:

—¡Padre!...

Monsalud hincó una rodilla en tierra y le miró el rostro, sin advertir que algunos hombres se acercaban.

FIN DE EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.

Madrid.—Junio-Julio de 1875.

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PÉREZ GALDÓS

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Compónese esta colección de 10 hermosos volúmenes en 4.°, impresos en magnífico papel. La ilustración constará de 1.200 facsímiles obtenidos directamente de dibujos de los primeros pintores españoles.

Las condiciones tipográficas que reune la nueva edición de estas populares y celebradas novelas, la gran novedad que ofrece el procedimiento empleado para obtener los grabados directamente del original, y sobre todo la superior maestría con que proceden en sus trabajos los célebres artistas encargados de expresar con lápiz los infinitos pasajes interesantes de las veinte novelas, hacen seguramente de los *Episodios nacionales ilustrados* una publicación excepcional, que á más del valor literario, que ya le ha reconocido el público español, será siempre una obra artística de primer orden.

Para facilitar su adquisición se publica por cuadernos de cuatro ó de dos entregas, á los precios respectivamente de **una peseta ó cincuenta céntimos** el cuaderno.

Se facilitan además tapas en tela para la encuadernación, de cada tomo á 2 ptas. en Madrid y 2,50 en provincias.

Por tomos al precio de **13 á 15 pesetas uno**. Encuadernados de lujo, en tela, á **16 y 17 pesetas**. Se hallan á la venta los 10 tomos, abonados en la *Administración,* por 125 pesetas y 130 para provin-

cias, en rústica, y por 155 y 170 respectivamente, encuadernados en tela y *á pagar á plazos*, según expresa el Prospecto, que se enviará á quien lo pida.

Admón: calle de Fuencarral, 53, 2.° *dra., Madrid.*

MONITOR DE LA BORDADORA

MANUAL DE TODA CLASE DE LABORES

ilustrado con láminas en negro y en colores y grabados en el texto.

RECOPILADO DE LO MEJOR QUE SE HA PUBLICADO EN VARIAS NACIONES, POR M**

Este libro es de innegable utilidad para el bello sexo, puesto que proporciona instrucción y grato solaz á las señoras, describiendo con claridad y exactitud toda clase de labores, desde la más sencilla á la más complicada. Es utilísimo para las señoras Directoras de Escuelas Normales, Colegios y Maestras de niñas, puesto que, por medio de las magníficas laminas, ya en negro, ya en colores, que contiene, logran tener una colección de modelos cuya adquisición, siempre costosa, es dificil fuera de las grandes capitales.

Este libro, dividido en dos partes, comprende:

PRIMERA PARTE.—Prólogo.—Noticia histórica del bordado.—Importancia de la buena elección de los modelos para bordar.—Procedimientos para pasar los dibujos á las telas.—Manera de agrandar y reducir los dibujos.—Bordados en blanco.—Bordados de tapicería.—Bordados en abalorio.—Bordados con sedas de colores.—Labores de felpilla.—Bordado á la Oriental.—Bordados de aplicación.—Bordado enjabado.—Bordado de cintitas.—Flores cardadas.—Bordados en oro.—Bordado con cordoncillo y lentejuelas.—Bordado sobrepuesto.—Flores de realce enjabadas.—Calados.

SEGUNDA PARTE.—Labores á punto de aguja.—Tricot.—Diversos puntos de aguja.—Crochet.—Aplicaciones de los diversos puntos de crochet.—Malla.—Aplicaciones del bordado de malla.—Frivolité.—Flecos.—Bordado Renacimiento.—Pasamanería.—Soutache.—Bordados en tul.—Encajes.—Encaje inglés.—Encaje Renacimiento.—Calados, modelos de calados en distintas labores.—Flores y pájaros de lana.—Flores de tela.—Flores y frutas de diversos materiales.—Flores de papel.—Flores de oro y plata.—Flores y frutas de cera.—Labores de fantasia.

Esta obra, de 400 páginas de texto con 86 grabados intercalados, 66 laminas en negro, 24 en colores y su cubierta al cromo, vale 8 pesetas en Madrid y 8,50 en provincias. Los pedidos se harán á la Administración de *La Guirnalda,* Fuencarral, 53, 2.º derecha, Madrid.—A las suscritoras de *La Guirnalda* costara únicamente 6 pesetas en Madrid y 6,40; con el certificado, 7 pesetas provincias.

EPISODIOS NACIONALES

MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815

ANTONIO LOPEZ
FAMILIA
DEL CENTRO
20
BARCELONA

OBRAS
DE
PÉREZ GALDÓS
MADRID
HORTALEZA, 132

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

EPISODIOS NACIONALES

POR

B. PEREZ GALDÓS

MEMORIAS

DE

UN CORTESANO

DE 1815

SEXTA EDICIÓN

ESMERADAMENTE CORREGIDA

MADRID

OBRAS DE PEREZ GALDÓS

Hortaleza, 132

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4

MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815

I

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, doy principio á la historia de una parte muy principal de mi vida; quiero decir que empiezo á narrar la serie de trabajos, servicios, proezas y afanes, por los cuales pasé, en poco tiempo, desde el más obscuro antro de las regias covachuelas, á calentar un sillón en el Real Consejo y Cámara de Castilla.

Abran los oídos, y escuchen, y entiendan cómo un varón listo y honrado podía medrar y sublimarse por la sola virtud de sus merecimientos, sin sentar el pie en los tortuosos caminos de la intriga, ni halagar lisonjero las orejas de los grandes con la música de la adulación, ni poner tarifa á su conciencia, ó vil tasa á su honor, cual suelen hacer los menguados ambiciosillos del día, después que las sanas costumbres, la modestia, la sobriedad y

la cristiana mansedumbre han huído avergonzadas del mundo, y son tan míseros de virtud los tiempos, que no se encuentra un hombre de bien aunque den por él medio millón de pícaros vividores.

¡Bendito sea Dios, padre de los menesterosos, sustento de los débiles, proveedor de los hambrientos, aposentador de los desamparados, amparo de los desnudos, alivio de todos los pobrecitos que quieren ganarse la vida, y despensero de las hormigas, de los pájaros y de los pretendientes!... ¡Bendito sea Dios, digo, que me ha conservado mis sueldos, gajes, pensiones, viáticos, emolumentos y obvenciones, para que desahogadamente y sin importunos cuidados, pueda contar todos los pasos de mi fabulosa carrera! ¡Oh! ¿Por qué he de ocultarlo? Carrera como la mía no la hicieron más de cuatro, desde que brotó en la fecunda tierra el tallo de los empleos públicos, y abrieron sus polvorientas corolas de papel los expedientes de Arbitrios, Propios, Tercias reales, Noveno, Pósitos, Paja y Utensilios, Frutos civiles, Mandas, Renta de la Abuela, Chapín de la Reina, y demás yerbas que componían el placentero jardín de la Administración.

Verdad es que si á grandes altitudes llegué, buenos porrazos recibí en aquella bendita escala, luchando y desgreñándome á machacaliendres con los que querían subir antes que yo. Si mucho y rápidamente subí, agarréme también á buenos faldones. Y no se diga que manchan mi vida, como la de otros muy lu-

cidos en sus carreras, acciones feas y vergonzosas. Eso no; que antes que nada es la inmaculada blancura de mi alma cristiana. Dios es testigo de que jamás metí la mano en bolsillo ajeno... ¡Jesús, qué horror! Antes me habría dejado tostar en parrillas que tomar de las arcas del Tesoro un ochavo de los que allí estaban, conforme á los libros de cuenta y razón... ¡Huye, Luzbel maldito! *¡Vade retro!*... Detesto las violentas acciones, mayormente cuando al varón allegador y celoso de su propio bien, no faltan mil ingeniosos arbitrios, sutilezas prudentes y habilísimas industrias para remediar sus escaseces. No fuí yo el inventor de tales alivios; que los aprendí de maestros muy doctos, cargados de emolumentos, veneras, excelencias, y que pasaban por las más firmes columnas del Estado y de la Iglesia, de lo cual colijo que las trazas antedichas no debían de ser pecaminosas. Y no digo más por ahora, que á su tiempo y sazón se verán palmariamente las agudezas de mi ingenio, y el filósofo, así como el moralista, no podrán menos de aprobarlas.

«¿Y quién es usted?...»—preguntarán seguramente los que me leen.—Yo soy aquél—respondo,—que en los primeros años de su vida administrativa se llamaba Juan Bragas, nombre que á decir verdad no se distingue por su música, ni tiene saborcillo de elegancia, ni sonsonete ó cancamurria de nobleza; así es que, no bien comencé á sacar el pie del lodo, añadí al apellido de mis padres el lugar de mi nacimiento, por lo cual, siendo éste

Pipaón en Rioja de Alava, vine á llamarme D. Juan Bragas de Pipaón. Sonaba esto pomposamente en mis orejas, y yo repetía en voz alta mi propio nombre para engreirme con su grandiosidad, la cual anunciaba por el solo efecto del silabeo la persona de un Embajador, Consejero de Indias, Fiscal de la Rota ó Asistente de Sevilla. Más adelante, como el Bragas no me pareciese del mejor gusto, lo suprimí completamente, quedándome para el mundo presente y para la posteridad en Don Juan de Pipaón, nombre breve y rotundo, que va dejando ecos armoniosos doquiera que se pronuncia, y al cual no le vendría mal la conterilla del marquesado ó condado que tengo entre ceja y ceja.

Bendito sea Dios, vuelvo á decir, que no abandona jamás á los menesterosos; bendita sea la pródiga mano que á cada cual le da su remedio, ora un pedazo de pan, si padece hambre, ora un buen amigo que le ayude, si tiene ambicioncillas de medro. ¿Qué habría sido de mí, si no hubiera tropezado de manos á boca con aquel nobilísimo, con aquel sin par sujeto, que echó de ver mis disposiciones, y me llevó desde el Purgatorio de la obscuridad y miseria, al Paraíso del favor, de la fama y de la hartura? Hombre mejor no nació del vientre de mujer, ni se ha visto un talentazo igual para todo aquello que fuera de la jurisdicción de la suprema intriga, por cuyas prendas era la gran cabeza de aquellos tiempos, y un maravilloso regalo hecho por Dios á la afortunada nación española, para que la

sacara del mal traer en que se encontraba.

No estamparé aquí su nombre, porque los de personajes insignes no deben ser puestos á la vergüenza de las letras de molde, donde corren riesgo de que la Historia y la Posteridad (ambas señoras muy amigas de meterse en vidas ajenas) los tomen por su cuenta, atribuyéndoles ésta ó la otra picardía, y desfigurando con pérfido criterio sus honrados manejos. Pero sin nombrar al santo, puedo referir los milagros. Era mi protector diputado en las Cortes del año 14, donde brilló por su buen ojo y mejor mano para meter en un laberinto de enredos y compromisos al bando reformador. Acaudilló con singular tino á los que poco después se llamaron *Persas*, y fué uno de los que prepararon el paso dado por Fernando (á quien todos llamaban entonces el *suspirado)* contra la Constitución. Gozaba mi protector fama de hombre ignorantísimo, opinión que hubo de ser efecto de la ruín envidia, pues de su excelso ingenio fueron muestras la zancadilla que echó á todos los reformistas, y aquel celo y consumada destreza suya para ponerse en primer lugar, luégo que el *Rey recobró sus legítimos derechos*, así como la prontitud con que se proporcionó tres ó cuatro sueldos por Obra Pía, Pósitos, Penas de Cámara, etc., de los cuales el menor habría contentado á un triste pedigüeño de otros tiempos.

Dios Todopoderoso, á quien no cesa de invocar mi gratitud, hizo que el cuitado narrador de estos sucesos topara con Su Excelen-

cia en Enero de 1814, y que le cautivase principalmente por su buena letra y singularísima habilidad para remedar la ajena, especialmente en toda suerte de firmas y rúbricas. ¡Oh, qué elogios hacía aquel buen hombre de mis talentos caligráficos! ¡Y cómo ponderaba mi pulso, mi excelente ojo, y aquella soltura con que despachaba en cuatro rasgos las más difíciles y para él inverosímiles imitaciones! Así es que me traía en palmitas, regalábame copiosamente, y aunque á veces solía decirme las cosas entre una sofocante llovizna de bofetones, mi humildad, y la mansedumbre cristiana que Dios me dió, le volvían á su pacífico sér, y á sus bondades y deferencias conmigo.

El primer asunto importante en que Su Merced me ocupara, fué aquél que la historia llama *el asunto Oudinot*, y que fué saladísimo, como obra de tales ingenios, aunque de escaso efecto por torpeza de algunos. Con su poderosa inventiva fantaseó mi protector una conspiración que se suponía fraguada por los liberales, de acuerdo con Napoleón, para establecer en España la república *Iberiana*. ¡Diantre con la república, y cuánto nos dió que reir, y cuántas cuchufletas y bufonadas entretuvieron las nocturnas horas en que á solas nos dedicábamos á inventar cartas, á remedar tipos de letra, á confeccionar programas y comunicaciones en cifra! Lo cierto es que la conspiración salió que ni pintada, y daba gusto ver aquella sutil trama, en la cual D. Agustín Argüelles aparecía carteándose con un pinche francés, á quien nosotros por

ensalmo hicimos *general Oudinot,* con otras muchas imaginarias picardías, puestas tan al vivo, que aun los autores de todo llegamos á creerlo, y nos indignábamos contra los *republicanos iberianos napoleónicos.*

Todo se lo llevó la trampa, á pesar de estar hecho con tanto esmero en largas vigilias... ¡Lástima de trabajo! La torpeza del necio Berteau, criado de la Duquesa de Osuna, y de cierto cura de Granada (á quien después hicieron arzobispo), echó por tierra el más grandioso edificio que levantaran humanos entendimientos. Descubrióse que todo era invención; formóse causa, y aunque nadie se metió con nosotros, tuvimos el pesar de que los mismos jueces se escandalizaran de tan *atrevida y necia calumnia.*

Pero desde entonces se redobló la buena amistad y estimación de mi generoso protector, quien me puso en el secreto de graves planes, convidándome á cooperar en su realización con todas las fuerzas de mi talento y travesura. Véase, pues, qué pronto me había destinado la divina Providencia á tomar parte en sucesos culminantes, de esos que mudan y trastornan las naciones. Sí, señores: delante de mí, en una sala del convento de Atocha, mi buen amigo, asistido de algunos padres graves de dicha casa, redactó el famoso manifiesto de los *Persas*, que quedó perfilado y puesto en limpio por mí, en 12 de Abril. Firmáronlo sesenta y nueve individuos de lo más aprovechado que había en el Reino y en las Cortes, hombres estimadísimos del Soberano,

que entre ellos repartió mitras y togas, para que no quedara sin premio su lealtad.

En cuanto á la mía acrisolada, continuó sin más premio por entonces que el antiguo destinillo en la covachuela, y hasta después del 10 de Mayo, y de la caída de la *Mamancia*, y de la entrada en Madrid del *encantador* Fernando, no dí señales de adelanto en mi carrera. ¡Oh, qué días aquéllos! ¡Cuánta ansiedad sentíamos los buenos patricios, esclavos de la libertad, suspensos entre la vida y la muerte, sin saber cuándo veríamos el fin de la horrible tiranía de los *mamones*, *caparrotas*, *cuácaros*, *lameplatos y ceposquedos*, pues éstos y otros graciosos nombres daba á los liberales en su *Atalaya de la Mancha* el reverendo padre Castro! ¡Y qué trasudores y congojas hubimos de pasar en todo Abril, ora creyendo segura la llegada del Rey con el desquiciamiento de todo el catafalco constitucional, ora sospechando que los infames francmasones nos secuestrarían al *suspirado* Rey, haciéndole perdidizo en cualquier desfiladero, para encajarnos la república Iberiana, que tanto daba que hablar en los barrios bajos, y en los claustros de mendicantes!

Pero la aproximación de las tropas de Wittingham nos dió aliento, y la llegada del general Eguía, completa tranquilidad acerca del buen resultado de lo que entre manos traían los *Persas*. ¡Qué hombre aquél! Era de los pocos, y es lástima que nuestra nación, agradecida á su destreza y heroísmo, no le elevase una estatua ecuestre, representándole con su

peluca de coleta, su gran joroba y aquel aire chusco y altanero, que le hacía tan temible. General más valiente no le han conocido los siglos. Los historiadores, que todo lo enredan, han dado en decir que D. Francisco Eguía no hizo más que majaderías y desaciertos, cuando mandó el ejército del Centro en la Mancha, antes de la batalla de Ocaña; pero aún falta probar que nuestro general no fué un Gran Federico en aquella guerra. Han dicho que no quería combatir; que apremiado por la Regencia para que atacase á los franceses, contestó que *él sólo anhelaba sucesos grandes que salvaran á la nación*, dando á entender el noble deseo de no gastar su ingenio estratégico en batallejas de tres por un cuarto.

Pero sea de esto lo que quiera, y aun considerando que la Regencia tuvo razón al separarle del mando en 1809, no se le puede negar su heroísmo y militar ciencia en 1814. Como que él solo, ayudado de una división del ejército del Centro, dió al traste con la inmensa balumba de las Cortes, poniendo en vergonzosa fuga á más de cien diputados liberales, que se escondieron en sus casas sin atreverse á asomar las narices... ¿Qué tal? Hombres como aquel bravísimo Eguía son el mayor galardón que Dios Omnipotente puede dar á las atribuladas y huérfanas naciones. Admirablemente lo hizo, y allí era de ver cómo se presentó con su tropa en casa del Presidente de las Cortes, notificándole, con serenidad sublime, la ruína de la Constitución, y cómo ocupó después resueltamente y sin asomos de

miedo, casi sin pestañear, el Palacio de las Sesiones, declarando con voz entera y firme que todo estaba por los suelos.

¡Qué noche la del 10 de Mayo de 1814! ¡Oh sin igual ventura! ¡Oh inolvidable regocijo del alma después de tan larga opresión! Yo había pasado todo el día escribiendo un articulito, que remití á *La Atalaya*, por encargo de mi excelente patrono. Estoy tan orgulloso de aquella pieza, fruto precioso del frenético entusiasmo mío y de los ardores fernandistas de mi exaltado corazón, que no quiero que estas fieles memorias vayan á los confines de la posteridad, sin llevar siquiera un par de párrafos, muestra de mi caliente estilo y de las gallardías de mi pluma. Decía así:

«¡A dónde estáis, potencias de mi alma! ¡Os busco, y por ninguna parte os encuentro! ¿Habéis volado en busca de aquel imán de nuestros corazones? ¿A dónde está FERNANDO? Hechizo de mi corazón, ¿á dónde te encontraré? ¡Mi alma no acierta, en la efusión de su placer, á expresar de ningún modo los sentimientos de que se halla inundada! ¡Mi memoria... mi voluntad... mi entendimiento sí!... Todo es vuestro, ¡Dios eterno! Pero si FERNANDO está en vos, y vos en FERNANDO, en vos mismo gozaré de su amorosa presencia; sí, Dios Omnipotente, permitid que me regocije en vos, pues que vos le elegísteis desde vuestros eternos alcázares para nuestro digno REY; vos le perseverásteis con vuestra providencia en el principio; vos le guardásteis bajo la sombra de vuestras divinas alas... vos le quitásteis de un sue-

lo manchado con tantos crímenes, para que no presenciase el espantoso castigo con que íbais, aunque tan lleno de misericordia, á castigar á tus hijos... sí, amado FERNANDO... sí, apetecido consuelo de todas nuestras aflicciones... sí, hermoso y deseado iris en todas nuestras horribles borrascas... tus fieles y huérfanos hijos te lloraron como miserables pupilos, y no hubo un placer verdadero en sus amantes corazones, considerándote cautivo...»

II

Y así seguía, soltando la abundosa vena de mi inspiración, para que sin tasa corriese, con lo cual se embobaba el vulgo, llegando mi fama como escritor hasta el punto de que un padre de la Merced, el venerable Salmón, dijese de mí que allá me iba con Cervantes en el manejo de la pluma. Pero la verdad es que mi genio me llamaba por caminos distintos de los de la literatura. ¿Se creerá que en aquella felicísima noche del 10 de Mayo, no pudiendo contener mi exaltación en pro de Fernando, ni menos mi enojo contra los llamados *mamones*, me uní á los esbirros y jueces que iban de calle en calle prendiendo en sus casas á los famosos corifeos de las Cortes?

Uno de los jueces de policía era amigo mío,

y también un oficial de los que mandaban la tropa encargada de proteger á los jueces. Fuí, pues, de casa en casa, y no puedo dar idea de la indignación que ardía en mi alma contra aquellos bribones, á quienes era preciso buscar dentro de sus propias guaridas para prenderles. Era en realidad vergonzoso que varones tan eminentes como aquellos intachables jueces de policía, anduviesen, cual cuadrilleros de la Santa Hermandad, corriendo á caza de un Argüelles, de un Martínez de la Rosa, de un Calatrava... ¡Tunantes! ¡Cuándo recibieron ellos mayor honra que la de ser huroneados por individuos de toga, los cuales, en su desmedido ardor por la causa del Rey, iban sudando gotas como puños; que tales angustias trae el oficio de polizonte!

La pesquería no fué mala, y si bien se nos escaparon Toreno, Antillón, Gallego y otros, cogimos á Argüelles (á quien no le valió su *divinidad)*, en la calle de la Reina; á Gallardo, en la del Príncipe; á Canga Argüelles, en la misma calle y casa de San Ignacio; á Page, en la de Hita; á Cepero y á Martínez de la Rosa, en la calle de San José; á Larrazábal, en la de Jacometrezo; á García Herreros, en la plazuela de Celenque, y en diversos sitios que no recuerdo, á Quintana el Seminarista, á Feliú, Villanueva, Muñoz Torrero, Cano Manuel, Alvarez Guerra, O-Donojú, Capaz, Cuartero, á los cómicos Máiquez y Bernardo Gil, sin omitir al célebre *cojo de Málaga*.

¡Oh, vil caterva de charlatanes! ¡Y qué bien os llegó vuestro San Martín! ¡Y con qué opor-

tunidad y destreza fueron burladas vuestras malas artes, y destruídos vuestros planes diabólicos! Mala peste os consuma, y demos gracias á Dios que nos deparó el remedio contra tanta perfidia en la férrea mano de Eguía. Ni qué falta hacían en el mundo vuestros heréticos discursos, ni á cuenta de qué venía esa endiablada Constitución... ¡Ay! Aquella noche las almas se desbordaban de gozo, viendo destruída la infame facción, muerta la herejía, enaltecido el sacrosanto culto, restaurado el trono, confundidos volterianos y masones. Yo no cesaba de dar gracias á Dios por lo bien que conducía desde su celeste altura la empresa, y siempre que salíamos de una madriguera para entrar en otra, asegurado ya uno de los abominables delincuentes, me santiguaba devotísimamente, poniendo los ojos en el cielo, para que ni por un instante nos desamparase la bondad divina en tal trance, y llegáramos al fin de la jornada sin tropiezo alguno.

A medida que iban cayendo les llevábamos á la cárcel de la Corona y al cuartel de Guardias de Corps ó á San Martín, donde quedaban encerrados. No hubo papel que no se guardase para dar luz sobre los procesos que se les iban á formar, porque habría sido en verdad lastimoso que las picardías de tanto malsín no tuviesen comprobación cumplida en los autos, para que á nadie quedara duda de sus maldades. Pues digo... si no se hubiera tenido mucho cuidado de cogerles los papeles, la justicia habría tenido que romperse los cascos para inventarlos después, lo cual es ta-

rea larga y que da larga fatiga y quita mucho tiempo á los señores de la comisión de Estado.

Siempre me acordaré de la insolencia de los diputadillos, que en vez de echarse á llorar y pedirnos perdón cuando les prendíamos, nos miraban con altaneros ojos, afectando una serenidad tranquila, propia de justos ó inocentes, y expresándose en tales términos, que al oirles, ¡mal pecado! pudiéramos creer que no habían roto plato ni escudilla. Quien les viera, creyérales á ellos jueces y á nosotros ladrones en cuadrilla, trocados los papeles, y convertidos los ajusticiadores en ajusticiados. Viendo tan descarada desvergüenza no me pude contener, y á varios de ellos les dije cuatro frescas bien dichas y dos docenas de verdades como puños, siendo tal su cobardía, que no se atrevieron á contestarme, ni aun siquiera á soportar el mortífero rayo de mis ojos.

Yo les veía pasar de sus casas á las cárceles, y siempre me parecían pocos. Hubiera deseado que aquellos bergantes se multiplicaran para que fuese más grande el esplendor de la fazaña que estábamos consumando. ¡Oh! ver á Madrid limpio de liberales, de gaceteros, de discursistas, de preopinantes, de soberanistas, de republicanos, de volterianos, de masones...! ¡Esto era para enloquecer al menos entusiasta!

Llegaste al fin, ¡oh día 11 de Mayo! y tus primeras luces vieron al devoto pueblo de Madrid corriendo por las calles como impetuoso río, sin que ningún dique bastase á contener

las desbordadas olas de su gozo. ¡Oh, qué pueblo! ¡Y cómo gritaba celebrando el acabamiento de la tiranía! ¡Y con cuánto amor invocaba al Dios Todopoderoso y á su Santísima Madre, llevando en triunfo á los benditos frailes, y arrastrando por las enlodadas calles las sacrílegas imágenes de la libertad, que exornaban el palacio del charlatanismo; arrancando la lápida de la Constitución y cuantos letreros, signos y figuras recordasen la conjurada borrasca!... De seguro lo pasaran mal los señores encarcelados, si por acaso les echara la zarpa el discreto y sapientísimo vulgo. Hubo quien á grito herido pidió que se permitiera al pueblo hacer justicia por sí mismo en la ruín persona de los orgullosos caídos; pero la cosa no pasó de aquí.

Por mi parte trabajé en aquel día más que en otro alguno de mi vida. ¡Virgen de las Angustias! ¡Qué idas y venidas, qué mareo, qué ansiedad!... Sólo por causa tan santa y por el inextinguible amor del inocente Fernando, puede un hombre molerse y descoyuntarse como yo lo hice aquel día, con los hígados en la boca durante diez horas, sin dar paz á los pies ni á la lengua, ora arengando á éstos, ora recomendando á los otros lo que habían de hacer, disponiendo y ordenando, conforme á la voluntad de mi patrono y de otros personajes de viso que andaban en el negocio.

¡Jesús, María y José! Flojita era la tarea en gracia de Dios... Al más pintado se la doy yo, seguro de que á la mitad de la jornada desfallecería, como no recibiera del cielo broncíneas

piernas y garganta de bronce. Ahí es nada... teníamos que repartir dinero por los barrios bajos, y convocar á determinados individuos de la majería, cuidando de andar con pulso en lo del distribuir, porque á mucho que se abriera la mano, no quedaba nada para el repuesto del comisionado. Asimismo era indispensable ir de taberna en taberna y de garito en garito, contratando gente; avistarse con el tío Mano de Mortero, con Majoma y otros próceres del Rastro, para encomendarles delicadas comisiones, de esas que sólo á delicadísimos entendimientos pueden fiarse. También había que avisar á los padres franciscos y agustinos, que estaban ocultos, para que saliesen á arengar á la muchedumbre; propalar noticias falsas de conspiraciones fraguadas por los revolucionarios, con otros muchos menesteres y ocupaciones que habrían rendido el organismo más fuerte, y desquiciado el más sólido entendimiento y la más firme voluntad. ¿Pero de qué sirve la fe, si no es para hacer prodigios? Por la fe los hice yo en aquel memorable día; por la fe tuve cuerpo y alma, sentidos é ideas para tantas cosas; por la fe hice más yo solo que veinte compañeros encargados de iguales trapisondas.

Recordando aquel día y mi cansancio, el alma se me inunda de frenético gozo. Habíamos vencido á la infame pandilla, á un centenar de deslenguados charlatanes; les habíamos destruído sin más auxilio que un ejército y la autoridad del Rey, acompañada de la grandeza, del clero, de las clases poderosas;

habíamos triunfado en sin igual victoria, y la monarquía absoluta, tal como la gozaron con pletórica felicidad nuestros bienaventurados padres, estaba restablecida; habíamos pisoteado la hidra asquerosa del democratismo extranjero, de la inmunda filosofía, devolviendo al trono su esplendor primero, y á la autoridad real el emblema de su origen divino; habíamos derrotado á la impiedad, sacando á la religión sacrosanta de la sombra y abatimiento en que yacía; habíamos realizado una maravilla; habíamos sido los soldados de Cristo; sentíamos en nuestro pecho el divino aliento, y el regocijo de la bienaventuranza enardecía nuestras almas.

«¡Noche del 10 de Mayo!—decía el padre Castro en su inolvidable *Atalaya*.—¡Ah, tú serás contada entre los días más solemnes que vió el mundo!... Españoles, alabemos y ensalcemos al Señor; que nuestra lengua no cese de cantar sus misericordias.

»Sí, españoles: *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in sæculum misericordia ejus.* Los principales cabezas de esta rebelión están ya presos en la capital y en las provincias. La sabiduría de nuestro idolatrado FERNANDO ha sabido combinar de tal modo los caminos de nuestra futura dicha, que es menester confesar que el Señor está en él. En un mismo día y en una misma hora han sido sorprehendidos todos estos verdugos de nuestra patria, y su exemplar castigo será la garantía más segura de nuestra perpetua felicidad. *Confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in sæcu-*

lum misericordia ejus. Españoles, alabad y bendecid al Señor. Nuestra patria es ya feliz; ya reina FERNANDO.»

¡Sí, ya reinan Dios y Fernando!

III

¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!... Señor, ¿con qué lengua cantaré tus alabanzas? ¿Qué palabras hay que no sean pálidas y frías para expresar mi gratitud? En la humildad nací, y del muladar de mi obscura condición sacóme tu mano poderosa para llevarme á los dorados alcázares, donde las grandezas humanas dan idea de las grandezas divinas. Mi corazón se estremece de gozo al recordar mi primer paso por la dorada senda.

Era un domingo; habían pasado algunos días después de la entrada del Rey; funcionaba ya el nuevo Ministerio; habían levantado su majestuosa cabeza, coronada con los laureles de cien siglos, el Real Consejo y Cámara de Castilla y la Sala de Alcaldes, cuando D. Buenaventura (algún nombre he de dar á mi buen protector para que se le distinga entre los individuos de que haré mención) me llamó á su despacho, y melífluamente me habló así:

—Dime, Braguitas, en cuál oficina quieres

colocarte, pues ya he dado tu nombre al Ministro, y no falta más que saber tu deseo para satisfacerlo al punto.

—Señor—repuse,—como vayan por delante los veinte mil reales que Vuecencia me ha prometido, lo demás es cuestión secundaria. Sin embargo, mis aficiones...

—Ya sé que tú te inclinas á la Real Hacienda. Vas á lo positivo. ¿Te convendría la Caja de Amortización, los Pósitos, la Revisión de juros?...

—Iré, si Vuecencia no lo toma á mal, á Paja y Utensilios.

—Corriente... Mañana mismo tendrás tu nombramiento... Dime, ¿has llevado la carta á las monjas Bernardas?

—Esta mañana.

—¿Me has limpiado las botas?

—Están como espejos.

—Bueno: antes de marcharte pídele á Doña Nicanora los calzones y la casaca que te prometí ayer. Con un poco de obra quedarán ambas prendas como nuevas... Ahora necesitas cierta ostentación, Juan: es preciso que te presentes como corresponde á un señor oficial segundo de Paja y Utensilios, y lo primero que has de hacer es dar gracias al señor Ministro...

—¿Las gracias?

—Seguramente. Ganabas cinco mil reales en las covachuelas de la Secretaría de Gracia y Justicia, y de golpe y porrazo pasas con veinte mil á Paja y Utensilios...

Mortificado por mi dignidad, un poco ofen-

dida, permanecí en silencio; pero el insigne repúblico debió de adivinar mis pensamientos con su seguro tino, y me dijo:

—¿Qué, no estás contento todavía? No sé en qué piensan los muchachos del día... Ya se ve... ¡los tiempos que corren y los escándalos de estos últimos años han despertado las ambiciones de tal modo!... En mis tiempos, lo que hoy se te da equivalía á un arzobispado de los de mejor renta.

—No me quejaré—repuse humildemente,—porque es propio de mi condición no pedir nada y aceptar lo que me dan; pero... si han de acomodarse las recompensas á los merecimientos...

—¡Tus merecimientos!—exclamó su señoría con desdén.—¿Cuáles son? ¿Qué letras has cursado, perillán? ¿Qué tratados de materia jurídica ó teológica has escrito? ¿Qué servicios has prestado á la Administración, bergante? ¿Qué ejércitos acaudillaste, zopenco, ni qué rey te debió la corona?

—Sobre eso hay mucho que hablar, señor D. Buenaventura de mi alma—respondí con brío.—Si á todos se repartiera por igual, no me quejaría; pero se están viendo improvisaciones escandalosas. Ahí tiene usted á Antonio Moreno. ¿Qué era hace un mes? Ayuda de peluquero, pues ni siquiera podía llamarse maestro peluquero. ¿Qué es hoy?... Consejero de Hacienda.

D. Buenaventura calló. Le dejé suspenso y absorto.

—Es verdad—dijo al fin.—Ya lo sabía... pe-

ro eso no tiene nada de particular. Antonio Moreno era... un excelente profesor de cabezas... No debe olvidarse que en Valencia sirvió de amanuense cuando se redactó el célebre decreto del 4.

—¡Consejero de Hacienda!—exclamé yo alzando los brazos.—¡Consejero de Hacienda un vil peluquero!

—Pero á nosotros ¿qué nos importa? Allá se las compongan... Dime tú, ¿qué pedazo de pan nos quitan de la boca, haciendo á Moreno consejero? Además, el honor de haber redactado tan sublime documento, merece perpetuarse con una posición decente... ¿Qué piensas? ¿Qué opinas? ¿Por qué has hecho ese gesto de monja escandalizada, cuando he nombrado el decreto del 4 de Mayo? ¿No te gusta? ¿No te parece categórico? ¿No lo crees una obra admirable y que nada deja que desear?

Yo callaba, porque mil dudas y desconfianzas ocupaban mi espíritu.

—No puede escribirse nada más contundente—continuó D. Buenaventura leyendo un papel,—que el párrafo en el cual se declara «aquella Constitución y decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamás tales actos, y *se quitaran de en medio del tiempo...*» Está dicho todo, y con tales palabras bastaba.

—Esa es mi opinión. Con eso bastaba. Pero más arriba, el Rey, obedeciendo á pérfidas inspiraciones, ha dicho que aborrece el despotismo, que convocará Cortes, que establecerá la seguridad individual, con otras zarandajas

que, ó mucho me engaño, ó son el primer paso para volver á las andadas, mi Sr. D. Buenaventura.

—Pero ven acá, majadero impenitente, ¿cuándo has visto que tales fórmulas sean otra cosa que una satisfacción dada á esas entrometidas naciones de Europa, que quieren ver las cosas de España marchando al compás y medida de lo que pasa más allá de los Pirineos? Ríete de fórmulas. No se pueden hacer, ni menos decir las cosas tan en crudo que los afeminados cortesanos de Francia, Inglaterra y Prusia se escandalicen. ¡Reunir Cortes! Primero se hundirá el cielo que verse tal plaga en España, mientras alumbre el sol... ¡Seguridad individual! ¡Bonito andaría el reino, si se diesen leyes para que los vasallos obraran libremente dentro de ellas, y se dictaran reglas para enjuiciar, y se concedieran garantías á la acción de gente tan ingobernable, díscola y revoltosa! El Rey, sus Ministros y esos sapientísimos y útiles Consejos y Salas, sin cuyo dictamen no saben los españoles dónde tienen el brazo derecho, bastan para consolidar el más admirable Gobierno que han visto humanos ojos. Así es y así seguirá por los siglos de los siglos... ¿Eres tan tonto, que crees en manifiestos de Reyes? Como los de los revolucionarios, dicen lo que no se ha de cumplir y lo que exigen las circunstancias. Bajo las fugaces palabras están las inmóviles ideas, como bajo las vagas nubes las montañas ingentes, que no dan un paso adelante ni atrás. Las nubes pasan y los montes se quedan como es-

taban. Así es el absolutismo, hijo mío: sus palabras podrán ser bonitas, rosadas, luminosas y movibles; pero sus ideas son fijas, inmutables, pesadas. No mires lo de fuera, sino lo de dentro. Estudia el corazón de los hombres y no atiendas á lo que articulan los labios, que siempre han de pagar tributo á las conveniencias, á la moda, á las preocupaciones...

D. Buenaventura se expresaba con calor. No me atreví á contestarle, y mis pensamientos se acomodaron á los suyos, como sucedía casi siempre que hablábamos de política.

—¡Ah! se me olvidaba una cosa—exclamó después de breve pausa:—ya he dicho al Ministro que te exima durante algunos días de ir á la oficina. Es preciso que me ayudes en este delicado negocio que tengo entre manos... Ya sabes que Su Majestad me ha nombrado Fiscal de la Comisión de Estado que ha de sentenciar á los presos de la noche del 10.

—Tarea fácil, á mi modo de ver, mientras no desaparezcan del mapa Melilla, Ceuta y el Peñón.

—Eres excesivamente ejecutivo. No puede hacerse la distribución, sin fundar en algo los castigos. Es preciso buscarle el pelo al huevo, como suele decirse; registrar papeles, sacar de ellos la quinta esencia de la maldad, allegar testigos aunque sea en las entrañas de la tierra, estrujar los autos hasta que destilen la amarga hiel de la evidencia, cumplir en todas sus partes la larga serie de procedimientos que son gloria de nuestra jurisprudencia, y, en fin, *hacer* los procesos de tal modo que

no les falte ni una tilde, y aparezcan en toda su horrible desnudez las necesarias maldades de esos hombres.

—Con el plan de república (algo más verosímil que el de la Iberiana) revelado por el padre Castro en su *Atalaya*—repuse,—bastará para *hacer* las más lindas causas que se han visto en tribunales españoles.

—A eso vamos. La *Confederación* descubierta por el Atalayero es ingeniosa. Además, algunos testigos han hecho declaraciones de perlas.

—El Conde del Montijo...

—Asegura que los liberales formaron causa al Rey en un café de Cádiz y le condenaron á muerte.

—Ostolaza...

—Ha delatado los *pensamientos* de sus compañeros de Cortes, asegurando que querían deshonrar al Rey, con otras preciosísimas afirmaciones que constituyen un verdadero tesoro.

—La persecución del Obispo de Orense y del Marqués del Palacio, así como el destierro del Nuncio Sr. Gravina, son materia abundante.

—Abundantísima.

—Bien sabemos todos que Mejía dijo en las Cortes *que no existe Dios;* Argüelles, *que no debían obedecerse los preceptos de la Iglesia.*

—Feliú sostuvo *que la religión era una farsa...*

—Y Arispe afirmó que la grandeza española *tenía sangre de perro.* Bien mirado, el tes-

tigo más explícito, más claro, es el archivo, las actas de las Cortes.

—Sin duda. ¿No está allí escrito que el danzante de Martínez de la Rosa propuso fuera condenado á muerte el que propusiese adición ó reforma en la Constitución de Cádiz?

—Recuerdo perfectamente su pedantesco discurso del 21 de Abril, en que decía que *los pueblos deben darse ellos mismos las leyes fundamentales.*

—También yo tengo buena memoria—añadió D. Buenaventura.—Habló mucho de *derechos imprescriptibles*, y concluyó así: *Se acabaron nuestras desgracias. Ya reinan las leyes.*

—Que es como decir *que no reinará el Rey*, —afirmé, tomando un polvo que D. Buenaventura me ofreció.

—¡Y qué más, mi querido Bragas! ¿No consta en el libro de las sesiones la abominable expresión de Canga Argüelles?

—*Que estaba pronto á derramar la última gota de su sangre en defensa de la Constitución.*

—Así mismo lo dijo.

—No recuerdo bien cuál de ellos aseguró que *destruídos los conventos, se cortan las fuentes que mantienen las preocupaciones y cuentos de viejas.*

—Page, el mismo que expresó la opinión de que *es delito de lesa majestad llamar* SOBERANO *al Rey*... ¿No fué Istúriz quien dijo aquellas palabrotas...?

—Sí, ya recuerdo. *Hoy somos ciudadanos de una gran república, aunque bajo las formas características de la monarquía; el Rey no es nues-*

tro señor, es nuestro jefe, porque queremos, y de la manera que queremos que lo sea, y nada más.

—Admirable memoria tienes—dijo D. Buenaventura, tomando la pluma.—Voy á apuntar eso. Se confrontarán las *Sesiones*.

—No olvidará usted los méritos y servicios de Gallardo. Fué el que estampó en letras de molde *que los Obispos debían echar bendiciones con los pies, colgados de una cuerda*. Ahora recuerdo también que Ramajo, redactor de *El Conciso*, amenazó al Rey con la venida de Carlos IV, si no juraba la Constitución.

—Deliciosísimo, amigo Bragas. Tras los diccionaristas y gaceteros, viene la pestilente chusma de poetas, á quienes es preciso también poner como nuevos. Ahí tienes, por ejemplo, á Sánchez Barbero.

—El autor de aquellos versitos:

Aquí nosotros los sagrados dones
De independencia y libertad gozamos,
Y monarca, no déspota, juramos.

—Yo también me acuerdo, yo también—exclamó con júbilo mi amigo.—El infame bibliotecario de San Isidro se despachó á su gusto en estas endechas:

El fanático error vencido cede,
Y la sin par *Constitución* sucede;
Constitución resuena
Doquiera ya; *Constitución* inflama...

¡Ya te inflamarán á tí!... ¡Miserables poetas, se os ha acabado el *doquiera!* Encerraditos en Melilla, podréis cantar la *soberana*.

—Muñoz Torrero—añadí, gozoso de poner mi retentiva al servicio del Estado,—fué el que dijo que *la soberanía de la nación estaba en las Cortes*, lo cual es como poner á la burra las arracadas.

—Justamente. *Y que las personas de los diputados eran inviolables.* ¡Inviolables el veneno de la serpiente y la lengua del escorpión!

—Pues ¿y García Herreros? Fué el que tuvo el atrevimiento de asentar que *los Reyes están sujetos á las leyes que les dicta la nación.*

—Y *que la ley es superior al Rey*, lo cual es como decir que la espuela gobierna al jinete.

—Casi todos ellos firmaron el decreto de 2 de Febrero, en el cual se dijo que *no se conocería por libre al Rey, ni menos se le prestaría obediencia, hasta que él prestase juramento á la Constitución.*

—Gutiérrez de Terán firmó como Secretario el manifiesto de 19 de Febrero, que era la segunda parte del tal decreto.

—Y Martínez de la Rosa, ó sea el *Sr. Bello Rosal*, como le llama *La Abeja*, lo escribió.

—Y Feliú lo leía á voz en cuello en los cafés.

—A donde iban á emborracharse.

. . . . . .

D. Buenaventura tomaba apuntes, demostrando á cada nueva adquisición cierta alegría pueril. Como hombre que en el cumplimiento de sus deberes y en el servicio del Rey y del Estado ponía su alma toda entera, sin proceder jamás de ligero en ningún asunto grave, allegaba cuantos datos pudieran ilustrar su entendimiento en materia tan ardua, y con an-

siedad de avariento los iba guardando. El buen señor se veía precisado á sentenciar á muerte ó á presidio á unos cuantos malvados, y no pudiendo hacerse esto rectamente sin pruebas, las buscaba para que aquellos infelices no fueran al patíbulo sin saber por qué. ¡Tunantes! ¡Cuándo merecieron ellos tropezar con varón tan justo, tan humanitario y compasivo como aquél! ¡Ni cómo habían ellos de soñar que, merced á los cristianos sentimientos de tan ejemplar magistrado, enemigo del derramamiento de sangre, se verían galardonados, como quien dice, con unos cuantos años de presidio en vez de la horca que merecían!

Más adelante se sabrá su destino; que ahora no puedo levantar mano del trabajo de mi propia historia, en la cual ocupan lugar muy preferente los sucesos que se verán á continuación.

IV

Siempre fuí hombre que lo mismo servía para un fregado que para un barrido, y de tanta actividad, que solapadamente me multiplicaba, esclavo de diversas y contrapuestas obligaciones, atento siempre al servicio del Estado y á mi propio interés, como Dios manda, vigilante y despierto en todos los momen-

tos de la vida para que ninguna ocasión de ganancia se me escapase, y con cien ojos puestos en el panorama de los acontecimientos para sacar de ellos provecho. Así es que ayudaba á D. Buenaventura en sus quebraderos de cabeza dentro de la Comisión de Estado, y servía mi plaza en Paja y Utensilios, mereciendo plácemes sinceros del jefe, y no poca envidia de mis compañeros. En poco tiempo supe conquistar la amistad de muchos personajes eminentes de aquella era feliz, tales como D. Blas Ostolaza, espejo de los predicadores, confesor del Infante D. Carlos y hombre de muchísimo influjo; D. Pedro Cevallos; D. Juan Lozano de Torres; D. Juan Pérez Villamil, célebre por lo de Móstoles; D. Pedro Labrador, el incomparable diplomático que en el Consejo de Viena dejó pasmados á todos los Embajadores de las grandes potencias; Don Miguel de Lardizábal, Ministro de Indias; el gran Magistrado D. Ignacio Villela; el señor Vadillo, alcalde de Casa y Corte, y otros muchos individuos tan insignes, tan eminentes, que bien podía decirse de ellos que tenían las cabezas podridas de talento.

Como yo era tan entrometido, fácilmente ensanchaba el círculo de mis amistades, unas veces solicitando favores con tal empeño, que me los concedían porque me quitase de encima; otras prestando los pequeños servicios que de mi reducido poder dependían... Pues digo... cuando alguno de aquellos señorones venía á mi oficina, á la inmediata de Rentas Decimales (donde yo tenía tantos amigos), ó

á otra cualquiera de las del ramo, á solicitar reservadamente que se hiciera perdidizo un miserable expedientillo de Propios ó de Arrendamiento de oficios... vamos... aquello era una bendición. Viendo que yo abría la mano y no me hacía de rogar, siempre que se trataba de poner mi firma en un *Cargo* y *Data*, enviado por el alcalde, por el contratista ó por el recaudador, me traían en volandas. ¿Qué le importaba á la nación que se escurrieran entre los papeles algunos disimulados sapos y culebras, ó que se variara con caligráfico ingenio un par de números, siempre que quedase contento aquél ó el otro empingorotado repúblico, cuyo bienestar importaba tanto al Estado? ¡Pues no faltaba más, sino que por no hacer el gusto á un regidor amigo ó á un alcabalero pariente, se sofocara un esclarecido varón, y revolviéndosele los humores, perdiera la salud, tan necesaria al buen servicio y esplendor de la monarquía!

Unas veces era preciso conseguir moratoria de diez años para que tal ó cual duque no se viese importunado por los estúpidos de sus acreedores... Otras veces había que beber los vientos para conseguir que el fuero del Honrado Concejo amparase á Fulanito, en cuyo caso, y mientras aquél decidiera, éste no tenía que apurarse por la fruslería del pago de sus arrendamientos... Pues ¿y cuándo había que conseguir de la sala de Alcaldes una provisioncita para que en tal ó cual pueblo se repartieran los oficios dos ó tres individuos de una familia, de modo que por ser hermanos

el alcalde, el secretario, el escribano y el procurador síndico, no había la más mínima disputa en el arreglo del común?—Existiendo estos asuntillos, era necesario entonces tener en Madrid un amigo listo y de mucha mano en las oficinas, para que volviese lo blanco negro y lo verde encarnado en las cuentas, para que visitase á algún señor del Consejo y con él se entendiese; que si no, capaz era el tal Consejo de darse de calabazadas por averiguar dónde se había escurrido algún terreno baldío rematado en tiempo de los franceses...

También solían ocuparme los señores de Madrid y muchos de provincias en diversos negocios referentes á Tercias Reales, á ciertos atrasillos de Alcabalas, á compaginar las cuentas del receptor de bulas de tal pueblo para que no apareciesen distintas de las del alcalde, á resucitar cual expediente de Manda Pía forzosa, añadiéndole un par de planas á la antigua, tan diestramente imitadas que ni aun les faltaba la polilla, y... ¿para qué cansar más?... ocupábanme en todo lo que fuese del mangoneo subterráneo de las oficinas, pues yo, por mi índole rebuscona, mi carácter dulce, y la prodigiosa facultad de insinuación que me otorgó Natura, había establecido una red oculta, hilos de connivencia tendidos de covachuela en covachuela y de despacho en despacho, con tal arte que nada me era difícil.

Verdad es que algunos envidiosos dieron en decir que se deshonraban teniéndome á su

lado, y hasta se susurró que Su Excelencia quería echarme á la calle... (ya se hubiera tentado la ropa antes de hacerlo); pero yo tenía muy buenos asideros en la administración y de todo me burlaba. Antes hubieran movido de sus graníticos cimientos el Escorial, que moverme á mí de mi silla en Paja y Utensilios. Como que mis calumniadores eran unos pobres papanatas que apenas sabían hacer otra cosa que el trabajo material de su oficina, y así era de ver el mal trato de sus casas, pues muchos de ellos no tenían camisa que poner á sus chiquillos. En cuanto al aspecto de sus rostros y personas, daba grima verles, según estaban de rotos, descomidos y trasijados, y no podía uno menos de avergonzarse al pensar qué idea formarían de la administración española los extranjeros que acertaran á conocerles.

Mi casa, por el contrario, era una tierra de promisión. ¡Bendito sea Dios que á nadie desampara! Tan pronto venía la caja de dulce como la tarea de chocolate macho, ora las sartas de chorizos, ora un par de jamones: el plato de leche no faltaba nunca en las solemnidades, ni el par de capones en 24 de Julio... en fin, aquello parecía una colmena. Tantó iban creciendo mi clientela y buena suerte, que me ocurrió poner una agencia de negocios. Había que ver cómo me solicitaban damas, oficiales, canónigos, marquesitos, ¿qué digo?... ¡hasta un señor Obispo me honró con su confianza! Mi nombre fué bien pronto conocido en todo Madrid, quizás en todo el Reino y sus

Indias; transformóse mi persona; me sentí crecer, ¡oh! crecer hasta sobresalir por encima de las eminencias cortesanas; ví bajo mis pies á muchos de carroza y venera; miré cara á cara el sol de la grandeza y del poder, y la ambición empezó á morderme las entrañas; ¡pero qué ambición y qué entrañas las mías!

Entre tanto, mi D. Buenaventura seguía enredado con los procesos, sin acertar á despacharlos. Las causas eran un embrollo estúpido, y en ellas no constaba nada positivo ni terminante, por lo cual los tontainas de la Comisión de Estado no acertaban á condenar á muerte á ningún diputadillo. Lleno de ansiedad el Rey porque se hiciera pronta justicia, nombró una segunda Comisión de Estado, y como ésta se atascara también, fué preciso designar la tercera, hasta que el Gobierno se cansó de Comisiones que nada hacían, y supo dictar por sí aquella saludable medida que cortó de plano la cuestión. Hízolo, si se quiere, por humanidad, pues á los infelices diputados que se estaban pudriendo en las fétidas mazmorras de Madrid les venía bien tomar los salutíferos aires de Melilla y el Peñón por ocho ó diez años.

Y no se crea que un Rey tan recto y tan celoso por el buen gobierno, se dormía en las pajas. Él mismo extendió de su real puño una orden, disponiendo que el Sr. Argüelles no se moviese de Ceuta, durante ocho años, sin duda porque así convenía á la quebrantada salud del Divino asturiano.

Este decreto contra los diputados y el que en 30 de Mayo de 1814 se dió contra los afrancesados que estaban en la emigración, además de sus ventajas como contraveneno del constitucionalismo, ofreció el inestimable beneficio de librarnos de toda la plaga de literatos, poetas y prosadores, que desde años atrás habían empezado á infestar al país.—Pues no sé... ¡si no andan listos nuestros gobernantes, buenas se hubieran puesto las cosas! De seguro que Moratín nos habría aturdido con sus comedias y Meléndez con su pastoril caramillo, y Gallego con su retumbante trompa. De fijo que Quintana y Sánchez Barbero, Burgos y Lista, Tapia y Martínez de la Rosa habrían lanzado sobre la afligida nación un diluvio de obras poéticas de diversos géneros, teniendo después el descaro de pretender que el público se las pagara en época de tan poco dinero. También Conde y Toreno nos hubieran mareado con sus historietas, y Antillón y Ciscar con sus obras científicas, soliviantando á la nación y metiendo ruido, para que los españoles despertaran del plácido letargo sabroso en que por fortuna vivían entonces.

A fin de establecer en todo el país aquella calma perfecta y absoluta, que es condición precisa para que puedan lucirse los buenos gobernantes, fué preciso encausar á muchos que no habían sido diputados, ni literatos, ni siquiera poetas, sino simples particulares obscuros, aunque cargados de crímenes nefandos. ¡Si era cosa que daba horror oir contar las

maldades de aquella gente!... Hubo quien conversando en los cafés, en círculo de amigos, habló mal del despotismo. Me acuerdo de la causa formada al brigadier Moscoso *por no haber desplegado los labios*, mientras otros oficiales elogiaban la Constitución... Vamos, si no se puede uno contener tratando de esto. Bien hizo el Fiscal en pedir para Moscoso la pena de muerte, porque el deber de éste era reprender á los desvergonzados oficiales... ¿Pues y los muchos á quienes se formó sumaria y fueron á Ceuta por haber escrito en los papeles públicos en tiempo de la Constitución, ó por haber sido partidarios de ella, á pesar de que nunca dijeron «esta boca es mía?...» Nada, nada se les escapaba á aquellos benditos señores de la Comisión de Estado, y de ellos puede decirse que se excedían á sí mismos y hacían los imposibles por la rápida y eficaz administración de justicia.

Verdad es que tenían en su auxilio á multitud de patricios vehementes que delataban sin cesar á los pícaros, refiriendo lo que oyeron tres años antes y descifrando minuciosa y hábilmente el pensamiento de tal ó cual persona. La delación ¡ay! no era cosa fácil, sino muy trabajosa y comprometida, porque había que meterse en las casas fingiéndose amigo, interceptar cartas en el correo, seducir á los criados, engañar á los tontos y llevarles á los cafés, excitándoles á hablar; en fin, era obra difícil, á la cual sólo podían hacer frente la mucha fe y el desmedido amor al Monarca.

No se crea que éste dejó sin premio tan grandes virtudes y la abnegación de aquellos leales sujetos que olvidaban los menesteres de sus casas para meterse en las ajenas; no: aquel sabio Gobierno premió largamente á los delatores, dando á unos el privilegio de abastos de tal villa; á otros una plaza de fiel de matanza; á Fulano una procuraduría; á Zutano un oficio enajenable, etc., etc.

Lo más notable es que no se vió en aquellos días ninguna ejecución de pena capital, pues ni el mismo *Cojo de Málaga* llegó á bailar en la cuerda, como lo tenía dispuesto el Gobierno, en castigo de haber alborotado y aplaudido en las tribunas públicas de las Cortes. Delito tan feo, tan contrario á los fueros de la Nacion, á la dignidad del Rey y á la fe católica exigía expiación durísima, y un ejemplar que sonase en todos los ámbitos de la feliz España. Furioso estaba el pueblo contra el *cojo*, el clero escandalizado, los patricios muertos de impaciencia porque de una vez y sin pérdida de tiempo desapareciese de entre los vivos el inmundo reo; pero ved aquí que el Embajador de Inglaterra (son los extranjeros muy amigos de farandulear) se interpuso, rogó, suspiró, aun dicen que amenazó, hasta que nuestro Rey, no queriendo malquistarse con la Gran Bretaña por un cojo de más ó de menos, le conmutó la pena capital por la de presidio indefinido. La suerte fué que cuando llegó la orden, ya estaba Pablo Rodríguez con un pie en el cadalso y había tragado lo más amargo de la alcuza. Quien más perdió fué el pueblo,

que ya contaba por segura la ejecución y se quedó á media miel.

Tampoco subió al cadalso Doña María Villalba, señora de mucha bondad y hermosura, según decían. Sí, ¡buena sería ella!... ¿Qué puede pensarse de una dama que cometió la felonía de escribir en confianza á cierta amiga, contándole algunos lances amorosos del Rey?... Afortunadamente el Gobierno de entonces tenía la gracia de que no se escapaba en correos una pícara carta que contuviese algo importante... ¡Y la Doña María se quedaría tan fresca, creyendo que su gran crimen no iba á ser descubierto! ¡Véase si vale de mucho el ojo diligente de la Administración; véanse las ventajas de una estafeta celosa del bien público! Los buenos Gobiernos han de estar en todo, y meter la cabeza hasta dentro de las faltriqueras de los gobernados, porque si no... ¡No faltaba más sino que cada uno pudiera escribir lo que le diese la gana, y después encargar al Gobierno la comisión de llevarlo!... En fin, Doña María Villalba fué puesta á la sombra, y si conservó la vida, fué porque se movieron en su pro muchas personas de influencia y todo Madrid se puso sobre un pie.

Pero todo no había de ser blanduras, porque en aquellos días restablecimos la Inquisición.

V

Restablecimos: permitidme que hable en plural. Yo tenía derecho á ello desde que logré meter mi cucharada en la tertulia del Infante D. Antonio. ¡Quién me había de decir que me vería en tales excelsitudes, mano á mano con gente nacida de vientre de reinas! Parecíame mentira, y me causaban admiración mi propia persona, mis propias palabras. Sin quererlo me hacía cortesías á mí mismo. Aprendí á vestirme con elegancia, y los que me habían conocido meses antes, se asombraban de mi transformación.

Antes de dar á conocer la tertulia del Infante, enumeraré la serie de relaciones que me condujeron á Palacio.

Desde que comencé á hacerme hombre de pro, solía visitar á las señoras de Porreño, una de ellas hermana del señor Marqués de Porreño, que había muerto poco antes; hija del mismo la otra, y sobrina la tercera. Aquella casa, que ya venía muy agrietada desde el siglo anterior, estaba á punto de hundirse completamente, por cuya razón las tres excelentes señoras necesitaban buenos amigos que les ayudaran con amena tertulia y delicado trato á conllevar las pesadumbres de su lamentable decadencia.

En casa de estas señoras conocí á D. Blas Ostolaza, confesor del Infante D. Carlos y predicador de Palacio, hombre de los más eminentes que han vivido en España. Eclesiásticos como aquél debieran nacer aquí todos los días, y aunque saliera uno detrás de cada piedra, no estaría de más. El fué quien felicitó á Fernando desde el púlpito por el restablecimiento de la Inquisición, diciéndole: «Apenas ha vuelto Vuestra Majestad de su cautiverio, y ya se han borrado todos los infortunios de su pueblo. La sabiduría y el talento han salido á la pública luz del día, y se ven recompensados con los grandes honores, y la religión, sobre todo, protegida por Vuestra Majestad, ha disipado las tinieblas como el astro luminoso del día.»

El fué quien escandalizó en las Cortes de Cádiz por su frescura olímpica, que hacía reir á la gente de las tribunas; y como mi hombre, tanto á los *galerios* como á los diputados, les aporreaba á verdades, cada vez que hablaba todo Cádiz se ponía en movimiento. La fama de estas hazañas, así como la de sus mortíferos discursos, corrió por todo el Reino de tal suerte, que cuando Su Majestad volvió de Valencey, estuvo en un tris que me le hiciera Obispo.

El fué quien durante las causas de que antes hablé, reveló los *pensamientos* de sus compañeros de Congreso en las sesiones secretas. Eso sí, tenía mi D. Blas una memoria asombrosa, y no dijeron los charlatanes palabrilla pecaminosa ni herética argucia que él no re-

cordase, por lo cual su boca fué una mina de oro en aquellos benditos autos.

Era tan celoso por la causa del Rey y del buen régimen de la monarquía, que si le dejaran ¡Dios poderoso!' habría suprimido por innecesaria la mitad de los españoles, para que pudiera vivir en paz y disfrutar mansamente de los bienes del Reino la otra mitad. Fué de ver cómo se puso aquel hombre cuando se restableció la Inquisición. Parecía no caber en su pellejo de puro gozoso. Una sola pena entristecía su alma cristiana, y era que no le hubieran nombrado Inquisidor general. ¡Oh! entonces no se habría dado el escándalo de que se pasearan tranquilamente por Madrid muchos tunantes que tenían sus casas atestadas de libros, y que recibían gacetas extranjeras sin que nadie se metiese con ellos.

No sólo era predicador insigne, sino que como escritor religioso bien puede decirse que Melchor Cano, Sánchez y el padre Rivadeneyra, comparados con él, ignoraban dónde tenían las narices. ¿Á qué rincón de la Europa culta no llegaron sus célebres novelas, impresas con las armas reales, amén del retrato del Monarca, y en las cuales, ora en prosa, ora en verso, aparecían charlando barba con barba Dios y Fernando VII? ¡Válganme los cielos! Aquello era escribir, y quien no ha visto tales cosas no sabe lo que es literatura.

En tratándose de púlpito no había otro. Era cosa de oirle con la boca abierta, sin perder ni una sílaba de su pasmosa elocuencia.

No le habían de pedir que hablase de los santos ni de religión, que eso era para predicadorcillos de tumba y hachero. Él, desde que ponía el pie en la grada, la emprendía con las Cortes, con los diputados, con las ideas liberales, y mientras más hablaba, aún parecía que se le quedaban dentro más vituperios por decir. En tocando este punto llevaba hilo de no acabar en tres días. La gente se aporreaba en las puertas de los templos para entrar á oirle, y... no hay que darle vueltas... ni D. Ramón de la Cruz con sus sainetes populares atrajo más gente. ¡Y cómo entusiasmaba á la multitud! Oíanse gritos dentro de la iglesia, y si al salir de ella hubieran topado los fieles con algún liberal, ya habría podido éste encomendarse al diablo.

Fué en verdad grandísimo error que no le dieran la mitra que pretendió y por la cual bebió vientos y tempestades en las antecámaras de Palacio. El Sr. Creux, á quien prefirieron, no había revelado tan fielmente como Ostolaza los pensamientos de sus compañeros los diputados. Pero no era hombre mi D. Blas de los que se quedan callados ante el desaire, y volviendo por los fueros de su dignidad ofendida, habló más que siete procuradores, aderezando su charla con cierta intriga un poco subida de punto. Pero ni por esas: en vez de hacerle caso, le mortificaron más. No puede darse mayor injusticia. Llegó la crueldad hasta el extremo de alejarle de la Corte, nombrándole Director de la Casa de niñas huérfanas de Murcia. Y lo peor es que no paró aquí la per-

secución del inimitable D. Blas, pues ¡mentira parece! se dijo que su conducta en el referido Colegio no era un modelo de honestidad; y lo aseguraba todo el mundo, siendo tales y tan feos los casos que se contaban que parecían pura verdad. Lo que más me confirmaba á mí, conocedor de nuestra Justicia, en que D. Blas era inocente, fué el ver que le formaron causa. ¡Desgraciado sujeto! Preso estuvo en la Cartuja de Sevilla, y después confinado en las Batuecas, consumiéndose de tristeza. ¡Quién se lo había de decir á él y á todos sus amigos! ¡Triste era en verdad considerar incapacitados aquellos grandes bríos que tenía para todo, obscurecida aquella luminosa facundia para el púlpito, imposibilitadas aquellas manos de ángel para enredar los hilos de la conspiración menuda!

De su piedad y devoción, ¿qué puedo decir sino que edificaba á todos, y especialmente al Infante, de quien era director espiritual? Pues ¿á quién sino á mi amigo debió D. Carlos el haber salido tan temeroso de Dios, tan fiel esclavo de los preceptos religiosos, que más que Príncipe y futuro candidato al trono, parecía un santo, según era de compungido dentro de la iglesia, y ejemplar fuera de ella en todos sus actos y palabras? Amaba tan entrañablemente D. Carlos á su confesor, que no podía vivir sin él. Rezaban juntos por las noches, y cuando el Príncipe se acostaba, Ostolaza, después de decir las últimas oraciones, fervorosamente prosternado ante la imagen de Nuestra Señora, rociaba el lecho de Su Al-

teza con agua bendita para alejar los sueños pecaminosos.

No se crea por esto que mi amigo era gazmoño ni melindroso, que esto habría sido grave falta en un hombre llamado á las luchas del mundo. Sabía perfectamente dar á cada hora su propio afán, concediendo parte del tiempo á las buenas relaciones sociales, porque igualmente se ha de cumplir con Dios y con los hombres. Por tal ley, Ostolaza, luego que dejaba á su hijo espiritual dentro de las purificadas sábanas, bien santiguado y bien rociado por banda y banda, de tal modo que en la alcoba regia se podrían pasear los serafines; luego que D. Blas, repito, desempeñaba así su difícil cargo, se embozaba en su capa, ya avanzada la noche, y corría á la calle, apretado por el deseo de compensar los muchos afanes con un poco de libre holganza. Yo no sé á dónde iba, porque se recataba mucho de los amigos; pero es indudable que no pasaba la noche al raso, ni buscando yerbas á lo anacoreta, ni mirando al cielo como astrólogo. Lo de no querer que sus amigos le vieran á tales horas, y el esconderse de ellos, se explican en varón tan meticuloso por su deseo de apartarse de los peligros que siempre traen consigo las malas compañías.

Cara redonda y arrebolada; gestos muy vivos, y un modo de mirar que daba á conocer á tiro de ballesta su superioridad; cuerpo sólido; voz campanuda y gruesa, como toda voz creada para decir grandes cosas, formaban el físico de aquél mi nuevo amigo, á quien tanto

debí, y á quien hoy pago un piquillo nada más de la inmensa deuda de gratitud que con él tengo, sacándole á relucir en éstas mis *Memorias*, aunque su fama no necesita tardías trompetas para sonar por todo el orbe.

¡Ay! ya no nacen hombres como aquél. No sé qué se ha hecho del jugo poderoso de esta tierra fecunda. Generación de enanos, mira aquí los gigantes de que has nacido.

VI

Nos tratamos, como he dicho, en casa de las señoras de Porreño. El había oído hablar de mí, y deseaba conocerme. Pidióme el primer día de nuestro trato algunos favores, y se los hice con el mayor gozo. No era más que emparedar ciertos expedientes de un hermano suyo, teniente de resguardo, á quien la Real Hacienda se había empeñado en mortificar impíamente por unas cuentas... ¿Pues no se le había antojado al badulaque del Ministro oprimir y vejar instituciones tan honradas como las tenencias de resguardo? En fin, todo se arregló á maravilla, y se acabaron los disgustos. Por mi parte, nada pedí á D. Blas sino que me tuviera presente en sus oraciones; pero un día, sin previa solicitud, ni esperanza, ni aun sospecha, encontréme ascendido á una

plaza de cuarenta mil reales en Tercias Reales.

Es que el Gobierno buscaba empleados celosos, y cuando alguno llegaba á hacerse nombre en la Administración, no necesitaba empeños. Llegó á mis oídos que el Ministro, al ver mi nombramiento, se puso furioso, diciendo de mí cuanto la envidia y mala voluntad pueden inspirar á un ministro regañón, y no sólo me puso cual no digan dueñas, sino que se negó á darme posesión del nuevo destino; pero la orden venía de arriba, es decir, venía de la cámara real, en forma de minuta, extendida por el ayuda de cámara y firmada por EL... D. Cristóbal Góngora, Ministro de Hacienda, bajó la cabeza y yo alcé la mía. No está de más decir que los Ministros eran entonces ceros á la izquierda, secretarillos del despacho, que á veces daban compasión. No servían para maldita la cosa, y fuera del *coram vobis*, allá se iban con cualquier escribiente. Todos saben que á un célebre Ministro y hombre de Estado y gran repúblico, le destituyó el Rey entonces *por su cortedad de vista*.

Llevóme Ostolaza, como he dicho, á la tertulia del Infante D. Antonio, hijo de Carlos III y famoso por su despedida *al Sr. Gil* en 2 de Mayo de 1808. Aquella epopeya tuvo también su bufonada. El Infante era viejo y no tenía pretensiones de buen decir, siendo su lenguaje, así como sus ideas, de hombre campechano y rudo. Hacía gala de ignorancia. Carlos III, ante quien los ayos de D. Antonio se alzaron en queja, lamentando la desaplicación del niño, dijo: «*Si el Infante no quiere estudiar*,

que no estudie,» y el chico lo hizo al pie de la letra. Cuando fué grande, se dedicó á los libros... quiero decir que era encuadernador.

Sí: encuadernaba primorosamente, hacía jaulas y tocaba la zampoña, artes de gran utilidad y nobleza en un hijo de reyes. Su fisonomía era inocentona, y cuantos le veían juzgábanle bueno. En su edad madura aprendió á conspirar. Conspiró en Aranjuez para echar á Godoy y destronar á su hermano. Conspiró en Valencia y en todo el camino de Valencey á Madrid para dar el golpe á la Constitución. Ultimamente había descuidado la zampoña y las jaulas, y metídose á repúblico, mostrándose tan entusiasta, que su cuarto era, como si dijéramos, el gabinete de las piadosas delaciones ó la primera instancia de las Comisiones de Estado. La Inquisición restablecida, el decreto contra los afrancesados, el que dispuso la devolución á los frailes de los bienes vendidos, fueron primero ¡oh Providencia! huevecillos que, al calor de aquella reunión y bajo las alas del Infante, se abrieron para echar al mundo arrogantes polluelos. ¡Cuántas medidas benéficas salieron de allí! ¡Cuántos hombres modestos y obscuros se dieron á conocer por tal medio! ¡Cuántas grandezas dió á luz la famosa tertulia, en que resplandecían astros tan brillantes como D. Pedro Gravina, el célebre Nuncio á quien dió los pasaportes la Regencia de Cádiz; el Duque del Infantado, general que tenía la mejor mano del mundo para perder todas las batallas en que se encontraba; el

famoso canónigo Escóiquiz, á quien Napoleón tiraba de las orejas, y mi buen Ostolaza, del cual ya he dicho todo cuanto hay que decir!

¡Qué hombres tan eminentes! ¡Cuán agradable era su conversación, cuán ameno su trato, sin dejar de ser provechoso, por las muchas enseñanzas útiles que á cada instante caían como celestial maná de aquellas insignes bocas! No se crea que el Nuncio D. Pedro Gravina nos aburría con teologías ni palabrotas de moral cristiana; por el contrario, era el hombre más salado del mundo para idear persecuciones, y su agudo ingenio nos tenía siempre con la felicitación en los labios.

El Duque del I... era otro que tal. ¡Cuántas grandezas podrían contarse de aquel insigne prócer y guerrero! Acaudillando nuestras tropas en la guerra de la Independencia, tuvo la amargura de verlas derrotadas. Como político, aunque en Cádiz le calumniaron, suponiéndole algo liberal, bien puede asegurarse que era más realista que el Rey. En 1815 ocupaba uno de los primeros puestos de la nación: la presidencia del Real Consejo de Castilla. Había que ver su llaneza en todo lo que no fuera de oficio. ¡Excelente señor! ¡Cuántas veces le ví en un palco del teatro del Príncipe, acompañado de *Pepa la Malagueña!*

En la tertulia del Infante era el noticiero mayor, por lo cual, siempre que entraba, decíamos: «Ahí viene la *Gaceta de Holanda.*» No faltaban nunca nuevas de importancia que nos sirvieran de placentera distracción, tales como un buen cargamento de presos para Fi-

lipinas, el feliz éxito de las comisiones militares en provincias, y el inimitable celo con que Negrete sentaba la mano á los liberalotes de Andalucía.

Escóiquiz criticaba mucho al Gobierno porque no era bastante enérgico y consentía que un Macanaz soñase con resucitar las Cortes, aunque vestidas á la antigua. Ostolaza y yo hacíamos un espurgo de todos, absolutamente de todos los individuos que figuraban por aquellos días. Señalábamos los que nos parecían buenos á carta cabal, los tibios ó fililies, y los sospechosos á quienes precisaba quitar de en medio lo más pronto posible. Aquí era donde yo me lucía, porque se me ocurrían invenciones tan peregrinas para echar por tierra á cualquier señorón de los más trompeteados, sin hacer ruido ni ofenderle descubiertamente, que se embobaban oyéndome. Bien pronto gané tal ascendiente en la pequeña corte del Infante, que este mismo, siempre que se hablaba de zancadillas en proyecto ó de quiebros por realizar, me miraba atentamente para conocer mi opinión antes de emitir la suya.

¡Y cuidado si era sabio el Príncipe! Como que la Universidad de Alcalá le hizo doctor de golpe y porrazo, dándole patente de Aristóteles. Nombróle el Rey poco después gran almirante de sus escuadras, por cuyo motivo, aunque nunca había visto el mar, dióse al estudio de la náutica, y en la conversación corriente encajaba términos de marina, diciendo con mucho énfasis: «*Las cosas van*

viento en popa,» ó bien: «*echaremos á pique á los liberales.*»

Yo crecía en favor, en importancia, en poder de día en día. Eran tantos los asuntos delicados, espinosos y resbaladizos que se me confiaban, que me ví obligado á valerme de agentes. ¡Y cómo me festejaban y mimaban los grandes señores, sin dejarme nunca de la mano! Todo era «Pipaón acá, Pipaón allá,» y á cualquier hora, Pipaón para todo.

Pues ¿y las peticiones de destinos? Como las minutas que yo extendía en la tertulia del Infante pasaban muy bien recomendadas á manos de quien sabía despacharlas con gran primor, no había candidato que no cuajase, ni ahijado mío que no se viese en camino de papa ó senescal desde que yo le tomaba por mi cuenta. Así es que llovían las peticiones. Las cartas entraban en mi casa por almudes, no siempre solas, en verdad, sino á menudo acompañadas del bocadito, de la caja de cigarros, del tarro de dulce. Siempre que iba á mi vivienda encontrábala atestada de hambrones menudos, como portería de convento en tiempo de miserias.

Yo procuraba quitarme de encima tanto gorrón holgazán que, cual enjambre de langosta, caía ó anhelaba caer sobre la Real Hacienda; pero son los pretendientes como las moscas, que cuanto más las sacuden, más se pegan. A muchos coloqué; pero como el frecuente ir y venir de oficina en oficina me obligaba á gastar mucho tiempo y no pocos zapatos, discurrí el arbitrio de que los inte-

resados me indemnizaran módicamente de aquellas pérdidas.

Cuando se me presentaba alguno en cuya facha conocía yo que era hombre de posibles, mayormente si venía de provincias con cierto cascarón de inocencia, lo recibía cordialmente, nos encerrábamos, conferenciábamos á solas, le persuadía de la necesidad de tapar la boca á la gente menuda de las oficinas, conveníamos en la cantidad que me había de dar, y si se brindaba rumbosamente á ello, cogía su destino. Siempre era una friolera, obra de diez, doce ó veinte mil reales, lo que cerraba el contrato, menos cuando se trataba de una canongía, pensión sobre encomienda, ú otro terrón apetitoso, en cuyo caso había que remontarse á cifras más altas. Si nos arreglábamos, se depositaba la cantidad en casa de un comerciante que estaba en el ajo, y después yo me entendía con los superiores.

Asunto era éste delicadísimo y que exigía grandes precauciones. Por no tomarlas y fiarse de personas indiscretas, no dotadas de aquella fina agudeza á pocos concedida, cayó desde la altura de su poltrona á la ignominia de un calabozo un célebre Ministro de Gracia y Justicia (*).

(*) Macanaz.

VII

Con éstas y otras artimañas iba yo *viento en popa*, como diría el Infante. Era tan considerable el número de mis amigos, que no acertaba á contarlos.

Seguía en buenas relaciones con mi antiguo protector D. Buenaventura; pero ni éste se atrevía á ocuparme en viles menesteres, ni yo lo habría consentido. Despachábamos juntos y mano á mano algunos asuntos delicados, tocantes al Real Consejo, porque ha de saberse que el D. Ventura, desde que cuajara el despotismo y se restableciera el régimen antiguo, alcanzó la plaza de camarista, por lo cual tenía antojos el pobrecito señor desde su mocedad, ó casi desde el vientre materno. ¡Oh! ¡Ningún arrimo se puede comparar al arrimo del Real Consejo y Cámara! Daba gana de dormir en aquellos sillones, bajo aquellos techos eminentes, en medio de aquella paz, de aquel reposo, de aquella estabilidad inalterable, de aquella majestuosa petrificación de los siglos, de aquel silencio, sólo turbado por los estornudos de algún camarista y el ruido de los viejos, polvorosos y amarillos folios, cuando la flaca, la rapante mano del escribano los volvía. Era una tumba para el mundo, y un paraíso para los

que estaban dentro... Para el Reino la muerte; para los privilegiados dulce y reposada vida.

—No hay institución más sabia que ésta del Consejo—me decía D. Buenaventura, con aquel entusiasmo que ponía siempre en sus palabras, al hablar de las cosas venerandas, sublimadas por los siglos.—Eso de que no pueda moverse un dedo en todo el Reino sin que nosotros entendamos de ello, es admirable para el buen concierto de las Españas y sus Indias. Nuestra sala de Alcaldes vale un imperio. Con ser tan pequeña todo lo abraza: sin que ella lo autorice no puede el español sacar un pececillo de las aguas de un río, ni vender una libra de uvas, ni echar la sal al puchero. Todo lo pequeño está en nuestras manos, lo mismo que lo grande; sin nuestro permiso el Reino no puede sublevarse ni tampoco rascarse. No puede hacer revoluciones, ni cambiar de dinastía, ni reunir Cortes, ni establecer formas de gobierno, ni tampoco ir á los toros, ni cazar con hurón, ni tener un desahoguillo mujeril, ni escupir, ni toser.

«Somos una máquina admirable que con sus grandes palancas aporrea el mundo, y con sus dientecillos roe lo que encuentra. Aquí todo se convierte en polilla. Nada se nos escapa, y el vasallo de Fernando VII tiene que venir aquí para que le digamos dónde tiene las manos. ¡Ay de aquél que se atreva á alterar la dulce armonía en que vive la Nación, regocijándose en sí misma y mirándose en el espejo de su estabilidad secular, como Narciso en la fuente! Si alguna cabeza hueca

concibe proyectos de aparente utilidad para desviar el suave curso de la española vida, bien alterando las leyes del comercio, bien las de la fabricación, ora los impuestos, ora la agricultura, nosotros acudimos solícitos allí donde prendió el incendio de la reforma y procuramos apagarlo, apoderándonos del proyecto, solicitud ó requisitoria, informe ó memorandum, para ponerle encima una losa de papel, bajo la cual se queda criando musgo, si no gusanos, por los siglos de los siglos!

»En suma, es nuestra misión sostener en las esferas todas del país el estado de sabrosísimo sueño que constituye su felicidad desde que renunció á las conquistas. Nosotros arrullamos esta inmensa cuna, cantando el *ro-ro;* y si por acaso en la agitación de su placentero dormir saca la criatura una mano, se la metemos entre las sábanas; si pronuncia alguna palabra, le tapamos la boca; si suspira, la rociamos con agua bendita; si se mueve, ¡ay! si se mueve nos asustamos mucho, porque creemos que va á despertar... Pero ahora tenemos tranquilidad para un rato, amigo mío: el turbulento niño duerme; todo es calma, todo es silencio, todo es paz, y apenas oímos un murmullo de inquietud en el fondo de este gran pecho, que suavemente se alza y se deprime con el reposado aliento de la satisfacción.»

Así dijo. Concluía de comer, y levantándose, añadió:

—Adiós, Pipaón, me voy al Consejo á dormir la siesta.

La pintura de aquella alta institución nar-

cótico-nacional despertaba más en mí el deseo de afincarme en ella, como quien dice, proporcionándome una plaza de camarista, que era la mejor almohada del mundo para reposar una cabeza cargada de años y de trabajos. Contrariábame mi juventud, y la poca duración de mis servicios; si bien es verdad que para cubrir una vacante en aquellos tiempos no había los ridículos escrúpulos y reparos de antaño. Ya no se buscaba con candil, como en los días de Jovellanos y Campomanes, un vejete sabihondo para endilgarle la cédula de nombramiento, sin más méritos que haber escrito mil indigestos informes. Godoy echó por tierra estos abusos, llevando á la Cámara á quien le dió la gana, sin distinción de talentos reales ó postizos; y en mi época esta tolerancia había llegado á su colmo, siendo evidente que desde la entrada de D. Antonio Moreno en el Consejo de Hacienda, todos los peluqueros de Madrid se vieron ya con un pie dentro de la Sala.

Esto me daba alientos, y no me acostaba ninguna noche sin pensar, al persignarme, en las dulzuras de la anhelada canongía del Consejo. Crecía mi favor como la espuma, y á los comienzos de 1815 pude pasar del cuarto del Príncipe al del Rey, que era el Olimpo de la cortesanía, y trabar comercio más íntimo con personajes del mayor prestigio, y que, al decir de las gentes, traían en los cinco dedos de su mano toda la grandeza del Reino, del cual eran árbitros, sin dar de ello cuenta al diablo ni á Dios.

Impulsóme por estos excelsos caminos la amistad que en Octubre de 1814 contraje con un hombre que en aquella época comenzaba á ser poderoso, y después lo fué en tan alto grado, que, siendo su nombre D. Antonio Ugarte, el vulgo le llamaba *Antonio I* para significar un poder, grandeza y predominio que al del mismo Monarca se igualaba.

¿Y quién era ese Ugarte, quién era ese hombre poderoso que por algún tiempo dispuso del Tesoro de la nación, y tuvo á sus pies á todas las eminencias civiles y militares, y dió que hablar dentro y fuera de España casi tanto como Godoy en el reinado de Carlos IV? —Pues era simplemente un maestro de baile.

Hombre tan insigne merece capítulo aparte.

VIII

En los últimos años del siglo anterior, Ugarte había venido de Vizcaya á los quince de su edad. Menos afortunado que yo y con menos recursos, tuvo que ponerse á servir de mozo de esportilla en casa del señor Consejero de Hacienda D. Juan José Eulate y Santa, donde se dió tan buena maña y mostró tanto ingenio, que bien pronto, ayudado de su buena letra y de sus conocimientos aritméticos, logró ser amanuense de la casa. Habiendo na-

cido Antoñuelo para grandes empresas, no quiso su destino que se prolongase por mucho tiempo la obscuridad de aquella vida, y ved aquí que una aventurilla doméstica, en la cual apareció demasiado listo, le obligó á separarse del Sr. Eulate. El mancebo vizcaíno, viendose sin arrimo, pasó revista á todas las artes y ciencias, y discurriendo cuál de ellas tomaría por instrumento de la gran ambición que en su noble pecho abrigaba, adoptó la coreografía. Ya le tenemos de maestro de baile, ó como si dijéramos, con ambos pies dentro de la esfera de la fortuna, que en aquellos tiempos solía favorecer á la gente danzante.

Era Ugarte de hermosa presencia, agraciado, vivaracho, ingeniosísimo en las frases, saludos y cumplidos, y extremadamente listo, con el más claro ojo del mundo para conocer á las personas y captarse su simpatía y buena voluntad. Vestía con toda la elegancia que sus mermados emolumentos le permitían; conocía á fondo el *ars umbelaria*, que era el modo de ponerse el sombrero, y el *ars ingrediaria*, que era lo que modernamente y con más llaneza llamamos el *modo de andar*. No sólo daba lecciones de baile, sino que las daba también de *zorongo*, es decir, enseñaba á los jóvenes á hacer con la mayor elegancia posible el gesto de afectadísima urbanidad conocido con este nombre.

A pesar de tan supinos talentos, Ugarte no salía de su pobreza, que entonces acompañaba, como el lazarillo al ciego, á las más nobles artes de la cabeza ó de los pies. Pero quiso el

cielo que se prendase del bailante vizcaíno una dama burgalesa (cuyo nombre no hace al caso), la cual vivía en la Costanilla de Capuchinos de la Paciencia. Desde entonces todo cambió. Baste decir que Godoy gobernaba á España y sus Indias. Para medrar, Antoñuelo, que tanto había movido los pies, no necesitó más que el apoyo de una blanca mano. Sintiéndose con un gran caudal de iniciativa y de recursos de ingenio, resolvió no meterse entre las telarañas de las covachuelas, y se hizo agente de negocios de Indias, de los Cinco Gremios y de la Dirección de Rentas. ¡Colosal mina! Antoñuelo tenía talento en la cabeza, y dedos en las manos.

Por lo que yo hice con mediana ciencia en tiempos posteriores, y ya muy explotados, júzguese lo que haría Ugarte con más genio para los negocios que Nelson para la Marina, y en tiempos tan primitivos y virginales, que bastaba alargar la mano para coger el sustento de hoy... y el de mañana.—La Providencia divina, que en lo de mimar á Ugarte era una madre débil y complaciente, le puso entonces en relaciones con el Barón Strogonoff, Embajador de Rusia, el cual encargó á nuestro ex-bailarín el desempeño de diversos asuntillos. Hízolo á pedir de boca, quedando el moscovita tan complacido, que se fué para las Rusias en 1808, y dejó á cargo de Ugarte todos sus intereses.

Durante la guerra, D. Antonio no se movió de Madrid. Firme en su agencia, servía á españoles y franceses, sin malquistarse jamás

con unos ni con otros, que éste es privilegio de ciertos hombres sutilísimos. Ni los franceses le molestaron en 1812, aunque encubiertamente favorecía á los nacionales, ni en 1814 le persiguieron por afrancesado los españoles de la restauración. Con todo el mundo tenía buenas relaciones; para todo se echaba mano de Ugarte. Murat y José lo mismo que los Regentes de Cádiz, el Cardenal de la Scala lo mismo que Fernando, el *botellesco* Cabarrús igualmente que el leal Eguía, le consideraban y atendían. Hízose superior á los partidos, y á todos servía. Había tenido hasta entonces el singular talento de no funcionar dentro de la jurisdicción de las pasiones políticas, reservándose la esfera interior de los negocios. Mientras arriba los bobos andaban al pelo por la soberanía del pueblo y los derechos del Trono, él resbalaba abajo ingiriéndose en los intereses públicos y particulares... No era nada; no era más que agente.

Aquí hemos visto muchos hombres de esta clase; pero el maestro, el patriarca, el Adán de estos bienaventurados camaleones, fué, sin duda alguna, Antonio I, agente de todo lo agenciable.

Por entonces empezó la gran influencia de los rusos en la corte de España, aunque todavía no habían aparecido por las Ventas de Alcorcón. Concluída la guerra, vino acá el célebre Tattischief (á quien daré á conocer más adelante), el cual, por su antecesor, tenía ya noticia de las sutilezas de nuestro agente. Se hicieron tan amigos, que ambos salían de pa-

seo, dándose el brazo, confundiéndose los bailarinescos antecedentes del uno con la noble prosapia del otro, para regocijo de la democracia, que ya empezaba á invadirlo todo. El ruso, que era emprendedorcillo, como se verá en lo sucesivo, y no había venido á Madrid á coger moscas, encontró su mano derecha en Ugarte, y éste halló en el ruso un admirable espantajo que le sirviese de pantalla en la corte. Llevó Tattischief á Antonio I á la tertulia de Fernando, hízole conocer á éste las altas dotes del antiguo maestro de *zorongo*, y no fué preciso más. La agencia de Ugarte se extendió; puso una mano en el corazón de la monarquía, y extendió la otra á los últimos confines de ella en Europa y en América. Un solo mundo no le bastaba.

Por aquella época (repito que al concluir 1814) nos hicimos amigos. Habíame ocupado D. Antonio en diversos menesteres de mi incumbencia, los cuales desempeñé tan bien, que se me confirieron secretos importantes y fuí asociado á empresas de mayor cuantía. Nos comprendimos; encajamos el uno en el otro como el pie en el zapato: él conociéndome y yo conociéndole, habíamos hecho la principal conquista de nuestra vida.

Y aquí levanto la mano del bosquejo de este hombre, porque sus hechos principales no han ocurrido aún en los días á que me refiero. Ellos irán saliendo poco á poco, y le pintarán por completo en todas sus fases, siendo tan sólo mi propósito ahora trazar una breve figura lineal, que por sí irá vistiéndose de colori-

do con la misma luz de los próximos sucesos. Cuando yo conocí á D. Antonio, empezaba el gran poder de aquel hombre, arbitrista, asentista, *factotum;* de aquel agente universal, que resolvió, en connivencia secreta con el Rey, graves negocios de Estado; que tramó revoluciones y mudanzas, celebró tratados y manejó la Hacienda pública sin responsabilidad; organizó ejércitos y compró buques, todo esto sin intervención ninguna de los vanos ministros, y obrando casi siempre á espaldas del llamado Gobierno.

La figura de mi D. Antonio no revelaba entonces su antiguo oficio de maestro danzante, ni tenía la ligereza que arte de tantos vuelos exigía: era bastante obeso y de procerosa estatura, rostro de satisfacción, doble barba con mucha enjundia, ojos muy movibles y una sonrisa más bien esculpida que pintada en su rostro por la fijeza de ella, y por la feliz concordancia con todas sus palabras. Ponía semblante afectuoso á chicos y grandes, y con todos aparecía obsequioso y servicial, aunque después no lo fuese. Tenía suma destreza para resolver en todo; respondía siempre á medida, sin decir más ni menos de lo necesario; disimulaba sus proyectos con discreción excelsa, á prueba de ajena perspicacia; jamás emitía ideas exageradas; por el contrario, era juicioso, y en sus conversaciones sobre fútil política, siempre daba la razón á su interlocutor; hablaba con veneración del Rey, guardando prudente silencio sobre la dominación francesa, y no insultaba jamás á los vencidos, sin duda por la con-

sideración de que pudieran ser vencedores. Cuando nombraba á alguno de los personajes desterrados ó presos, decía *mi desgraciado amigo Fulano de Tal*, y á todos los hombres de viso que entonces privaron, les sahumaba con vanos elogios en presencia y ausencia.

Delante de los tontos decía afectadamente tonterías, y sabidurías delante de los sabios, y jamás habló mal de ninguna persona, aunque ésta estuviese en Melilla ó Ceuta. Era religioso y cuchicheaba con frailes y monjas; pero nunca le ví abogar celosamente por la Inquisición, ni dió al fuego sus libros filosóficos y enciclopedistas, pues los tenía buenos. Se lamentaba de que los revolucionarios fueran tan malos; pero en más de una ocasión le sorprendí en secreto con ciertos pajarracos que á cien leguas me olían al musguillo húmedo de las logias y á sociedad secreta; en fin, era hombre tan completo, que difícilmente se encontraría otro ejemplar, ni quien, como él, estuviese siempre en la justa medida, atento á su beneficio, y realizando las supremas leyes de la vida con tal arte, que el Criador del mundo debía de estar muy satisfecho por haber criado á Ugarte. Sin duda después que le echó al mundo vió que era bueno.

Este y Ostolaza fueron los dos arcángeles que tiraron (permítaseme la figura) del carro celestial de mi encumbramiento. Si uno me introdujo en el cuarto del Infante, llevóme el otro al del Rey. Muchas y no despreciables cosas tengo que contar de mis conexiones con los primeros cortesanos de la época; pero antes

de llegar al lugar sagrado, se me permitirá que me ocupe de otras menudencias, que, no por serlo, dejan de ser indispensables para el conocimiento de lo que vendrá después, y de cierto asunto que por mi propia cuenta emprendí. Como aquí entran personas de menos copete y algunas madamitas, también abro capítulo aparte.

IX

A casa de las de Porreño iba yo á menudo, y constantemente desde que se apareció en aquellos tristes salones cierta Condesa de Rumblar, acompañada de un lindo femenil pimpollo, nombrado Presentacioncita, la cual era un conjunto de gracias, seducciónes y monerías de imposible descripción. Tenía tal garabato para burlarse de Ostolaza y de mí, elogiándonos en apariencia, que ni él ni yo sabíamos enfadarnos para salvar la dignidad. Nos zahería muy sandungueramente, y por mi parte me moría de gusto. La luz chispeante de sus ojitos negros como la noche, deslumbraba los míos, y se me entraba y esparcía por todo el cuerpo, escarbándome el corazón. Cuando reía, figurábasele á uno tener delante un coro de angelitos insolentes, jugueteando de nube en nube; cuando se ponía seria, era preciso estar

en guardia, porque de fijo tramaba alguna ingeniosa picardía. Su gravedad era una máscara, detrás de la cual se fraguaban hipócritamente todas las aleves conspiraciones contra nuestras casacas, contra nuestras chupas, y también contra nuestras pobres carnes.

Temblábamos ante ella, y por mi parte me derretía de gozo cuando mi cara se bañaba en su aliento durante una partida de mediator. Moralmente hablando, nos pellizcaba sin cesar, pues no podían ser otra cosa sus punzantes burlas. Digo punzantes, porque en cierta ocasión clavó en los sillones donde Ostolaza y yo nos sentábamos, algunos alfileres tan soberanamente dispuestos, que mi buen amigo y yo vimos, sin ser astrólogos, todo el sistema planetario. Otra vez cosió mis faldones á un infame aparato, que moviéndose echó por tierra la cesta de la costura donde Doña Paz tenía distintas suertes de labores, ovillos, canutillos y lienzos, de tal modo, que levantarme yo y venir el mujeril aparato al suelo, fué todo uno. A veces inventaba un juego de acertijo, en el cual había un plato artificiosamente ahumado, que nos aplicábamos á la cara para saber el secreto, y puesta la sala á obscuras, resultaba después que aparecíamos Ostolaza y yo con la cara tiznada, de lo cual se holgaban y reían mucho los concurrentes. A menudo recibía yo cartitas y recados de monjas mandándome llamar, y luego salíamos con que era mentira. Y no digo nada de aquella graciosísima invención que consistía en darme un dulce, y cuando yo todo almibarado de

gozo me lo metía en la boca, resultaba más amargo que la misma hiel.

¡Ay! en aquellas tertulias había verdadero entretenimiento; se divertía uno con la más rigurosa honestidad, sin propasarse jamás á cosas mayores, y aunque se padecía un poco del mal de Tántalo, el lindo juego de la gallina ciega nos proporcionaba algún yo y tú casual entre tapices, y se podía coger al vuelo un par de blancas manos, algún torneado brazo, ú otra cualquier obra admirable del Criador. Daba la maldita casualidad de que siempre que estábamos rezando el rosario, sonaba adentro descomunal y pavoroso ruido, y á obscuras ó con un candilejo era preciso ir á ver lo que era, no faltando damas valerosas que le acompañasen á uno por los solitarios corredores. Por supuesto, al fin venía á resultar que aquellos espantables ruidos eran obra del gato, haciendo de las suyas en la cocina.

Con éstos y otros inocentes placeres, se pasaban dos ó tres horas de la noche sin sentirlo.

Una noche noté que Presentacioncita no nos dió bromas ni á Ostolaza ni á mí. No dí importancia al suceso. A la noche siguiente no fué á la tertulia y se dijo que estaba enferma; pero apareció tres noches después bastante desmejorada y muy triste, lo cual me sorprendió mucho, y observé. Observé su semblante, su mirar, qué conversaciones prefería, á cuáles palabras prestaba más atención. Atisbé sus suspiros y la distracción honda en que comunmente estaba, deduciendo de todo que Presentacioncita tenía un gran pesar sobre su alma.

Pero lo más extraño fué que la graciosa niña no sólo se abstenía por completo de toda burla mordaz conmigo, sino que me trataba con inusitadas consideraciones, fijando en mí su mirada, cual si quisiese leer mis pensamientos, y por ellos adivinar mi voluntad para satisfacerla.

Atendía al juego, alegrándose mucho cuando yo ganaba, y demostrándome en sus ojos profunda pena si la suerte no me era propicia. Al retirarme, me preguntó con vivísimo interés si faltaría á la tertulia de la noche siguiente.

Acostéme y no dormí. Los dos ojos de Presentación fulguraban en la obscuridad de mi alcoba como estrellas en el negro cielo. Pero yo no soy hombre que pierde el tino por afán de ideales amores, ni en mi vida he sentido el embrutecimiento de que hablan los poetas, dolencia común á cabezas hueras y á gente vagabunda. Reíme, pues, de aquello, y vino el día y tras él la noche. Parecióme, al entrar en la tertulia, que con mi vista se disipaba la tristeza de la prociosa niña, como con la presencia del sol huyen las nieblas que obscurecen y enfrían la tierra. ¿A qué negarlo? yo estaba inflado de orgullo.

Conocí que deseaba hablarme, y por mi parte sentía ardiente anhelo de decirle un par de palabritas al oído, sin que lo viera mi señora la Condesa. Ofreciósenos á entrambos ocasión propicia cuando los demás hablaban ardientemente de la caída de Macanaz. Presentacioncita me dijo con la mayor zozobra:

—Señor de Pipaón, tengo que hablar con usted.

—Y yo también, señora Doña Presentacioncita, tengo que...—repuse, sin poder encontrar una fórmula de madrigal.

—Pero mucho, mucho,—añadió ella, poniéndose más encarnada que un cardenal.

—¿Mucho?

—Tengo... tengo que confiar á usted...

—Sí, yo también...

—Un gran pesar.

—¿Pesar?

—Sí, una gran pesadumbre, y espero...

—Yo también espero...

—Espero que usted me hará el favor que he de pedirle... Usted, sí, me han dicho que sólo usted...

Yo estaba confundido y nada contesté.

—Mañana, señor de Pipaón...—dijo disimulando todo lo posible su inquietud;—mañana...

—Mañana, ó cuando usted quiera...

—Venga usted aquí. Estaremos solas Doña Salomé y yo. Mi madre, Doña Paz y Doña Paulita van á visitar á las monjas de Chamartín. Yo he dicho que vendré á ayudar á Doña Salomé en una labor que trae entre manos.

Al siguiente día, á la hora marcada, acudí presuroso á la cita, poniéndome de veinticinco alfileres. Retiróse la de Porreño cuando yo entré, y Presentacioncita no esperó á que me sentara para decir:

—Señor de Pipaón, en usted confío, en su mucha bondad y cortesanía. Se trata de una obra de caridad.

—¡Una obra de caridad!... ¡y para eso...! —murmuré desconcertado.

—Se lo agradeceré á usted toda mi vida, toda mi vida,—afirmó ella cruzando las manos y clavando en mí hechiceras miradas.

Empecé á sospechar si sería yo víctima de una refinada ingeniosa burla.

—Veamos: ¿qué obra de caridad es esa?—pregunté tan inquieto y sobrecogido, cual si sintiera en el asiento de la silla los alfileres de marras.

Presentacioncita fijó los ojos en el suelo, y doblando y desdoblando la punta del pañuelo, dijo:

—Yo tengo...

—Vamos, acabe usted.

—Me cuesta mucho trabajo, señor de Pipaón; pero no me queda otro remedio que decírselo á usted.

—Pues oigo. ¿Tiene usted...?

—Vergüenza.

—¿Es algún pecado?

—Pecado, no.

—Entonces, amor.

Presentación respiró cual si la quitaran de encima un gran peso.

—Eso es. Cuesta mucho decirlo... Gracias, Sr. D. Juan. Me ha adivinado usted. Bien dicen que otro de más pesquis no le hay bajo el sol.

—¿Y quién es ese dichoso joven?—pregunté de muy mal talante, esforzándome en poner cara indiferente.

—Ese joven... es... vamos, un joven... muy desgraciado por cierto, si usted no lo remedia.

—¿Yo?... ¿Y en qué puedo servirle?

—¡Ay! para un hombre como usted no hay nada imposible. Por su mucho talento ha logrado ganarse una buena posición; es amigo de Antonio I, del Infante, y tiene gran poder en la Corte...—añadió con mucha zalamería.

—¡Yo!

—O en el Gobierno. ¡Qué gusto para la madre que tal hijo crió! Verle encumbrado por sus méritos nada más, por su entendimiento; verle solicitado de los grandes señores y hasta de los obispos... No sabemos á dónde va á llegar usted, señor de Pipaón, y si no para de subir, le veremos ministro ó gobernador del Consejo, ó embajador el día menos pensado.

—Gracias, señora Doña Presentacioncita. Pero...

—Pero... déjeme usted seguir,—repuso impaciente, porque la revelación del principal secreto le había devuelto su normal viveza y desenvoltura.

—Ya oigo.

—Decía que si usted me libra de la profunda aflicción que tengo, rezaré todas las noches un Padrenuestro para que Dios le haga á usted embajador ó ministro.

—Hecho el trato—respondí riendo.—Su novio de usted...

—¡Por Dios y todos los santos, sea usted reservado! Hago á usted esta confianza porque conozco su prudencia, su bondad, su discreción. Antes moriría que fiarme de Ostolaza.

—Lo creo.

—Si usted dice una palabra por la cual mi señora madre pueda sospechar...

—¡Oh! Lo que es eso...

—Entonces tomaré venganza tan horrenda, tan espantosa...

—Lo creo, sí, lo creo sin juramento.

—Tan espantosa, que... vamos: ya estoy teniendo compasión de usted. ¡Oh! de veras... será usted el más desgraciado de los hombres.

—El más feliz seré si consigo sacar á usted de ese mal paso.

—A mí no, á él,—declaró con viveza.

—¿Quién és? ¿No se puede saber?

—Usted le conoce,—dijo fiando á mi penetración lo que sólo correspondía á su franqueza.

Avergonzábase de pronunciar el nombre de su adorado; y todo era medias palabritas, reticencias, adivinanzas, mucho de *que se quema usted*, hasta que al fin, con más trabajo que para sacar alma del Purgatorio, le saqué del cuerpo el dichoso vocablo, resultando que aquella Tisbe tenía por Píramo á un mozalbete de buena familia llamado Gasparito Grijalva, hijo de D. Alonso de Grijalva, propietario muy adinerado.

—¿Y en qué apreturas se encuentra ese joven, que tanto necesita de mí?

Presentacioncita se sintió conmovida, y llevándose el pañuelo á los ojos, dijo:

—Está preso.

—Vamos, madamita, no llorar. Eso no conduce á nada—repuse dándole algunas palmadas en el hombro.—¿Y qué diabluras ha hecho

el mozo?... ¿Alguna pendencia, alguna disputa quizás por esos lindos ojos?...

—No es nada de eso—añadió sollozando.—Le prendieron porque en el café dijo que Su Majestad era narigudo.

No pude contener la risa.

—¿Por eso, nada más que por eso?

—Y por haber dicho que Su Majestad escribía cartas á Napoleón desde Valencey, felicitándole y pidiéndole una princesa para casarse.

—¡Oh! grave desacato es ese...

—¡Ay! Sr. D. Juan—exclamó cubriéndose el rostro y llorando sin freno,—yo me muero de aflicción, yo no puedo vivir...

—Calma, mucha calma, señora mía, y discurramos lo que se ha de hacer.

—¡Y dicen que le van á ahorcar, señor de Pipaón!—agregó, volviendo á mostrar los ojos, más bellos entre la humedad del llanto, como es más bello el sol después de la lluvia.—Eso sería una iniquidad, un crimen... ¡Ahorcarle por una tontería!...

—Por eso se ahorca hoy... Discurramos. El delito es horrendo...

—¿Horrendo?

—Sí: ¡calumniar á Su Majestad, diciendo que anduvo en tratos con el infame monstruo!

—¡Cosas de muchachos! Como su padre es algo liberal, según dicen, y parece que no quiere toda la Inquisición, sino una parte de ella, desean castigarle en la persona del pobre, del inocente Gaspar... ¡Ah! ¡Si viera usted qué carta me escribió ayer!... Yo no sé cómo se las

compuso para escribirla en la cárcel y enviármela; pero ello es que la recibí. Me suplica que le mande secretamente un cordel ó un puñal para darse la muerte, antes que el verdugo ponga sus manos sobre él. ¡Esto parte el corazón! Parece que siento ya el puñal clavado en mi pecho, y la cuerda alrededor de mi cuello... Y gracias á que Dios me ha deparado un amigo tan bueno y generoso como usted; pues ¿quién duda que beberá los vientos para que pongan á Gasparito en libertad?

—Falta que lo consiga, porque la justicia de estos tiempos no se anda con bromas; y si bien es posible que el niño no lleve corbata de cáñamo por ahora, casi casi se le puede dar una carta de recomendación para los huéspedes de Ceuta ó de Melilla.

—¡En Africa, en presidio!... Para usted, según dicen, no hay nada difícil; todo lo allana, y es el más activo correveidile, el más bullidor y hormiguilla de los empleados públicos de hoy.

—Gracias.

—De modo que si usted no quiere verme morir de pena; si no quiere que le maldiga en mi última hora, y que desde este momento le aborrezca como á mi más cruel enemigo, prométame que dentro de unos pocos días estará Gaspar en libertad.

—Mucho pedir es, señora Doña Presentacioncita. Yo no tengo poder en la Corte ni en la camarilla, que es donde se prende y se suelta á todo el mundo. ¿Por qué no se franquea usted con Ostolaza?

—¡Jesús, ni pensarlo!—exclamó con terror. —Se lo contaría todo á mamá.

—En fin, yo haré lo que pueda,—dije, prometiéndome interiormente no volver á ocuparme de tal asunto.

—¡Lo que pueda!... eso es bien poco. Ha de hacer usted lo que no pueda, lo imposible, señor de Pipaón. Por ahí le llaman á usted Santa Rita.

—Mucho se me pide—indiqué dulcemente, discurriendo que bien podían darse algunos pasos, con tal que fueran remunerados de alguna manera,—y nada se me ofrece.

—¿Y mi agradecimiento eterno, mi amistad, lo mucho que rezaré por usted para que siempre goce buena salud y llegue á ser, cuando menos, Ministro, y pueda repartir beneficios á los necesitados?—observó con hechicera sonrisa, que valía más que todas las razones, y podía más que todos los ruegos.

—Presentacioncita—le dije, acercándome más á ella,—nunca creí que una niña tan linda, tan discreta, tan bondadosa, de tantísimo mérito como usted, fuese á caer en las redes de un...

—Menos incienso, Sr. D. Juan—replicó con malicia:—hoy no estoy para zalamerías.

—Pues qué, ¿esos ojos celestiales, esos...?

Alargué una mano para tocar la suya, cuando rechinaron los goznes de la puerta y yo salté en mi silla. La puerta se abrió, dando entrada á una figura pomposa, que desde su primer paso y desde su primera mirada empezó á irradiar magnificencia dentro de la ha-

bitación. Era Doña María de la Paz Jesús, hermana del señor Marqués de Porreño, y desde la muerte de éste, jefe de la ilustre cuanto desgraciada familia (*). Venía de la calle, y como era mujer de corpulencia, con el cansancio y la pesadez de sus carnes traía muy sofocado el rostro y fatigosa la respiración. Sentóse al punto, sin despojarse del mantón ni soltar el ridículo, el abanico, sombrilla y manojo de papeles que en la mano traía, como Minerva sus atributos, y lejos de enojarse por verme allí á hora tan impropia, pareció alegrarse mucho de mi presencia.

Aquella señora tan grave, tan rigurosa, tan ceñuda, enemiga feroz de toda clase de libertades, sonreía ante mí, dignándose echar el velo de su delicadísimo disimulo sobre aquel coloquio á solas, que en época posterior habría sido inocente, pero que en tiempos tan honestos era poco menos que escandaloso, casi nefando. Yo esperaba una tempestad, y me encontré con un arco iris.

Oigámosla ahora.

X

Antes de responder á mi saludo, me dijo:

—Espero que usted, señor de Pipaón, como

(*) Véase *La Fontana de Oro.*

hombre de gran influencia, amigo de Ugarte, Alagón y Pedro Collado, nos apoyará en nuestra justa pretensión, haciendo cuanto esté en su mano para que salgamos adelante.

—¿Y cuál es el asunto?...—pregunté confundido.

—¿Pues no lo sabe usted? ¿No estuvimos hablando de eso más de dos horas anteanoche?

—¡Oh! sí, señora mía, ya recuerdo: es...

—La moratoria que pretendemos... Ya hemos hecho la solicitud á Su Majestad, y se nos ha prometido que pronto se dará cuenta de ella en la regia Cámara, y que la apoyarán los más cariñosos amigos del Soberano.

—¿Una moratoria? ¿Con que una moratoria?...

—Nada más justo—dijo Doña María de la Paz, con acento de convicción profundísima. —Ni se me alcanza por qué han de ser tan lentas y fastidiosas las formalidades para concederla; debiera ser cuestión de un par de días, y de una esquelita de Su Majestad al Real Consejo.

—Señora, una moratoria siempre es asunto de gravedad.

—Pero no en el caso presente, señor de Pipaón—declaró con viveza, arrojando de sí una llamarada de orgullo que se extinguió bien pronto, como las chispas brotadas del pedernal.—Nosotros reclamamos una cosa muy justa. Mi padre y mi hermano contrajeron algunas deudas... la cantidad no hace al caso. Hiciéronlo así, porque el lustre de nuestra

casa lo exigía, pues sólo en una comida y fiesta de caza y pesca que se dió al Rey, al pasar por Montoro, cuando la batalla de las Naranjas, se gastaron treinta mil ducados. Ahora los acreedores, de los cuales el principal es D. Alonso de Grijalva, han dado en reclamar su dinero y quieren apropiarse las fincas libres que nos quedan, pues bien sabe usted que el mayorazgo, conforme á la ley de su principal instituto, se ha extinguido en nuestra línea por falta de varón.

—Ya, ya sé. ¿Ustedes, por falta de varón...? Comprendido.

—¿Cómo es posible, pues, que un Rey justiciero, que ha venido á restablecer en España las buenas doctrinas y á limpiar el Reino de toda impiedad y bajeza, consienta en este despojo, en este embargo inicuo, insólito, con que se nos amenaza?

—Señora, los acreedores... dieron, mejor dicho, colocaron su dinero...—indiqué respetuosamente.

—Sí, señor—añadió, despidiendo otro chispazo de soberbia que iluminó velozmente su rostro.—¿Pero qué vale su dinero?... ¡Miserable metal! Como si no hubiera en el mundo más que dinero... ¿Pues y las virtudes, pues y las glorias y grandezas del reino, pues y el lustre, fíjese usted bien, el lustre de las familias?

—El lustre. Sí, convengo en que el lustre...

—No, no es posible que un Gobierno justo nos quite la hacienda que honrosamente poseyeron nuestros antepasados. ¡A dónde vamos

á parar! Estaría bueno que un D. Alonso de Grijalva, un hombre que ha salido de la nada, pues público es y notorio que vino á Madrid de la Maragatería, arreando un par de mulas; estaría bueno, repito, que un D. Alonso de Grijalva, fíjese usted bien, un D. Alonso de Grijalva, se calzase nuestros estados de Galicia y Aragón. ¡Oh! Es zapato muy grande para tal pie. Esos hombrecillos, nacidos de los romeros y mastranzos, tienen una osadía que espanta. Tanto alzaron el vuelo en tiempos de la Constitución, que se creían dueños del mundo, y por lo que veo, aun después de vueltas las cosas á su sér y estado primero, continúan alzando la cabeza y amenazando con sus viles usurpaciones.

—En suma, ustedes solicitan que se ponga coto al inconcebible atrevimiento de los que han dado en la flor de llamarse acreedores.

—¡Oh! nosotras no negamos la deuda, ni tampoco el propósito firmísimo de pagar algun día—repuso con voz firme.—Pero deseamos que esos señores confíen en nuestra probidad, y esperen tranquilos la hora oportuna de recoger lo suyo. ¿Pues quién duda que es suyo? Nuestra pretensión no puede ser más natural. Sólo pedimos á Su Majestad que nos conceda una moratoria nada más que de diez años, fíjese usted bien, de diez años...

—Ya estoy fijo, sí. Me parece muy justo. Dentro de diez años...

—No creo que Su Majestad, tan piadoso, tan buen cristiano, tan justiciero, tan cariñoso para todos los que no nos hemos contami-

nado de la constitucional pestilencia, niegue una pretensión tan razonable, mayormente si considera que el fiero enemigo, de cuyas garras queremos librarnos, es un hombre á quien suponen un poco desafecto al régimen actual.

—El Señor de Grijalva no se mezcla en política. Es hombre modestísimo, que sólo se ocupa en gobernar su casa y sus intereses.

—¡Oh! qué mal le conoce usted—repuso con súbito arranque.—Si yo dijera que no hay lengua más cortante contra el Gobierno ni tijera más diestra que la suya para cortar vestidos á los amigos de Su Majestad .. En fin, ¡qué tal hombre será y qué tal educación dará á sus hijos, cuando ha sido preso Gasparito por desacatos al Rey y no sé qué abominables dichos y hechos!

—Parece que el niño dijo en un café que Su Majestad es un tanto narigudo.

—Algo más sería—afirmó doña María de la Paz, con verdadera saña.—Descubrióse que andaba en logias, escribiendo papeles, y reclutando gente de mal vivir.

Presentación parecía de cera.

—¡Oh! si es cierto—afirmé,—el hijo y el padre lo pasarán mal.

Presentación parecía de mármol.

—No, tales infamias no pueden quedar sin castigo. Veo que Su Majestad, llevado de su buen corazón, está por las blanduras, y perdona á todo el mundo. ¡Escarmiento!... duro en ellos, señor de Pipaón. ¡Si no se castiga á nadie!

Presentación había enrojecido, y parecía de fuego.

—Pero cualquiera que sea el fin de estas abominables conspiraciones y disturbios, usted tomará á pechos nuestro negocio, nos prestará su poderoso auxilio, y arrimará su hombro al sagrado muro, fíjese usted bien, al sagrado muro de nuestra moratoria. ¿No es verdad, amigo mío?—dijo Doña María de la Paz, levantándose para retirarse.

—Yo...

No pude decir más, porque en aquel instante concebí una idea grandiosa, colosal; una de esas ideas que de tarde en tarde fulguran en el cerebro del hombre, abriendo ante sus ojos inmenso horizonte en los espacios de la vida; una idea que absorbió mis potencias todas por breve rato, no permitiéndome ver cosa alguna, ni pensar en nada que estuviese fuera de la esfera de mí mismo. Tras de la idea vino un propósito firme, poderoso, y después un plan, cuyo sencillo organismo se me representó clarísimo en todas sus partes.

—Señora, no necesito decir que haré los imposibles porque se consiga esa moratoria, —manifesté con artificioso interés á la dama, cuando se retiraba.

Después volví al lado de Presentacioncita. Su cólera mal contenida, se desahogaba en amargo llanto.

—Adorada y adorable niña—le dije con acento de profundísima verdad.—No llore usted: todo se arreglará.

—Usted es muy bueno, ¿usted será capaz...? —dijo levantándose y poniéndose ante mí con las manos cruzadas, como se pone la gen-

te piadosa y afligida delante de una imagen.

—Tranquilícese usted: Gasparito será puesto en libertad,—afirmé con el mayor aplomo.

—¿Cuándo?

—Cuando se pueda. No hay que impacientarse. El muchacho no irá á presidio.

—¡Oh! ¡Qué hermosas palabras!—dijo saltando de alegría y secando sus lágrimas.—¿De modo que no...?

—No le condenarán.

—¿Usted lo promete?

—Solemnemente.

—¡Qué bueno es usted... pero qué bueno! ¡Ay, qué guapo es usted! Sí, ¡qué guapo y buen mozo me parece! ¿Por qué no lo he de decir? ¿Con que usted promete que no le harán daño?

—Lo juro. Oigalo usted bien. Lo juro.

—¡Oh! gracias, gracias, señor de Pipaón. Que Dios le dé á usted la gloria eterna, y en este mundo mucha salud, toda la felicidad, todos los destinos de la nación, todos los sueldos, todas las encomiendas, todas las grandes cruces del mundo, y aún me parece poco para lo mucho que usted se merece.

Diciéndolo así, y desahogando en tiernos votos la loca alegría de su corazón, alargaba hacia mí sus cruzadas manos con ademán patético.

Salí de la casa. ¿Cuál era mi idea, mi propósito, mi plan? Se verá más adelante.

XI

Era Ugarte muy amigo del Duque de Alagón, capitán de Guardias de la Real persona, inseparable acompañante del Monarca dentro y fuera de Palacio. Yo también tuve relaciones estrechas con el Duque, á quien visitaba frecuentemente por encargo de D. Antonio, para tratar de asuntos reservados, en los cuales no era posible otra tercería que la del nieto de mi abuela.

Por cuenta, pues, de Ugarte y por la mía propia (llevado del luminoso plan que mencioné más arriba), fuí á ver cierto día al señor Duque de Alagón, que vivía en Palacio. Cuando entré en su despacho, Su Excelencia no estaba solo. Acompañábale un hombre de mediana edad, de aspecto no desagradable, aunque tenía muy poco de fino, de semblante fresco, rudo, como de quien en su crianza vivió más bien al desamparo de los montes que en la regalada comodidad de los regios estrados; vestido lujosamente, aunque sin ninguna elegancia, con librea de flamantes galones; personaje, en fin, del cual se podía decir que era un palaciego que parecía lacayo, y un lacayo que cortesano parecía. Recostado en muelle sillón, fumaba un habano, y su coloquio con el Du-

que era tan corriente y por igual, que dos duques no se hubieran hablado de otro modo... ni tampoco dos lacayos.

Cuando entré, dijo el Duque:

—Podemos seguir hablando, Sr. Collado. Pipaón es de confianza y no importa que nos oiga.

—Es que Su Majestad se despertará pronto; llamará y tengo que llevar el agua,—repuso Collado mirando el reloj.

—Aún hay tiempo—dijo el Duque vivamente.—Para concluir, Sr. Collado...

—Para concluir, señor Duque...

—Concedo las dos bandoleras, á cambio de la canongía.

—Que no puede ser, que no puede ser...

—Pues vaya... tres bandoleras.

—¡Qué pesadez de hombre!—exclamó el de la librea, que no era otro que el eminente Chamorro, ayuda de cámara de un alto personaje.—He dicho á Su Excelencia que me pida el arzobispado de Toledo, ó media docena de mitras sufragáneas; pero que me deje en paz esa canongía de Murcia, plaza de gran empeño para mí, porque la tengo prometida al sobrino de mi cuñada.

—Pues precisamente esa canongía de Murcia y no otra es la que yo quiero con preferencia al arzobispado metropolitano—afirmó el Duque agitando los brazos.—Se la prometí á la Condesa, se la prometí, le dí mi palabra de honor... Sr. Collado, por amor de Dios... Disponga usted de dos plazas de guardia... vamos, de tres.

—Ni de cuatro. ¿Para qué quiero yo eso?—repuso Collado con desdén, contemplando el humo que desde su boca subía hasta el techo en blancas espirales.—Traigo entre manos la comandancia general de la plaza de Santoña...

—Ya sé para quién es eso—dijo el Duque con presteza.—Ya se convino en darla al marido de la Pepita.

—De Doña Rafaela, dirá usted, de Doña Rafaela.

—¡Doña Rafaela! Esa mujer es insaciable. Se ha llevado ya todas las plazas fuertes, y quiere también echar mano al Consejo Supremo de la Guerra. No he visto mujer que tenga más parientes. Es prima, hermana y sobrina de medio ejército... ¡Y la pobre Pepita á quien yo prometí...!

—No faltará para ella—repuso Collado.—En esa lista de vacantes que tiene Su Excelencia, ¿no se le había señalado á Pepita (para su tío el clérigo, se entiende) la Colecturía general de Expolios y Vacantes, Medias Annatas, y Fondo Pío beneficial?

—Si no hay tales vacantes—observó el Duque con mal humor;—las he provisto todas. Veamos otra cosa: ¿quién cae?

—Ya recordará Vuecencia los que perecieron anoche—manifestó Collado, sonriendo con malicia.—Está abierto el hoyo para dos Consejeros de Ordenes, por *tibios* y amigos de Macanaz.

—Y para el Director de Tercias Reales, si mal no recuerdo.

—Y para dos Beneficiados del *Venerable é inmemorial Cabildo de Guadalajara.*

—También tiene la marca en la frente—añadió el Duque, con satisfacción parecida á la de los labradores cuando hablan de buena cosecha,—el superintendente de Correos, por haberse negado á dar cuenta de aquellas cartas sobre el baile de máscaras.

—Muchos puestos hay—afirmó Chamorro con enfáticas pretensiones de gracejo;—pero hoy han venido tres obispos con trescientas solicitudes de Guerra ó Marina. Esto es mezclar berzas con capachos.

—¡Qué demonio!... ¿Y destierros, hay algunos?

—Tal cual... así andamos. Pero ¿no se le concedieron á Vuecencia unos trece ó catorce la semana pasada?

—Es verdad; pero los he gastado todos. Quisiera más—dijo Alagón con disgusto.—¿No ve usted que necesito muchos puestos vacíos? ¡La Condesa, Juanita, Doña Romualda! ¡Si no me dejan respirar!... Esa gente con nada se satisface. Creen que la nación se ha hecho para ellas. Ya se ve: como ellas parecen hechas para la nación...

—Pues Su Majestad hace días que anda muy rehacio, señor Duque—afirmó Pedro con burda socarronería.—Dice que abusamos.

—¡Que abusamos!

—Y que es preciso, en la provisión de destinos, dejar algo á los Ministros, porque éstos se quejan de la nulidad á que están reducidos, y del tristísimo papel que hacen.

—Aquí hay alguna mano oculta, Sr. Collado—exclamó con rabia el Duque.—Aquí hay intriga. A usted y á mí nos están engañando, y con vivir tan cerca de Su Majestad, no sabemos lo que pasa.

Chamorro se encogió de hombros. El Duque miróme con atención, y sus ojos parecían decirme: «¿Qué piensa usted?»

—Todo depende—dije yo, rompiendo el silencio que, por darme mayor importancia, había guardado hasta entonces,—todo depende de los humos que han echado algunos Ministros, como el fatuo, el insolente D. Pedro Ceballos, como D. Juan Pérez Villamil y otros.

—Bien, muy bien dicho,—exclamó el antiguo aguador de la fuente del Berro, dándome una palmada en la rodilla para demostrarme su conformidad absoluta con mi parecer.

—Observen ustedes bien cuál es el plan de los Ministros—proseguí enfáticamente.—El plan de esos señores bien claro se ve... es apoderarse del ánimo de Su Majestad, inclinarle á aceptar cuantas medidas ellos propongan, ordenar las cosas de modo que todos los asuntos públicos sean resueltos por ellos, y todos los destinos dados y quitados por ellos.

—Justo, eso, eso es—afirmó el Duque:—Pipaón ha puesto el dedo en la llaga.

—Bien claro lo demuestran las providencias que se están tomando—dijo Chamorro con ademán meditabundo.—Para imponer su voluntad, han empezado por aconsejar al Rey que vaya dejando á un lado las medidas de

rigor. ¡Oh! aquí hay algo. En el aldehuela, más mal hay del que se suena.

—Como que ya han acordado suprimir las Comisiones de Estado, y se han prohibido las denominaciones de *serviles* y *liberales*—indiqué yo.—En suma, señores, hay en el Ministerio algunos individuos que se manifiestan deferentes ante el Monarca; pero ¿qué pensaremos de un Ceballos, de un Villamil? ¿Qué pensaremos, repito, al verles empeñados en llevar el Gobierno por los torcidos caminos de una tibieza hipócrita?

—Una tibieza que no es más que constitucionalismo disfrazado,—dijo Alagón, dándoselas de muy perspicuo.

—¡Constitucionalismo!—repitió Collado.—Así se lo he dicho esta mañana. Debajo del sayal hay al...

—¿Y qué dijo? ¿No hizo alguna observación chusca?—preguntó con interés vivísimo el Duque.

—Siempre que le hablo de esto, calla como un cartujo—repuso con descorazonamiento Collado.—Al buen callar llaman Fernando.

Los dos palaciegos permanecieron meditabundos por breve rato.

—Yo no sé qué raíces echa el tal D. Pedro donde quiera que pone los pies—dije yo;—pero es lo cierto que, cuando se instala, no se deja echar á dos tirones.

—Es hombre listo y que sabe manejarse—añadió el Duque.—¡Cuando ha sabido hacer olvidar sus servicios á Bonaparte en Bayona, y á las Cortes en Cádiz...!

—Pues si he de ser franco, señores—observé yo con hinchazón y petulancia,—manifestaré á ustedes una cosa, y es que... Vamos, lo diré en dos palabras. Si yo viviera en esta casa, D. Pedro Ceballos no duraría una semana en el Ministerio.

—¡Ay, amigo!—me dijo el Duque, poniéndome familiarmente su noble mano en el hombro.—¡Usted no sabe qué clase de casa es ésta!

—Se intentará, señores, se intentará—dijo Collado, rascándose la frente.—Otras cosas ha habido más difíciles.

—Mucho más fácil sería dar en tierra con Villamil; ¿no es verdad, Sr. Pedro?

—Ese tiene su pasaporte colgado de un pelo, como la espada de Demóstenes,—afirmó socarronamente el aguador.

—De Damocles, querrá usted decir—indicó Alagón.—Pues es preciso romper ese cabello; ¿me entiende usted, Sr. Collado?

—Ya, ya se hará—murmuró el ex-aguador, dándose importancia.—Yo creo que Su Majestad tiene razón, señor Duque. Estamos abusando, estamos abusando de su mucha bondad. Verdad es que, si algo hacemos, muévenos el gran cariño que le tenemos todos.

—¡Abusar!—exclamó el Duque con desabrimiento.—Por mi parte hace tiempo que estoy casi en desgracia. Recibo muy pocos favores.

—¡Hombre de Dios, y todavía se queja!—gruñó Collado, con cierto enojo.—¡Después que, á cambio de las condenadas bandoleras, se ha llevado la mitad de los beneficios, de

las prebendas, de las raciones, de las abadías, de las capellanías, de las colecturías, de las examinadurías sinodales, de las difinidurías de la Santa Iglesia! Y todavía pide más. ¿Qué es lo que pide la mona? Piñones mondados.

—Ya ve usted...—dijo el prócer con mal humor.—No he podido conseguir la canongía de Murcia, que es para mí de gran empeño... Pero no cedo: esta noche misma hablaré de ello á Su Majestad... Veremos si cuento con Artieda, hombre de gran poder en la provisión de piezas eclesiásticas.

—Artieda—repuso Chamorro,—trae entre manos una moratoria que solicitan las señoras de Porreño.

—¿Y se la concederán?—pregunté sin mostrar interés.

—Creo que sí. Viene recomendada por una cáfila de reverendos.

—Si es cosa de Artieda—añadió el Duque, —la doy por ganada. Ese endiablado guardarropas, con su aire mortecino y su cabeza caída como higo maduro, vale más que pesa.

—Fué criado de la casa de Porreño,—observó Collado con distracción, arrojando la cola del cigarro.

—¡Pobre Sr. de Grijalva!—exclamó Alagón. —Buen chasco se lleva si las de Porreño consiguen la moratoria.

—Por cierto que soy amigo de Grijalva—manifestó Chamorro,—y ha venido esta mañana á solicitar mi favor para que pongan en libertad á su hijo.

—Un mal criado niño que en los cafés ha

calumniado al mejor de los Reyes, y al más generoso de los hombres,—dije.

—¡Calaveradas!—balbució el Duque.—Y usted, Sr. Collado, ¿aboga por Gasparito?

—Sí, señor—repuso el ayuda de cámara.—Tengo empeño en ello, y creo que no me será difícil...

—Si es usted omnipotente...

Collado se levantó.

—Repito mi proposición—le dijo el Duque, agarrándole por la solapa de la librea.—Doy dos bandoleras.

—No.

—Tres.

—No... he dicho que no.

—¿Pero se va usted?

De repente callaron ambos porque se abrió la puerta, y apareciendo en ella un lacayo, gritó:

—¡Sr. Collado, la campanilla!

Chamorro corrió fuera de la habitación con la rapidez de un gato.

—Ha llamado—dijo el Duque sentándose.—Señor de Pipaón, hablemos.

XII

¡El Duque!... ¡Oh! no puedo escribir una palabra más sin hablar del Duque largamente, para que se conozca á uno de los persona-

jes más extraordinarios de aquella eminente y nunca bien ponderada Corte.

¿Quién no hablaba entonces del Duque, aunque sólo fuera para referir sus antecedentes, y contar los pasos todos de su rápido encumbramiento, pues fué hombre que en cuatro años pasó de la nada de *Paquito Córdoba* al Ducado de Alagón con grandeza de España, toisón de oro, grandes cruces, y el mando de la guardia de la Real persona? Era espejo de los libertinos de buena cepa, cabeza de los cortesanos, y hombre de sutiles trazas para zurcir y descoser voluntades palaciegas.

Gozaba el privilegio de una buena presencia, aunque se le iba gastando, porque nada es menos duradero que la hermosura, y el Duque, con sus cuarenta y cinco años á la espalda, principiaba á ser una muestra gloriosa, una sombra de grandezas pasadas. Su trato y sus modales eran finos; su conversación poco agradable en lo que no fuese del dominio de la intriga, porque no eran muchas sus humanidades. Verdad es que maldita la falta que esto hacía á un señorón de sus condiciones, y que no había de ponerse á maestro de escuela. Bastábale, y aun le sobraba para realzar su nobleza nativa y la posición conquistada, un conocimiento profundo de todas las suertes del toreo, desde las más antiguas hasta las más modernas, picando en esto casi tan alto como Pedro Romero, á quien por entonces le empezaba á despuntar sobre el coleto la borla de doctor y el birrete de maestro en las aulas de Sevilla.—Paquito Córdoba era además en

cuestión de caballos un centauro, es decir, tan buen caballero que con el caballo se confundía. ¡Qué ojo el suyo para adivinar las buenas y malas prendas de sangre sin más que ver el pelaje de aquellos nobles brutos! ¡Qué mano la suya para entrar en razón al más díscolo, para quitar resabios y dar aplomo al ligero, gracia y desenvoltura al pesado, formalidad al querencioso!

No se crea por esto que el Duque era aficionado á la guerra. El ruido le daba dolor de cabeza, y además, ¿para qué se había de molestar, cuando había tantos que por un sueldo mezquino peleaban y morían por la patria? Militar era el personaje que describo, y bien lo probaba su noble pecho lleno de cuanto Dios crió en materia de cruces, galones y cintas... Y no se hable de improvisaciones y ascensos de golpe y porrazo, que hasta los nueve años no tuvo mi niño su Real despacho, merced á los *méritos contraídos por su madre como dama de honor*. A los once ya le lucían sobre los hombros dos charreteras como dos soles, sin omitir el sueldo, que no era mucho para el trabajo ímprobo de ir todos los meses á presentarse á la revista. A los veinte pescó una encomienda de Santiago, y luego fueron cayéndole los grados, no atropelladamente y sin motivo, como los cazan éstos que se elevan por el favor y la torpe intriga, sino despacito y en solemnidades nacionales como un besamanos, el parto de la Reina, los días del Rey y otras fiestas de gran regocijo privado y público. Bien ganados se los tenía, pues reinando

Godoy, no costaba pocas cortesías, morisquetas y genuflexiones el coger un grado en aquella inmensa Babel de los salones de la casa de Ministerios, donde se chocaban unas contra otras, produciendo mareo y rumor indefinible, grandes oleadas de pretendientes de ambos sexos.

Nombróle Fernando capitán de su guardia en 1814, cargo que desempeñaba á pedir de boca. Daba gusto ver aquella guardia. Paquito la puso en tan buen pie, que no parecía sino cosa de teatro. Verdad es que se gastaban en su equipo sumas colosales, de las cuales nunca se dió al Tesoro, ni había para qué, la correspondiente cuenta y razón. Carecían de límite los dineros asignados á tan importante fin, y en ley de tal, el Duque iba pidiendo, pidiendo, y el Tesoro dando, dando; pero como era para mayor esplendor de la Corona, los Ministros no chistaban. Acontecía que muchas veces los oficiales del ejército de línea no veían una paga en diez meses; pero ¡qué demonio! no se podía atender á todo, y eso de que cualquier oficialete en activo servicio dé en la manía de estar siempre piando, piando por dinero, es cosa que aburre y mortifica á los más sabios gobernantes.

No sé cómo les aguantaban. Especialmente los marinos, á quienes se debía la bicoca de *setenta* pagas, no dejaban pasar un año sin importunar al Gobierno con ridículos memoriales que destilaban lágrimas. Harto hizo Su Majestad permitiéndoles consagrarse á la pesca, oficio denigrante para tan noble instituto,

y no lo tolerara ciertamente el sabio poder absoluto, si no aconteciera que un oficial que había estado en Trafalgar muriese de hambre en el Ferrol, y que otros cometieran la villanía de ponerse á servir de criados para poder subsistir.

De seguro que los guardias de la Real persona y su capitán el Duque de Alagón no se quejaban de falta de pagas, pues éste las recibía puntualmente, con la añadidura de mil valiosos regalillos que el Rey por cualquier motivo le hacía. Los hombres que logran subir á posición tan alta, no deben sufrir denigrantes escaseces; que eso sería deslustrar el brillo del absolutismo, y rebajar la dignidad de todo el Reino; y como Paquito Córdoba no había heredado de sus padres cosa mayor, Su Majestad le hizo cesión, á él y á otros individuos, de una parte del territorio de las Floridas, que no era ningún erial. No bastando esto, concedióse le tambien el privilegio de introducir harinas en la isla de Cuba con bandera extranjera, el cual derecho valía por una minita de oro. Para explotarla, Alagón tenía por socio á un Barón de Colly, de quien no se sabía si era irlandés ó francés; aventurero, arbitrista, proyectista, hombre incalificable que años atrás había intentado sacar de Valencey al príncipe cautivo y traerle á España.

Murmuraban muchos del privilegio de las harinas... que es muy común eso de no ver con buenos ojos al prójimo que saca el pie de la miseria. ¡Válgame Dios! ¿Por qué no se había de permitir al Duque que se redondeara?

Pues qué, ¿no es muy conveniente para la república que abunden en ella los hombres ricos? ¿Y por qué no había de serlo el Duque, cuando con ello no perjudicaba más que á los tunantes labradores de toda Castilla, hombres ambiciosos, tan comidos de envidia como de miseria, y que todo lo quieren para sí?

Intima amistad enlazaba al Duque con su Soberano. Algunos decían que Alagón era un hombre *asiático*. ¡Qué vil calumnia! ¡Llamarle así porque gustaba de servir dignamente á su amigo! Buen tonto habría sido el Duque si hubiera permitido que otro se encargara de las comisiones que él sabía desempeñar á maravilla. Sobre que el resultado habría sido el mismo, llevábase el provecho cualquier hidalguete de gotera ó capigorrón entrometido.

Público es y notorio que ni uno ni otro gustaban de escándalos: nada de eso. En las recepciones públicas y audiencias privadas, amo y siervo tenían un sistema de señales mímicas, por las cuales se telegrafiaban cuanto había que comunicar respecto á las damas postulantes. Como aficionado á estudiar por sí las costumbres del pueblo para aliviar sus necesidades y ver prácticamente los beneficios de su gobierno absolutísimo, Fernando salía por las noches del regio alcázar, para lo cual, puesto de acuerdo el Duque con el oficial de la guardia, eran alejados del paso todos los soldados. ¡Qué llaneza y familiaridad en un Príncipe autócrata! ¡Qué elevación en su humildad, y cuánto se sublimaba abatiéndose hasta tocar con sus augustos codos los harapos del pue-

blo!... Porque Rey y favorito no salían para visitar los palacios de los grandes, ni darse tono en las principales calles y sitios públicos, entre galas y boato, sino que callandito y sin pompa se iban muy á menudo, en la obscuridad de la noche, á visitar á los pobres.

Y daban muy buenas limosnas; vaya... Me lo contó Juana la Naranjera.

XIII

—¿Con que le conviene á usted—me dijo el Duque afectuosamente,—la Real Caja de Amortización?

—Si el mejor servicio del Rey me lleva á esa Dirección—repliqué,—¿por qué no?

—Ya convine con D. Antonio Ugarte, que es usted el único hombre á propósito para tal puesto.

—Gracias, muchísimas gracias, señor Duque. ¡Es usted tan bondadoso...! Sí: D. Antonio tiene mucho empeño en que yo dirija la Caja de Amortización. Esa serie de juros de 1803, que andan por ahí, sin que nadie los quiera, necesitan una mano cariñosa que les dé colocación, con preferencia á los que ahora tienen el turno.

—Perfectamente—dijo satisfecho de mi perspicacia.—Esos pobres juros no valen dos

reales hoy; pero para todo hay remedio...

—Para todo, señor Duque.

—Los únicos poseedores de ese papel somos Ugarte, yo... y otra persona.

—Comprendido.

—Hicimos la tontería de adquirirlos al dos...

—¡Oh! no me cuente Vuecencia la historia. Si fuí yo el encargado de comprarlos. Se adquirieron con intención de asimilarlos á los demás juros. D. Antonio y yo hemos hablado largamente del asunto, y es cosa arreglada, siempre que haya una mano enérgica en la administración.

—Muy bien—dijo Su Excelencia regocijado de mis procedimientos ejecutivos.—Pero harto sabe usted, Pipaón, que esa mano enérgica (ya hemos convenido en que será la de usted), que esa mano enérgica, repito, no podrá extender sus dedos de hierro mientras sea Ministro de Hacienda el Sr. D. Juan Pérez Villamil.

—Por de contado. En Madrid todos dan por muerto á Villamil.

—De eso se trata—afirmó cejijunto.—Pero no es tan fácil como parece, por más que diga el Sr. Collado... ya usted le oyó... Villamil está apoyado por Ceballos, el cual tiene muy buenos asideros.

—Mas es tan deplorable la política de este señor, que no sería difícil dar con él en tierra... digo, me parece á mí.

—Vaya si es deplorable. Todo el Reino está alarmado ante las amenazas de los liberales —afirmó el Duque, mostrando su desmedido

celo por el bien público.—Las conspiraciones crecen.

—¿Y cómo no han de crecer, si ha desaparecido el coco de las Comisiones de Estado; si hasta se han prohibido las denominaciones de *liberales* y *serviles;* si se ha mandado que en el término de seis meses queden falladas todas las causas por opiniones políticas?

—Así no hay Gobierno posible: es lo que yo digo. Así volvemos á los tumultos de la Constitución, al democratismo, al desorden de los papeles periódicos, de los clubs y de los cafés discursantes.

—Y se conspira, se conspira. Ya se lo demostraremos á Su Majestad.

—Si es inconcebible que no lo comprenda. ¡Qué falta nos hace ahora el bailío Tattischief! Ya podía haber dejado su viaje á París para mejor ocasión. ¿Y el señor de Ugarte cuándo viene de Guadalajara?

—De mañana á pasado. Por no poder hacerlo hoy, me escribió para que, de acuerdo con Vuecencia, estuviese á la mira del sucesor de Villamil en caso de que éste caiga.

—¡Oh! no hay duda en eso—afirmó el Duque con resolución.—El nuevo Ministro de Hacienda será D. Felipe González Vallejo.

—Así lo espera D. Antonio.

—Y así será. ¡Si es el candidato del Infante D. Antonio, que hace tiempo bebe los vientos por darle la cartera!

—Y en verdad, no hay hombre más para el caso—indiqué yo.—Vallejo no será tan reglamentario como ese testarudo *alcalde de*

Móstoles, que no perdona un número ni una letra, y abruma á todos los empleados con su nimiedad escrupulosa. De todo quiere enterarse, y ha de meter su hocico en los asuntos más insignificantes.

—¡Qué calamidad!—exclamó Alagón con cierta somnolencia, arrellenándose en su sillón.—Dicen por ahí que Vallejo no sirve para el Ministerio de Hacienda, porque ha derrochado su fortuna y la de su mujer.

—Y que administró detestablemente la fábrica de paños de Guadalajara.

—Y que es un ignorante aturdido. Digan lo que quieran, para ser Ministro de Hacienda no se necesita ser una lumbrera, ¿no es verdad, Pipaón? Cobrar lo que le dan, entregar lo que le piden... Cuando no lo hay, ellos no lo han de sacar de las piedras...

—Y para echar contribuciones no se necesita ser un Séneca; ¿no es verdad, señor Duque?...

—Si al menos lograran satisfacer las atenciones más sagradas... pero es calamitoso lo que pasa. El Tesoro privativo del Rey, aquél de que libremente y á su antojo dispone Su Majestad, no toma del Tesoro público todo lo que debiera tomar, porque las arcas están casi siempre vacías. Verdad es que los Directores de Loterías y otros empleados de Hacienda regalan á Su Majestad, bajo el pretexto de ahorros, grandes sumas, que si no...

—Aun así, este año van depositados en el Banco de Londres algunos milloncejos,—apunté con malicia.

—Poca cosa...—repuso con desdén el Duque. —Gracias á que Su Majestad vive hoy con mucha economía... Ya sabe usted que ha dispuesto suprimir el regalo que antes se hacía á la servidumbre á fin de año.

—Sí, toda la ropa blanca usada por las Reales personas.

—Además ha suprimido mil inútiles despilfarros, porque el reino está agobiado de contribuciones, el Tesoro público vacío... Yo calculo que Su Majestad, arreglándose á la mayor sobriedad posible, no habrá gastado en el año que acaba de transcurrir arriba de *ciento veinte millones.*

—El año que viene será más. ¿No ha oído Vuecencia hablar de boda?

—No conozco más que los proyectos de Ugarte y de Tattischief... ¡Una Princesa rusa!... —indicó meditabundo.—Dudo mucho que eso se realice... ¿Ha dicho usted que D. Antonio viene?...

—Mañana ó pasado.

—Si lográsemos despachar el asunto de Villamil, ya podría pensarse después en lo de la Princesa rusa.

—El asunto de Villamil—afirmé yo en el tono más lisonjero que me fué posible,—me parece resuelto, desde que hombres tan poderosos han puesto su mano en él. Por mi parte, en la Real Caja de Amortización estaré á las órdenes de Vuecencia.

—Gracias, Pipaón—me dijo con bondad suma.—Ya sabe usted que si el asunto fuera de interés mío exclusivamente, no lo tomaría

tan á pechos; pero alguna persona muy superior á nosotros desea que esto se arregle.

—Comprendo... La monarquía absoluta tiene inmensos gastos... Todo es poco para ella.

—También necesita atender á todo, señor mío,—afirmó sentenciosamente.

—Por eso me congratulo en extremo—añadí humillando la frente,—de contribuir con mis cortas fuerzas á este concierto admirable, sin que en la humilde sumisión mía haya el menor asomo de interés... pero ni el menor asomo de interés. Nada pido, señor Duque.

Diciendo esto me levanté para marcharme.

—Usted no necesita pedir para obtener—añadió.—Tan grande es su mérito y la solicitud que manifiesta en el buen servicio del Rey y del Reino... ¿No se le antoja á usted nada en estos días?...

—No, nada... lo que es por ahora...—dije vagamente, como quien recuerda.

—¿Nada en que yo pueda servirle?—repitió levantándose también.

—Ahora recuerdo, señor Duque... una bicoca... Tenía empeño en... Puesto que Vuecencia es tan bondadoso, voy á pedir dos favores, dos favorcillos nada más.

—¿Dos nada más?

—Dos. He oído hablar hace poco de una moratoria...

—Solicitada por la hermana del difunto Marqués de Porreño. ¿Desea usted que se conceda?

—Al contrario: deseo, mejor dicho, tengo mucho interés en que no se conceda.

—Ese asunto lo trae en su cartera Artieda, guardarropa de Su Majestad. Es muchacho hipócrita, pedigüeño, y que, como tal, sabe sacar mendrugo. Es muy posible, muy posible, señor de Pipaón, que obtenga la moratoria. En fin, yo veré...

—Haga Vuecencia lo que pueda, que yo por mi parte, si voy estas noches á la tertulia, veré cómo me las compongo con el señor Artieda.

—¿Y el otro favor?

—Es relativo al hijo de D. Alonso de Grijalva.

—Ya... es usted su amigo. ¡Hombre generoso! ¿Quiere usted que se deje en paz al muchacho y se le ponga en libertad?

—Al contrario: deseo que siga en la prisión.

—¡Hola, hola!... Por lo visto usted protege el bolsillo de Grijalva, pero no apadrina las calaveradas de Gasparito... Buen propósito; me parece un excelente sistema. Aquí vislumbro todo un plan de moralidad.

—Me desvivo por arreglar á una familia perturbada. ¿Me ayudará Vuecencia en mi noble tarea?.

—Eso es más fácil. Un preso más, un viajero más á tomar los aires de Ceuta.

—No, es que no quiero enviarle tan lejos. ¿A qué esa crueldad? Tengámosle en la cárcel de la Corona hasta que madure.

—¿Hasta que el joven madure?... Bien: por mi parte haré lo que pueda.

—Señor Duque, las promesas vagas de Vuecencia son para mí concesiones, y sus es-

peranzas realidades. Cuento con Vuecencia. Adiós.

—Adiós, Pipaón; que no deje usted de venir una de estas noches... Agrada usted, agrada usted mucho... Se celebran sus chascarrillos, y su gracejo para contar las cosas.

—Vendré, vendré. Hasta luego, señor Duque.

—Abur.

XIV

Dirigíme á casa de las señoras de Porreño, y hallé á Doña María de la Paz muy gozosa por el buen giro y excelente aspecto que iba tomando su asunto. Acababa de salir de la casa el señor de Artieda, quien dió tales esperanzas y presentó la cuestión en tan buen pie para marchar á un feliz éxito, que ya se consideraba ganada la partida. Artieda y dos ó tres señores de la clerecía, con el Gobernador del Consejo, habían tomado á su cargo el negocio, siendo evidente que con tales pilotos (frase de Doña María) el barco de la moratoria, combatido por los aquilones de la envidia, no podía menos de llegar á puerto seguro.

Yo dije á la señora que acababa de hablar en pro de su pretensión á varias personas de

mucha raíz en la corte, lo cual me agradeció mucho. Añadí que estuviera tranquila, pues yo tomaba el negocio como mío, y no pararía hasta conseguirlo; empresa no difícil para un hombre que, á más de tener tantas relaciones, escupía en corro con los señores del Consejo. Después hícele una explicación detallada de lo que eran las moratorias, enumerando las cuatro clases de ellas, á saber: *cesión de bienes*, *pleito ú ocurrencia*, *espera ó moratoria* y *quita de acreedores*, asentando que la que nos ocupaba pertenecía á la tercera categoría, por ser concesión graciosa del Príncipe. Y aunque el Consejo—añadí con minuciosidad curialesca, —rinda tributo á la majestad de las leyes, dictando el auto de *traslado al acreedor*, y luego el de *pase á justicia*, todo será cuestión de fórmula, resultando al cabo que el señor de Grijalva no tendrá más remedio que conformarse, y tragar el auto final de *no se moleste á la parte por tantos ó cuantos años.*

Esta explicación y los pomposos encarecimientos de mi poderío, fueron causa de que las tres damas me obsequiaran con inusitado esplendor, brindándome dulces de los mejores y vino de las tierras de Porreño. Gustóme el licor, y tomando pie de él y de su aromática finura, conferenciamos acerca de aquellas tierras, yo pidiéndoles informes, y dándomelos las señoras con tanta ufanía como verbosidad.

A este punto entró la señora Condesa de Rumblar con su linda hija, y retirándose adentro después las señoras mayores y Doña

Paulita, que iba á la tarea de sus devociones, nos quedamos solos Presentacioncita, Doña Salomé y yo.

—¿No repara usted que estoy muy alegre, Pipaón?—dijo la graciosa muchacha.

—Sí, señora, lo había notado—respondí dando el último adiós al vino y dulces con que acababan de obsequiarme.—Eso prueba que el tiempo es la gran medicina de las enfermedades del corazón y del espíritu. Dígolo porque hace ya algunos días que mi señor Don Gasparito está á la sombra (sin que hayan valido mis generosos esfuerzos por sacarle), y el sustillo ha ido pasando, y con el sustillo la congojilla, y con la congojilla ansiosa las lágrimas dulces... ¡Oh! ¡Dichoso el prisionero cuyas rejas son regadas por el divino licor de esos ojos!

—D. Juan, D. Juan... que se pone usted feo diciendo esas cosas... ¡Si no lloro, si no estoy triste, si no hay ya nada de congojas ni suspirillos!—manifestó con tan franco y seductor arranque de alegría, que me desconcerté completamente.

—¿Pues qué, señora Doña Presentacioncita?...

—¡Si se ha escapado!

—¡Se ha escapado!—exclamé con súbita ira, dando un salto en la silla.—¡Se ha escapado ese tunante! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¡Qué carceleros, santo Dios, qué carceleros!... ¡Luego quieren que haya justicia en España!

—¿Pero lo siente usted?

—¡Escaparse! Después de haber hablado en

público de las cartas de Su Majestad á Napoleón...

—Más vale así. Se ahorra usted el trabajo...

—No, no señora—dije procurando dominarme.—No: yo quería que fuese puesto en libertad en toda regla, después de un *sobreséase* como un templo. De este modo estaría más seguro, y podría vivir tranquilamente donde mejor le conviniera, mientras que habiéndose fugado de la cárcel, le perseguirán, le cogerán de nuevo, y entonces sí que será ahorcado.

—¡Ahorcado! —gritó con ira.—¡Ay! Me asusto. Yo estaba contenta y usted ha venido á afligirme otra vez.

—¿Sabe usted dónde está?

—Lo sé, sí señor. De eso iba á tratar cuando usted me ha puesto en ascuas.

—¿Dónde, dónde?

—Despacio. No está en casa de su padre, al cual ha desagradado con su escapatoria, por el temor de que se le persiga más.

—Es claro.

—Gasparito se ha refugiado en una casa humilde, muy humilde, desde la cual me ha escrito, contándome todo. ¡Ay! qué dolor tan grande — añadió dando un suspiro. — Está muerto de hambre y lleno de inquietudes, por miedo á que le denuncien los amos de la casa.

—Y harán perfectamente. Bien merecido le estará á ese jovenzuelo imprudente su última calaverada, y el no aguardar, quietecito en la cárcel, á que yo le salvara.

—Sea lo quiera—dijo la niña en tono de

mujer seria,—es preciso sacarle de la terrible situación en que está.

—¡Sacarle! y ¿cómo?

—Yo tenía un proyecto—indicó sonriendo con toda su gracia exquisita,—un proyectillo... y contaba con usted, sí señor, con usted, para que me ayudara.

—¡Conmigo!

—Con el hombre generoso y bueno, con el corazón de oro, con la inteligencia sublime, con la voluntad firme, con Pipaón en fin.

—Eso es: Pipaón sirve para los apuros, para los peligros; pero en tiempo de bonanza, Pipaón es un pobre hombre que no sirve sino para burlas.

—Si vamos ahora á disputar sobre esto, no tendremos tiempo de ocuparnos de lo otro,—dijo con impaciencia.

—Veamos lo otro: siempre será otra... bromita.

—Pipaón—añadió con voz melíflua, y poniendo en sus ojos un abreviado paraíso de dulzura, de hechizo y seducción.—Yo tengo un proyecto, en el cual me ha de ayudar usted... Yo quiero ir esta noche á llevar algún socorro á Gaspar, y cuento con que me acompañe, con que me lleve usted.

—¡Esta noche!... ¡Los dos!—exclamé absorto, sin saber si negarme ó aceptar.

—¡Esta noche!... ¡solitos!... mejor dicho, con Doña Salomé, que irá conmigo, porque también quiere dar ella algún auxilio al pobre muchacho.

La ilustre y ya marchita dama, que hasta

entonces no había desplegado sus labios, me miró con cierto vislumbrillo de enojo, y dijo:

—Si el Sr. D. Juan no gusta de ir con nosotras, no faltará un galán cortés y fino que nos acompañe.

—¿Acaso he dicho yo algo, señoras?—repuse con humildad, considerando que la expedición era muy conveniente para mí por todos conceptos.—Vamos á donde ustedes quieran, aunque sea al fin del mundo.

—No es tan lejos—indicó Presentación,—aunque por ahora no se le revelará á usted la calle ni la casa.

—Yendo conmigo, la Condesa dejará salir á Presentación. Salimos al obscurecer—dijo Doña Salomé, revelando en su rostro de tafetán el deleite que aquellos livianos pensamientos de escapatoria le causaban.—Decimos que vamos á la novena del Angel de la Guarda, y que á la vuelta subimos un ratito á casa de la Marquesa, que ha dado á luz dos niñas de un parto.

—Y luego que veamos al pobre Gasparito, y le consolemos y le demos algún socorro—añadió la muchacha,—le sacaremos de allí; y como no hay lugar más seguro que la vivienda de un cortesano del despotismo, D. Juan se le llevará á su casa.

—¡A mi casa! ¡Llevar á mi casa á un prófugo, á un reo de lesa majestad!...

—Vamos, amigo—dijo la niña con donaire, plantándome su divina manecita en el hombro,—no nos venga usted aquí con palabrotas. Aquí no hay delito ni majestades. Si us-

ted no le lleva á su casa, si usted no le esconde, reñiremos para siempre. No me mire usted, no me hable, no se ponga donde yo le vea.

Como prometer no era cumplir, ni la aquiescencia verbal equivalía á positivas concesiones de mi parte, prometí cuanto me pidieron, y convine en todo lo que tuvieron á bien proponerme, con reserva de hacer después lo que me pareciera más conforme á la justicia, al bien del Estado, y á mi propio sagrado interés.

Y para no cansar, aquí me tienen ustedes embozado en mi pañosa, con el sombrero hasta las cejas (si bien la obscuridad de la noche y el macilento alumbrado de la villa ahorraban precauciones), llevando una madama pendiente de cada brazo, como en los buenos tiempos de cuchilladas y amoríos, pasando de calle á callejón y de callejón á plazuela, ora de prisa para huir de un grupo de curiosos, ora despacito para recrearnos con el majo cantar que por las rejas de una casa humilde salía, á veces callados los tres, á ratos hablando y riendo, regocijadas ellas de la libertad que gozaban, mientras las severas matronas nos suponían carcomidos de devoción en la novena del bendito Arcángel.

A mí me gustaba también el paseo, porque eso de llevar dos damas, una á cada costado, en la obscuridad de la noche y en un pueblo como Madrid, donde se abren tantas puertas al aventurero amor y á los locos deseos, no es cosa de despreciar. Yo oprimía con suave

delectación el brazo de la de Rumblar, dejando el de la otra en libertad de que juntara ó no su flaqueza con la del mío.

—¿Pero llegamos ó no?—pregunté á la muchacha.

—Ya pronto. ¿Es ésta la calle del Aguila?

—La del Aguila es.

—Bueno... ahora á la del Rosario.

—Pues á la del Rosario. Supongo que no será para rezarlo. Parece mentira que en una casa que lleva ese nombre tan devoto se esconda un reo de lesa majestad.

Presentacioncita me clavó sus dedos en el brazo con tanta fuerza, que lancé un grito.

—Por infame y deslenguado,—dijo ella.

Al entrar en la mencionada calle, Doña Salomé preguntó, señalando una casa:

—¿No es por aquí?

—Aquí—dijo Presentación, señalando la inmediata, y acompañando su ademán de amoroso suspiro.—Creo que es núm. 4...

—El 4 es. ¿Llamamos?

Llamé á la puerta, no sin cierta zozobra de que algún bárbaro malsín apareciera y me solfease de lo lindo. Según habíamos convenido, pregunté á la mujer que franqueó la puerta si vivía en aquellos aposentos un joven llamado D. Federico, el cual había venido poco há de Toledo. Díjonos la mujer con muy malos modos que el joven se había marchado de aquella honrada casa para ir á otra de la calle del Bastero, núm. 6, donde de seguro le encontraríamos, porque andaba muy tapujado y no salía á la calle.

Fuimos á la del Bastero, y en su núm. 6 nos detuvimos para decidir qué resolución se tomaría, porque no era prudente arriesgarse en aventuras por tales sitios. Yo estaba ya arrepentido de haber metido mis manos en aquel fregado, mayormente cuando oí rumor de pendencias en la inmediata calle del Carnero.

—¿Qué hacemos?—pregunté á la decidida Presentación.

—Llamar.

Doña Salomé, que participaba de mis temores, dijo:

—Es demasiado tarde y esto está muy lejos. Me arrepiento de haber venido aquí. Opino que debemos retirarnos.

—Llame usted, Pipaón, y pregunte,—ordenó la joven.

En el piso bajo había una taberna, lo que me pareció de malísimo augurio, y las voces y juramentos que de ella como de un antro infernal brotaban, ponían miedo en el más esforzado corazón. Pero no hubo más remedio: llamé, y hecha mi pregunta salió un portero rufián, el cual con muchísima sandunga nos dijo que entrásemos, y que si no el doncel buscado (de quien no podía asegurar estuviese en la casa), había otros muchos que recibirían bien á las madamas.

A regañadientes entré yo, empujado más que conducido por la amante doncella, y bien pronto nos hallamos en un patio de esos que sirven de centro á una casa de Tócame-Roque.

—¿En dónde nos hemos metido?—preguntó con zozobra Doña Salomé.

– Eso digo yo. ¿En dónde nos hemos metido?

—¿Con que por quién preguntan ustedes?—dijo el vejete portero con una sonrisa truhanesca, que me heló la sangre en las venas.—¿Por el oficialito, por el abate, por...?

—Por ninguno de esos, camarada—repuse,—porque ahora mismo nos volvemos á la calle.

—No hagamos caso de este buen hombre—dijo con afán la muchacha.—Subamos, é iremos preguntando de puerta en puerta.

—¡Está usted loca! ¿Sabe usted qué clase de gente es la que vive en estas casas?

—Gente muy honrada y cabal—afirmó el portero.—Una señora que fué doncella de Su Alteza la Infanta Doña María Josefa... un autor de diccionarios, siete poetas, dos grabadores de retratos, un torero, uno que fué magistrado del Crimen...

Oíase rumor de disputas en los pisos altos de aquella colmena, el cual convidaba á salir cuanto antes en busca del silencio de la calle. Cerrábanse y se abrían con estrépito las puertas, dando paso á la claridad de las luces y al rumor de las voces, y un enjambre de chicuelos corría por los pasillos jugando á la caballería ligera y pesada. Dos traperos amontonaban no sé qué inmundos despojos en medio del patio, y tres mujeres se ponían como ropa de pascuas por la precedencia en sacar agua del pozo.

—Abranos usted la puerta,—dije resuelta-

mente al Cancerbero, sacando una moneda, con la cual pensaba ponerle de parte nuestra si ocurría cualquier accidente desgraciado.

Diciendo y haciendo, dí algunos pasos hacia la puerta, cuando en ésta sonaron fuertes y repetidos golpes, acompañados de gran gritería y algazara de fuera, á la que respondió al punto otra no menos discorde en los corredores.

—¿Qué es esto, portero?

—Nada, señor—respondió con socarronería:—es la policía que viene en busca de un señoritico lameplatos, mamón y liberal, que se nos refugió aquí esta mañana. Yo dí parte...

—¡El! ¡Dios mío! ¿Dónde está?—gritó Presentación con angustia.

—Se descubrió que se había escapado de la cárcel, donde estaba por injurias á nuestro querido Rey,—añadió el portero, corriendo á abrir.

—Escondámonos... salgamos de aquí,—dijo Doña Salomé, agarrándome el brazo y tirando de mí.

—¿Pero por dónde? Vamos á tropezar con la policía.

—Escondámonos.

—Adelante.

—Subamos.

—Bajemos.

—Busquemos otra salida. Si nos ven...

—Señoras, no somos criminales—dije procurando sosegarlas.—Si la policía nos ve, nos verá. ¿Qué importa?

Diciéndolo, ví que entraban hasta media

docena de alguaciles, asistidos de otros tantos soldados, y tras ellos una multitud de personas del bajo pueblo, todos los que á la sazón bullían en la taberna, muchas mujeres de la vecindad, y el contingente completo de la chiquillería de la calle. Vociferaban, gruñían, chillaban y reían en bestial coro.

Una aprehensión en aquellos tiempos no era gran novedad; pero por viejo y gastado que el asunto fuese, siempre tenía irresistibles encantos para el pueblo, muy soliviantado entonces, y enfurecido contra todo lo que á liberal ó afrancesado transcendiera.

—¡Le van á matar!—murmuró entre sollozos Presentación, llorando sin consuelo.

—Veamos si podemos escabullirnos,—dije yo.

—No... no—gritó la afligida señorita.—Veamos si le podemos salvar. Pipaón, diga usted que es un Consejero de Castilla, un Ministro; que es amigo de los señores Obispos, del Nuncio, del Rey.

—Chitón... no se gastan bromas con esta gente.

—¡Yo quiero subir, yo quiero hablar á la policía!—exclamó, alzando la voz con desesperación.—Ustedes no tienen alma... yo estoy loca. ¡Socorro!

Maldita la gracia que me hacía aquella situación, que empezó á ser apuradísima desde que la dolorida muchacha puso el grito en el cielo, atenta sólo á su amorosa aflicción, y sin hacer caso de lo demás. No sé en qué hubiera parado trance tan amargo, si el agudísimo

y tunante portero, conociendo al vuelo el apuro en que yo estaba, no viniera en nuestro auxilio, cuando ya la gente de la vecindad nos rodeaba, nos observaba, señalándonos como á tres entes extrañísimos en aquel sitio.

—Vengan usías por aquí—dijo el vejete, llevándonos al fondo del patio.—Pues no se puede salir, entren en mi cuarto, y aguarden á que pase esta batahola.

Mucho trabajo costó llevar á Presentacioncita al obscuro albergue del señor portero; mas á fuerza de ruegos y prometiéndole yo que al día siguiente haría poner al preso en libertad, se aplacó un tanto. El portero, luego que nos puso en seguridad dentro de su aposento, nos dijo:

—Aquí no les molestará nadie. Cerraré la puerta. Cuando la policía se lleve al barbi-lindo, y se despeje el patio, y se tranquilice la vecindad, saldrán ustedes. Esto no es un palacio; pero aquí estarán las señoras como en su casa... Pueden sentarse... hay silla y media... Mi cama es blanda, y sobre este trombón (porque soy músico)... sobre este trombón, digo, puede sentarse el caballero.

—Gracias, gracias.

El miserable hablaba con diabólica truhanería. Después de ponderar las comodidades de su alojamiento, salió, y cerrando por fuera la puerta, nos dejó dentro de aquel sepulcro.

XV

Situación era aquélla más crítica que la primera. Encerrados allí, nos vimos á merced de un tunante, que, á juzgar por su facha y lenguaje, no debía de ser modelo de virtudes porteriles. Los tres sentíamos gran congoja, y ya nos creíamos cercados de ladrones y asesinos, aumentándose nuestro pavor con el cercano rugido del pueblo que llenaba el patio y corredores. Presentacioncita era la menos afectada de nuestra desdicha, porque tenía alma, corazón y sentidos fijos en los pasos de la policía, y en el subir y bajar de la inquieta gente.

Transcurrió bastante tiempo sin que cesase nuestro apuro. Yo me desesperaba, y maldecía el instante en que neciamente consentí en la descabellada expedición; Doña Salomé rezaba para que algún santo del cielo viniese en amparo nuestro, y Presentacioncita gemía sin hallar en nada consuelo. Lo peor de todo era que iba siendo ya muy tarde; había pasado la hora de la novena del Santo Angel; habían dado las ocho, las nueve, iban á dar las diez... ¡horrible trance! darían también las once, las doce sin poder salir de allí.

Por fin, Dios quiso que los alguaciles en-

contraran al prófugo y lo sacasen fuera y se lo llevasen con dos mil demonios. Iba desocupándose el patio, se extinguían las voces poco á poco, y al fin ¡San Antonio bendito! el endiablado portero nos sacó de nuestro calabozo.

—¡Vámonos á la calle pronto!—exclamó Doña Salomé, ardiendo en impaciencia.

—¡Á la calle, á la calle! ¿Por dónde se sale, buen hombre?—dije, sosteniendo á Presentacioncita, que por su mucha aflicción apenas podía con su lindo cuerpo.

—Si no quieren ustedes salir por la calle del Bastero, donde hay muchos tunantes y borrachos—repuso el portero,—por este pasillo que hay á la derecha saldrán á la casa inmediata y á la calle de Mira el Río.

Yo temblaba de susto: por todas partes, en todos los rincones veía ladrones y asesinos alzando horrorosos puñales sobre mi pecho. El viejecillo nos llevó del patio grande á otro más pequeño, y de éste á un largo y húmedo zaguán, en cuyo extremo se veía la claridad de la calle. Cuando le dí la propina me pareció sentir ruido de pasos detrás de nosotros; pero aunque atentamente miré, nada ví.

—Por aquí, derechos á la calle,—dijo nuestro amparador, retirándose repentinamente.

Dejónos solos, y á la verdad fué como si nos dejara de su santa mano el ángel de nuestra guarda; porque no habíamos dado cuatro pasos hacia la claridad que al extremo del zaguán se veía, cuando una voz bronca y temerosa, que en su clueco graznido indicaba ser producto del hombre y del aguardiente, resonó como un

trueno en aquellos ámbitos obscuros, diciendo:

—¡Alto allá... alto! señoritos zampatortas, ¡alto, alto!...

El reventar de un cráter no me hubiera causado más espanto. Quedéme frío, y sobre frío, absorto y petrificado, cual si en estatua de hielo me convirtiese. Y al mismo tiempo se sentían unos pasos, unos saltos como de gigante borracho que venía dando traspiés por la cercana escalera.

Lanzaron agudísimos gritos las damas, colgándose de mis brazos para que yo las amparase; pero más que nadie necesitaba yo amparo y protección, porque me quedé sin habla, sin fuerzas para correr, sin ojos para mirar, ni orejas más que para oir la voz, ¿qué digo? las voces de los que se acercaban, pues quitando lo que multiplicase mi espantada imaginación, bien podía asegurarse que eran media docena.

No se me oculta que mi deber en tan crítico momento era tirar de la espada ó sacar las pistolas para esperar á pie firme á los ladrones y acabar con ellos, ó morir antes que mis dos compañeras fueran atropelladas; pero yo no tenía espada, y ni remotamente me acordé de que llevaba una pistola en el cinto. Temblando como alma que llevan los demonios, recordé aquello de que una retirada á tiempo es una gran victoria, y apreté á correr hacia la calle. Las dos damas eran dos alas que me impulsaban con rapidez suma. ¡Ah! cómo corrimos, cómo corrimos gritando: «¡favor, socorro, ladrones!»

Tras nosotros corría alguien. No le mirá-

bamos. Sentimos carcajadas, blasfemias, un juramento horrible, qué sé yo... Corríamos siempre; las dos damas se separaron de mí, y se quedaron detrás. ¡Ay! yo era el viento mismo.

Ví dos hombres que andaban en dirección contraria á la mía, y su presencia me dió aliento... ¡dos hombres que no eran, ó al menos no parecían, ladrones ni asesinos!—¡Socorro, favor!—repetí con ahogado aliento.

Detuviéronse ellos. Me pareció ver una cara conocida; pero en mi azoramiento no llegué á formar juicio alguno... Detúveme yo también. En el mismo momento sentí un ¡ay! agudísimo. Era Presentacioncita que había caído al suelo. Doña Salomé se había parado en el mismo sitio. Retrocedí, porque la presencia de los dos desconocidos me infundió algún valor, y porque mirando hacia atrás observé que nuestros perseguidores se habían quedado muy lejos.

Uno de los dos desconocidos se adelantó corriendo á levantar del suelo á Presentacioncita, mientras el otro soltó la risa diciendo:

—¡Si es Pipaón!

—¡Ah! ¿Es usted, señor Duque? Hemos sido atacados por unos tunantes... Vamos á ver si se ha hecho daño esa niña.

El hombre que estaba junto á mí era el Duque de Alagón; el otro...

XVI

Detente, pluma... El otro alzaba del suelo á la pobre Presentacioncita, que al perder el equilibrio, y dar con su cuerpo en tierra, perdió también el conocimiento. Nos acercamos, y el Duque me miró con fijeza y malicia, poniendo sobre los labios su dedo índice.

—¡Jesús... se ha desmayado!—balbució Doña Salomé, examinando á su amiga que aún estaba en brazos del otro.

—Esto no será nada, señora...—exclamó el desconocido.—Señorita...

—El susto ha sido grande...—dije yo.

—Y gracias á que no se atrevieron á seguirnos. ¡Pobres señoras, si hubieran venido solas!

—¿A dónde llevamos esto?—preguntó el compañero del Duque, dando algunos pasos con la desmayada en brazos, tan sin trabajo cual si fuese una pluma.

Pareció perplejo el Duque, y como no acertara á indicar una resolución conveniente, el compañero dijo:

—Vamos allá. Adelántate y llama.

Hízolo así Alagón, y no habíamos andado veinte pasos siguiendo todos al generoso caballero, cuando se abrió una puerta, y Alagón

primero, después su compañero con la niña en brazos, y detrás Doña Salomé y yo, penetramos en una hermosa pieza iluminada por dos luces. Un hombre y una mujer encontrábanse allí, ambos en pie y tan respetuosos, que por lo callados y circunspectos parecían estatuas. Veíase en el fondo una puerta entreabierta, por la cual apareció el rostro de una mujer de tan acabada hermosura, que á pesar de lo apurado del lance, no pude menos de fijar en ella mis ojos. De la pared pendía una guitarra.

El compañero del Duque dejó su preciosa carga en una silla. Callaban todos: el desconocido pidió un vaso de agua, mientras Doña Salomé, observando que la madamita empezaba á dar señales de vida, hacía esfuerzos por reanimarla, diciéndole:

—Presentación, vuelve en tí. Eso no es nada... ¿A ver? ¿Te has hecho daño?...

—Vamos, beba usted un poco de agua,—dijo el desconocido, acercando el vaso á los labios de la joven, que recobraban poco á poco su vivo carmín, así como las descoloridas mejillas.

Cuando la muchacha bebía, observé al generoso galán, que solícitamente sostenía con su mano izquierda la cabeza de la joven, mientras le daba de beber con la otra. Era un hombre admirablemente formado, de cuerpo estatuario y arrogante. Su edad no pasaría de los treinta y dos años, hallándose, según la apariencia, en aquella plenitud de la fuerza, del vigor y del desarrollo físico que marcan el

apogeo de la vida. Vestía sencillo y elegante traje negro, y ancha capa, que habiéndosele caído en los primeros momentos del lance, fué recogida por el Duque. Sus ojos eran negros, grandes y hermosos, llenos de fuego, de no sé qué intención terrible, flechadores y relampagueantes. Bajo sus cejas, semejantes á pequeñas alas de cuervo, centelleaba, deshecho en ascuas mil por las movibles pupilas, el fuego de todas las pasiones violentas. Su nariz era desaforadamente grande, corva y caída; una especie de voluptuosidad, una crápula de nariz. La carne superabundante había crecido, representando con fértil desarrollo su preponderancia en aquella naturaleza. El labio inferior, que avanzaba hacia afuera, parecía indicar no sé qué insaciabilidad mortificante. La personificación de la sed habría tenido una boca así. Una línea más de desarrollo, y aquel belfo hubiera tocado en la caricatura. Observándole bien, se veía en la tal fisonomía, peregrina mezcla de majestad y de innobleza, de hermosura y de ridiculez. Tenía de todo, y era difícil deslindar, en aquel rostro híbrido, las líneas pertenecientes á las grandes razas de las que pertenecían á la degeneración propia de todo lo humano. Por su mandíbula inferior se filiaba remotamente con Carlos V; mas por sus ojos truhanescos y las patillas cortas, se iba derecho á la majería. El cráneo era bien conformado; el pelo negro y corto, con mechoncillos vagabundos sobre la frente y sienes. En suma, el perfil de aquel hombre solía verse en las onzas de oro.

Presentacioncita, abriendo los ojos, demostró tal asombro al verse en aquel desconocido sitio y ante personas extrañas, que creímos se iba á desmayar de nuevo.

—Animo—le dijo el belfo, —ánimo, señora mía, eso no es nada.

—¡Ah!... ¿quién es usted? Gracias, caballero... ¿En dónde estoy?—balbució la damisela.—¡Ah! Doña Salomé... señor de Pipaón... Están aquí... creí que me habían abandonado.

—Aquí estamos, sí, niña querida...

—Pero al instante nos vamos á marchar—afirmó con febril impaciencia la de Porreño. —Presentación, prueba á levantarte.

—Señora Doña Presentacioncita—dijo el belfo sonriendo,—no hay prisa. Descanse usted un poco.

—Vámonos, vámonos—añadió Doña Salomé.—Hija, haz un esfuerzo y levántate. ¿Puedes andar?

Presentación dió algunos pasos: cojeaba un poco, á causa de una leve torcedura en el pie derecho al caer; pero andaba. Volvióse para dar las gracias al incógnito caballero; yo tambien quise decirle algo por pura fórmula, pero nos miramos unos á otros con sorpresa. El caballero, volviéndonos la espalda, desapareció por la puerta que había en el fondo.

—Gracias, muchas gracias, señores,—dijo Presentación, dirigiéndose al Duque.

—Por aquí—indicó éste, que sin duda deseaba que nos marcháramos.—Yo acompañaré á ustedes hasta la calle de Toledo.

—Por aquí... á la calle... gracias, mil gracias, señor Duque.

El prócer, mientras las dos mujeres salían, se me puso delante, y abriendo mucho los ojos, aplicó de nuevo el índice á los labios.

Salimos, y los minutos nos parecían siglos, porque Presentacioncita andaba muy despacio. Era ya tarde, por cuya razón á las contrariedades expuestas se unía la pavorosa contrariedad del sermón que nos esperaba, cuando nuestras pecadoras frentes se pusieran al alcance de los ojos de la señora Condesa, y nuestros oídos al blanco de la grave voz de Doña María de la Paz. Al pensar en esto, los tres no teníamos más que un deseo: que la tierra se abriese haciéndonos el favor de tragarnos.

Pero la Providencia, que nunca abandona á los débiles, nos sugirió ingeniosas trazas para salir del paso, y fué que discurrimos sacar del propio mal el remedio, achacando la tardanza á la misma torcedura del pie de Presentacioncita, la cual invención, llevada á feliz término por mi elocuencia ante las dos irritadas matronas, tuvo el éxito más completo que puede imaginarse.

—Es claro... ¡cómo habíamos de venir á tiempo!... Bajamos la escalera... Presentacioncita dió un paso en falso. Subimos otra vez... La Marquesa no quería dejarla salir... Se buscó un simón: el simón no parecía... Se sacó la litera de mano: estaba rota... Discurre por aquí, discurre por allá... Yo estaba en ascuas y quise venir á avisar para que no se asusta-

ran ustedes... En fin, demos gracias á Dios de que no se rompiera un pie.

—¿No puedes andar?—preguntó la Condesa á su hija con desabrimiento.—Esta sí que es fiesta. Estamos convidadas para la función de mañana en la Trinidad.

—Con Manifiesto y asistencia de Su Majestad—repitió Doña María de la Paz.—Y es preciso ir sin remedio. Yo al menos no puedo faltar, porque el Prior nos ha prometido que podremos hablar al Rey y entregarle nuestros memoriales.

—Mañana—repetí.—También yo he recibido invitación de los Padres. ¿Con que van ustedes á la Trinidad?

—¿Puedes andar, Presentación? ¿Puedes andar, sí ó no?—preguntó con afán indescriptible Doña Paulita.

La niña se levantó resueltamente, y dió algunos pasos por la habitación con pie seguro.

XVII

¿Cómo había yo de faltar á la función de los Trinitarios, si era hombre que á ninguno cedía en religiosidad, ni perdonaba medio de que se me tuviese por escrupuloso guardador de los preceptos y prácticas de la Iglesia? Además, poco antes había sido nombrado prioste

de la archicofradía de *Luz* y *Vela*, y como tal me correspondía asistir á la función, y acudir al pórtico del templo, donde habíamos puesto el mostradorcito con varios objetos devotos y otros profanos, que al son de trompeta y tamboril se vendían ó rifaban para atender á los gastos de la corporación.

Desde muy temprano estaba yo con mi cinta al cuello, espetado en el pórtico, en compañía de mis colegas el señor licenciado Moñino, de la Suprema Inquisición; D. Felipe Rojo, racionero medio de Toledo, y el subcolector de espolios, D. Vicente Barbajosa. El gentío era inmenso, y se agolpaba en las distintas puertas del edificio, estorbando el paso de los fieles, lo que perjudicaba mucho la venta.

En el atrio del convento estaba el zaguanete de la guardia de la Real persona. No tardó en aparecer Su Majestad, desplegando en su persona y comitiva tanta pompa y aparato, que se sentía uno orgulloso de ser español, y llamarse vasallo de quien por tal modo y con tal grandeza representaba en la tierra la autoridad emanada de Dios. Daba gusto ver aquella fila de coches, tirados por sendos pares de caballos, á tres pares cada uno. Cada individuo de la familia real iba en el suyo, resultando una procesión que cogía medio Madrid, con la caterva de batidores, correos, lacayos, escoltas, carruajes de respeto, palafreneros, caballerizos y demás figuras admirables que recreaban la vista y el alma. ¡Qué profusión de uniformes, cuánto plumacho y galón, qué diferentes clases de sombreros, de unifor-

mes, de caras, de arreos! Diríase que le transportaban á uno al Oriente, ó á las pomposas fiestas de la India. ¡Feliz nación la nuestra, que tal magnificencia podía ofrecer á los aburridos ojos de los súbditos, para que se alegraran y diesen gracias á la Divina Providencia por haber hecho de nuestros Reyes los más rumbosos y magníficos de la tierra! Allí se veía la grandeza de nuestra nación, allí sus inmensos tesoros, allí su dignidad excelsa, allí la representación más admirable de su poderío. ¡Viva España!

Formaron los guardias (á quien entonces llamaba el vulgo *chocolateros*, no sé por qué), y el estrépito de tambores y clarines llenaba los aires. Tales sones, y el limpio sol que inundara aquel día las calles, daban á la regia comitiva esplendor y armonía celestes. Los gritos de ¡viva el Rey absoluto! resonaban por doquiera. ¡Oh, feliz consorcio de la monarquía absoluta y la religión santísima! ¡Quiera el Cielo que existas luengos siglos, y que ambas instituciones, hijas de Dios, vayan siempre de la mano y partiendo un piñón, para que los fieles cristianos, súbditos del encantador Fernando, vivamos pacíficamente en la tierra, libres de revoluciones impías y de locas mudanzas!

Salió la comunidad con palio á recibir al Monarca, y llevándole en procesión á un camarín riquísimo que le habían preparado en el claustro, rogáronle que se adornase el pecho con media docena de escapularios, y alguna reliquia milagrosa de huesecillos de san-

to, lo cual, como hombre piadosísimo y temeroso de Dios, hizo de buena gana. El Infante D. Carlos y D. Antonio Pascual imitáronle, dirigiéndose después todos, cirio en mano, á la vecina iglesia, donde ocuparon sus asientos en medio del respeto y la admiración de los fieles.

Todavía me parece que le estoy mirando. No puedo olvidar su majestuosa figura arrodillada, con los ojos fijos en el Santísimo Sacramento en actitud tan edificante, que la misma impiedad se habría desarmado y convertido contemplándole. ¡Con cuánta devoción atendía á las sonoras preces, y con cuánta fe al sermón que predico el padre Vargas, y en el cual no faltó aquello de llamarle Trajano y Constantino, y de elogiar *sus sabios dictamentos para dirigir sabiamente la nave del Estado!* ¡Con cuánta unción y evangélica mansedumbre besó las reliquias que el padre Ximénez de Azofra le presentara, y dijo después las oraciones finales para implorar de Su Divina Majestad la gracia y el buen consejo! Todos los presentes estábamos conmovidos, y parecía que se nos comunicaba algo de la celestial hermosura de aquel varón insigne, ante cuya preciosa cabeza se postraba mudo y sumiso el pueblo escogido de Dios. ¡Oh qué gusto ser español!

Concluída la ceremonia, pasó Su Majestad al camarín, donde ya se había dispuesto una lujosísima mesa, como destinada á boca y paladar de tal Príncipe, y en la cual las viandas más apetitosas reclamaban la vista y olfato,

recreando y extasiando el alma. No sé qué angelicales reposteros pusieron en ello sus manos; pero lo cierto es que la tal mesa parecía destinada á ser servida en los altos comedores del Paraíso, para regalo de las excelsas potestades. Aunque allí como en los claustros no tenían entrada sino las personas convidadas, damas de lo más granadito de Madrid, consejeros, generales, oficiales, marinos, presidentes y priostes de las cofradías, capellanes de Palacio, alguaciles y familiares de la Inquisición, canónigos de San Isidro y demás sujetos de viso, el gentío era grande, porque los Trinitarios, deseosos de dar lucimiento á la fiesta, habían abierto mucho la mano en las invitaciones. No nos podíamos rebullir; todos querían ver los augustos semblantes de Su Majestad y Altezas. Los frailes no cabían en su pellejo de puro satisfechos, y trataban de atender á todo.

Su Majestad no hizo más que probar algunos platos; obsequió con dulces á las damas, dando muestras, allí como en todas partes, de su exquisita galantería, y se retiró á la sala capitular para despedirse de los bondadosos y humildes Padres. Pugnaban los convidados por penetrar en la sala, llevados unos del deseo de saciar sus ojos en la contemplación del rostro de nuestro Soberano, otros aguijoneados por el afán de presentarle memoriales. Gracias al padre Salmón, que se me apareció como emisario del cielo, pude penetrar en la sala, llevando conmigo á la señora Condesa de Rumblar con su hija, y á las señoras de Porreño.

Las cinco damas estuvieron á punto de quedarse fuera. Sensible sobre toda ponderación hubiera sido este accidente, porque la Condesa iba á presentar al Rey un memorial pidiendo una bandolera para su hijo, y Doña María otro en pro de la tan deseada moratoria.

¡Oh! espectáculo sublime, y qué hermoso es ver á un Rey atendiendo con paternal solicitud al socorro de sus hijos, recibiendo las peticiones de éstos, y prometiendo satisfacerlas con generosidad, con esa generosidad regia que es un reflejo de la Misericordia Divina! Puesto Su Majestad en un estrado que á propósito se había construído, el prior Ximénez de Azofra le presentó un memorial solicitando no sé qué mercedes para dos sobrinos suyos y dos cuñaditos de su hermana; y después que el bendito trinitario cumplió los deberes domésticos, mirando por el bien de su venerable parentela, fué presentando al Rey uno por uno á todos los demás postulantes, que ya habían convenido con él en los pormenores de esta ceremonia. Recogió Fernando las peticiones con tanta bondad, que era imposible contener las lágrimas viéndole. A todos prometía villas y castillos, dirigía algunas preguntitas, hacía el obsequio de una sonrisa, cuando no de palabras, y daba á besar su Real mano con una llaneza que no desmentía la dignidad. ¡Oh, qué inefable delicia ser español y súbdito de tal Monarca!

Cuando Ximénez de Azofra indicó á la señora de Rumblar que se acercase, y vió Su Majestad á la grave madre y al lindo retoño,

se rió de una manera tan franca que todos nos quedamos pasmados; y al recibir el memorial fijó los negros ojos de fuego en Presentacioncita, la cual, turbada, azorada, trémula, vaciló, y hubiera caído en tierra si no la sostuviéramos. Púsose la niña más roja que una cereza. Dirigióle el paternal y bondadoso Monarca la palabra, preguntándole si tenía padre, á lo cual Doña María, hecha un mar de lágrimas, contestó que no.

Todos nos asombramos de la inmensa bondad del Rey, que en aquella pregunta pareció como que quería constituirse en padre de todos los huérfanos del Reino.

Cuando nos retirábamos, Presentacioncita estaba pálida como el mármol.

—¿Le vió usted bien?—me dijo en voz baja. —¡Ay! señor de Pipaón, estoy asombrada, aterrada.

No pude oirla más, porque sentí que entre el gentío me ponían una mano en la espalda.

Era el Duque de Alagón que quería hablarme á solas... pues no podía pasar mucho tiempo sin que él y yo tratásemos algo importante para el bien del Estado.

XVIII

A las dos del siguiente día estaba yo en Palacio. Envióme D. Antonio Ugarte, recién llegado á Madrid, para que diestramente y con amañados pretextos observase lo que allí pasaba. Después de hablar con varios gentileshombres y mayordomos, llevóme uno de éstos al salón que precede á las regias estancias, y en el cual suele verse en días de audiencia gran marejada de pretendientes que entran ó salen. Presentóseme allí el Duque de Alagón, que, llevándome aparte, me señaló un anciano que en el mismo instante salía de la Cámara Real.

—¿Conoce usted á ese?—me dijo.

—Es D. Alonso de Grijalva—contesté sin disimular mi disgusto.—¡Maldito vejete! Nó puede dudarse que ha venido á implorar el perdón de su hijo.

—Y lo ha conseguido; yo puedo asegurarlo porque estaba presente durante la audiencia. —¿Creerá usted que el buen señor se ha echado á llorar delante del Rey?

—¡Qué falta de cortesía!

—Su Majestad le ha recibido bien. Grijalva goza de muy buena opinión: es realista vehemente.

—Vamos, que se ha salido con la suya.

—De una manera absoluta. Por esta vez, amigo Pipaón... Además vino presentado por dos personas de la primera nobleza, y por el Patriarca, y precedido por una carta del Nuncio.

—¿De modo que se nos escapó Gasparito?—pregunté yo, tomándolo á broma.

—Sin remedio ninguno. Su Majestad se ha mostrado tan decidido, tan categórico... Al despedirse, le dijo: «Puedes marcharte tranquilo á tu casa, que mañana sin falta estará tu hijo en libertad, y se sobreseerá esa causa. Te lo prometo, te lo prometo, te lo prometo.» Lo repitió tres veces.

—¡Cómo ha de ser!... A lo hecho, pecho,—dije, calculando sin pérdida de tiempo qué nuevos medios emplearía para llevar adelante mi plan.

Pero sacóme de mis meditaciones el Duque mismo, llevándome de sala en sala hasta una en que acostumbraban reunirse los cortesanos para arreglar sus cuentas de favoritismo unos con otros, sopesar su respectiva influencia, y regodearse en común de ver la buena marcha de los asuntos del Gobierno.

Cuando entramos el Duque y yo había en el salón cuatro personas; paseábanse juntos de un ángulo á otro en la diagonal de la estancia Pedro Collado y D. Francisco Eguía, Teniente general, Ministro de la Guerra, anciano casi decrépito, aunque no privado aún de cierta agilidad, y con una singular comezón de hablar y moverse, que era el rasgo distintivo

de su espíritu, así como la coleta y corcovilla lo eran de su cuerpo. Formando grupo aparte, hablaban por lo bajo, sentados en un diván, D. Pedro Ceballos, Ministro de Estado, y D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, Ministro de Marina.

Detuviéronse Eguía y Collado al vernos, y el primero, que no por ser de carácter inflexible y duro en los negocios públicos dejaba de mostrar llaneza en la conversación familiar, me dijo:

—¡Cuánto bueno por aquí! Me han dicho que va usted á la Caja de Amortización... Sea enhorabuena.

—Gracias, muchas gracias—repuse con modestia.—Bien saben todos que no lo he solicitado.

—Bien hayan los hombres de mérito—dijo Collado.—Ellos no necesitan de recomendaciones para subir como la espuma.

—Nos hemos propuesto darle su merecido á este tunante de Pipaón—declaró el Duque con cortesanía,—y poco á poco lo vamos consiguiendo. Este va para Ministro, Sr. D. Francisco.

—Lo creo, lo creo—repuso el anciano alzando la abatida cabeza, y guiñando el ojo para mirarme.—Pero no le arriendo la ganancia... ¡Santo Dios, qué laberinto, qué torre de Babel es un Ministerio!

—Lo creo, Sr. D. Francisco—dije con oficiosidad.—Pero sin su poquito de abnegación, no se concibe al buen súbdito de Su Majestad.

—¡Oh! es claro; nos debemos á Su Majes-

tad... Pero á mis años, la enorme carga de un Ministerio es insoportable... Precisamente en estos días la balumba de asuntos puestos al despacho me ha rendido más que una batalla.

—Pues es preciso cuidarse, Sr. D. Francisco.

—¿Querrá usted creer, Sr. Collado—dijo el guerrero gesticulando con desenvoltura,—que ya están despachados todos los nombramientos que usted me recomendó en aquella minuta?...

—¿Las doce Comandancias de provincias, seis plazas fuertes, y no sé cuántas tenencias de resguardos?... Pues la mitad de esas limosnas son para el señor Duque que nos está oyendo.

—Vamos—continuó D. Francisco con socarronería,—que por falta de pedir no se les pondrá mohosa la lengua. Yo, que soy Ministro, no he podido satisfacer el deseo que há tiempo tengo de regalar un arciprestazgo al sobrino de mi cuñada. ¿Y por qué? Porque no me ocupo de pedir, ni gusto de importunar por un miserable destino.

—Se tendrá en cuenta,—afirmó gravemente Collado.

—Hace pocos días—continuó el General, —hablé de esto á Moyano, y me dijo que Su Majestad se había reservado la provisión de todas las plazas.

—No es cierto, ¡qué enredo!—expresó el ayuda de Cámara.—¡Reservarse Su Majestad todas las plazas!

—Quien se las ha reservado—afirmó el Duque con enojo,—es el mismo Ministro, el insaciable D. Tomás Moyano, que tiene media nación por parentela.

—¡Es gracioso!—dijo Eguía riendo.—Cuentan que ha despoblado á Castilla; que ya no hay en Valladolid quien tome el arado, porque los labradores todos han pasado á la Secretaría de Gracia y Justicia.

¡Cuánto nos reímos á costa del Ministro ausente! Yo, que no quería perder la coyuntura de demostrar á D. Francisco Eguía la admiración que me causaba su desmedida aptitud para los asuntos militares, dije con gravedad:

—No me nombren á mí esos Ministros que no se ocupan más que de la provisión de destinos, de colocar parientes, y despoblar aldeas para rellenar Secretarías. Tales hombres no hacen la felicidad del Reino... Señores, no todos los Ministros cumplen con su deber. Casi puede decirse que la mayor parte van por mal camino; casi, casi se puede afirmar que uno solo... y no lo digo porque esté delante Don Francisco Eguía... Cuantos me conocen estarán hartos de oirme asegurar que de todos los Secretarios del despacho, el que con más celo se consagra á asuntos beneficiosos y de interés general, es el que nos está oyendo.

—Gracias, gracias—exclamó el anciano, poniendo su guerrera mano en mi hombro.—He hecho lo que me ordenaban mis antecedentes militares.

—La verdad es que sólo el trabajo de las

nuevas Ordenanzas basta á asegurar la reputación de un Ministro.

—¡Y cuánto me han dado que hacer las tales Ordenanzas!—dijo D. Francisco, con voz hueca y ponderativos ademanes.—Como que abrazaban multitud de puntos delicados, y que no era posible resolver á dos tirones. Ha sido preciso dictar disposiciones nuevas, que no figuraban en nuestros antiguos Códigos militares. ¿Creen ustedes que es un grano de anís? Fácil era prohibir á los soldados que cantasen las estrofas que les guiaron al combate durante la guerra; pero ¿y la orden de rezar el rosario en cuerpo todos los días?... ¿y la serie de minuciosas instrucciones sobre el modo de tomar agua bendita al entrar formados en la iglesia? Luchábamos con el vacío que la legislación militar ofrece hasta hoy en este punto, y hemos tenido que hacerlo todo nuevo.

—¡Admirable, admirable!—exclamé.—Pero sírvale á usted de consuelo por su trabajo la gratitud del ejército.

—¿Qué deseo yo sino su bien?—prosiguió el venerable militar.—Sabe Dios que me contrista en extremo el que se deban tantas pagas; pero eso no está en mi mano remediarlo.

—Ni en la de nadie,—afirmó el Duque.

—Pero váyase lo uno por lo otro—dije yo. —Si no cobran, en cambio el Sr. D. Francisco ha decretado la construcción de un hospital de inválidos.

—Es verdad, también tengo esa gloria. Yo he dado ese decreto, y si el hospital no se construye, no es culpa mía.

—Ni mía,—repitió maquinalmente Collado.

—A falta de pagas—añadió Eguía con juvenil complacencia,—preparo una disposición, en virtud de la cual, cada año de campaña se cuenta como dos de servicio, lo cual tiene la ventaja de que muchos militares noveles y que ahora empiezan su carrera, puedan retirarse á sus casas con una pingüe cesantía... Vamos, no se quejarán.

—Sobre eso écheles usted las cruces recientemente creadas.

—Justamente—dijo D. Francisco.—Miren ustedes: no paré hasta no conseguir el establecimiento de la *Cruz de Lealtad de Valencey*, con la cual se ha premiado á los que acompañaron á Su Majestad, mientras aquí ardía la más feroz de las guerras... En fin, en mi Ministerio se ha trabajado. Sólo siento que mis años y achaques no me permitan desplegar mayor actividad, y me alegraré de tener un sucesor que no levante mano hasta poner á nuestro ejército en el pie de magnificencia que le corresponde.

A este punto llegaba, cuando se acercaron á nosotros el Ministro de Marina y D. Pedro Ceballos.

—¿Quién va al cuarto del Infante D. Antonio?—preguntó D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, disponiéndose á salir.

—Corra usted, corra usted...—repuso el Duque con sandunga.—Su Alteza está muy impaciente por saber el estado de la mar.

—Barcos no tenemos—indicó maliciosamente Ceballos;—pero almirante...

—El Almirantazgo ha quedado constituído al fin—dijo Cisneros,—gracias á mis esfuerzos. Por algo se empieza. Hay que tener paciencia.

—Es claro: los barcos se harán después,—apunté yo.

—Gracias á Dios—indicó Cisneros,—ya tenemos Almirantazgo. Precisamente acaba éste de tomar una determinación importante.

—¿Cuál?

—Ceder al Infante los derechos que la corporación percibe. Es una bonita renta.

—Lo que dice Pipaón-- manifesto Ceballos. —Tiempo hay de hacer los barcos. La cosa no urge.

Cisneros no habló más, y se retiró. Era un viejo caduco y tristón que no infundía ya sentimientos de afecto ni de antipatía. Había estado en el combate de Trafalgar, mandando en la *Trinidad*, como Mayor General de Uriarte. En 1810, hallándose de Virrey en Buenos Aires, fué débil, tan débil que permitió á los rebeldes formar una junta de gobierno, con tal que le diesen un puesto en ella. Pero los insurgentes americanos, después que se apoderaron del gobierno y de las fuerzas navales, despidieron ignominiosamente al Virrey. Vuelto á España, no encontró un patíbulo, sino la Capitanía general del departamento de Cádiz, que era un buen momio, y después el Ministerio de Marina. Cisneros tenía pocos amigos. Apenas le traté, porque su lúgubre tristeza me aburría en extremo.

—Si Cisneros y yo seguimos en Marina y Guerra—afirmó Eguía con petulancia,—he-

mos de poner á marineros y soldados, como antes dije, en el pie de magnificencia que les corresponde.

—Mientras no se encargue de calzar ese pie de magnificencia el señor Duque que está presente...—dijo Ceballos mirando con maliciosa intención á Paquito Córdoba;—mientras todo el ejército de mar y tierra no vista y coma al compás de los rollizos galanes de la guardia, no haremos nada. El señor Duque puede comunicar al señor Ministro de la Guerra su receta para engordar soldados.

Con estas frases malignas, zahería el astuto Ministro de Estado al señor Duque de Alagón. Hacía tiempo que no se miraban con buenos ojos.

La guardia de la Real persona—dijo Paquito Córdoba,—come lo que Su Majestad se digna darle. En ella no hay un solo individuo que haya metido su mano en la olla del Rey José, ni en el puchero de las Cortes de Cádiz.

Esta saeta era muy punzante para Ceballos, que desde 1808 se había sentado á todas las mesas. No contestó el ladino cortesano á la insinuación del Duque y varió de conversación. Era Ceballos hombre instruidísimo en diplomacia máxima y mínima; muy conocedor de las grandes vías, así como de los callejones de la política. Reservándome para más adelante el trazar su historia, diré aquí tan sólo que era el más instruído de los presentes, sumamente listo, de semblante simpático y modales muy finos, como de quien ha-

bía cursado en diferentes cortes europeas, distinguiéndose además por su aparente dignidad y cordura al tratar las cuestiones de Estado. Detestaba cordialmente la camarilla, á la cual llamaba *vil chusma*, aunque nunca se atrevió á combatirla abiertamente, ni tampoco renunció á su apoyo cuando lo necesitaba. Más que odio inspirábale envidia, porque podía más que él. En cuanto á mi persona, en aquella sazón Ceballos me consideraba mucho, por el afán de congraciarse con Ugarte, á quien envidiaba y temía. Así es que no bien disparóle el Duque la alusioncilla picante de su afrancesamiento, entabló coloquio conmigo, mientras los demás charlaban de otro negocio.

—¿Con que va usted á la Caja de Amortización?—me dijo.

—Por mi parte nada sé—repuse con modestia.—Algunos me lo han indicado; pero puedo asegurar que no lo solicité, ni hasta ahora me lo han propuesto.

—Dígolo, señor de Pipaón—añadió disimulando con una sonrisita forzada y modales respetuosos el desprecio que aquel fatuo sentía hacia mí;—dígolo, porque me parece una de las mercedes más justas que se han dado en estos tiempos... Vamos á ver, ¿por qué no se viene usted con nosotros?

—¿Al Ministerio de Estado?

—Justo. Hombre, se lo he de decir á Ugarte, á mi querido amigo el Sr. D. Antonio... Allí necesitamos hombres de actividad, hombres de ingenio despierto...

—Gracias, Sr. D. Pedro. Yo no sirvo para la diplomacia.

Firme en mi propósito de no desperdiciar ripio para ganar la estimación de cuantos hombres figuraban, hubiesen figurado ó estuviesen en vías de figurar por aquellos días, dije al D. Pedro:

—En el Ministerio de Estado no pueden servir hombres legos y sin ninguna ciencia diplomática. Desgraciadamente en España tenemos tan pocas personas idóneas para este ramo...

—Es verdad.

—Tan pocas, que se pueden contar—repetí;—y si nos concretamos al desempeño de la primer Secretaría, no sé, no sé que haya más de uno... No lo digo porque me esté usted oyendo. Cuantas veces he hablado de esto con mis amigos les he dicho: «Cítenme ustedes un hombre, uno solo que pueda reemplazar á Don Pedro Ceballos, si por desgracia dejara la cartera de Estado.»

—¡Oh! es usted muy benévolo, Pipaón,—me dijo, no muy sensible á mis lisonjas.

—Es la verdad—proseguí con calor.—Yo me asombro de la delicadeza y dificultad de los negocios diplomáticos en que hay que tratar con naciones extrañas, y procurar engañarlas á todas si es posible... Cualquier Ministerio puede desempeñarse fácilmente; pero el de usted... Bien lo conoce Su Majestad, que, al tolerar en las demás Secretarías á personajes tan nulos como D. Francisco Eguía—bajé la voz, aunque estaba lejos,—pone en las de

Estado al único hombre de talento y saber que frecuenta estas salas...

—¡Qué lisonjero!

—¡La verdad! Vamos á ver. ¿No da risa ver al frente del ramo de Guerra á ese grotesco señor de la coleta, que poco há ponderaba las ridículas Ordenanzas que ha dado al ejército?

D. Pedro Ceballos no pudo contener la risa.

—Calle usted, calle usted,—me dijo, haciendo alarde de prudencia y compañerismo.

Luego, bajando la voz y tomándome el brazo para alejarnos más de los demás palaciegos, añadió:

—Sea usted franco. Esa *vil chusma*, con la cual usted anda á brazo partido, ¿ha dicho hoy algo de la caída de Villamil?

—No ha dicho una sola palabra, Sr. D. Pedro: ellos no se franquean conmigo—respondí. —Saben que les desprecio altamente...

—Se murmura que Villamil no durará dos días. ¡Qué desventurado Reino! Aquí no hay nada seguro; vivimos á merced de esa gentuza...

—Si yo no sé cómo Su Majestad tolera que ese vil criado, ese libertino Duque...

—Más bajo...

—Y no dudo que lo consigan—añadí con magistral oficiosidad.—Será lástima que un Ministro tan probo, tan entendido, tan decente como el Sr. D. Juan Pérez...

—¡Oh! Yo pienso hablar al Rey hoy mismo con energía—afirmó aquel hombre que no había sido nunca enérgico más que para pasarse de un partido á otro.—Esta detestable

servidumbre, autora de la bárbara política que se hace hoy, así como de las crueldades de los comisarios enviados á provincias por privada disposición del Rey, sin contar con nosotros; esa vil servidumbre, esa desastrosa política, repito...

No dijo más porque se acercó á nosotros un nuevo personaje. Era el Obispo de Almería, Inquisidor general.

—Bien venido sea el señor Obispo,—dijo D. Pedro ceremoniosamente.

—Felices, hijo mío—repuso el Prelado sonriendo;—¿esa salud cómo va? ¿Pero no anda por aquí el Sr. Collado?... ¡Sr. Collado!

Y dirigió sus miradas á un lado y otro sin dejar la sonrisita.

El lacayo acudió presuroso mientras los presentes besábamos el anillo á Su Ilustrísima. Tenía el de Almería un semblante de angelical bondad, que al punto le ganaba las simpatías de cuantos tenían la inefable dicha de tratarle. Hombre menudillo y achacoso, no dejaba por eso de ofrecer un aspecto patriarcal. Viéndole, se sentía uno inclinado á las buenas acciones, á la mansedumbre evangélica, á la exaltación mística y á la piedad. No salía de su boca palabra alguna que no fuese la misma devoción y un compendio del Evangelio.

—No he querido retirarme sin hablar con usted—dijo á Chamorro.—Vengo de ver á Su Majestad, y le he recomendado el asunto de las señoras de Porreño. Se presenta muy favorable; pero es preciso que me lo apoye us-

ted, pero que me lo apoye en forma, ¿estamos?

—Descuide Su Ilustrísima—repuso el ex-aguador.—Se atenderá con mucho gusto.

—También el Sr. Artieda lo toma con gran calor—prosiguió el Príncipe de la Iglesia con benévola sonrisa;—pero no me fío de Artieda, que es un poco falso. Usted es más formal, Sr. Collado... ¡Ay, como usted me descuide este asunto...! Son infinitas las personas de viso que se interesan por esas pobres señoras. Aquí precisamente tenemos una.

El Obispo me señaló. Inclinéme respetuosamente.

—En efecto—dije.—Conozco mucho á esas señoras y ya he dado algunos pasos... Es indudable que alcanzarán lo que solicitan... O hemos de poder poco, Ilustrísimo Señor, ó lo conseguiremos.

—Es preciso hacer algo por los desgraciados —afirmó el Inquisidor dando un suspiro, y poniendo los ojos en blanco.—Esto es más que un favor, Sr. Collado; es una obra de caridad... No me descuide tampoco aquel asuntillo de mis primas, ¿eh?

—Puede Su Ilustrísima ir sin cuidado—replicó el ex-aguador.—Todo se hará.

—Si no se tratara de obras de caridad, no molestaría...—dijo el Prelado en tono de protesta.—Pero ¡ay! amados hijos míos, no se ven más que lástimas y miserias... Yo quisiera atender á todo; pero soy un pobre pastor viejo que apenas puede ya con el cayado... Con que ¿quedamos en ello?—añadió con apresuramiento y afán de marcharse, porque había

llegado la hora de la comida.—No necesitaré dar á usted nota escrita, ¿verdad?

—Tengo buena memoria—repuso el aguador, besando de nuevo el anillo al noble Prelado.—Téngala Usía Ilustrísima también para mí en sus oraciones.

Nos disponíamos á acompañarle hasta la sala inmediata, donde le aguardaban sus familiares, cuando á él y á nosotros nos detuvo otro sujeto, también anciano simpático y venerable, que de improviso entró. Era D. Tomás Moyano, Ministro de Gracia y Justicia, célebre por sus muchos parientes, que iban viniendo en tribus invasoras de los pueblos de Rueda, Medina y La Seca, para acomodarse en la administración. Había sustituído á Macanaz. Si he de decir verdad, era hombre altamente insignificante, que por nada se distinguía como no fuera por su obesidad. Al entrar hizo algunos gestos, como mandando á todos que nos detuviéramos para comunicarnos algo de mucha importancia, y antes que le preguntáramos, dijo á voces:

—Aquí llevo el decreto para que lo firme Su Majestad.

—¿Qué decreto?—preguntaron varios con curiosidad suma.

—Señores—exclamó declamatoriamente,—felicitemos todos al señor Inquisidor general por la merecida distinción con que acaba de agraciarle Su Majestad.

—Nada más justo—dijo Ceballos, descifrando el enigma, y haciendo una cortesía al digno Prelado.—Su Majestad ha concedido

á Su Ilustrísima la Gran Cruz de Carlos III.

—¿Y eso era?...—balbució el pastor.—Pero ¿en qué están ustedes pensando?... ¡Darme á mí la Gran Cruz, á mí, que estoy muy lejos de merecerla, cuando hay tantos otros...!

—Fué idea mía, señores—dijo Moyano con vanidad indescriptible.—Anoche lo propuse á Su Majestad, y al punto... Hoy he extendido el decreto—añadió pasando la vista por un papel escrito,—y no le falta más que la firma... «En atención á los méritos del muy reverendo, etc... y en *premio de su humildad apostólica...*»

—*En premio de su humildad apostólica*—repitió Ceballos.—Me parece admirable. Señor Prelado, felicito á Usía Ilustrísima.

—¡Todo sea por amor de Dios!—murmuró el Obispo juntando las manos.

Nos inclinamos todos, y aquello fué un coro de felicitaciones y plácemes. Al santo y humilde pastor casi se le saltaban las lágrimas de puro enternecimiento. Yo estaba también muy conmovido.

—En vez de ocuparse en repartir cruces á los pobres viejos achacosos—dijo el Inquisidor, con ese tono de represión benévola y delicada que se emplea para condenar aparentemente las cosas que más nos agradan,—debiera usted ocuparse, Sr. Moyano, en expedir de una vez ese decreto en que Su Majestad nos concede el uso diario y constante de nuestra venera.

—Es verdad—repuso Ceballos;—pero ya hemos tratado en Consejo este asunto. No se puede hacer todo de una vez.

—Se ha despachado primero la creación de la *Cruz de Valencey*,—indicó Eguía.

—La *Cruz de los Persas* nos ha dado también mucho que hacer,—añadió Moyano.

—Y la *Cruz del Escorial*.

—Pero la de los señores Inquisidores quedará despachada bien pronto, y podrán usar su distintivo diariamente, como los caballeros de Calatrava y Santiago, á fin de que sean conocidos del pueblo, y respetados y considerados como merece ese alto instituto.

—La visita que Su Majestad nos hizo el otro día—dijo con dulzura el Prelado,—dignándose ver y fallar varias causas, sentado al lado nuestro y compartiendo nuestras fatigas, debía señalarse con una distinción solemne hecha al Supremo Consejo. Así entiendo yo la cruz que se me ha dado, señores: se ha querido honrar á toda la corporación, honrando á este indigno soldado de la Fe. Doy las gracias á los generosos amigos de Su Majestad que se han acordado de este humilde siervo de Dios; y pues nobleza obliga, suplico á los señores ministros presentes que me acompañen hoy á la mesa.

—Yo acepto—dijo D. Pedro Ceballos, con cortesana desenvoltura.—Desde el banquete que Su Ilustrísima dió al Rey el día de la célebre visita, corre por estos barrios la noticia de que el cocinero del Inquisidor general es uno de los mejores de Madrid.

—Un pasar decoroso y nada más—repuso el Prelado.—Con que señores, ¿no hay otro de ustedes que quiera hacer penitencia?

—Haréla yo también, señor Obispo,—dijo D. Francisco Eguía, estrechando fervorosamente la mano que el reverendo le alargaba.

—Por mi parte, no desairaré á Su Ilustrísima—manifestó Moyano, lleno de piedad cristiana.—El despacho con Su Majestad será breve.

—Señor Duque—dijo Su Ilustrísima, despidiéndose.—Sr. Collado, Sr. Pipaón, mil bendiciones para todos, y mil millones de gracias por sus bondades.

Salieron.

—¡Id con Dios!... ¡Fuera, fuera, *vil chusma!* —exclamó el Duque, moviendo los brazos como cuando se espanta una turba de insectos importunos.—Esta sí que es *vil chusma.*

—Los pobrecitos se contentan con lo que les dan—indicó Chamorro sonriendo.—La verdad es que no molestan demasiado.

—Ya Ceballos da por muerto á su compañero y amigo Villamil—afirmé yo.—Ese fatuo insoportable me ha pedido noticias, y dice que esta noche piensa echar á Su Majestad un discursito acerca de la *vil chusma.*

—Ya veremos,—indicó Alagón, haciendo ademán de pegar.

—Después lo veremos,—repitió el exaguador.

—Y qué tal, Sr. Collado—preguntó Paquito,—¿ha podido usted conseguir algo esta mañana?

—Así, así—repuso el lacayo, rascándose la sien.—Todavía no acaba de convencerse.

—Se le ha puesto entre ceja y ceja que Vi-

llamil es un hombre necesario, y apéele usted de esa burra,—dijo el Duque.

—Creo que esta noche le convenceremos—indicó el aguador.—Ya esta tarde, cuando le vestimos, parecía más inclinado...

—¿Ha habido piano esta tarde?—preguntó con afán el capitán de la guardia.

—Un poquitín de *forte piano*,—replicó el lacayo maliciosamente.

—¿Y esta mañana?

—Rasca y más rasca... No se le podía meter el diente. Artieda, por importuno, se llevó una rociada de vocablos, que si fuera de palos, no le quedara un hueso en su lugar.

Esto necesita una explicación. Los favoritos habían observado que cuando Su Majestad, al sentarse junto á la mesa de su despacho, movía volublemente los dedos sobre ella, como quien toca el piano, modulando al par entre dientes un sordo musiqueo, se hallaba en excelente disposición para conceder lo que se le pedía. Por el contrario, cuando se rascaba la oreja ó se pasaba la palma de la mano por la frente, era casi seguro que negaría la petición. Ajustaban todos hábilmente su conducta á estos externos signos del humor del Príncipe, y por tal ley se regían los sucesos. Un gran movimiento en Palacio, excesivo flujo y reflujo de intrigas, febril actividad en los excelsos camarilleros, indicaban que era día de piano.

—Esta tarde vamos á paseo—dijo el Duque,—y daré otro ataque. ¿Qué órdenes hay para esta noche?

—Come solo.

—Mejor. Ya me ha dicho que no irá al teatro en toda la semana. Habrá tertulia—murmuró el Duque reflexionando.—No falte usted á la tertulia, Pipaón.

—Ni tampoco el Sr. D. Antonio,—dijo Chamorro levantándose.

—No faltará,—aseguré yo.

—Voy adentro antes que me llame—añadió el aguador.—Hasta la noche, señores.

—Hasta la noche.

Luego que nos quedamos solos, el Duque me dijo:

—Que no deje de venir esta noche D. Antonio. Es hombre á quien cada vez estima más Su Majestad. Personas de tales prendas debieran poseer por entero la confianza de los Reyes, no ese estúpido Chamorro...

—¡Ah! Usted piensa como yo, que...—dije adaptándome rapidísimamente, según mi costumbre, á las ideas de mi interlocutor.

—¿Qué?

—Que ese Chamorro es un bestia.

—Un dromedario, en cuya joroba no vendrían mal todos los palos que él daba á su pollino cuando traía agua de la fuente del Berro.

—¡Quién sabe!... Puede que el palo esté ya cortado de la rama y alguien esté afilándole los nudos.

El Duque se echó á reir, marchando ya hacia la puerta, para ir á la regia cámara.

—Si de mí dependiera... Cuidado, amiguito Pipaón—añadió cautelosamente,—con de-

jar entrever á ese avestruz el asuntillo de que hablamos ayer en la Trinidad.

—¡Oh, el asuntillo! ¡Y qué asuntillo, señor Duque!—exclamé restregándome las palmas de las manos una con otra, y alzando los hombros.

El Duque se puso el índice en la boca, y cordialmente se separó de mí. Poco después estaba yo en casa de D. Antonio Ugarte, contándole todo lo que había visto y oído.

XIX

A las nueve de la noche pisaba yo la Cámara Real, aquella deslumbradora cuadra, colgada y ornada de amarillo, en cuyas paredes los más hermosos productos del arte (todavía no se había formado el Museo del Prado) recibían diariamente, como gentil holocausto, el humo de los mejores cigarros del mundo. Diversos bustos de príncipes de ambos sexos puestos sobre las mesas, alegraban la estancia con sus caras satisfechas. Las miradas de sus ojos de mármol parece que confluían al centro, y se contemplaban unos á otros, á veces risueños, ceñudos á veces, según era festiva ó lúgubre la tertulia. Casi en el centro de uno de los testeros, media docena de hombres des-

vergonzados, sucios, casi desnudos unos y haraposos otros, con semblante estúpido y ademanes incultos todos, se reían de la tertulia constantemente, embrutecidos por el vino. Eran *Los Borrachos*, de Velázquez. A veces aquellos hombres puestos en alto, entre los cuales el del centro escrutaba con su mirar insolente toda la sala, parecían una especie de tribunal de locos. En un rincón, junto al hueco de la ventana, refugiado en la sombra y casi invisible, veíase un hombre lívido, exangüe, cuya mirada oblicua lo abarcaba todo desde el ángulo obscuro. Vestía de negro y en una de sus manos llevaba un rosario. Era *Felipe II*, pintado por Pantoja. En aquel retrato se detuvo en pie Napoleón, contemplándolo con atención profunda un día de Diciembre de 1808.

Cuando yo entré en la Cámara Real, Su Majestad estaba sentado en un sillón á poca distancia de la chimenea encendida; tenía la cabeza echada hacia atrás, de modo que miraba al techo, dirigiendo hacia él el humo de su cigarro. A espaldas de su señor estaba Pedro Collado, y no lejos Artieda, menudillo y algo compungido, de semblante un poco aclerigado, ya viejo, tardo en hablar y moverse, pero de ojos muy observadores. El Duque había entrado conmigo. Saludamos al Rey, distinguiéndome yo por mis exageradas muestras de veneración y amor, á estilo Lozano de Torres (aún no es ocasión de hablar de este personaje). Fernando me recibió con aquella placentera bondad que le reconocen

amigos y enemigos, y luego en el tono más campechano del mundo nos dijo:

—Duque, siéntate... Siéntate, Pipaón.

Volviendo la cabeza á un lado y otro, añadió:

—Collado y Artieda, sentaos.

Los dos venerables criados, el prócer ilustre y yo, humilde hijo de labradores, nos sentamos frente al poderoso, en los divanes que había á un lado y otro de la chimenea.

Puso Fernando una pierna sobre la otra (¡cuán presentes tengo estos detalles!), y retorciendo el cigarro en la boca, dejó caer de sus augustos labios estas palabras:

—¿Qué se dice por ahí?

—Esta tarde—replicó Collado,—han ido á comer con el Inquisidor general, D. Pedro Ceballos, Eguía y el señor Majaderano

—¿Quién es Majaderano?—preguntó con indiferencia Fernando.

—El Ministro de Gracia y Justicia—repuso Alagón.—Así le llamaba *Gallardo* en su graciosa *Abeja*.

No nos reímos, porque el Monarca permaneció impasible. Al fin, sonriendo, dijo:

—¡Ceballos sentado á la mesa con el Inquisidor!

La señal fué dada. Todos soltamos la risa.

—¿Si querrá D. Pedro participar al Prelado cómo va la secta masónica de que es jefe? —dijo el Duque.

—Yo había oído que era masón—afirmé con malicia;—pero hasta ahora no sabía que era el Papa de los Hermanos.

—Tan cierto como es noche,—afirmó Alagón, observando el semblante de Su Majestad, que demostraba poco interés en la conversación.

—Lo que asombrará más al mundo—indicó Collado,—es saber que los masones tienen su logia en la casa misma de la Inquisición.

—¡Hombre, tanto como eso...!—murmuró el Rey con indolencia.

Todos fijamos en él la vista.

—Quizás se trate hoy de eso en la comida del Inquisidor,—añadió Paquito.

—Artieda—ordenó Fernando bruscamente,—trae cigarros.

El lacayo dió al Rey lo que éste pedía, y habiéndonos ofrecido á todos los presentes, fumamos. El humo de los cuatro cortesanos juntábase con el del Rey en los obscuros ámbitos del techo, donde hacían cabriolas media docena de dioses y ninfas pintadas por Bayeu.

—¿Qué habláis ahí de francmasonería?—preguntó Fernando, después de una larga pausa en que no se oía más ruido que el del enorme reloj, cuya ancha esfera y pagana figura de bronce ornaban la chimenea.

—El señor Ministro de Estado de Vuestra Majestad lo podrá decir,—repuso Collado.

—¿Qué hablas ahí, estúpido?—dijo Fernando, sacudiendo un poco su somnolencia.

—Señor—repuso el criado, apoyando los codos en las rodillas y observando el cigarro mientras lo volteaba entre los dedos, liando y desliando la ensalivada capa.—Los tontos y

estúpidos son los que dicen las verdades. Vaya por las que he dicho á Vuestra Majestad en ocho años.

—¿Hablabas de Ceballos?

—Sí, señor.

—Decías que era francmasón. ¿Acaso hay ahora francmasones?—preguntó el hijo de Carlos IV con viveza.

—Los hay, los hay—aseguró Collado.—Esta mañana hablábamos el Sr. Pipaón y yo de la taifa de masones que va saliendo por todos lados, como mosquitos en verano, y... que cuente el Sr. Pipaón lo que sabe.

—Pipaón—dijo el Rey con evidente deseo de variar la conversación, y sonriendo picarescamente,—no entiende más que de cortejar muchachas bonitas.

Hice una reverencia á la bondadosa Majestad, única contestación que dar podía á broma tan impropia de la gravedad de mi carácter.

—Sí—añadió el señor de dos mundos, juntando la nariz con la barba:—con esa cara de Pascua florida y esa hinchazón de Consejero de Castilla, es el mayor amparador de doncellas que hay en Madrid. Se mete en las casas más honestas, saca los tiernos pimpollos, los conduce, socolor de música y fiestas, á los barrios bajos, los lleva también á las procesiones, á las fiestas de los conventos...

—Señor, señor...

Yo no podía decir otra cosa, humillando mi frente de vasallo, ante la sonrisa de quien me honraba dejando caer sobre mí las relu-

cientes ascuas de sus burlas reales. De repente, aquellos cortesanos tan diestros, tan hábiles en el conocimiento de las conveniencias de la cámara, así como de la caprichosa voluntad de su señor en la marcha de los diálogos que allí se sostenían, dejáronme solo en presencia de Su Majestad. El Duque llevó á los dos criados al otro lado de la estancia.

Pausa. Fernando contemplaba el techo, y al fin, como quien sale de honda distracción, miróme fijamente y preguntó:

—¿Qué decías?

—Señor, Collado ha apelado á mi testimonio en apoyo de sus opiniones sobre la francmasonería, y yo debo decir...

—Que todos son masones, y yo el jefe de ellos... ¿Te ríes? Pues no falta quien lo asegura así.

—¡Oh! señor, antes que pronunciar tal desacato, mis labios callarían para siempre.

—La verdad es que hay un Oriente en Granada, que preside el Conde del Montijo... —continuó el Rey.

—Justamente, señor, y...

—Y en el cual parece andan también muchos hombres graves que no debieran ponerse en ridículo... pues tengo para mí que eso de la masonería es una farsa grotesca, que no conduce á nada bueno ni á nada malo. Muchos son masones para ocultar sus amores nocturnos—añadió con viveza:—por ejemplo, tú... Dime, ¿á qué logia ibas anoche con aquellas dos damas?

—Señor...—repetí confundido.

Indudablemente me puse como una cereza. Él me dijo con mucha gracia:

—La desmayada se me presentó otra vez al día siguiente en la Trinidad. Cojeaba un poco, y estuvo á punto de caer segunda vez. Muchos tropiezos son en tan poco tiempo.

—¡Oh! sí, muchos tropiezos. Vuestra Majestad sabe ya quién es la madre, la hija, el hermano, etc... En cuanto á la niña, no hay otra en Madrid ni más linda ni más graciosa.

—En verdad—indicó el Rey, dando á aquel asunto un interés inmenso,—sus facciones no son perfectas; pero la expresión de su cara es encantadora y el conjunto de sus facciones...

—¡Oh, seductor! ¿Pues y aquellos torneados brazos, y aquel cuello de alabastro?...

—¡Y qué pie tan bonito! ¿No es verdad?—preguntó Fernando con sencillez suma, no menos engolfado que un mozalbete en la contemplación imaginaria de la beldad soñada. —Paco no ha podido decirme los motivos de aquel brusco encuentro: ¿á dónde íbais? ¿de dónde veníais?

Comprendiendo que marchaba por buen camino, expuse á mi interlocutor los verídicos hechos de mi paseo nocturno, sin omitir nada, ni alterarlos, ni olvidar antecedente ni móvil alguno, y en el momento en que pronuncié el nombre de Gasparito Grijalva, sorprendióse mucho, y alzando la voz, me dijo:

—Hoy ha estado aquí su padre á pedirme que ponga en libertad á ese niño. Es una buena obra..., lo he concedido al momento.

¿No crees tú que es una buena acción? La pobre muchacha merece esta recompensa por su puro y noble amor.

Yo callé.

—¿No crees tú que es una buena obra ponerle en libertad?... ¿No crees que mañana mismo...?

Seguí callando y moví la cabeza en ademán dubitativo.

—¡Cuán dulce prerrogativa es la del perdón en los reyes!—exclamé.—Dios se la concede para que sean superiores á las mismas leyes, que no tienen más que la de la justicia.

Fernando pareció fastidiado de mi pedantería, y bruscamente me dijo:

—¿Qué crees tú? Dilo con franqueza.

—Mi opinión, señor—repuse con humildad, —no debe ser de ningún peso en las resoluciones de Vuestra Majestad; pero si me viera precisado á darla...

—Ya la espero—afirmó con impaciencia aquel hombre prudentísimo que no quería nunca proceder de ligero en sus resoluciones.

—¿No hay tiempo de poner en libertad á ese loco?—dije con la mayor osadía.—¿Por fuerza ha de ser mañana, señor?

—Verdaderamente es así. Pero yo prometí á ese anciano la libertad de su hijo...

—¡Qué dulce prerrogativa es la del perdón! —repetí compungidamente.—¡Y qué placer tan grande debe de experimentar el corazón de un Monarca al conceder mercedes á sus súbditos, sin omitir á los más grandes criminales! Las alegrías que con una sola palabra produ-

ce, ¡cuán benditas son! ¡Cuántas lágrimas se enjugan! ¡Cuántos corazones palpitan gozosos! El de Presentacioncita, en este caso, saltará dentro del blanco seno, más por ver logrado su empeño que por amor al mancebo.

—Pues qué, ¿no está enamorada de ese calaverón?...—preguntó con mucha viveza, hondamente interesado en todo aquello que pudiera contribuir al bien de sus súbditos.

—No lo creo... Le tiene afecto, un afecto caprichoso y nada más. Es niña de mucha ambición... Ha de saber Vuestra Majestad que tiene aspiraciones locas, insensatas...

—Aspiraciones locas—repitió.—¡Vaya con la niña!

—Si Vuestra Majestad la tratase; si pudiera apreciar por sí mismo los vuelos de aquella imaginación ardiente...

—La cojita no puede ser más mona—dijo el Rey, dando á sus ojos expresión semejante á la que en los suyos tenía alguno de los individuos del lienzo de Velázquez.—¡Y qué cuerpo tan bien formado!... Es una preciosidad... una joyita de carne y hueso.

Hablóme en este tono largo rato, demostrándome su mucha afición á las artes, y principalmente á la escultura, de la que era especial devoto.

—¡Y pensar que tales tesoros van á ser para ese tronera de Gasparito Grijalva!—exclamé yo.—¡Vamos, quién se lo había de decir á ese calumniador de Vuestra Majestad, á ese charlatán irreverente y desvergonzado que mañana mismo va á recibir de Vuestra Majestad gene-

rosísima el perdón de sus culpas, y que con el perdón va á entrar en el pleno goce de sus derechos amatorios!...

—¡Es su novio, su pretendiente!... ¡Cómo se divierten esos chicos... que no son reyes!

—Y no la deja á sol ni sombra. ¡Qué pesado es! Como la Condesa le permite entrar en la casa, allí está á todas horas el barbilindo, cosido á las faldas de su Filis. No puede la niña pestañear sin que el moscón se entere...

—¡Hombre!—exclamó el Rey, dándose una palmada en la rodilla,—me carga ese niño.

—¡Y qué lengua!... ¡Qué lengua! Es capaz de revolver á todo Madrid.

—En verdad, Pipaón, que si no fuese porque prometí á Grijalva ponerle en libertad...

—¿Pero por fuerza ha de ser mañana?—me atreví á decir.—¡Ah! Vuestra Majestad no sabe ser generoso á medias, y por hacer bien no repara que favorece á sus enemigos.

—No estaría de más que ese D. Gasparito, ó D. Moscón, durmiese unas noches más en la cárcel. ¿Qué te parece, Pipaón?

—Admirable: unos días más de encierro, y después se le pone en la calle... ¡Generosidad y previsión! ¡Ejemplares virtudes que no deben separarse jamás!

—Dices bien; pero yo...—objetó Su Majestad, sacudiendo el cigarro y pidiéndome fuego para encenderlo,—pero yo quisiera servir á ese pobre y leal D. Alonso... Cuando yo estaba en Francia, me prestó varias cantidades sin interés ninguno.

—Si Vuestra Majestad aprecia en algo mi

parecer, me tomaré la libertad de decirle que Grijalva tiene asuntos de más interés que el de su hijo, y en los cuales puede recibir inmensos favores de su Soberano.

—¿Cuáles? Dímelo pronto.

—El de la moratoria que solicitan las señoras de Porreño... Conceder esa merced y dar golpe terrible á Grijalva es todo uno.

—¿Grijalva es el acreedor?—preguntó con anhelo.

—El mismo. Suponga Vuestra Majestad qué gracia le hará esperar diez ó doce años para poder embargar los bienes de esas señoras...

—Porreño se comió su fortuna y la ajena, dióse buena vida, y ahora sus herederos no quieren pagar... ¡Qué excelente sistema! Veo que esas señoras tienen talento, Pipaón,—dijo Su Majestad con expresión festiva.

—¡Excelente sistema!—repetí yo.

—¡Y sobre todo muy español!—añadió el Rey de las Españas con un aplomo humorístico que á pesar mío me hizo reir.—Gastar lo propio y lo ajeno, vivir á lo príncipe, y después encastillarse en la grandeza y dignidad de los títulos nobiliarios para rechazar el pago de las deudas como una ignominia... ¡Oh, qué delicioso país y qué incomparable gente!

—Sin embargo, se dice que Grijalva no cobrará...

—Que sí cobrará... pues no faltaba otra cosa—afirmó Fernando con firmeza.—Se me presenta la ocasión más bonita que pudiera apetecer para contentar al buen D. Alonso sin ponerle en libertad al niño.

—Con lo cual se le hacen dos favores.

—¡Collado!—gritó el Rey volviendo el rostro.

Acudió el cortesano, y Su Majestad, sin mirarle, le dijo:

—¿Apuntaste para mañana el *sobreséase* del hijo de Grijalva?

—Sí, señor, aquí está—repuso Chamorro, sacando un papel.—Esta noche pienso que pase al Sr. Echavarri.

—No, no hay nada de lo dicho... ¡Artieda!

El ayuda de cámara se acercó.

—¿No fuiste tú quien tomó nota de la moratoria?...

—Para pasarla al Consejo Real... Ya le he dicho al señor Obispo de Menorca y al señor Escóiquiz que estaba concedida.

—Estúpido, ¿quién te mandó prometer...?

—El señor Inquisidor general—dijo Collado,—me la recomendó también con vivo interés...

—Perdone Vuestra Majestad—repuso Artieda humildemente.—Sin duda yo entendí mal, cuando Vuestra Majestad se dignó acceder á la petición que le hicieron el reverendísimo señor Obispo de Menorca, el reverendísimo señor Obispo de Astorga, y el reverendísimo Inquisidor general.

—¡Vete al diablo tú y tus reverendísimos!... —exclamó Fernando, con el rostro encendido por la ira, lo cual le acontecía á la menor incomodidad

—Entonces...—balbució el ayuda de cámara.

—Entonces...—repitió el Rey, remedando, no sin gracejo, el aire contrito y el sonsonete quejumbrón de Artieda,—entonces quiero decir que no concedo la moratoria... ¿Lo entiendes? ¿Todavía quieren más los reverendos? Ya no queda nada que pedir para sí, y piden moratorias para sus tramposos amigos, tenencias de resguardo para los cortejos de sus sobrinas y beneficios simples para los niños de teta de sus señoras amas...

—El señor Obispo de Almería—dijo Collado con timidez,—me dijo que tenía tanto, tantísimo interés en que esas señores... Y Su Ilustrísima...

—Basta de Ilustrísimas y de sobrinos de Ilustrísimas—agregó Fernando con hastío—Collado, quedamos en que no hay *sobreseáse* para el hijo de Grijalva. Artieda, quedamos en que no hay moratoria para las señoras de Porreño... Ambas cosas negadas.

Hubo una pausa. Los criados se retiraron taciturnos. Observé que desde el rincón de Felipe II, cuatro ojos me miraban con enojo.

Un instante después entró en la tertulia mi maestro y señor D. Antonio Ugarte.

XX

Entró risueño, rebosando alegría, repartiendo sonrisas, cautivando con su amabilidad de tal suerte, que la tertulia, sólo con su presencia, adquirió la animación de que antes carecía. Recibióle Fernando con mucho gozo, y después que cambiaron algunas palabras, mitad en broma, mitad en veras, dióle el Rey las quejas por su ausencia, á lo cual contestó Ugarte:

—Pues qué, ¿este tunante de Pipaón no dijo á Vuestra Majestad que salí de Madrid á desempeñar un encargo del señor Ministro de Rusia?... Y á propósito, señor, ¿con que ya no tenemos Ministro de Hacienda?

—¡Ya no tenemos Ministro de Hacienda!—replicó Fernando con afectación de pesadumbre festiva.—Estamos sin Ministro de Hacienda. ¡Qué desventura! Dí, Ugarte, ¿tenemos aire que respirar y sol que nos alumbre?

Todos prorrumpieron en sonoras carcajadas, fórmula entonces la más gráfica de la adulación.

—¡Oh! señor—dijo Ugarte con irónico acento dramático,—estamos muy mal. ¡El mundo se desquicia!... ¿Qué va á ser del reino sin Ministro de Hacienda?

—Como que no sabemos que dos y dos son cuatro si el Ministro de Hacienda no nos lo dice...—añadió el Rey, produciendo nueva explosión de risas.—Pero recobra el aliento, querido Ugarte, que hay Ministro.

—¿Quién, señor? ¿Se puede saber?

—El mismo, el *señor alcalde de Móstoles*.

—¡Oh!—exclamó Ugarte con cierta confusión.—Me habían dicho que el Sr. D. Juan Pérez se había ido esta tarde á tocar el órgano del pueblo á que debe su celebridad.

—No hagas caso—indicó el Rey:—no tengo motivos para despedir á Villamil. Sólo que esta *vil chusma*, como dice Ceballos, es capaz con sus chismes y enredos de trastornarme los Ministerios todos los días.

—Pues por Madrid ha corrido la noticia—añadió Antonio I.—Por cierto que se daba á D. Felipe González Vallejo como sucesor de D. Juan Pérez.

—Eso quieren éstos—dijo Fernando, señalando con desdén á Alagón y á los dos criados. —En caso de vacante, tal vez...

—Pues el consejo del Duque me parece acertado—dijo Ugarte.—Vallejo es hombre que lo entiende, aunque no lo parece. Es de esos cuya apariencia engaña.

—¡Y tanto que engaña!—repitió Fernando con malicia.—Cualquiera creería, oyendo á Vallejo, que es tonto solemne de siete capas. Se lleva uno cada chasco...

—Casi siempre engaña la apariencia en los hombres de Estado,—repuso Ugarte.

—Vamos, ya cogió D. Antonio su tema fa-

vorito—dijo el Duque riendo.—Hablará pestes de Ceballos.

—No, nada de eso... Acabo de separarme de él en casa de unos amigos—replicó D. Antonio.—Tan guapote como siempre...

—Aquí—apuntó el Rey sonriendo,—se ha dicho esta noche que es el jefe de los masones.

—Como D. Pedro ha de estar en todo—repuso Ugarte con mucho gracejo,—nada tiene de particular que esté también en la masonería. ¿No le llaman por ahí *el indispensable?*

—Y el *cambia-colores*.

—¿No ha figurado en todos los partidos, desde 1808?

—Vamos, no murmurar—dijo Fernando. —Se miente mucho, y se dicen muchas falsedades.

—Ciertamente—añadió Alagón con punzante ironía.—Que D. Pedro Ceballos, después de ser Ministro de Carlos IV y del señor D. Fernando VII, fué á Bayona y se vendió á Bonaparte... ¡falsedad!—Que el Sr. D. Pedro Ceballos, acompañado del masón Urquijo y del Inquisidor Llorente, redactó la Constitución de Bayona... ¡falsedad!—Que el mismo señor firmó la circular de 8 de Julio á los agentes diplomáticos, mandándoles reconocer al Rey Botellas... ¡falsedad!—Que el susodicho, volviéndose del revés, publicó un célebre manifiesto en que ponía como ropa de pascuas á Napoleón, á José y á Godoy... ¡falsedad!—Que después ofreció sus servicios á las Cortes de Cádiz, las cuales le hicieron Consejero de Es-

tado... también falsedad y calumnia... En fin, que mi hombre, cansado de tantos naufragios, arribó al puerto del Gobierno absoluto, donde echó el ancla é izó bandera de...

—¡Alto, alto!...—exclamó con mucha zunga Fernando VII;—alto, querido Alagón, que te metes en terreno de mi tío el Almirante.

Todos prorrumpimos en alegres risotadas.

Un lacayo anunció la visita de dos personajes, diciendo:

—D. Pedro Ceballos, D. Juan Pérez Villamil.

Pocos minutos después, en la tertulia y placentero corrillo junto á la chimenea y alrededor de nuestro Rey, nos reuníamos siete; ocho, contando con el astro hispano de que éramos satélites.

Villamil hablaba poco, y era hombre muy serio. Ceballos, por el contrario, gustaba de recrearse en sus propias palabras, y era festivo, grave, frívolo ó sesudo, según el humor de sus interlocutores. El primero que rompió la palabra, sin embargo, fué el Ministro de Hacienda, sin duda porque traía dentro del cuerpo algo que anhelaba echar fuera.

—Señor—dijo respetuosamente,—por ahí se dice que he dejado de ser Ministro de Hacienda. Como Vuestra Majestad no se dignó decirme nada esta mañana, vengo á saber si es cierto, para retirarme al sosiego de mi casa, de donde no me gusta salir sino para el servicio de Vuestra Majestad.

—¿Qué estás hablando? ¡Que dejas de ser Ministro!—exclamó Fernando con afectado asombro.

—Así se dice, señor.

—¿Habéis oído algo?—preguntó Su Majestad, recorriendo con sus ojos el círculo de semblantes que ante sí tenía.

—Yo no he oído nada...

—Ni yo...

Todos dijimos que no, haciéndonos los pasmados.

—Ya estoy cansado de recomendar que no se haga caso de paparruchas—dijo gravemente y con mucha energía nuestro Soberano.

—Pues qué, ¿dejarías tú de saberlo, si no estuviese contento de tu Ministerio? ¿Por qué había de ocultarlo hasta el momento de sustituirte?

—Eso mismo digo yo. Si Vuestra Majestad...

—¿Y qué tenemos de negocios?—dijo bruscamente Fernando, interrumpiendo á su Ministro.

—Los decretos que pasaron á informe del Consejo, están ya despachados,—repuso Ceballos.

—¿Cuándo quiere Vuestra Majestad que se publiquen?—preguntó Villamil.

—Cuanto antes, hombre. Ya debieran estar publicados.

—No se dirá que no se trabaja en las oficinas—manifestó Ugarte, dirigiendo principalmente sus miradas al Secretario de Estado.—Ahí es nada la balumba de disposiciones que van á promulgarse estos días.

—Decreto prohibiendo las máscaras—dijo Ceballos;—decreto prohibiendo los periódicos; decreto encargando la educación de los niños y niñas á los frailes y á las monjas; decreto recomendando que se respete y venere á los ministros del altar; circular mandando á los españoles que guarden la mayor compostura dentro de la iglesia; circular disponiendo que las señoras se vistan con modestia para asistir á las funciones religiosas... En fin, la perturbación en que el Reino quedó después de las Cortes, exige que se trate de poner algún arreglo en esta sociedad... He enumerado las disposiciones que Vuestra Majestad se ha dignado proponer, y que se me entregaron en minuta escrita de su puño y letra... La previsión y tino de Vuestra Majestad son dignos del mayor elogio. Los citados decretos son convenientísimos y de grande aplicación en el estado del Reino... Queda, sin embargo, mucho por hacer todavía. Nosotros, como más en contacto que Vuestra Majestad con los negocios públicos y las necesidades del Reino, hemos observado irregularidades y asperezas, situaciones anómalas y tirantes que deben desaparecer.

Fernando oía con profunda atención á su Ministro de Estado, y los demás también

—Explícate mejor—dijo el Rey.—Ya sabes que siempre te oigo con gusto.

Inclinándose agradecido Ceballos, prosiguió así:

—Aquello en que principalmente hay que poner mano es la irregularidad del gobierno

de las provincias de Andalucía. Hay en Sevilla un hombre llamado Negrete, á quien todos conocemos, el cual domina allí como dictador, sin documento alguno que acredite su autoridad, diciéndose emisario del Gobierno, y atropellando á todo el mundo del modo más inicuo. La exageración y la saña son tan perjudiciales al Estado, como la tibieza y blandura excesivas. Las provincias de Andalucía están aterradas, señor, con la presencia de tal mosntruo. No sabemos qué magia terrible lleva ese hombre en sus palabras; pero es lo cierto que los mismos Jueces tiemblan ante él. Llena ese vil los calabozos sin más ley que su capricho, y socolor de perseguir y exterminar á los liberales, comete los más infames atropellos. El mismo forma brevemente las causas, asistido de viles sicarios, y las falla en el Tribunal de la Inquisición, donde se ha constituído en juez supremo... Ahora digo yo, señor, ¿puede esto tolerarse?... ¿Es posible gobernar á una nación de esta manera? Vuestra Majestad no ha dado poderes á ese hombre...

—¡Oh, no; seguramente no!—dijo Fernando con aplomo imperturbable.

—Nosotros los Ministros tampoco; el Consejo tampoco: luego ese hombre es un falsario; ese hombre es instrumento de algunos pérfidos que subterráneamente, ó quizás de un modo hipócrita, fingiendo interés por Vuestra Majestad, se complacen en sostener esta sangrienta intriga, que perturba el Reino todo, y hace odioso el paternal gobier-

no establecido á costa de tantos sacrificios.

Pausa. El Soberano meditaba.

—Cosas de la masonería,—indicó Ugarte.

Y repitieron todos:

—Cosas de la masonería.

En aquel tiempo, la culpa de todo se echaba al gato, es decir, á los masones.

—Yo encargaré á Echavarri—dijo al fin Fernando muy seriamente,—que se ocupe con empeño en descubrir á los autores de tales atentados, y en ponerles remedio.

Echavarri era el Ministro de Seguridad pública.

Todos fijamos la vista en Su Majestad, que, contemplando el fuego, movía dulcemente los labios, tarareando y sonriendo.

—Ceballos, ¿has visto hoy á Pepita?—preguntó de súbito.

—¡Oh, sí!—repuso el cortesano, cambiando repentinamente de semblante y tono, y poniendo en olvido como por encanto á Negrete y sus tropelías.—La he visto. Está muy incomodada con el Duque por cierta canongía.

—¿De veras?—preguntó Su Majestad riendo.

—Traslado la incomodidad al Sr. Collado—dijo el Duque,—que en su afán ambicioso ha dejado á esa señora sin la prebenda que la prometí.

—¡Qué demonio!—exclamó perezosamente Fernando.—Dádsela, dadle cualquier cosa... Por no oirla se le podrían regalar dos mitras.

—¡Dos mitras!—dije yo.—Las tiene todas la negra del Sr. Villela.

Más adelante hablaré del Sr. Villela, de su negra, y de las mitras de la negra del señor Villela.

—Como esa canongía estaba ya concedida —manifestó Collado,—pensé que le vendría bien á Doña Pepita una superintendencia de Arbitrios, y esta mañana le dí la nota al señor Villamil.

—Se hará inmediatamente,—afirmó el hacendista.

—O se le dará la bandolera vacante,—propuso Alagón.

—¿Pero hay todavía superintendencias de Arbitrios?—preguntó humorísticamente el Monarca.—Mejor dicho, ¿hay arbitrios todavía? Yo pensé que todo eso pertenecía á la historia, según están las cajas del Tesoro de lisas y mondas.

—Señor—dijo Villamil,—el estado del Erario no se oculta á Vuestra Majestad. El escaso producto de los impuestos no basta ni con mucho á cubrir los enormes gastos, aumentados cada día con la creación de nuevos destinos. El Reino no tiene recursos para costearse su ejército ni su marina, ni para dotar dignamente la Casa Real ni su regia guardia; España es pobre, pobrísima: necesita los caudales de América para vivir con algún decoro entre las naciones de Europa.

—Y esos caudales de América, ¿dónde están?

—¡Ay, eso es lo que á todos nos contrista! Fácil sería gobernar la Hacienda, si América nos enviase los tesoros que aquí nos hacen

falta. Esa gran canongía de nuestra nación no ha durado todo lo que debiera. Reflexione Vuestra Majestad, como Rey previsor, sobre la gravedad de esta situación. La América está toda sublevada, y las juntas rebeldes funcionan en Buenos Aires, en Caracas, en Valparaíso, en Bogotá, en Montevideo. Si Méjico está aún libre del contagio, los americanos de Washington se encargan de trastornar también aquel país, del mismo modo que el Brasil nos trastorna el Uruguay, é Inglaterra nos revuelve á Chile. La insurrección americana exige un gran esfuerzo, un colosal esfuerzo. Es preciso mandar allá un ejército; pero para esto, señor, se necesitan tres cosas: hombres, dinero y barcos.

—¡Hombres, dinero, barcos!

—Lo primero no falta; pero ¿cómo los equiparemos, y, sobre todo, en qué buques les lanzaremos al mar? Vuestra Majestad no tiene en su marina un solo navío que valga dos cuartos, y los arsenales carecen de elementos para la construcción.

—¡Risueño cuadro acabas de trazar!—dijo Fernando hundiendo la barba en el pecho.

—Risueño no, pero sí verdadero—afirmó D. Juan Pérez.—Si ocultase á mi Rey la verdad, sería indigno del afecto que Vuestra Majestad me profesa.

—Y que te profesaré siempre. Has hablado como un buen Ministro. Nada de fantasías ni de palabras bonitas. Así me gusta á mí... Pues es preciso buscar dinero, y buscar hombres, y buscar barcos.

—Señor, no olvide Vuestra Majestad—dijo Ceballos,—que si se lleva adelante la negociación con Inglaterra sobre la abolición de la trata de negros, ó hemos de poder poco, ó nos han de dar una indemnización de muchos miles de libras.

—Es verdad: para resarcir los perjuicios de los tratantes de esclavos... A ver, Ceballos, Villamil—añadió Fernando con dulzura, —estudiad un plan, un plan cualquiera que mejore la situación en que nos hallamos. A uno y otro les sobra talento para eso y para mucho más... ¿Me entendéis? Discurrid un plan vasto, que nos proporcione los recursos necesarios para sofocar la insurrección americana, bien sea creando impuestos, bien pidiendo dinero á los holandeses ó á los judíos de Francfort, bien logrando los buenos oficios de alguna nación poderosa... en fin, ya me endendéis.

—Ya manifestaré más adelante á Vuestra Majestad algo de lo mucho que he meditado sobre el particular,—dijo Ceballos.

—Y tú, Villamil, discurre, trabaja, proponme algo—prosiguió Fernando.—Por supuesto, no puedes figurarte lo que me mortifica que hayas creído en esas ridículas hablillas acerca de tu destitución.

—Señor...

—Hablaremos más despacio mañana... Puedes irte tranquilo y seguro de que sé apreciar tu lealtad... ¡Oh, Villamil!... No abundan los hombres como tú... Vamos, otro cigarrito.

Diciendo esto Su Majestad, con aquella bon-

dad peculiar, que indicaba tanta honradez y nobleza en su carácter, ofreció un cigarro á D. Juan Pérez Villamil.

—Gracias, señor, acabo de fumar.

—Enciéndelo para salir. Como éste habrás fumado pocos... Mira, puedes llevarte todo el mazo,—añadió ofreciéndoselo galantemente.

—Señor...

—Nada, que te lo lleves. Tengo gusto en ello.

Cuando D. Juan Pérez, apremiado por la gallarda fineza del Príncipe, tomaba los cigarros, yo sentía que un cuerpo duro tocaba mi codo. Era el codo del señor Duque de Alagón.

Villamil y Ceballos se levantaron para marcharse.

—Que vengas mañana temprano—repitió el Rey.—Y tú, Ceballos, si ves á Pepita... en fin, ya sabes: una superintendencia de provincia ó la bandolera vacante... lo que ella prefiera.

—En el despacho de mañana—dijo Ceballos, que se había quedado muy pensativo,—tendré el honor de leer á Vuestra Majestad la contestación que he dado á la nota de D. Pedro Gómez Labrador.

—Sí, bueno, todo lo que quieras... mañana... adiós, ¡pero qué tarde es!... Podéis retiraros... Yo también me voy á recoger,—dijo el Soberano con impaciencia.

Salieron los ministros, y quedamos solos los camarilleros.

XXI

Apenas se cerró la puerta tras los dos repúblicos, Fernando se levantó, y con las manos en los bolsillos, dió algunos pasos por la habitación. Ugarte le miraba sonriendo. Ninguno de los demás nos atrevíamos á desplegar los labios, y el silencio se prolongó hasta que el mismo Soberano se dignara romperlo, preguntando:

—¿Qué dices á esto, Ugarte?

—Que admiro la paciencia de Vuestra Majestad—repuso el ex-bailarín.—Según el señor Juan Pérez, ya no hay colonias, ya no hay soldados, ya no hay barcos, ya los españoles no tienen alma para vencer las dificultades. Sostendrá también el vejete que ya no hay aire que respirar, ni sol en el cielo.

—La verdad es—dijo Fernando deteniéndose meditabundo ante la chimenea,—que no estamos en Jauja.

Y luego, dando un suspiro, añadió:

—Despidámonos de las Américas.

—¿Por qué, señor?—dijo bruscamente Ugarte.—Se exagera mucho. Persona venida hace poco de allá, me ha dicho que toda la insurrección americana se reduce á cuatro perdidos que gritan en las plazuelas.

—Lo mismo me ha escrito á mí un amigo —añadí yo, forzando los argumentos de mi patrono.—Unos cuantos presidiarios, con cuatro docenas de ingleses y norte-americanos, echados por tramposos de sus respectivos países, sostienen la alarma en aquellos lejanos reinos de Vuestra Majestad.

—Pues id vosotros á reducir á la obediencia á esas manadas de facciosos,—dijo el Rey.

—Señor, en resumen—manifestó Ugarte, —mande Vuestra Majestad á América un ejército, un verdadero ejército, con una escuadra, en vez de medias compañías dentro de una goleta, como se ha hecho hasta aquí, y á los cuatro meses se verán los resultados.

—¿Y ese ejército, dónde está?—preguntó friamente.

—¿Dónde están los vencedores de Napoleón? Parece mentira que Vuestra Majestad haga tales preguntas.

—Hombres valerosos no faltan; pero ¿cómo se les organiza, cómo se les viste, cómo se les mantiene?

—Muy sencillamente—repuso Ugarte alzando los hombros:—organizándolos, vistiéndolos, manteniéndolos.

—Tú tendrás alguna mina. ¿Quieres decirme dónde está?

—Dos palabras, señor—dijo Ugarte echando el cuerpo hacia adelante en su sillón y apoyando el codo en la rodilla, mientras el Rey se sentaba junto á él.—He dicho á Vuestra Majestad la otra noche que me atrevía á organizar un ejército expedicionario, siempre que

tuviera para ello la competente autorización.

—Yo te la doy—replicó Fernando.—A ver de dónde vas á sacar ese ejército, y cómo lo vas á sostener.

—Vuestra Majestad me dijo también la otra noche que consagraría á tal objeto, y pondría á mi disposición, una parte mínima de las rentas reales.

—Es verdad.

—Pues el alistamiento se hará, señor—afirmó D. Antonio con resolución admirable.—No tiene que pensar más en ello Vuestra Majestad.

—Bueno, ya está el alistamiento. Ahora hazme el favor de decirme si vas á mandar á América esos soldados en cáscaras de nuez.

—No, señor; que los mandaré en magníficos navíos y barcos de transporte,—repuso el arbitrista con una placentera y llana confianza que á todos nos dejó pasmados.

—Pero ya sabes que no los tenemos.

—Se compran.

—¡Se compran!... Y dice «se compran» como si costaran dos pesetas.

La naturalidad admirable con que Ugarte hacía frente á los mayores obstáculos; la frescura, digámoslo así, con que todo lo resolvía y allanaba, no podían menos de cautivar el ánimo del Soberano, agobiado por el continuo clamoreo de sus Ministros. Todos los demás contertulios observábamos con verdadero asombro la prodigiosa iniciativa de Ugarte, y ante tanto ingenio, ante tan firme voluntad, callábamos confundidos.

—Pues es claro que se compran—añadió el

proyectista.—Sin duda Vuestra Majestad va á preguntarme que con qué dinero.

—Justo.

—Pues yo respondo que, si poseo la confianza de mi Soberano, me sobrarán fondos.

—Quizás cuentas con la indemnización que nos va á dar Inglaterra.

—¿Por qué no?

—Pero es para resarcir á los negreros.

—Eso es, pagar á los negreros y que se pierdan las Américas. ¿No vale más dejarles sin indemnización, y conservarles los esclavos y las tierras?

—Está dicho todo—afirmó resueltamente Fernando, cediendo por completo á la seductora sugestión de aquel brujo que prometía los imposibles, y teñía con frescos y brillantes colores el entenebrecido horizonte de nuestra política.—Está dicho todo. Tienes mi autorización para hacer el alistamiento, para tomar de la Real Hacienda los fondos necesarios para tratar de la compra de buques, vestuario y demás.

De aquella conversación brotó el poder oculto que D. Antonio Ugarte tuvo durante algún tiempo, y en virtud del cual, hasta llegó á celebrar tratados con potencias extranjeras en calidad de *secretario íntimo* del Rey de España. Más adelante veremos cómo alistaba tropas, y qué tal mano para comprar buques tenía D. Antonio. Sus proyectos forman una página curiosa en la historia del absolutismo.

—Ya se ve—dijo después de una pausa, durante la cual observaba los dibujos de la al-

fombra, —con hombres como Villamil las dificultades se multiplican. Al buen alcalde se le antojan sus dedos huéspedes, y como en todas las ocasiones difíciles se asesora de Ceballos...

—El pobre Ceballos—indicó Fernando,—ha trabajado como un negro en ese fastidioso asunto del Congreso de Viena. No se le debe criticar, y si no se ha conseguido más, no ha sido por culpa suya.

—Entre Labrador y Ceballos, como si dijéramos, entre Herodes y Pilatos, España está haciendo un papel ridículo en Viena.

—¿Pero qué puede esperarse de un plenipotenciario que ya ha mostrado no tener ni dignidad ni carácter?—dijo el Duque de Alagón. —¿No fué Labrador Ministro de Estado en las Cortes de Cádiz, y después realista furibundo?

—Y al presentarse en Cádiz felicitó á las Cortes por el *sabio Código* que habían hecho, —añadí yo.

—En manos de estos hombres que ayer eran liberales locos, y hoy rabiosos absolutistas—dijo Ugarte,—nuestra política exterior no puede menos de ser desastrosa. ¡Rutina incurable! Nuestra nación, señor, ha de vivir siempre bajo la vigilancia interesada, mejor dicho, bajo la tutela de Inglaterra ó de Francia. La primera trabaja porque perdamos las Américas y porque se arruíne nuestro comercio; la segunda no nos perdonará nunca el haber vencido á sus soldados, aunque fueran mandados por el general Bonaparte.

—En eso creo que tienes razón,—dijo friamente Fernando.

—Pues si tengo razón, ¿por qué no intenta Vuestra Majestad estrechar sus relaciones con un poderoso imperio, bastante fuerte para ser buen aliado, bastante remoto para no disputarnos nuestro territorio?

—Soy muy amigo de Alejandro,—repuso el autócrata secamente.

—Pero esa amistad sería unión indestructible, si Vuestra Majestad, que seguramente no puede permanecer soltero más tiempo, se enlazara con una Princesa rusa.

Al decir esto, Ugarte había pronunciado la última palabra del atrevimiento. Siguió á ella una larga pausa. Observamos todos el semblante del Rey, que con las piernas estiradas, las manos en los bolsillos del pantalón y la barba sobre el pecho, indolentemente tendido más bien que sentado en el sillón, no se dignaba contestar con palabras, ni gesto, ni mirada, ni sonrisa, á las palabras de Ugarte. Por último, le vimos mover los brazos, luego alzar la cabeza, y aguardamos con ansiedad vivísima el sonido de su voz.

—¿Te parece—dijo,—que debo refrenar un poco á Negrete?

—Las atrocidades del comisario secreto son tan grandes—repuso Ugarte,—que convendría ponerle á un lado y prescindir de sus servicios. Ceballos tiene razón. Están tan irritados los andaluces, que son capaces de volverse todos liberales, si ese verdugo sigue haciendo de las suyas.

—La cuestión es delicada. Negrete tiene órdenes mías, y si intentamos sujetarle por la

vía de las autoridades legítimas, no es fácil que ceda.

—Para eso se manda un nuevo comisionado á Andalucía; un hombre hábil, enérgico, ingenioso y muy discreto: Pipaón, por ejemplo,—dijo D. Antonio mirándome.

—No—replicó vivamente Fernando, mirándome también.—Yo no quiero que Pipaón salga de Madrid por ahora. Ya se buscará otro comisionado. Después de todo, nada se pierde con que Negrete continúe sentando la mano algunos días más. Andalucía está infestada de jacobinismo.

—Y Madrid también,—afirmó el Duque.

—Las sociedades secretas rebullen por todos lados.

—No será por falta de Ministerio de Seguridad pública,—dijo con ironía el Rey.

—Echavarri encarcela á los mentecatos y deja en libertad á los pillos. Los calabozos están repletos de tontos. Pero ¿qué ha de suceder si los principales personajes del Gobierno están inficionados de liberalismo? Ceballos es masón; Villamil y Moyano no ocultan sus ideas favorables á un sistema templado como el de Macanaz; Escóiquiz augura desastres; Ballesteros quiere que se dé una especie de amnistía; en toda España se conspira. Abrase un poco la mano, y las revoluciones brotarán por todas partes como pinos en almáciga.

—Pues se cerrará la mano, se cerrará la mano—afirmo Fernando, incorporándose en su asiento.—Duque, pon algunas líneas mandando á Negrete que siga aplastando el jaco-

binismo; pero con la condición de què no sea bárbaro... No se puede confiar á nadie una comisión delicada...

Artieda acercó un velador con recado de escribir, y bien pronto la tertulia se trocó en oficina. El Duque tomó una pluma.

—Ugarte—añadió el Rey,—puedes redactar las bases de la autorización que te doy para alistar el ejército expedicionario y demás. Me quedaré con tu borrador para meditarlo, y después te daré la copia firmada.

D. Antonio tomó otra pluma. Acariciándose la boca con las barbas de ésta, miró al Rey.

—Permítame Vuestra Majestad—dijo,—que decline el grande, el insigne honor que quiere hacerme, depositando en mí toda su confianza.

Fernando le miró con asombro, y los demás también.

—De nada servirían mi abnegación, mi trabajo, mis grandes cavilaciones y proyectos—continuó el arbitrista,—si desde el principio tropezara con obstáculos insuperables. Yo he prometido á Vuestra Majestad reunir tropas y equiparlas, y comprar los buques necesarios para que vayan á América...

—Pero una cosa es prometer, y otra...

—Es que no puedo pensar en el desarrollo de mis proyectos mientras sea Ministro de Hacienda el Sr. Villamil.

—¡Bah, bah!—murmuró Fernando con tono de indolencia y fastidio.

Otra pausa. Todos contemplábamos al Rey, el cual, arqueando las cejas, se pasaba la

mano por la cabeza, cual si se cepillara el pelo hacia adelante.

—Pipaón—dijo al fin,—extiende la destitución de Villamil... que se le lleve esta misma noche.

Yo tomé otra pluma.

Así cayó D. Juan Pérez Villamil; así cayeron también Echavarri, Ballesteros, Macanaz, Escóiquiz, el mismo Vallejo (nombrado aquella noche) Moyano, León Pizarro, Lozano de Torres y otros muchos.

—Ahora, extiende el nombramiento deDon Felipe González Vallejo, Ministro de Hacienda.

Así subió Vallejo.

—¿Qué más hay?—preguntó Fernando con cierta somnolencia.

—Vuestra Majestad me concedió una bandolera—dijo tímidamente Artieda,—para el sobrino del señor Arcipreste de Alcaraz...

—Es que hay una sola vacante—añadió Collado avariciosamente,—y Su Majestad me la tiene prometida.

—Es verdad,—dijo el Rey.

Artieda miró á Chamorro con enojo.

—Esa vacante me la había reservado yo para mí—objetó con sequedad Paquito Córdoba.—Es mucha la ambición del Sr. Collado... después que me ha disputado esa miserable canongía de Murcia como si fuese un imperio.

—Tienes razón,—murmuró Fernando.

El aguador clavó sus ojos en el Duque con expresión de envidia.

—Señor—dijo con suavidad sonriente Don Antonio Ugarte.—Pocas veces pido mercedes de esta clase á Vuestra Majestad. Ya dije el otro día que deseaba una bandolera para un joven pariente mío.

—Nada más justo—repuso el Rey, cerrando los ojos perezosamente.—Ugarte, todo lo que quieras.

El Duque dirigió á Antonio I una mirada rencorosa.

—Señor—dije yo, sin encomendarme á Dios ni al Diablo,—no olvide Vuestra Majestad que prometió una bandolera al señor Conde de Rumblar, mi querido amigo.

El Rey abrió los ojos, sacudiendo la pereza, y exclamó enérgicamente, con aquella resolución á que ningún cortesano podía oponerse:

—La bandolera para el señor Conde de Rumblar... lo mando... Alagón, extiende el nombramiento ahora mismo.

Ugarte me miró, frunciendo el ceño.

Y se levantó la sesión, como dicen los liberales.

Como se ha visto, en las tertulias de Su Majestad nadie podía vanagloriarse de tener ascendiente absoluto y constante. Unos días privaba éste, otros aquél, según las voluntades recónditas y jamás adivinadas de un Monarca que debiera haberse llamado Disimulo I. Además, aquel discreto Príncipe, que así delegaba su autoridad y democráticamente

compartía el manto regio con sus buenos amigos, como compartió San Martín su capa con el pobre, no tuvo realmente favorito, no dió su confianza á uno solo, elevándole sobre los demás; jugaba con todos, suscitando entre ellos hábilmente rivalidades y salutífera emulación, con lo cual estaba mejor servido, y los destinos y prebendas más equitativamente repartidos.

De lo que anteriormente he contado puede dar fe un Ministro de Su Majestad por aquellos años (*), el cual, en papel impreso muy conocido, dice, blasonando de rigorista y de censor: «... pero lo peor es que por la noche da entrada y escucha á las gentes de peor nota y más malignas, que desacreditan y ponen más negros que la pez, en concepto de Su Majestad, á los que le han sido y le son más leales... y de aquí resulta que, dando crédito á tales sujetos, Su Majestad, sin más consejo, pone de su propio puño decretos y toma providencias, no sólo sin consultar con los Ministros, sino contra lo que ellos le informan... Esto me sucedió á mí muchas veces y á los demás Ministros de mi tiempo... Ministros hubo de veinte días ó pocos más, y dos hubo de 48 horas; ¡pero qué Ministros!»

Por las declamaciones de este escrupuloso descontentadizo no vayamos á condenar la camarilla como cosa mala. Era, por el contrario, lo mejor del mundo, sobre todo para nosotros, que traíamos los negocios del Reino de mano

*) Lardizábal, Ministro de Indias (absolutista).

en mano y de boca en boca, despachándolos tan á gusto del país, que aquello era una bendición de Dios. Ninguno, sin embargo, pudo jactarse de ser el primero en la voluntad y paternal cariño de aquel bondadoso Soberano absoluto; y en prueba de ello, referiré lo que sucedió al día siguiente de la reunión que con todos sus puntos y señales he descrito, no apartándome en todo el discurso de ella ni un ápice de la verdad.

Al día siguiente, como dije, volví á Palacio y encontré al Sr. Collado, al Sr. Artieda, y al señor Duque muy alarmados. ¿Por qué? Porque el Rey estaba conferenciando á solas con un sujeto que hasta entonces no había sido recomendado ni introducido por ninguno de los sobredichos palaciegos. Creyóse que sería emisario de Ugarte; pero entró en seguida D. Antonio y negó el caso.

Reunímonos todos en la antesala, y á poco vimos salir á un fraile francisco, joven, bien parecido, excelente mozo, que más parecía guerrero que fraile; de aspecto y ademanes resueltos, mirada viva, y revelando en todo su continente y facciones una disposición no común para cualquier difícil cosa que se le encomendara.

—¿Quién es este pájaro?—preguntó Ugarte, demostrando en su tono que estaba completamente desconcertado.

—Se llama Fr. Cirilo de Alameda y Brea, —dijo Artieda, muy fuerte en todo lo referente al personal eclesiástico de la monarquía.

—Y ¿qué es este hombre?

—Fué maestro de escuela en Pinto.

—Y después marchó á Montevideo, donde se ocupaba... No sería en cosa buena.

—En redactar *Gacetas*.

—Es hombre que pone bien la pluma, según parece.

—Vino por vez primera con el general Vigodet—añadió Paquito Córdoba.—Su Majestad le ha recibido después en varias ocasiones, y nunca he podido averiguar...

—¿No ha dejado traslucir nada?

—Absolutamente nada.

—Hoy ha durado la conferencia dos horas.

—¿Y ninguno de ustedes sabe nada?—repitió Ugarte, interrogando todos los semblantes.—Yo estoy confundido.

—No sabemos una palabra.

—Pues estamos bien... ¿Apostamos á que este tunante de Pipaón lo sabe todo?

—Ni una palabra,—respondí tan confuso como los demás.

Y era la verdad que nada sabía. Más adelante, todos desciframos el enigma, que me hizo decir *no hay función sin fraile;* pero no ha llegado aún la ocasión de revelarlo.

XXII

Antes de seguir, quiero indicar las observaciones que sugirió el manuscrito de estas Memorias á una persona de aquellos tiempos y de éstos. D. Gabriel Araceli (*), á quien lo mostré (no es preciso decir cuándo ni cómo), me dijo que los lectores de él, si por acaso lograba tener algunos, no podrían menos de ver en mí un personaje de las mismas mañas y estofa que Guzmán de Alfarache, D. Gregorio de Guadaña, ó el Pobrecito Holgazán; á lo cual le contesté que sí, y que de ello me holgaba, por ser aquellos célebres pícaros de distintas edades los más eminentes hombres de su tiempo, y caballeros de una caballería que yo quería resucitar para que se perpetuase en la edad moderna. Dijo también el sobredicho señor, que nada de lo que pinté ó describí con burdo ó sutil estilo, se diferenciaba un punto de la verdad.

—La comparsa en que usted figuró, señor D. Juan—dijo al fin, echándoselas de dómine sermonista,—fué de las más abominables y al mismo tiempo de las más grotescas que han gastado tacones en nuestro escena-

(*) Protagonista de la *Primera serie*.

rio político. Cuanto puede denigrar á los hombres, la bajeza, la adulación, la falsedad, la doblez, la vil codicia, la envidia, la crueldad, todo lo acumuló aquel sexenio en su nefanda empolladura, que ni siquiera supo hacer el mal con talento. El alma se abate, el corazón se oprime al considerar aquel vacío inmenso, aquella ruín y enfermiza vida, que no tuvo más síntomas visibles en la exterioridad de la nación, que los execrables vicios y las mezquinas pasiones de una corte corrompida. No hay ejemplo de una esterilidad más espantosa, ni jamás ha sido el genio español tan eunuco.

«Los junteros de 1808, los regentes de 1810, los constitucionalistas de 1812, cometieron grandes errores. Iban de equivocación en equivocación, cayendo y levantándose, acometiendo lo imposible, deslumbrados por un ideal, ciegos, sí, pero ciegos de tanto mirar al sol. Cometieron errores, fueron apasionados, intemperantes, imprudentes, desatentados; pero les movía una idea: llevaban en su bandera la creación; fueron valientes al afrontar la empresa de reconstruir una desmoronada sociedad entre el fragor de cien batallas; y rodeados de escombros, soñaron la grandeza y hermosura del más acabado edificio. Hasta se puede asegurar que se equivocaron en todo lo que era procedimiento, porque lo que discurrían como sabios lo hacían como niños. La especie de tutela á que quisieron sujetar en 1814 al Rey, viajero desde Valencey á Madrid, y el pueril formulismo ideado para hacerle ju-

rar á él, vástago postrero del absolutismo, la precoz Constitución de Cádiz, fueron yerros que debían producir el golpe de Estado del 10 de Mayo. Hasta se puede sostener que Fernando estaba en su derecho al hacer lo que hizo; pero nada de esto atenúa las grandes, las inmensas faltas de la monarquía del 14. Fué la ceguera de las cegueras. La crueldad, la gárrula ignorancia de aquella política no tienen ejemplo en Europa. Para buscarle pareja hay que acudir á las atrocidades grotescas del Paraguay, allí donde las dictaduras han sido sainetes sangrientos, y han aparecido en una misma pieza el tirano y el payaso.

»No existe nada más fuera de razón, más inútil, más absurdo, que la reacción de 1814; no sucedió á ningún desenfreno demagógico, no sucedió á la guillotina, porque los doceañistas no la establecieron; ni á la irreligión, porque los doceañistas proclamaron la unidad católica; ni á la persecución de la nobleza, porque los nobles no fueron perseguidos: fué, pues, una brutalidad semejante á los golpes del hado antiguo, sin lógica, sin sentido común. Nada de aquello venía al caso. Si Fernando hubiera cumplido la promesa hecha en el manifiesto del 4 de Mayo; si hubiera imitado la sabia conducta de Luis XVIII, que desde la altura de su derecho saludaba el derecho de las naciones, ¡cuán distinta sería hoy nuestra suerte! Sin necesidad de aceptar la Constitución de Cádiz, que era un traje demasiado ancho para nuestra flaqueza, Fernando hubiera podido admitir el principio liberal, inaugurando un

Gobierno templado y pacífico para la nación y por la nación. Pero nada de esto hizo, sino lo que usted ha descrito, y aquellos seis años fueron nido de revoluciones. El desorden germinó en ellos, como los gusanos en el cuerpo insepulto. Desde 1814 á 1820, hubo en España trece conspiraciones, todas para derrocar el Gobierno absoluto, una para esto y para asesinar al Rey. Abortaron las trece, pero la décimacuarta parió... Los liberales se presentaron con la rabia del vencedor y la hiel criada en el destierro. ¿Qué les impulsaba en 1812? La ley. ¿Y en 1820? La venganza. Continuaba el vicio, la corrupción, la crueldad; pero el absolutismo de ustedes había sido tan rematadamente malo, que en los liberales del trienio famoso podía haber crueldad, ambición, rapacidad, venganza, imprudencia, y aun dosis no pequeña de tontería... podían aquellos benditos avanzar hasta un grado extremo en la escala de estos defectos, sin temor de llegar nunca, no digo á superar, pero ni siquiera á igualar á sus antecesores.»

Así mismo me lo dijo, y se quedó tan fresco.

XXIII

Pero vamos adelante con mi cuento.

¿Se ha comprendido ya cuál era mi plan en el asunto, ó si se quiere, en la hábil intriga cuyo hilo se extendía desde los intereses de la familia de Porreño hasta la paternidad de D. Alonso de Grijalva? Creo que no serán necesarias explicaciones prolijas de aquella *operación*, como hoy se dice, hecha sin dificultades mayores y con éxito mejor del que podía esperarse, considerada su delicadeza. Aburrido Grijalva de ver que á pesar de la palabra real no echaban de las cárceles al tuno de su hijo, admitió las propuestas que mañosamente y por conducto de varones esclarecidísimos y muy discretos le hice, resultando de ellas que me vendió los créditos contra las señoras de Porreño por la mitad de su valor. Anduvo en aquestos tratos el licenciado Lobo, con tan buen pie y mano, que D. Alonso, muy rebelde al principio, llenóse de miedo, y á todo lo que quisimos asintió al fin.

Después me quedaba lo peor y más amargo del caso, cual fué apretar á las señoras de Porreño para que pagasen, y, quitándoles toda esperanza de moratoria (por la rotunda negativa del sabio y justiciero Consejo), proceder

al embargo de bienes. Aquí sí que no fué posible disimular, porque D. Gil Carrascosa vendió á las venerandas señoras mi secreto, y un día en que tuve el mal acuerdo de presentarme en la casa, recibiéronme como es de suponer. Desde entonces, quitado el último puntal de aquella histórica familia, todo vino con estrépito al suelo, entre alaridos de rabia y sollozos de aflicción. Las señoras de Porreño pasaron á la región de las sombras. Su última época solitaria y lúgubre está escrita en otro libro (*).

Renuncié, como es consiguiente, á su amistad, y me ocupé de aquellas excelentes tierras de Hiendelaencina, de Porreño y Torredonjimeno, tan diestramente ganadas con mi travesura, con mis ahorros y con el dinero que D. Antonio Ugarte me prestó para reunir la cantidad necesaria. Mucho tardé en adjudicármelas, á causa de las dilaciones de la curia; pero al fin constituíme en terrateniente, soñando con establecer un mayorazgo.

Pero retrocedamos á los días de mi anterior relación, que eran los últimos de Febrero y primeros de Marzo de 1815. La Real Caja de Amortización tuvo el honor, nunca por ella soñado, de caer en mis manos.—¡Bendito sea Dios Todopoderoso y Misericordioso, que arregla las cosas de modo que ningún desvalido quede sin amparo! Dígolo por aquellos miserables y huérfanos juros que hasta mi elevación no tuvieron arte ni parte en ninguna ope-

(*) En *La Fontana de Oro.*

ración rentística. Los pobrecitos no soñaban sin duda que toparían conmigo, ni con la destreza de estas limpias manos, y á poco de mi entrada en la Caja engordaron hasta el punto de que no los conocía el pícaro Secretario de Hacienda que los inventó.

¡Qué satisfechos quedaron de mis servicios el noble Duque y D. Antonio Ugarte! ¡Qué elogios hacían de mi impetuosa voluntad, la cual derechamente se iba al asunto sin reparar en pelillos! Yo también estaba envanecido de mí mismo, y entonces empecé á conocer lo mucho que para tales asuntos valía. Yo era una firme columna del Estado; yo desplegaba en servicio de mi Soberano absoluto y del sumiso Reino, tendido á sus pies como un perro enfermo y calenturiento, que no puede moverse de pura miseria, las más altas dotes intelectuales. Indudablemente Dios debía de estar satisfecho de haberme criado, viéndome tan hormiguilla, tan allegador, tan mete-y-saca, tan buen amparador de los poderosos para que los poderosos me amparasen á mí! ¡Qué minita era aquella sacrosanta Amortización! ¡Qué terrenos inexplorados! En tal materia, yo era más que Colón, porque éste descubrió sólo un mundo, y yo descubría todos los días uno nuevo.

No hay que decir que yo navegaba con viento fresco, como diría mi amigo el Infante, hacia el Real Consejo. Todo marchaba á pedir de boca en derredor mío. ¿Y qué diré de aquel seráfico Ministro de Hacienda, D. Felipe González Vallejo? Hombre de mejor pasta no

se ha sentado en poltrona. El pobrecito era tan buenazo, tan sano de corazón, tan amable y complaciente, que todos los negocios pequeños, como nombramientos y demás menudencias, estaban en manos de Artieda y del Sr. Chamorro. De los grandes se encargaba D. Antonio Ugarte. Dios se lo pague á aquel bendito Ministro, que no tenía gota de hiel en su corazón, ni humos de vanidad en su cabeza. Parecía que no había tal Ministro. Si todos los que han ocupado el sillón hubieran sido como él, otra sería la suerte de este desamparado y caído Reino.

En asuntos que no eran administrativos, iban mis cosas con mediano andar. Antes de lo referido últimamente, yo veía á Presentacioncita todos los días en casa de las señoras de Porreño; pero cuando éstas descubrieron la sutil urdimbre que mi travesura les preparara, concluyeron para mí las entradas en la casa de la calle del Sacramento. Asistió Presentacioncita á la ruidosa escena en que Doña Paz y Doña Salomé me notificaron con encrespadas razones, no menos sonantes que las olas del mar, su soberano desprecio, lo cual me causó pena, porque no era muy de mi gusto pasar por un intrigante de mal género á los ojos de la dulce niña de la Condesa. Pocos días habían pasado después de la escena en la Cámara regia que antes describí. Robáronme algún tiempo los amigos que de Vitoria y la Puebla de Arganzón vinieron á solicitar mi ayuda para distintas pretensiones, entre ellos el venerable patriarca D. Mi-

guel de Baraona, con su encantadora nieta (próxima á ser esposa de un joven guerrillero); D. Blas Arriaga, capellán de las monjas de Santa Brígida de Vitoria, y otros que más adelante serán conocidos. Pero luego que me dieron algún respiro, consagréme en cuerpo y alma á la adorable Presentación, acariciando proyectos más ó menos dulces, recientemente concebidos; que en materia de proyectos mi cabeza no conocía el descanso, ni mi impetuosa voluntad el hastío.

Contra lo que yo esperaba, la señora Condesa de Rumblar no me cerró las puertas de su casa, ni aun decoró su estatuario semblante, cual solía, con el grandioso ceño, y los agridulces mohínes propios de tan alta señora. Verdad es que yo, además de entregarle la bandolera para su hijo, haciéndole comprender que sin mí nada le habría valido la recomendación de Ximénez de Azofra, le prometí mi eficaz amparo en el pleito que desde 1811 sostenía contra los Leivas. Tampoco Presentacioncita se mostró ceñuda, á pesar de su adhesión á la familia de Porreño; pero no lo extrañé, porque siendo yo el libertador de Gasparito, bien merecía perdón; y el novio suelto no debía valer menos que las amigas arruinadas.

Todo mi afán consistía en disponer de ocasión propicia para hablarle largamente á solas, apretándome á ello el deseo de comunicarle cosas de la mayor importancia. Sin esperanza de que me concediera tal gracia, pero decidido á todo, propúsele la confe-

rencia, y ¿cuál sería mi sorpresa al ver que bondadosamente prometía señalar sitio y momento oportunos, de tal suerte que la vigilancia materna no nos estorbase? Yo estaba absorto: indudablemente habíase verificado en su carácter cierta mudanza radical, porque la dichosa niña ponía en todos sus actos y palabras mucha seriedad, cesando de mortificarme con las burlas y epigramas de marras.

Discurrió ella el modo de que á solas la hablase, y fué por un arte ingenioso, tomando el traje de cierta muchacha que entonces la servía, y poniéndose de noche á una reja, donde la doncella acostumbraba conferenciar con cierto dragón de Farnesio.

No se me olvidará jamás aquella noche en que tuve la dicha de respirar el dulce aliento de la adorable niña, tan de cerca, que el calor de su rostro aumentaba el del mío, mareándome. ¡Y cómo brillaban sus negras pupilas en la obscuridad! Cada vez que aquel vivo rayo diminuto surcaba el espacio comprendido entre nuestros semblantes, yo me ponía trémulo. ¡Qué linda, qué seductora estaba aquella noche! Su agraciado rostro se espiritualizaba con la melancólica seriedad que le envolvía como un velo misterioso. Estaba descolorida, y así como no había frescas tintas en su rostro, tampoco había en su alma aquella plácida felicidad risueña que en época anterior irradiaba de ella, como del astro la luz, haciendo felices también á cuantos la rodeaban. Pálida y meditabunda ahora, parecía perseguida de extraños pensamientos.

Yo también lo estaba... ¡ay! yo vivía intranquilo, demente; yo no dormía, yo no tenía paz en el corazón, porque me agitaba un ansioso afán, un proyecto de gravedad inmensa que absorbía las potencias todas de mi alma incansable é insaciable.

XXIV

Llegó al fin la hora de la cita.

—¡Qué miedo tengo, señor de Pipaón!—dijo cuando cambiamos los primeros saludos,—¡qué miedo tengo, á pesar de las precauciones tomadas! No es fácil que mamá me descubra; pero sí mi hermano Gaspar, que por las noches ronda la casa, no contento con vigilarme de día, imponiéndome su voluntad hasta en los actos más insignificantes.

Después de tranquilizarla sobre este particular, le dije:

—Encantadora niña, ¡cuán mal sienta á esa incomparable persona, digna de un emperador, afanarse por un mozalbete sin fundamento, como Gasparito Grijalva! Mal empleados ojos puestos en él, mal empleada boca hablándole, y mal empleado corazón amándole. Presentacioncita, usted no se ha mirado al espejo, usted no conoce su mérito, usted no ha sabido apreciar el inmenso tesoro de su propia per-

sona, la cual es de tanta valía, que casi casi no conozco ningún hombre digno de poseerla.

—¡Qué adulador es usted!—replicó sonriendo vagamente.—¿Es eso lo que tenía que decirme?

—Por ahí empiezo, niña mía; empiezo por pasmarme de que quiera usted al hijo de Don Alonso, habiendo en el mundo tanto bueno...

—Puesto que he venido aquí á hablar á usted con franqueza—dijo interrumpiéndome, —no le ocultaré que Gasparito no me interesa ya gran cosa.

—¡Oh, confesión admirable!—exclamé con gozo.—Mire usted... me lo figuraba. ¡Si no podía ser de otra manera! Si esos ojos fueran nacidos para mirar á Gasparito, merecerían cegar. Digan lo que quieran, no se hizo el sol para los insectos.

—Yo no sé lo que ha pasado en mí—prosiguió;—pero de la mañana á la noche se me ha concluído la afición que á Gasparito tenía. Esto parece raro; pero no lo es, porque á muchas ha ocurrido lo mismo.

—Es que algunas chiquillas toman por amor lo que no lo es; y cuando viene la pasión verdadera, se asombran de haber derramado aquellas primeras lagrimitas por un objeto indigno.

—Yo creía estar apasionada de Gaspar: ¡cosas de chiquillas! Cuando una juega con sus muñecas cree amarlas mucho, y después se ríe de ellas.

—¡Admirable idea!... Gasparito es una muñeca, y para usted acabó de repente la época de los juegos.

—Confieso que en un tiempo le quise...

—¡Ah, en un tiempo!... Luego...

—Gaspar es un muchachuelo vulgar, un joven adocenado—afirmó expresándose con cierto desdén.—¡Parece mentira que yo le amara!... ¡Qué grande error!

—¡Enorme error!... Pero, en fin, nada se ha perdido. Ahora bien: ¿puedo saber desde cuándo...?

—¿Desde cuándo?—repitió en un tono que revelaba sin género de duda cortedad de genio.

—Pero no me lo confiese usted, niña—dije con viveza.—A ver si lo adivino yo. ¿Apostamos á que lo adivino?

—¿Apostamos á que no?

—¡Ay! Presentacioncita, yo no carezco de perspicacia. Desde aquella noche en que salimos de casa y tuvimos la malhadada aventura de la calle del Bastero, y aquel descomunal susto, cuando me ví precisado á hacer uso de las armas.

—Que se quema, que se quema usted.

—Sí: desde aquella noche, desde aquel encuentro con dos caballeros desconocidos, cuando usted perdió el sentido y... ¿Acierto, mi señora Doña Presentacioncita? ¿Sí ó no?

—Sí,—repuso con voz que apenas se oía, más semejante á un suspiro que á una voz.

Alzando los ojos, contemplaba el cielo con tristeza.

—Pues bien—añadí lleno de entusiasmo, —los pensamientos de usted se avienen perfectamente con lo que yo tenía que decirla.

Nos entendemos. ¡Benditos corazones los nuestros que así concuerdan, respondiendo el uno á los afanes del otro!

—Yo soy muy desgraciada, D. Juan—me dijo.—¿No conviene usted en que soy muy desgraciada?

—Según y cómo—respondí,—según y cómo. Puede usted ser muy desgraciada, pero muy desgraciada, y puede ser feliz, muy feliz, felicísima.

—Lo primero es lo cierto.

—¡Ah, si usted supiera, si yo dijera aquí todo lo que sé! ¡Oh, arcángel enviado por Dios á la tierra para consuelo de los tristes mortales!... Pero vamos por partes. ¿Se acuerda usted de la función de los Trinitarios, y de la recepción de Su Majestad en la sala capitular del convento?

—¡Que si me acuerdo!—exclamó, cubriendo el rostro con sus manos y descubriéndolo después más pálido, más bello, más interesante.—Ya que se ha establecido entre nosotros cierta confianza; ya que he hecho ciertas revelaciones que me han costado mucho, no ocultaré nada, respetable amigo mío... Aquel día, la presencia de Su Majestad y el reconocer en sus nobles facciones las mismas del generoso caballero que me había amparado la noche anterior, produjeron general trastorno en mi alma. Sentí primero una especie de terror. Yo no había visto nunca á Su Majestad. La idea de haber estado tan cerca, de haber estado en los mismos augustos brazos del Rey, de aquel gloriosísimo Mo-

narca, de aquel hombre que casi no lo es, por su superioridad sobre los demás, me conturbaba y confundía de tal manera, que no era dueña de mí misma. Durante todo el día estuve atónita, paralizada, estupefacta. Parecíame que resonaba su voz en mis oídos constantemente, y que no se apartaban de mí aquellos negros ojos majestuosos, á los de ningún hombre parecidos.

—¡Admirable concordia de sentimientos! —exclamé interrumpiéndola.—¿Pero es usted una mujer, ó un serafín?

—Aquella noche no pude dormir. Estaba fascinada, y no sabía apartarme del retrato del Rey que mamá tiene en su cuarto haciendo juego con la estampa del señor San José. En los siguientes días, traté de vencer la irresistible atracción que me llevaba violentísimamente á recrear mi espíritu con los recuerdos de aquella noche y aquel día. Pero ¡ay! mi Sr. D. Juan. La noble, la gallarda, la incomparable imagen no se podía apartar de mi imaginación. Cuando oía leer la *Gaceta* y pronunciaban delante de mí el nombre del Rey; cuando Ostolaza le nombraba en la tertulia para encomiarle hasta las nubes por sus buenas acciones, mi rostro se encendía, parecía que iban á estallar mis venas todas, y á romperse en mil pedazos mi corazón.

—¡Oh! lo creo, lo creo—dije con calor.—Su Majestad cautiva de ese modo el ánimo de cuantos le miran. ¡Qué gallardía en su persona! ¡Qué nobleza y grave hermosura en su semblante! ¡Qué caballerosidad é hidalguía en

sus modales! ¡Qué dulce música en su voz! No existe otro más seductor en el conjunto de los hombres... ¿Pues qué diré de sus elevados pensamientos, de aquella bondad de corazón, de aquella inteligencia suprema, para la cual no hay en el arte del Gobierno obscuridades ni enigmas? ¿Qué diré de su espíritu de justicia, del gran amor que profesa á sus vasallos, de su religiosidad supina, de todas las admirables prendas de su alma, las cuales son tantas, que parece mentira haya puesto Dios en una sola pieza tal número de perfecciones? Usted le tratará más de cerca, usted le oirá, usted podrá conocer por sí misma que las cualidades de ese angélico sér, á quien Dios ha puesto al frente de la infeliz España, exceden con mucho á sus altas perfecciones físicas.

—La nariz es un poco grande—dijo Presentacioncita con una salida de tono que me hizo estremecer;—pero no por eso deja de ser admirable el conjunto del rostro.

—¡La nariz grande! Así la tuvieron Trajano, Federico de Prusia; así eran también la de Cicerón, la de Ovidio y tantos otros hombres eminentes... Pero esto no hace al caso. Lo que importa es que sepa usted los sentimientos que ha despertado en aquel noble y generoso corazón, no ocupado enteramente del amor á la patria y al sabio Gobierno absoluto. ¡Oh, mujer feliz entre las mujeres felices!—añadí con mucho calor.—¡Oh, flor escogida entre las flores escogidas! ¡Oh, virgen superior á todas las vírgenes! puede usted vanaglo-

riarse de ser la primera que ha encendido una llama ardiente, pura; una llama...

Presentacioncita se cubrió de nuevo el rostro con las manos. Entonces pasó por mi mente la sospecha de que fuese yo en aquel instante víctima de un bromazo tremendo. ¿Pero cómo era posible que el fingimiento de la muchacha fuese tan magistral? No: ninguna actriz de la tierra, aunque se llamase María Ladvenant ó Rita Luna, era capaz de simular los sentimientos con tal perfección, desfigurando el rostro, estudiando las palabras, midiendo las actitudes, sin que ni un solo momento se descuidase y revelara el pérfido artificio.

Observé á Presentacioncita con atención profunda, y cuanto más la miraba más me confirmaba en mi creencia de que lo que veía y oía era la realidad de una pasión verdadera. Mis últimas zozobras se disiparon, cuando la ví alzar la frente y me mostró su rostro bañado en lágrimas, en verdaderas lágrimas de ternura y dolor. ¡Oh, estaba preciosa! Entre ahogados sollozos, exclamó:

—Sr. D. Juan, ¡por amor de Dios! no me diga usted eso, no me lo diga usted. Es una falta de caridad jugar así con el corazón de esta desgraciada.

Sus dulces lágrimas humedecieron mi mano. ¡Qué lástima que aquel rocío celeste no fuera para mí! Me avergoncé de haber dudado un solo instante.

—¿No me cree usted?—dije.—Pues muy fácilmente puede convencerse de mi veracidad.

Yo le proporcionaré ocasión de que oiga usted misma de los labios...

—¡Oh! eso no puede ser...—replicó con dignidad.

—No propongo nada contrario al honor—añadí.—Su Majestad creo que daría la mitad de su corona por poder manifestarle á usted los sentimientos que le ha inspirado. Yo tengo el honor de ser amigo de Su Majestad, y me ha confiado este deseo de su corazón. ¿A qué conduce el negarle tan dulce y legítimo consuelo, cuando él, por la misma sublimidad de su amor, no aspira á nada que arroje sombra de mancilla sobre la adorada persona de usted?

—¡Oh, qué disparates!—dijo con miedo.—No, esto no puede pasar de aquí. Ni mi humilde condición con respecto á la suya me permite acercarme á él con legítimo fin, ni mi honra me lo consiente de otro modo. Es éste un problema que no puede resolverse. No lo resolverá Su Majestad con todo su poder, ni me deslumbrará el esplendor de su corona hasta cegarme los ojos con que miro mi deber, la reputación de mi nombre y mi casa. ¡Jamás! Oiga usted bien lo que digo. Jamás consentiré en ver ni hablar á esa alta persona. Si he confesado lo que usted acaba de oir, lo he hecho porque mi corazón necesitaba esta noble, esta leal expansión con un cariñoso amigo que no puede venderme.

—Pero él...

—Ni una sola palabra más sobre este asunto. ¡Qué necia he sido! ¿Por qué no se me abra-

só la lengua? Antes moriré cien veces que consentir en ser recibida por su amigo de usted, ó en aceptar su visita. ¡Miserable de mí! Me daría yo misma con mis propias manos la muerte, si me viese cogida en una inicua celada por los cortesanos y aduladores de Su Majestad.

—¿Usted ha podido creer que yo...?—dije muy confundido.

—¿Por qué lo he de negar? Creo que, á pesar de su honradez, el deseo de servir á su señor le impulsa á abusar de mi confianza, de mi debilidad, de esta franqueza quizás culpable con que le he hablado... ¡Oh, Dios mío! ¡cuán desgraciada soy! ¡cuán desgraciada!

—Señora, yo juro que nada he pensado contrario al honor de usted y de su hidalga familia. Pero no negaré que he creído posible y hasta conveniente para la tranquilidad del mejor de los hombres y del más virtuoso de los reyes, el preparar una entrevista amistosa...

—¡Por Dios! ¡por todos los Santos!—exclamó con acento dolorido.—Usted ha tramado perderme; usted no es ni puede ser un hombre leal. Pipaón, se acabó; ni una palabra más; retírese usted. ¡Al momento, al momento!

—Calma, calma. Lo decidiremos despacio y sin reñir, ni llamarme desleal.

—¿Qué quiere usted decir con entrevistas amistosas?

—Una conferencia de amigos, una explicación...

Quedóse meditabunda largo rato, y yo pen-

diente de su contestación, con el alma en los oídos.

—Bien, lo pensaré. Deme usted esta noche para pensarlo.

—¿Y mañana recibiré la contestación?

—Sí, mañana en este mismo sitio y á la misma hora.

Cuando esto decía, sentí un rumor extraño en lo interior de la casa.

—Mi hermano viene—dijo con zozobra.—Retírese usted al momento, al momento, y apriete el paso. ¡Oh! Ha sido una suerte que Gasparito esté malo y no pueda salir de noche.

—Dios le conserve el mal... Con que hasta mañana, ¿eh? Adiós, niña mía.

Cerró la reja, y me retiré á mi casa. Yo también necesitaba meditar.

XXV

Al día siguiente oí á Doña María quejarse de la profunda distracción de Presentacioncita, de sus nerviosidades y palideces, del trastorno muy visible que en sus maneras y lenguaje se había verificado, lo que acabó de confirmar mi creencia respecto á la veracidad de la niña en las confianzas que me hiciera. Llegada la noche, acudí á la segunda cita, y parecióme que se habían agravado en la hermo-

sa muchacha los síntomas de exaltada y febril pasión.

—¡Cuánto ha tardado usted, D. Juan! —me dijo reconviniéndome.

—He venido á la hora marcada, incomparable niña—repuse.—Si usted se ha anticipado, no me acuse de tardío. Y ¿qué tal? ¿Se ha meditado mucho? ¿Cómo está esa preciosa cabeza? ¿Se ha serenado, se ha aclarado ese entendimiento?

—He pensado mucho en ello, Sr. D. Juan —me dijo con abatimiento,—y mi mal no tiene remedio.

—¡Que no tiene remedio! Eso lo veremos más adelante. Pero, por de pronto, dígame usted su parecer acerca de la entrevista amistosa.

Contestóme con hondo suspiro.

—La entrevista amistosa serviría tan sólo para aumentar mi desgracia. Déjeme usted, Pipaón, déjeme usted. Ni su amistad me sirve de nada, ni quizás la merezco tampoco... Me moriré sola.

—Seamos razonables, adorada niña—dije alargando una mano por entre los hierros de la reja.—Aquella persona á quien he dado esperanzas de obtener algunos castos favores, está loca de alegría. Hoy no ha habido despacho, y España y sus Indias andarán desgobernadas, mientras aquel desatentado corazón no se tranquilice.

—¿Y si yo consintiera en la entrevista?—preguntó con afán.

—Entonces pronto se conocería en el risue-

ño aspecto del Reino, y en la marcha rapidísima de los asuntos, que el Trono había recobrado su asiento.

—¿Pues qué—preguntó con incertidumbre, —el Trono es capaz de desquiciarse por mí?

—Presentacioncita, es máxima de la antigüedad que los Reyes contrariados en sus amores no gobiernan bien á los pueblos.

—¡Ay! Pipaón, cada vez me inspira usted menos confianza—dijo ella.—Se me figura que mientras yo manifiesto mis sentimientos más escondidos con tanta sinceridad y tanta nobleza, usted, fingiendo interés por mí, trata de engañarme, de perderme alevosamente, por servir á un caprichoso amigo.

—¡Yo falso, yo alevoso, yo traidor!—exclamé con mucho brío.—¡Aplicar tales nombres á quien es la lealtad en persona... á quien daría gustoso su vida por el prójimo, por usted, Presentacioncita de mi alma! Por Dios, no me estime usted en menos de lo que valgo.

—No: usted no es sincero; usted oculta sus pensamientos—dijo en tonillo quejumbroso.—Lo que ha hecho usted con las señoras de Porreño, mis queridas amigas, prueba su mucho arte para el disimulo.

—¿Pues qué he hecho yo con esas dignas señoras?—interrogué, maldiciendo interiormente aquel pícaro sesgo que había tomado nuestro coloquio.

—¡Y lo pregunta!... Usted las entretuvo con promesas, mientras consumaba su ruína; usted compró los créditos de D. Alonso de Grijalva con la libertad de Gasparito, y después...

—Basta, basta—exclamé con indignación. —Esos hechos no pueden juzgarse en dos palabras. Si yo diera á usted explicaciones, ¡cuán distinta sería su opinión acerca de esas supuestas maldades!

—No, si no digo yo que sean maldades. El hombre debe mirar por sí antes que por los demás. Nada malo hay en procurar uno su propio bien, aunque sea á costa ajena. Lo que digo es que usted sabe fingir muy bien; lo que digo es que usted me está engañando.

—¡Oh! Santa Virgen de los Dolores, Señora y Patrona mía. ¿Cómo convenceré á esta pícara de mi sinceridad, de mi buena fe?—dije con vehemencia.—Yo juro que nada he pensado que pueda ser contrario á la perfecta felicidad de usted, á su virtud esclarecida, al interés de su noble familia.

Y era verdad lo que pensaba. ¿Qué hacía yo sino proporcionar á la abatida familia de Rumblar fabulosos adelantamientos y repentina prosperidad? Interesado vivamente por el bien del Reino en general y de cada español en particular, yo me constituía en protector de una familia, harto necesitada de una buena mano que la ayudase á salir del atolladero de sus deudas, y del pantano de sus inacabables pleitos.

—Y si no cree usted mis palabras—le dije resueltamente,—á los hechos me atengo. Ya he ofrecido á usted el medio de cerciorarse por sí misma, y no digo más.

—Acepto—dijo con viva energía, golpeando con el puño el antepecho de la ventanilla.

—Acepto la entrevista amistosa. ¡Que Dios tenga piedad de mí!

—¡Oh, mujer feliz entre todas las mujeres felices de la tierra! En vuestra grandeza, señora mía, no olvidéis de hacer algo por este humilde servidor de Vuestra Majestad.

Al decir esto, me descubrí respetuosamente ante ella. Presentacioncita rompió á reir con vanidosa expresión.

—¡Yo Majestad!—exclamó.—Vamos, que pierdo el tino; ¡que lo pierdo sin remedio!

—Otras cosas hay más imposibles.

—No desvariemos, Pipaón. Sería locura pensar que he de salir de mi estado y condición actual. ¡Jesús!

—Monaguillo te vean mis ojos, que Obispo...

—No, no hay que pensar en tales imposibilidades... posibles, pero que yo rechazo desde ahora. Lo que digo es que si por acaso me levantase yo dos dedos más arriba de donde estoy ahora, emplearía mi valimiento en hacer todo el bien posible.

—¡Admirable corazón!...—exclamé con fingido entusiasmo.—Permitidme, señora, que salude en vos al iris de paz de la hispana Monarquía. ¡Oh, señora! ¡oh, excelsa joven! ¡cuánto siento no estar en sitio donde pueda prosternarme!...

—¡Se va usted á poner de rodillas!—dijo riendo.—No tanto, Sr. D. Juan. Sólo decía que en caso de tener algún poder...

—¡Algún poder!... Inmenso poderío tendrá usted... ¡Oh, señora, no se olvide usted de los desgraciados, de los menesterosos, de los po-

brecitos! ¡ay! de los pobrecitos huérfanos sobre todo.

—Sobre todo de los infelices que gimen en las cárceles y en los presidios por opiniones políticas.

—También, también: ¿por qué no? Apiádese usted de todo bicho viviente.

—Nada me contrista tanto—añadió con gravedad,—como oir hablar de esas crueles comisiones militares, de esas persecuciones horrendas. ¡Oh! ¡Qué dulce será conseguir el perdón de los desgraciados para quienes se ha levantado la horca! ¡Qué inefable dicha correr en busca de la afligida madre, de la esposa, de la inocente hija, para decirles: «por intercesión mía tenéis padre, tenéis marido, tenéis hijo!» ¡Abrir las puertas de la patria á los proscriptos, arrancar la vil soga de manos del verdugo, aplacar la ira de los furibundos jueces, derramar el bálsamo de la caridad en el irritado y endurecido corazón del mejor de los reyes!... ¡Oh, qué hermoso papel! ¡Dios mío, mátame, ó déjame hacer ese papel!

A esta exaltación sublime siguió en la sensible muchacha un abatimiento profundo. Yo la contemplaba, diciendo para mí:

—Tan atroz es su pasión, que poco le falta para estar rematadamente loca.

—¡Qué sueños!—murmuró en tono patético pasando la mano por su abrasada frente.—¡Que disparates he dicho, Pipaón!... Pero mi desvarío es disculpable, ¿no es verdad? ¿Quién no pierde la vista hallándose tan cerca del sol? ¿Quién al sentir en su rostro el

calor que irradia aquel centro de luz y de poder, de grandeza y munificencia, no se trastorna y marea?... Yo no sé lo que pienso, yo estoy absorta. Me parece que estoy amando á una sombra regia, á una figura magnífica y arrebatadora que para seducirme ha brotado de las estampas de un libro de historia. ¡Son tan altos los reyes! Feliz el gusano miserable que cae bajo su augusto pie. Honran hasta aquello que aplastan... Mi destino está ya decidido. No puedo contenerme—añadió con brío.—Adelante: Dios estará conmigo, puesto que está con él, como decía *La Atalaya*. ¿No es el hijo predilecto de Dios? ¿No le ha puesto Dios en el trono? ¿No emanan sus acciones todas de inspiración divina? ¿No están de antemano aprobados todos sus actos por el Eterno Padre? Adelante. Cúmplase mi destino y la voluntad de Dios.

No era ocasión de perder el tiempo en vanas retóricas. Deseando concluir le dije:

—Su Majestad va casi todas las tardes á la Casa de Campo.

—¿Al otro lado del Manzanares?... No he estado nunca allí—repuso en tono pueril.—Dicen que es muy bonito. Hay jardines preciosos, y un lago... todo de agua.

—Todo de agua, exactamente. Es un lugar delicioso. Iremos allá los dos.

—Bueno. Pasearemos primero por entre los árboles.

—Y nos embarcaremos en los botes del lago.

—¡Oh! ¡En los botes del lago! ¡Qué delicia!

Pero ¡ay!—exclamó con pena,—ocurre una dificultad grande.

—¿Cuál?

—Gasparito...

—Al diantre con Gasparito.

—No es esa la principal dificultad. Por la mañana le encargaré una comisión cualquiera, y cuando venga á darme la respuesta, ya habré salido yo.

—¡Admirable idea!

—Pero mamá no me dejará salir sola de casa. Forzosamente me ha de acompañar mi hermano.

—¡El Sr. D. Diego!—exclamé meditabundo, considerando que el heredero de aquella noble casa no pecaba de sabio.

—No puede ser de otra manera. Mi hermano ha de ir conmigo; pero bien sabe usted que, aunque se ha corregido mucho, es bastante aturdido.

—Me ocurre una idea—repuse, encontrando solución á aquella contrariedad.—No importa que el Sr. D. Diego nos acompañe hasta la posesión regia. Entraremos los tres: nos pasearemos por espacio de una hora, ú hora y media; luego se le hace salir con cualquier pretexto...

—Y volverá á entrar.

—No: de que no vuelva á entrar me encargo yo.

—¡Cómo resuelve usted todas las dificultades!... Por mi parte yo procuraré catequizar desde esta noche á mi señor hermano, que ahora está muy fino y complaciente conmigo.

Le diré que usted nos ha convidado para pasear por la Casa de Campo sin que lo sepa mamá; que usted conoce al administrador, el cual nos permitirá divertirnos mucho, correr por todos lados, hacer lo que queramos, como si la posesión fuera nuestra.

—Y cazar y pescar. Prométale usted lo que quiera. Haremos locuras para que nadie sospeche. Cuando llegue la ocasión en que su presencia nos estorbe, usted dirá que se le ha olvidado cualquier cosa, que desea una fruslería; por ejemplo...

—Caramelos.

—No hay tal cosa por aquellos alrededores; pero se pueden pedir...

—Anises.

—En los puestos del río los hay. Usted manda á su hermano que le traiga anises, ¿eh? El sale...

—Y no vuelve á entrar...

—Es usted el mismo demonio. En fin, estoy decidida. Que no me abandone Dios es lo que deseo.

Después, estremeciéndose de súbito, lanzó un suspiro, y con voz conmovida me dijo:

—¡Qué paso tan arriesgado voy á dar, y qué falta tan enorme voy á cometer!... Aunque ningún pensamiento impuro me arrastra, yo sé que esto es una falta, una culpa que Dios no me perdonará... ¡no, Pipaón, no me la perdonará Dios!

—¡Oh! siempre fué escrupulosa la inocencia —exclamé con zalamería.—¡Angelical criatura! Si á mí me fuera concedida una mínima

parte de la celestial gracia de usted... ¡Pecado, culpabilidad, impureza! ¿A qué pronunciar estas palabras quien por su condición seráfica está libre del contacto del mal?... Echeme usted la bendición y me creeré bueno.

Lejos de calmarse con mis afectadas razones, afligióse más. Ví que rodaban por sus mejillas abundantes lágrimas y que, cruzando las manos, alzaba al cielo los ojos.

—¡Dios mío, perdóname!... ¡Madre mía, familia mía, abuelos y ascendientes míos, perdonadme!—murmuró sordamente.

Satisfecho yo también de la madurez de su pasión, le dije mil cosillas consoladoras, estrechando sus manos entre las mías. Ella inclinó la frente, y sentí el vivo calor de ella, así como la humedad de su llanto en mi mano.

—Pipaón—dijo con ansiedad,—júreme usted que no dirá esto á nadie; que todo quedará en profundo misterio; júreme usted que no me despreciará si por acaso... júreme usted que sus propósitos son buenos, sus intenciones leales...

Yo juré cuanto ella quiso que jurase.

—Es tarde — dijo al fin. — Retirémonos. Júreme usted que no faltará mañana á la cita.

—¿Lo duda usted? A las dos, ¿no es eso?

—A las dos. ¡Ay, qué doloroso, qué horrible es desear y temer al mismo tiempo!

—Esperaré en la Cuesta de la Vega con un coche simón; téngalo usted presente: con un coche simón.

—Iré con mi hermano.

—Sólo con su hermano.

—No hay que hablar más. Adiós. Hasta mañana.

XXVI

En la mañana del día siguiente no dejé de visitar á D. S... S..., uno de los funcionarios más respetables, más insignes de aquella Monarquía. Desempeñaba el cargo dificilísimo de administrador de la Casa de Campo tan á gusto de Su Majestad, que no le cambiara éste por uno de sus mejores Ministros. No le nombraré más que por sus iniciales, con cuya delicada reserva evitaré que salgan ahora á reclamar la gloria de su descendencia algunos de esos holgazanes que, faltos de virtudes propias, se gallardean y ufanan con las de sus mayores. D. S... S... no había salido de ninguna Universidad, sino de las cocinas de Palacio, en cuyas humildes aulas consiguió prestar al entonces Príncipe de Asturias repetidos servicios, denunciándole supuestos envenenamientos en algunos platos. Por estos escalones llegó Don S... S... á subir tan alto, que después de 1814 era hombre que no se cambiaría por Pedro Collado, ni por el Duque de Alagón.

Desempeñaba sus funciones este sujeto con solicitud admirable. Se le veía en todos los

sitios públicos, y con frecuencia en el interior de los teatros, donde nunca faltaba alguna cómica ó bailarina á quien tuviese que dar un recadillo. Había que verle en la Casa de Campo á ciertas horas y en ciertos días, dando pruebas de tan consumada prudencia, discreción y talento, que no se podía pedir más. Yo me honraba con su amistad, y cuando le anuncié mi visita á la Real posesión acompañado de una madamita, alegróse en extremo, y se extendió en largas disertaciones acerca de las dificultades de su cargo, prometiéndome al fin que nos recibiría espléndidamente. Eso sí: á obsequioso y amable le ganaban pocos.

. . . . . .

A las dos de la tarde estaba ya en la Cuesta de la Vega, muy acicalado y vestido con las finísimas ropas que por aquellos días me había hecho, y á poco se me apareció Presentacioncita. ¡Válgame Dios, qué linda estaba! A sus encantos naturales, duplicados por la dulce emoción que teñía de suave rosicler su rostro, unía el más elegante y gracioso atavío que la fecunda inventiva de una mujer enamorada puede idear. ¡Cómo lucían aquellos incendiarios ojos, que á cada movimiento de sus pupilas dejaban entrever llamaradas del cielo! ¡Qué sonrisa tan deliciosa la de sus rojos labios! ¡Qué gracia en el abanico! ¡Qué caídas las de la mantilla! ¡Qué deslumbradora claridad, qué irradiación de hermosura desde la peineta hasta las puntas de los diminutos pies! Yo estaba trastornado de admiración.

Acompañábala D. Diego, no tan risueño y aturdido como de costumbre, sino, por el contrario, con ciertas pretensiones de gravedad que no me hicieron gracia... ¿Sospecharía?... Yo le hablé de la gira campestre que íbamos á emprender, de lo mucho que nos divertiríamos en la regia posesión, y añadí que lo mejor hubiera sido decir claramente á la señora Condesa el empleo higiénico que íbamos á dar al día.

—Entonces no nos hubiera dejado venir—repuso, entrando en el simón.—Más vale así.

—A prisa, á prisa—dijo Presentación con impaciencia.—Ese cochero que eche á andar, y que no pare hasta la Casa de Campo. Temo que Gasparito descubra á dónde vamos. Desde esta mañana anda rondando la casa.

El coche partió. D. Diego recobraba poco á poco su habitual volubilidad, y me hacía mil preguntas diversas relativas á la pesca del lago, á la caza de Cantarranas, á las embarcaciones de los Infantes y otras menudencias. Doña Presentacioncita no hablaba nada. Yo no cesaba de contemplarla. ¡Qué expresión tan bonita en su rostro y en sus ojos, no menos picarescos que apasionados! Sin duda había en toda ella la dulce tristeza indefinible del justo que se dispone á ser pecador.

En medio de la confianza que me inspiraba la niña, tenía yo cierta sospecha vaga, que, aun después de verme en el camino del triunfo, se removía vagamente en el fondo de mi espíritu. A cada instante creía que la encantadora muchacha iba á escaparse de mis

manos, dejándome burlado... Pero cuando entramos en los jardines disipáronse mis últimas inquietudes.

—Aquí dentro—dije para mí, inundado de secreto gozo,—no te me escapas. ¡Victoria completa! Ahora, ángel celeste, aunque te arrepintieras no tendrías salvación.

Sentíame yo como el general que acaba de ganar una batalla.

Abandonando el coche, avanzamos por las hermosas alamedas de aquel ameno sitio. D. Diego, despabilándose con la hermosura de lo que veía, charlaba por tres. No había acabado de entrar, y ya quería cazar todas las aves, pescar todos los peces, y modificar á su antojo la posesión. Tal alameda no debía estar como la plantaron sus fundadores, sino de otra manera; tales árboles debían ser arrancados y sustituídos por otros; en determinado sitio debía construirse un edificio, un pabellón... en fin, para aquel impetuoso joven nada debía ser como era.

Presentacioncita se extasiaba en la contemplación del hermoso lago, que es principal adorno y riqueza de la hermosa finca. Después de observar largo rato el risueño espectáculo que ofrece la enorme masa de agua rodeada de amena verdura y corpulentos árboles, me dijo:

—Paseemos un poquito por el charco.

—Voy un instante á ver al administrador —le dije en voz baja, mientras D. Diego se dirigía á los botes.—Pronto vuelvo: no se olvide usted de los anises.

—¿Nos dejarán embarcar, Pipaón?—me preguntó el Conde.

—Voy á pedir licencia.

En cuatro palabras me puse de acuerdo con el respetable D. S... S... acerca de los medios de plantar en la calle el estorbo que por necesidad habíamos traído. El Conde saldría; pero antes que á entrar volviera se convertirían en anises todas las piedras del río cercano.

Un momento después, era desamarrado uno de los botes. Ocupóle D. Diego empuñando resueltamente los remos, y después de describir varias curvas se acercó mansamente á la orilla.

—Entren ustedes... Presentación, adentro. Sr. D. Juan, salte usted.

Saltamos adentro, y tomamos asiento en los bancos del bote. Era la primera vez en mi vida que yo me embarcaba.

—¿Saben ustedes—dije á los dos jóvenes cuando habíamos avanzado como cinco varas por el agua,—que este suave movimiento no me agrada? Se me va la cabeza.

—¡Se le va la cabeza!—dijo Presentación.—¡Qué será de la Monarquía, si se le va una de sus principales cabezas!...

La miré, por ver si reía; pero estaba seria.

—¡Una de sus principales cabezas!—repitió D. Diego remando cada vez con más fuerza.—Ahora me acuerdo de que no he dado á usted las gracias... ¡qué distraído soy!... por la bandolera que me ha conseguido.

—Eso no vale nada, amiguito. Usted se me-

rece más—dije con mucha inquietud.—Hágame el favor de poner la proa á tierra... Por mi amigo el Infante D. Antonio juro que el navegar es cosa imponente.

—¿Pero se marea usted aquí?... ¡hombre de Dios! ¿Y no se avergüenza usted?

—¡Un hombre de Estado, una eminencia—dijo Presentación,—una lumbrera de España y del siglo, perder su aplomo tan fácilmente!

—No me mareo; pero la verdad, esto no me gusta... A la otra orilla, que es tarde y tenemos que ver la pajarera.

—Otro poquito más—dijo la niña.—Me encanta este suave movimiento. ¡Qué hermosa es el agua!... Mire usted, mire usted los pescaditos. ¿Pues y esas yerbas verdes y negras que se ven debajo?... Aquí tienen ellos sus nidos, sus casas, sus alcobas, sus camas, sus despensas... Mire usted cómo van en bandadas por el agua, cómo se juntan y se separan. Parece que se dicen un secreto, que se hacen preguntas, que disputan y se reconcilian después. Y ¡cómo se ve el cielo en el fondo! Parece otro cielo, ¿no es verdad, Pipaón? ¡Qué bien se ven de aquí los árboles de la orilla: se ven dos veces, unos vueltos hacia arriba y otros hacia abajo! ¡Oh! por allí vienen los cisnes. De lejos parecen una escuadra navegando á toda vela. ¡Ay! Pipaón, ¡qué hermoso es esto!... A ver si sé yo remar.

—¡Tonta! Tú no tienes fuerza,—dijo D. Diego, defendiendo los remos.

—Señor Conde, diríjase usted á la otra orilla—dije yo, empuñando el timón, con no me-

nos brío que un Sebastián Elcano.—La verdad es que estas cáscaras de nuez no me inspiran gran confianza. Puede romperse una tabla con la mayor facilidad, y aquí se ahoga uno sin remedio.

—Yo no, porque nado como un pez,—dijo D. Diego.

—A tierra, á tierra.

—¿Que se ahoga uno? ¡Dios mío!—exclamó con espanto la madamita.—¿Si uno se cae aquí, se ahoga?

—Sin remedio.

Por más que ordenábamos al remero que nos llevara á tierra, se empeñaba el tunante en dar vueltas y más vueltas alrededor del lago. Corría velozmente la frágil embarcación, y la niña de la Condesa parecía muy complacida de aquel extraño modo de pasear, porque aspiraba con delicia el aire que en nuestra carrera nos azotaba el rostro, y con sus manecitas agitaba el agua, salpicándola, cual si también remase.

—Basta, basta ya. ¡A tierra!

—Está usted pálido, Pipaón,—me dijo la niña, acercándose á mí con mucho interés.

—Pálido no—repliqué;—pero nos hemos paseado ya bastante por los mares.

—¿Quiere usted un caramelo?—añadió, registrándose los bolsillos.—¡Qué diablura! Se me han olvidado.

—Habrá usted traído anises.

—Tampoco—añadió con mucho desconsuelo.—Mira, Diego, en cuanto volvamos á la orilla, saldrás á comprarme unos anises. Verda-

deramente, no me puedo pasar sin anises.

—En los puestos del río los hay,—indiqué yo.

Daba el bote una vuelta, cuando ví que un guarda, con descompuestos ademanes de ira, nos hacía señas para que fuésemos á la orilla. Era un ardid convenido con D. S... S... para poner término á la excursión naval si se prolongaba demasiado.

—¿Ven ustedes? El guarda nos hace señas de que salgamos del bote—grité, fingiendo el mayor enfado.—¡Qué desacato hemos cometido! Nos van á echar de la posesión.

—Vamos, vamos—dijo la niña.—Aquel buen hombre está muy enojado.

Pero el Conde seguía remando, y la nave su suave curso alrededor del charco. Disponíame yo á arrancar los remos de las manos del joven, cuando divisé en la orilla de enfrente muchedumbre de hombres y caballos.

Presentación palideció.

—¡Buena la hemos hecho!—exclamé, reconociendo los coches de la Casa Real.—Ahí está Su Majestad... Cuando menos, nos mandan á la cárcel.

—¡Jesús, qué miedo!—dijo la niña.—¿Dónde nos esconderemos? Diego, tú tienes la culpa. Vamos á tierra pronto, hijito, ó échanos á pique para que ocultemos nuestra vergüenza.

El muchacho reía con un desparpajo que me arrebató de cólera.

El guarda seguía haciendo señas. Tras el coche del Rey entraron otros, y bien pronto vimos paseando por la orilla á Su Majestad en

persona, acompañado del Duque y seguido de distintos individuos de su alta servidumbre. Poco después aparecieron algunas damas. D. Dieguito remaba suavemente hacia tierra.

De pronto observamos que el Rey y todos los que le acompañaban se detenían á mirarnos. Estábamos sirviendo de espectáculo á la Corte.

—¡Qué vergüenza!—dijo Presentacioncita. —¡Cómo nos miran!... Su Majestad se ha fijado en usted, Pipaón. Parece que se sonríe.

En efecto: sonreía mirando el bote.

—Salude usted á Su Majestad, Pipaón; salude usted, hombre—gritó con afán la niña.—¡Por Dios, no sea usted grosero!... ¡Qué poste!... Pero, hombre, levántese usted.

Púseme en pie, sombrero en mano... y en el mismo instante ¡Dios Todopoderoso y Misericordioso!... sentí unas pequeñas pero enérgicas manos que empujaron mi espalda... recibí un impulso terrible, del cual no pude defenderme por estar desprevenido, y caí como una piedra en el agua... ¡¡Horror incomparable!!

Cuando mi cuerpo chocó en la superficie del agua, y ésta salpicó con estruendo y chasquido horribles, y sumergíme repentinamente, sentí un rumor espantoso de carcajadas, y sobre mí la voz de Presentacioncita, que con el ardor de la venganza, gritaba:

—¡Por tunante! ¡por cobarde! ¡por pillo! ¡por traidor! ¡por al....!

La última palabra no la copio por respeto á mí mismo.

.....

Yo nadaba como una peña. Fuí derecho al fondo. Agua por todas partes; agua en mis ojos, en mi boca, dentro de mi cuerpo; agua en mi aliento, que ya no era aliento, sino el angustioso hálito de la asfixia. Tragaba la muerte... me moría por dentro y por fuera... ¡me ahogaba!...

¡Ay! Cuando me sacaron, no sin trabajo, los guardas, ayudándose de ganchos, mi persona inspiraba horror, según me han dicho. Yo era una masa de fango pestilente. Los cortesanos huyeron de mí con asco, mientras los guardas me envolvían en mantas, prodigándome los tratamientos necesarios para volverme á la vida. Dentro de mi estómago tenía todo el estanque, todo el Océano, y hasta el bote.

Cuando adquirí la certeza de que aún vivía para bien de la humanidad y amparo de los desvalidos, era ya de noche. Todo era silencio. Yacía en una desnuda sala, y á mi lado no ví ni Rey ni cortesanos. Los guardas me miraban, y recordando el chasco se reían.

Entonces, trayendo á la torpe memoria accidentes y pormenores, empecé á caer en la cuenta de que Presentacioncita se había burlado de mí. ¡Qué obra maestra de estudiada farsa, de disimulo, de pérfido engaño! ¡Maldita sea mil veces! Recordando su comedia, su bien fingido enamoramiento, sus coloquios conmigo, la habilidad suprema con que me fué conduciendo poco á poco á la catástrofe,

de acuerdo con su hermanito, con su novio y sus criados, me parecía mentira que todo fuese una burla. Después he sabido que mi conducta con las señoras de Porreño y el señor de Grijalva le inspiraron aquel plan de venganza, que llevó adelante con su incontrastable voluntad y su agudísimo entendimiento. Me aborrecía apasionadamente; me odiaba con exaltación; soñaba con la venganza, y ningún ideal amoroso, ninguna fantasía de mujer hubiera enloquecido su mente, como aquella ansia de burlarme de un modo cruel, inaudito, no contentándose con el martirio de la ridiculez, sino aspirando á daños mayores, á la muerte quizás... Confesó la pícara que nada se le importaba que me ahogase, pues un sér tan vil y despreciable como Pipaón (así mismo lo afirmó) debía morir donde vivía, es decir, en el lodo.

¡Hórrida, bella! Desde entonces, Presentación me causó espanto. No me parecía yo á Marat; pero ella tenía no poco de Carlota Corday.

—Pero después de tal infamia, ¿les dejaron marchar tranquilos?—pregunté á D. S... S... que se me acercó para informarse de mi estado.

—La muchacha reía—me dijo;—el joven remaba con fuerza para llegar á la otra orilla; pero por mucha prisa que se dió, ya les aguardaban allá los guardas, dispuestos á hacer presa en ellos... Fueron, pues, cogidos ambos

hermanos, ¿porque son hermanos, no es verdad? La muchacha estaba serena, tan serena que parecía un ángel; y cuando le afeamos su conducta, respondió que usted, por trapisondista y farsante... (no sé cuántas insolencias salieron de aquella linda boca), bien merecía el remojón delante de la Corte, y aun la muerte.

—¿Y el Rey no dispuso...?

—Su Majestad, cuando vió que mi señor D. Juan salía lleno de fango, dijo sonriendo: «¿Está vivo ese tunante?»

—*¿Ese tunante?*

—Así mismo. Luego añadió: «Yerba ruín nunca muere,» y fué hacia donde estaban los dos criminales detenidos por los guardas.

—Sin duda iba á disponer un castigo tremendo...

—Fernando VII reía de tan buena gana, que daba gusto verle. Todos nos reíamos. De repente, algunos señores de la Corte que acababan de entrar en la posesión se encontraron con Su Majestad en la senda que da vuelta al lago. Detuviéronse todos: aquellos señores traían una grave noticia, venida hoy por el correo de Francia; una noticia estupenda, horrible, que dejó absorto y frío y pálido á nuestro Rey, y mudos de espanto á todos los que le rodeamos.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Su Majestad permaneció un rato mudo y quieto, como si se convirtiera en estatua. Después dijo: «Vamos al instante á Palacio;» y pusiéronse todos en marcha.

—¿Y esos dos muñecos?...

—Yo interrogué al Monarca para saber lo que hacíamos con ellos, y entonces volvió á reir...

—¡A reir!

—Y con mucha complacencia nos dijo: «Que se les deje en libertad, y no se les moleste por su travesura.»

—¡Travesura! ¡Se escaparon! ¡La impunidad! ¿Y qué noticia es esa...?

—Que Napoleón ha vuelto de la isla de Elba.

Madrid.—Octubre de 1875.

FIN DE LAS MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

2 PESETAS TOMO

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos novelas: pesetas 138.

Cuadernos de cuatro pliegos: una peseta.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

2 pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Un tomo.
Gloria.—Dos tomos.
Marianela.—Un tomo.
La familia de L. Roch.—3 tomos.
La Fontana de Oro.—Un tomo.
El Audaz.—Un tomo.
La Sombra.—Un tomo.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

3 pesetas.

La desheredada.—Dos tomos.
El amigo Manso.—Un tomo.
El doctor Centeno.—Dos tomos.
Tormento.—Un tomo.
La de Bringas.—Un tomo.
Lo prohibido.—Dos tomos.
Fortunata y Jacinta.—Cuatro tomos.
Miau.—Un tomo.
La Incógnita.—Un tomo.
Realidad.—Un tomo.
Angel Guerra.—Tres tomos.
Tristana.—Un tomo.
La loca de la casa (novela).—Un tomo.
Torquemada en la hoguera.—Un tomo.
Torquemada en la cruz.—Un tomo.
Torquemada en el Purgatorio.—Un tomo.
Torquemada y San Pedro.—Un tomo.
Nazarín.—Un tomo.
Halma.—Un tomo.
Misericordia.—Un tomo.

OBRAS DRAMÁTICAS

2 pesetas.

Realidad, drama.
La loca de la casa, comedia.
La de San Quintín, comedia.
Los Condenados, drama.
Voluntad, comedia.
Doña Perfecta, drama.
La Fiera, drama.

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 032532647